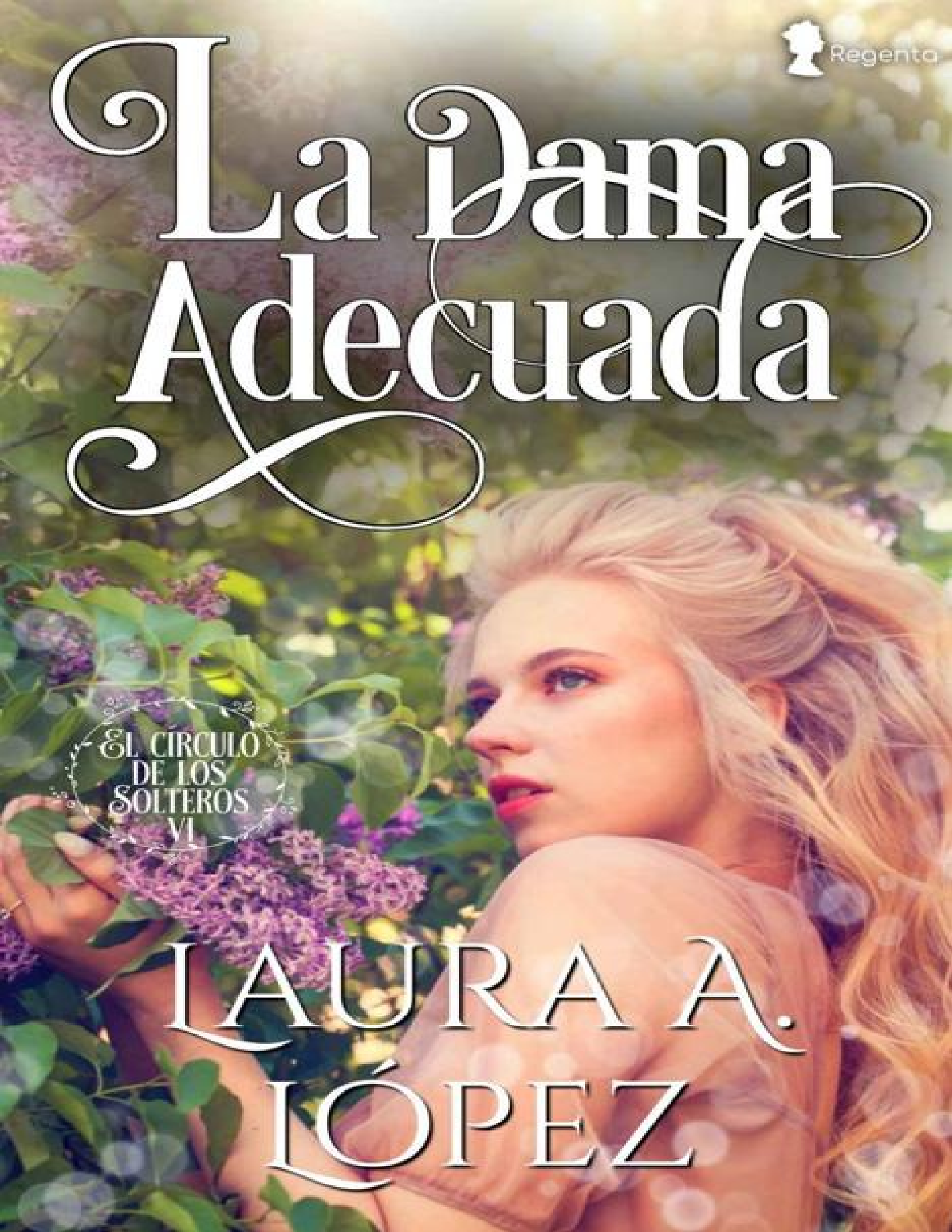
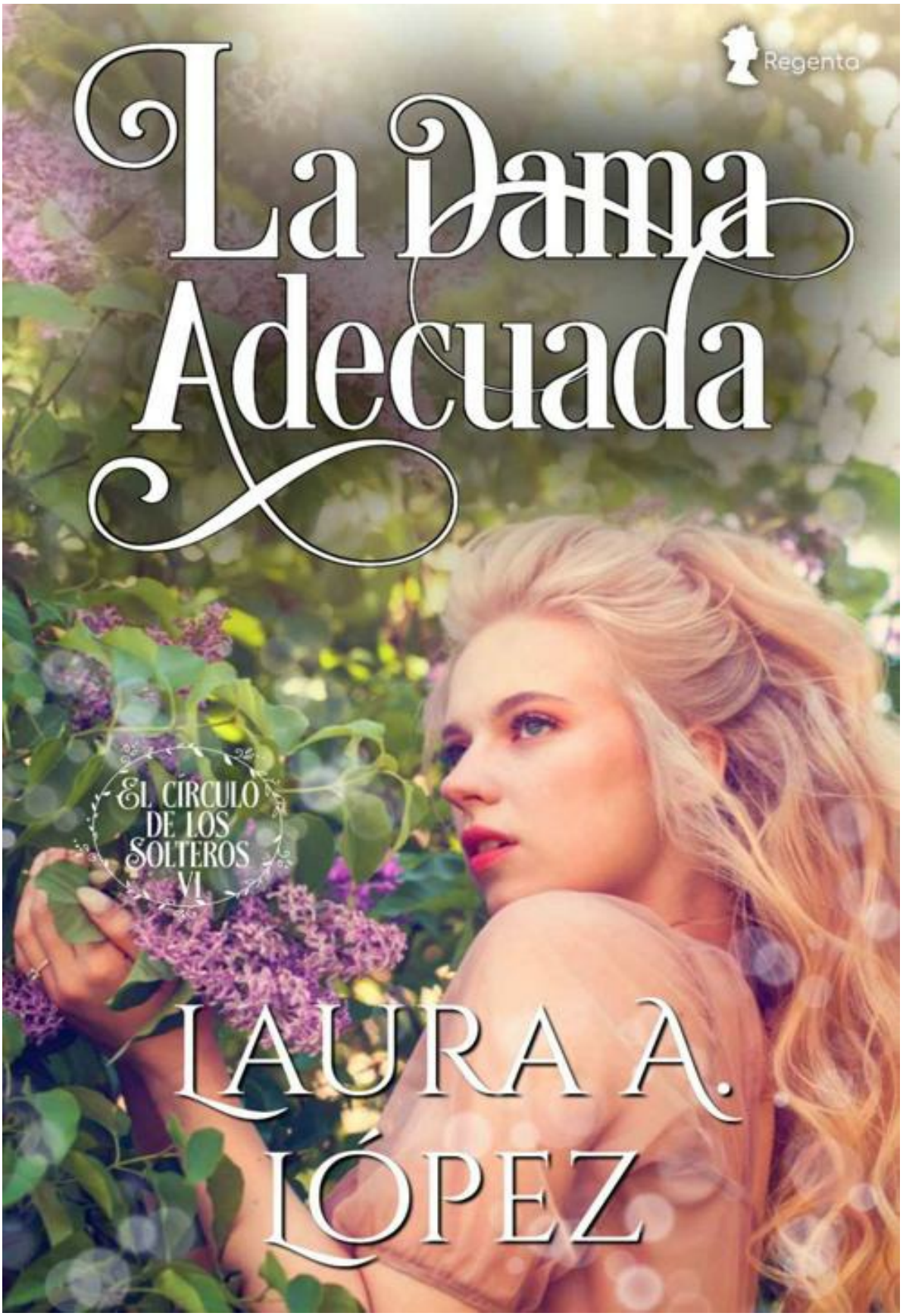
Regenta

La Dama Adecuada



El Círculo de los Solteros VI

Laura A. López


Regenta
La Dama Adecuada
El Círculo de los Solteros VI
Laura A. López

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros
Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó La dama adecuada, podría gustarte…
Biografía

La dama adecuada

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

SAFE CREATIVE:

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

Reglas N°6

«Para un aristócrata soltero las juergas son rápidas, pero el matrimonio aún más».

Capítulo 1

Otra noche más en los salones londinenses, esperando encontrar en cada uno de los aleteos de pestañas, a esos ojos que lo conquistaran.

Steven Bellamy, conde de Northland, se sentía triste y agobiado por no poder encontrar a una dama ideal. Su último amigo del círculo de los solteros se casó hacía ya un año, mientras que él estuvo más predispuesto al matrimonio desde hacía al menos unos cinco, pero lo único que había logrado era sumar años a su vida y menos tiempo para conseguir un heredero.

—Toma... —Su amigo y último soltero, Charles Coldwell, conde de Tyne, le entregó una copa de whisky para que dejara la cara de velorio para cuando la ocasión lo requiriera.

—Una copa de whisky no ayuda a mi reputación, Charles. Solo mira, todos están felizmente casados y nosotros dos, aquí...

—Felizmente solteros, con toda la noche libre para buscar damas con las cuales conversar u otras cosas.

—Estoy a punto de rendirme y terminar siendo un anciano amargado, sin esposa, sin hijos, sobrevolado por los buitres que desearán mi muerte...

—Dios, la fatalidad se oye en cada palabra. Si te hace sentir mejor, también estoy soltero.

Steven miró a Charles y, no, no le hacía sentir mejor que estuviera soltero.

—¿Quieres que te bese porque estamos solteros? Prefiero dispararme la entrepierna antes que hacer algo así.

—No eres mi tipo. Mira, hay muchas damas interesadas, bellas, seductoras, solteras, viudas, casadas... Esas últimas no, son un peligro.

—Sí, sé que hay muchas, pero mi reputación no ayuda y no quiero a cualquiera, quiero a una que despierte algo en mí. Ninguna dama hace latir mi corazón, no siento que quiera dar la vida por ella.

—Supongo que no es para todos. Hay amores que no existen y otros son prohibidos...

—Como el tuyo por tu hermana.

—Deja de decir tonterías. Solo quería protegerla de gente como Adam. Dorothea es demasiado para alguien como ese mequetrefe.

—Llevan casados mucho tiempo. Fallaste, busca a una prima lejana, es más saludable.

—Eres un tonto. Verás cómo paso la noche feliz y tú te quedarás aquí, triste, solo y abandonado por la buena fortuna. Si lloras en todos los rincones de cada salón al que vas, nadie te hará caso. —Charles dejó a Steven en aquel sitio después de haberle dado la copa de whisky.

El conde de Northland trataba de tomar con moderación, puesto que años atrás se había avergonzado públicamente al terminar en el suelo por beber demasiado. Desde ese momento, su vida cambió para siempre. Las mujeres no querían estar con alguien que las avergonzara, pero con los años aquello había ido mermando. Lo volvían a ver como un soltero codiciado, salvo que a él eso no le interesaba.

Sus años mozos habían quedado muy atrás, aquellos en los que creía ser inalcanzable para las damas, en los que podía burlarse de sus amigos y la mala fortuna en el amor. Todos ellos estaban casados, con familia y olvidándose de él, eso era lo más cruel de todo. Su madre se lo advirtió, pero él no quiso hacer caso al hecho de quedarse solo. Prefería las juergas a conocer a las damas. No podía evitar pensar en que quizá el amor de su vida estuviera casada con algún caballero y por eso no había podido encontrarla o aún peor, podría ser que ni siquiera hubiera nacido. Tal vez recorrer las propiedades rurales de Inglaterra pudieran ser una opción. Las esposas de sus amistades, en su mayoría, pertenecían a familias del campo, por lo que podría encontrar ahí a alguna de ellas.

—Querido, en la próxima temporada, me han dicho que debutará una joven preciosa y estoy segura de que esa es la indicada para ti. Sus padres aún no han deseado que alguien la vea, pero he conseguido una invitación a esa casa para dentro de un par de días. Iré a tomar un té... —comentó su madre, la condesa viuda.

—Qué mujer tan optimista. Menos mal que sigue a mi lado, madre...

—Las cosas mejorarán pronto. Estamos en pleno otoño, disfrutando de lo último que queda de Londres. En la primavera regresaremos con mucha fuerza para conseguir a mi futuro nieto.

—Su paciencia es una mártir de mis problemas. Considero que tendré que aceptar que no puedo conseguir una esposa solo.

—Deja todo en mis manos, cariño. Si quiero algo, debo hacerlo sola y mi próximo y único objetivo de vida para morir tranquila y descansar junto a mi amado esposo es conseguir que te cases. Te lo dije cuando eras más joven, pero a mí me hace más paciente la edad y mi plena salud. A mi edad no quisiera ser tan saludable, la idea es irme lo más pronto posible de este mundo.

—Sí, sí, lo sé. Mi padre debe estar impidiendo que lo alcance dándole salud.

—Ay, cariño. Lo importante es que me haré cargo de tu falta de fortuna. Cuento con el apoyo de un par de damas que cada vez hacen gala de tus buenas obras como alguien honorable.

—¿No cree que lo mejor es que recupere mi reputación de libertino? Desde esa desafortunada y alcohólica noche, nada ha vuelto a ser igual. Cuando era un libertino que trepaba paredes, era codiciado, y ahora los únicos que están detrás de mí, son los buitres esperando a quitarme los ojos. ¿No ha visto al barón Stoke? Las mujeres caen en sus redes como peces y sus finanzas dejan mucho que desear.

—Mmm... Tal vez la porquería sería el camino correcto para atraer a damas de buena categoría. Lo sabes, las mujeres tenemos un par de gustos extravagantes.

—Por eso. La clave es volver a la vida del libertinaje y la juerga. Fue un terrible error corregir mi camino. Sí, debo volver al hoyo y es lo que haré ahora mismo.

Él fue hacia John, el que había sido más libertino entre todos ellos, quizá pudiera darle una solución a su sequía.

—John, necesito un consejo —dijo él interrumpiendo su conversación con Philippa.

—¿Un consejo de John? ¿Quieres morir? —inquirió Philippa, marquesa de Horshire y

esposa de John, sonriente.

—Mi querida marquesa, tú mejor que nadie puedes saber lo que quiero, ya que te fijaste en este ser libertino, coqueto e incongruente...

—Gracias, Steven. No hacía falta tanto cariño en la descripción —masculló John, sarcástico.

—He tenido una revelación, amigo mío. Para conseguir a la esposa indicada, lo que necesito es volver a las andanzas.

—¿De dónde sacas esa idea? —cuestionó John.

—El barón Stoke.

—¿El barón Stoke es tu ejemplo? —agregó el marqués.

—Sí. ¿Por qué se le acercan las mujeres?

—Es joven —respondió Philippa.

—¿Acaso yo no lo soy?

John y Philippa se miraron y sonrieron con nerviosismo.

—Sí, por supuesto que lo eres, pero no sé si tanto para continuar con una vida de descontrol. Es la edad para casarse y tener hijos.

—Es lo que quiero, pero no consigo a ninguna dama que pueda ser la mujer de mi vida. Ninguna me atrae, no tengo mi Philippa, ¿lo entiendes, John?

—Considero que no es momento para desesperarse. Todo llega a su debido tiempo.

—¿Parezco desesperado? ¿Tengo cara de estarlo?

—Sí. Escucha, ve a White's, toma unos tragos con James, respiras, reconsideras tu vida e

inicias todo de nuevo... ¿Te parece?

El conde bebió el contenido de su copa, la del marqués y también la de su esposa. Esa era su respuesta.

—Me voy...

—¿Por qué no vienes unos días al campo con nosotros? Iremos a la propiedad del tío de Wilburg en Gloucestershire.

—¿Por qué nadie me lo dijo antes?

—Porque era algo entre familia, es mi primo, ¿o lo olvidaste? También puedes hablar con el tuyo, tu madre se lleva bien con George y Brianne.

—Pues eso significa que debo hablar con Wilburg y Augusta. ¿Será que ellos se compadecerán de mí?

—Por supuesto, eres como una mascota para nosotros. Habla con él...

—Lamento haber tomado sus copas, pero dudo que les falte más para beber.

Se retiró hacia otro sitio para buscar al caballero con la sonrisa más pequeña de todo el salón, ese era Wilburg, duque de Westwood. Cuando lo encontró, trató de llegar hasta él con mucho éxito. Aquel estaba en compañía de su suegro, el duque de Salisbury. Siempre estaba a su lado, parecía enamorado de él.

—¡Wilburg! —exclamó cogiendo su brazo con cariño.

Al duque de Westwood no le gustaba que interrumpieran una conversación tan divertida.

—¿Estás ebrio? —increpó.

—Buenas noches, excelencia —saludó a Albert con una venia antes de responderle a su amigo—. Aún no, pero en un par de horas y lejos de aquí, quizá. Solo quería saber si es cierto que irás a Gloucestershire en un par de días.

—¿Irán a Gloucestershire? —curioseó el suegro de Wilburg.

—Lo estábamos considerando en compañía de Augusta... —musitó un poco sonrojado, ya que no había contado sus planes a su familia política, que era bastante absorbente y tenían una casa ahí. Quería pasar tiempo con sus tíos y con el duque de Salisbury metido en su pantalón, no podría hacerlo.

—Nos encontraremos ahí. Se lo diré a Kitty, estará encantada. Augusta también estará feliz al conocer a los nuevos perros que le he comprado a mis nietos. Con permiso...

Al ver que el duque de Salisbury iba a hacer pública la noticia de que se irían a otro condado, los ojos de Wilburg se dirigieron a Steven.

—Arruinaste mis planes...

—¿Los arruiné? ¡Oh! Le ocultaste a tu queridísimo suegro que irías a Gloucestershire... No puedo creerlo...

—¡Necesitaba ver a mis tíos en paz y tranquilidad, dedicarles un poco de tiempo! Pero ahora, por tu causa, tendré que encontrarme no solo con la familia ahí, sino también con los sabuesos que ha comprado. ¿Sabes lo que haré? Los soltaré para que te devoren.

—No era mi intención, solo quería que me permitieras ir. Puedo hacerles bien a tus tíos. Necesito alejarme de Londres si no quieres que acabe como el barón Stoke.

—¿Piensas impresionar ancianas?

—Por supuesto que no, pero pensaba volver al libertinaje.

—¿Estás demente? Así no conseguirás nada.

—Si tú, que eras el más amargado de los hombres, conseguiste casarte con una mujer tan inteligente y divertida, ¿por qué no lograría hacerlo yo también?

—¿Cómo me llamaste?

—A-mar-ga-do —deletreó.

—Te llevaré, por supuesto que sí, pero te torturaré lentamente y haré que visites un lugar en particular después de dejar Gloucestershire.

—¿Cuál?

—La lúgubre casa de lord Montgomery, es tío de Augusta en Yorkshire.

—No le tengo miedo a la oscuridad, querido Wilburg, le temo más a quedarme sin saber lo que es el amor.

—No apelarás a mis buenos sentimientos...

—Sé que son inexistentes en ti, pero intentaba conmoverte. Soy un pobre soltero de treinta y tres años...

—Treinta y cuatro. Si te comparas con lord Stoke, sabrás que él tiene un fierro ardiente en lugar de una lombriz enroscada que es tu caso. La juventud es el problema.

—Me siento joven y vigoroso...

—Tienes canas y no hay forma de esconderlas, salvo que uses una peluca. Te esperaré en Gloucestershire. En dos semanas estaremos ahí...

—Dos semanas parece una eternidad cuando necesito un sano consejo.

—El que puedo darte ahora es: ve a descansar y no te compares con gente como el barón, te hará sentir viejo, cansado y senil. Adiós.

Después de oír aquellas crueles palabras de su amigo, miró a su alrededor y se dio cuenta de que había mucha gente más joven que él, entre ellos estaba el hijo de lord Nottingham, a quien las damas miraban como si fuera lo más prometedor de la temporada. Debía admitirlo: había pasado de moda. La gente de su edad estaba casada y el resto solo eran matronas y sus cansados esposos haciendo acto de presencia, reunidos en un rincón bebiendo whisky y charlando sobre

las pocas veces que podían tener un momento feliz en su casa. Tal vez fueran como su madre, que esperaban el día para terminar muertos en algún rincón.

Observó hacia un lugar y encontró a Charles conversando con una dama, una seductora viuda. Al verlo solo pensaba en que, si Tyne se casaba antes que él, debía pegarse un tiro. No había mucho que hacer, ya que se sentía más atractivo que aquel, creía que se estaba añejando bien.

—¿Dónde estará la escurridiza dama adecuada para un conde inadecuado?

Capítulo 2

La señora Smith estaba sentada en el jardín de la residencia de lord Montgomery en Gloucestershire. Aquella leía una carta de su esposo que, como siempre, era ayuda de cámara de lord Nottingham. Para aquella no sería ningún esfuerzo esperar a la bribona que se había escapado de la residencia para cabalgar. Conocía todas las entradas que utilizaba para regresar de sus escapadas. Estaba segura de que escogería la entrada del jardín para evitar que la viera.

Clifford y Fanny observaban hacia el horizonte desde la parte más alta de la casa, en aquel lugar quedaba el estudio de su esposo, en el que pasaba más tiempo.

—¿Qué crees que le ocurrirá a Berenice en esta oportunidad? —curioseó la condesa de Montgomery.

El conde se alejó para sentarse en su taburete y continuar con su pintura.

—No lo sé. La señora Smith no quiere castigar a nadie, no es alguien que tenga un ánimo combativo...

—Siempre deseas ver el lado perfecto de las personas, pero tienes razón, aunque si agarran a nuestra hija como una pequeña delincuente escapando de su institutriz, ¿no crees que merezca un generoso castigo?

—Absolutamente, porque esas no son mañas que se le enseñen aquí, aunque me dolería ver que sea castigada...

—Pues regresa aquí, porque eso es lo que veremos...

Fanny distinguió la figura de su hija sobre el caballo. Ambos se dirigían a las caballerizas para dejarlo en su lugar y que la joven pudiera continuar con sus actividades.

Berenice Hendricks, hija del conde de Montgomery, se encontraba cerca de terminar su educación como dama. Estaba a un paso de su presentación en sociedad que sería en cuestión de meses en la próxima primavera.

Pocas veces acostumbraba a no acatar las órdenes de su institutriz, pero en esta ocasión necesitaba salir de la casa. Ahí todo era tan tranquilo para su mente tan tormentosa, llena de ansiedad y espera.

—Sabes que te espera la señora Smith, ¿verdad? —curioseó una voz masculina y burlona que estaba cepillando a su caballo.

—Lo sé y es por eso que entraré por donde no me vea, cogeré el primer libro que encuentre y salvaré mi pellejo de ser estirado como piel de gallina.

—¿Sí? Mi recomendación es que vayas por la cocina.

—¿Por la cocina?

—Sí. Sé que te está esperando en el jardín. Apenas pases las plantas, te atrapará como mosca en su telaraña.

—Mmm... Permíteme desconfiar de ti. No te conocen por ser el más sincero de los caballeros, querido hermano.

—A ti tampoco te conocen por ser la mejor hermana y menos la mejor hija. Fíjate que casi matas a nuestros padres de tristeza por colocarte frente a un carruaje. ¿A quién se le ocurre semejante tontería?

—Ese gato es igual al gato Clauss, por eso tuve que ir tras él.

—El gato Clauss lleva muchos años muerto. Lástima que no estuviese ahí para ponerte en tu lugar por hacer sufrir a mi padre.

—¿Te duele que sea su favorita?

—Lo que me duele es que seas imprudente y tonta, aunque es mucho más doloroso ser tu hermano.

—El favorito de mi madre quiere serlo también de mi padre. ¿Sabes qué? Iré por la zona del

jardín.

—Te lo advertí. Después no digas que soy un mal hermano. Te oiré aullar, lo puedo asegurar.

Ella siguió su camino hasta llegar al área del jardín en donde movió un par de plantas y... Sí, ahí estaba la señora Smith, con una carta en la mano y con un rostro sonriente que, cuando la distinguió, cambió por otro menos jovial.

—Saliendo fuera de horario, ¿no es así? Cada vez las hijas de mis queridas y exitosas hermanas Fane son cada vez peores. Es increíble lo desobedientes y mal portadas que son.

—Señora Smith, puedo explicar completamente la razón por la cual salí de la casa.

—Agáchese un poco y cuénteme qué es eso tan urgente que la ha tenido que hacer desobedecer a su institutriz...

La joven agachó un poco la cabeza y antes de hablar, la señora Smith juntó sus dedos, índice y anular, como si debiera dirigirse a ellos para responderle.

—Salí porque... —Antes de terminar la frase, aquellos dedos la tomaron de la oreja—. ¡Ay, señora Smith!

—A mis dedos no les interesa escuchar su parafernalia, milady. No le agradan las mentiras, los inventos y mucho menos las excusas. ¿Sabe cuántas damas exitosas he educado a lo largo de mi vida? Esto no ha sido por ser una persona a la que puedan tildar de tonta. Me han mostrado todos los trucos y mañas, nada de esto es nuevo para mí.

—¿No sería bueno sentir piedad por mi padre?

—Su padre sabe que no debe meterse en asuntos de damas, y milady, mi estimada y antigua pupila, no permitirá que usted equivoque su camino. Vamos a la casa, hoy terminará un libro o si quiere puede escribir que no volverá a desobedecer a su institutriz hasta que esté comprometida. Las reglas son sencillas y debe ceñirse a ellas. Las jóvenes de ahora piensan que pueden engañar a una institutriz con mis años. Ni un caimán puede vencerme.

La institutriz llevó a Berenice hacia dentro de la residencia y le hizo una inclinación amistosa al señor Benedict Barnes, mayordomo y ayuda de cámara del conde. Aquel estaba adiestrando a su sobrino, Harry Barnes para que pudiera reemplazarlo, ya que, por su edad, lord Montgomery había decidido que se retirara de las labores de la casa y que descansara en una cabaña, cerca de la residencia, en la que podría cuidar de los animales y en el que siempre estaría pendiente de su querido amo.

—No parece ser una buena tarde para milady, pero es algo convencional, Harry. La señora Smith es bastante peculiar... Como te decía, lord Benedict es el heredero de milord y le debes mucho respeto. Es un jovenzuelo un poco tonto, no se parece a su padre a esa edad, aunque de cierta manera me alegra que al menos uno de ellos no se alegre en las tinieblas de esta casa.

El sobrino del sirviente asintió y continuaron con su recorrido por la vivienda.

Después de unos minutos, Berenice tenía frente a ella el libro que debía leer y para nada era tan pequeño como hubiera deseado. Se colocó junto a la ventana para empezar su castigo y vio que su hermano pasaba frente a la biblioteca al lomo de su caballo, con una sonrisa burlona.

—¡Te dije que ella estaba ahí! —gritó azuzando a su caballo.

—Condenación... —murmuró chirriando los dientes.

—¿He escuchado que dijo una palabra inapropiada para una dama?

—Por supuesto que no, señora Smith, dije confirmación, aquí dice confirmación —alegó fingiendo que leía el libro.

—Ah, creí oír condenación. Su hermano es un provocador reforzado, totalmente parecido a su tío, lord Nottingham. Es una pena que ninguno de ustedes heredara la pasividad de su padre. Lord Montgomery es un alma pacífica que de manera inexplicable terminó casado con milady. Cosas que nunca entenderemos...

La educadora tenía un té en la mano y una pequeña figura que dibujaba en un papel. Gracias a pasar tiempo ahí, sus habilidades para pintar se habían hecho mejores por los consejos del conde que era un gran artista.

Para Berenice, estar encerrada en la casa comenzaba a ser agobiante, ya que pensaba en todo lo que cambiaría su vida en poco tiempo. A nadie le hablaba de sus inseguridades sobre su altura y su delgadez. Se sentía tan apenada por verse de esa manera, que nadie comprendía su sentir. Era más alta que su madre y ella a su vez era la de mayor altura entre sus hermanas, sobrinas y conocidas. Su padre también era de gran altura y por eso no existía forma de que ella pudiera ser más pequeña, fina y delicada como otras damas, por lo que se enfocaba en ser talentosa y de paso a tener buen corazón. Tal vez alguien viera en su interior y se compadeciera lo suficiente para casarse con ella.

Cada vez que pensaba en la idea del matrimonio, recordaba al caballero que la había atropellado en Londres. Estaba en su carruaje y ella se cruzó para coger a un gato y todo pasó muy rápido. Ni siquiera se dio cuenta de cómo ocurrió, solo cuando abrió los ojos un caballero de ojos entre azules y verdes y de caballera marrón claro la cogió en brazos. Ella solo pudo sostenerse del pecho de aquel con las fuerzas que le quedaban con el brazo que no se fracturó. En ese instante, cogió un broche y no lo volvió a soltar. Lo conservaba consigo para cuando volviera a verlo. Ese era el hombre de sus sueños.

—¡Debe parecerle tan aburrida la lectura para haberse puesto a dormir!

La voz de la señora Smith despertó a Berenice. Sin darse cuenta se había quedado dormida. El libro no había logrado atraparla en ningún aspecto, solo la sumergió en el aburrimiento.

—No me gusta tanta filosofía...

—Por supuesto, todas las cosas que le pueden hacer... ¿Qué dijo?

—Que no me interesa la filosofía, ni la política o algo parecido.

—Oh, por fin, una jovencita convencional que no intentará pisotear la hombría ni el orgullo de un caballero. Esto debe ser un verdadero milagro. La sangre de lord Montgomery debe estar luchando por hacer algo bueno por esta criatura nacida de los confines del averno.

—Tampoco exagere, solo es aburrimiento. Prefiero a mi huerta y mis gallinas.

—Usted no debería andar entre esos animales. Es una dama, no haga que se lo recuerde cuando parece que pondrá huevos. Bien, por hoy dejaré de torturarla e iré a buscar mi lámpara.

Cuando llega la noche, este lugar es de terror y mi dedo pequeño lo sabe.

La mujer se retiró y Berenice por fin podría dedicarle más tiempo a sus pensamientos y a sus sueños. Ella salió de la biblioteca y bostezó. Para la joven no era difícil caminar los rincones de la casa en la que nació y creció, para Berenice y su hermano, la oscuridad era un refugio. Ambos amaban a su padre y comprendían sus momentos de complejos y en los cuales utilizaba el arte para sacar toda la belleza que él escondía.

Al conde no le gustaban los salones. Prefería vivir en el campo, en la seguridad de su hogar, con la familia que había formado. Si se veía obligado a salir era porque alguna de sus queridas sobrinas debutaría o necesitaba apoyo, de otra forma no había manera de sacarlo. Las Navidades eran el mejor momento del año en el que se daban cuenta de que las casas iban quedando pequeñas y que una mesa larga no era suficiente para todos. Hacían aquellos festejos como un gran baile, pues las familias crecían y ella era la próxima encontrar a su futuro esposo.

—Señor Barnes... —habló Berenice al ver al hombre del servicio.

—Dígame, milady.

—¿Y mi padre?

—Él está en el ático pintando. Usted lo conoce, hay solo cuatro lugares que frecuenta en su propia casa, el resto es territorio de la condesa.

—Se quedará sin luz.

—Créame que él puede pintar incluso si se llegara a quedar ciego. Es talentoso.

Ella le sonrió y acarició el brazo del sirviente. Aquel los quería mucho y los consentía demasiado. Después fue hacia el ático y ahí encontró no solo a su padre, sino también a su madre, concentrada en un par de hojas.

—Padre... —lo llamó la joven.

—Berenice, ¿estás bien? He visto que la señorita Smith ha usado tu oreja para alimentar a los gansos —se burló su padre.

—No es cierto. Ha sido un poco cruel, pero tiene razón, fui desobediente y sé que la desobediencia trae sus consecuencias...

—Hasta no parece sobrina de Spencer, Fanny —dijo Clifford que abrazó a su pequeña.

—Es solo un disfraz, no tarda en sacar las garras Fane —alegó Fanny.

—Ese es Benedict. Me ha estado molestando mucho. Debo acusarlo con ustedes para que tomen acciones o lo haré yo.

—Ten paciencia con él, todavía es muy inmaduro y le falta experimentar la vida —lo defendió su padre.

—¿A dónde creen que ha ido a caballo? Les aseguro que ha ido a mirar a las mujeres que andan por el pueblo. Deben admitir que tiene el calzón tan ligero como el de un libertino.

Capítulo 3

—Eres más inteligente que tu hermano, no deberías estar juzgando a alguien insensato. A esta edad ellos experimentan la vida —justificó Fanny.

—Y si una dama llegara a experimentar la vida, ¿qué ocurre? A mí también me gustaría espiar a los caballeros elegantes.

—No es lo mismo, querida. ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? —cuestionó su padre.

—Debió ser Eugenia o Augusta. Ninguna de ellas es buena influencia para nadie.

—Ninguna de ellas me ha dicho nada, aunque esas personas a las que llama mala influencia están felizmente casadas con excelentes esposos, ¿o lo olvida, madre?

—Déjame decirte que, de las dos, solo Eugenia se ha destacado por su atrevimiento para mirar a un hombre desnudo. No sigas esos pasos, Berenice —mandó su madre.

—Ni siquiera le hubieras dicho eso, ahora irá a perseguir hombres si sigue el camino de tus hermanas —glosó el conde.

—Tampoco lo haría. La señora Smith me castigaría hasta sacarme la oreja. Todavía quiero conservarla un par de años más.

—Me alegra que pienses eso. ¿Quieres pintar algo? —indagó su padre que la miraba recorrer el lugar.

—No. Vine a traer una lámpara. Saben que enseguida oscurecerá, no quiero que nadie se golpee y menos mi madre.

—Llevo muchos años viviendo aquí, no te preocupes... ¿Todo está bien contigo, Berenice? —interrogó su madre.

—Sí... Mmm... Tal vez no. Tengo un par de dudas. Sé que hoy he salido a cabalgar y no quiero justificarme. Solo lo hice porque sentía la necesidad de hacerlo, asumo mi culpa por desobedecer a mi institutriz. Sé que no debí...

—Considero que la señora Smith lo sabe y ha sido ligera contigo. ¿Eso es lo que te preocupa o hay más cosas? —Clifford dejó lo que estaba haciendo para ponerle más atención a su hija.

—Siento miedo de no encajar cuando debute —confesó ante sus padres.

—No le temas a eso. ¿Por qué piensas así? Eres preciosa, Berenice. Ni siquiera deberías dudar de eso —habló Fanny, preocupada.

—Pasa que ustedes saben que soy más alta y delgada, por más que he intentado ganar peso, no he podido. ¿Encontraré a un caballero al que no tenga que mirar hacia abajo?

Clifford cogió la mano de su hija y la acarició.

—Eres perfecta. ¿Qué son unos centímetros más para alguien si está acompañado de una gran belleza? Tus problemas son pequeños, pero no por eso dejan de ser importantes. Como me ves, pude lograr casarme. En comparación a esto, tú no deberías siquiera dudar de estar bien. Ánimo, Berenice. Vendrán cosas buenas a tu vida —la animó su progenitor.

—Quiero pensar que por eso sobreviví al accidente en Londres. Fue un error de mi parte y lamento haberles hecho tanto daño en aquel tiempo.

—No recuerdes ese momento, gracias a eso tienes a Saint. Tenemos suerte de que alguien conocido terminara auxiliándote. Lord Northland fue muy amable para no enfadarse porque una chiquilla revoltosa se arrojó frente a su carruaje —recordó su madre.

—Es probable que él esté casado, ¿no es así?

—No sabría decírtelo. Quizá Wilburg lo sepa, Berenice. Con lo simpático y educado que es, debería estar casado a estas alturas, ya no es un jovenzuelo...

Al oír esas palabras, ella se sintió más desanimada que antes, pero colocó una sonrisa

forzada para que sus padres no se dieran cuenta de la tontería que había estado guardando por años en su mente. Ni siquiera recordaba tan bien a ese hombre, solo que era tan amable como un ángel.

—Sí, debe estar casado —musitó fingiendo desinterés—. Aquí les dejo esto y los espero en la cena. No se golpeen el pie.

Ella se retiró y dejó solos a sus padres.

—¿Qué crees que le ocurre? —preguntó el conde.

—Pues son complejos de la edad... Créeme que lo sé. Ser alta no es tan atractivo como la altura de un caballero. Mis hermanas se han burlado de mí por años, pero desde que estoy a tu lado, eso ha dejado de importarme. Eres todo lo que necesito para ser feliz, Clifford, y tu altura me fascina. Puedo darte un beso sin jorobarme.

Él le sonrió y se acercó a darle un beso. Ambos abandonaron lo que estaban haciendo para ir hacia las habitaciones. Era mejor dejar aquel estudio en la oscuridad e ir a disfrutar de un tiempo en familia.

Berenice se sentía aburrida, por lo que cogió el pianoforte y le dio un par de toques para oír cómo sonaba. Tocaba bien aquel instrumento y sentía que alguna vez quizá pudiera componer una sonata.

—Acabo de llegar, Berenice, ni se te ocurra, por favor... —pidió su hermano que tiró su cuerpo en un sillón.

—Pienso tocar algo bueno. ¿Qué hiciste al salir?

—Eres curiosa. No he hecho nada extravagante más que perseguir faldas de señoritas. Cuando Philip venga, visitaremos un par de lugares...

—Qué desagradable. ¿Por qué no puedo perseguir pantalones?

—Si lo haces, nadie se casará contigo. Te lo dijo Philip.

—¿Debo creerle al resentido de Philip?

—Sí.

—Él se ha enfadado con Philippa por haberse casado.

—Yo pagaría para que te llevaran de aquí.

—Vaya defensor que mi padre dice que tengo. Cuídate de que no pague yo para que te lleven, Benedict.

—Quiero que me lleve una dama con escote y que me asfixie con él...

—¡Es suficiente!

Ignoró a su hermano que se burlaba de ella tratando de esa manera a las damas. Él era alguien egoísta y misógino. Ella tenía otro concepto de los caballeros, al menos del que deseaba que fuera su esposo, aunque al parecer debía alejar esa idea de su cabeza si el conde de Northland se casó. ¿Qué haría al ir a Londres? ¿Podría escoger o ser escogida por alguien?

A veces pensaba en las descripciones toscas que hacía su hermano sobre las damas y se daba cuenta de que ella no cumplía con los requerimientos para atraer a un caballero. No tenía un escote para ahogar a un hombre y tampoco era de la estatura correcta. Eso solía mermar sus expectativas. Ese día se sentía más cansada, triste y devastada que otros días, pues entre realidades y posibilidades, su mente se perdía en lo incierto.

***

James entró al salón en el que se encontraban Steven y Charles, cada uno con un cigarro y una copa a su lado. Las cartas bajaban con gran agilidad para ver quién ganaba la partida esa noche.

—Aquí está el whisky... —anunció James.

—¿Qué crees que debo hacer? —inquirió Steven, mirando al hombre.

—¿A qué se refiere, milord?

—Quiere saber si sigue esperando a la indicada o ser arrojado al dichoso matrimonio por conveniencia —respondió lord Tyne.

—Qué decisión más difícil...

—¿Es todo lo que me dirás? Es algo que ya sé. Es tan difícil que me está costando trabajo. Mi madre irá a la casa de una mujer en unos días y dice que quizá la dama sea hermosa y especial para mí. ¿Debo confiar en su instinto o debo huir a la propiedad de los familiares de Wilburg en Gloucestershire?

—Lo mejor es que vaya a divertirse. Considero que su madre le ha anunciado que encontró a la mujer de su vida y que usted no hace falta para nada.

—¿Lo ves? Es el consejo más evidente y no hay ninguno que lo iguale o mejore ese. Resígnate, no has conseguido el amor como los demás. No es algo para avergonzarse, es cuestión de vivir la vida de otra forma. Regresa conmigo a las juergas, tengo un par de damas disponibles para nosotros... Dejemos una generosa propina para James y nos iremos, después de que te gane, por supuesto.

—No sé si es una buena idea dejar que mi madre se apodere de mi vida de esa manera. No puede escoger a mi esposa. Debería poder verla, saber a quién me ataré por el resto de mi vida, que espero que no sea demasiado. No encuentro algo que me inspire, algo que me haga feliz. Las cosas que antes me daban felicidad, ahora solo son cosas y nada más.

—No seas exagerado. ¿Lloras por un poco de sexo sentimental?

—No es eso, Charles, esto es espiritual. Nunca lo había visto de esta manera, pero ahora, por más que no tenga a una dama a la cual amar, me doy cuenta de que mi madre extraña tanto a mi padre y es porque lo amaba demasiado. Ella no ve sentido a seguir viviendo sin él y yo no veo sentido a continuar sin conocer a alguien que le dé vida a este cuerpo.

—Te gané. Hay que beber un poco más. Nadie vomitará en nuestros zapatos. Te llevaré al mejor lugar en el que te alegrará la vida y olvidarás toda esa tontería romántica que traes en tu cabeza.

El sirviente de White's sirvió más whisky a los que estaban ahí antes de que estos salieran del sitio para ir a donde había dicho lord Tyne.

Subieron juntos al carruaje y emprendieron el camino a la residencia de una dama soltera que había acogido a otra bajo sus alas. El plan de Charles era que Steven se distrajera con la recién llegada a la cual la mujer metería al mundo de la compañía.

—Lo pasarás bien. Wendy tiene a una joven nueva en su casa. La ha acogido y pensé en ti para que seas una buena experiencia. Eres un libertino de gran recorrido, cualquiera estaría encantado de estar contigo.

—Hablas como si estuvieras enamorado de mí.

—Ya quisieras, pero no. Lo único malo contigo es la bebida... Y antes de que digas que no eres ningún ebrio descontrolado, créeme que lo sé. Ahora lo único que he hecho es ser bienintencionado queriendo que revivieras esa llama de la juventud, del libertinaje, de la alegría inmediata y la gratificación instantánea. Dime si no soy un alma caritativa…

—¿Así es como olvidas a tu hermana?

—Media hermana...

—Lo que sea.

—Si piensas que lloraré por lo que dices, estás equivocado. Vi crecer a mi hermana para que ese ebrio sin beneficio se quedara con ella. La cuidé, la consentí, la adoré... ¿Para qué? Para que corriera a los brazos de alguien que no la merece... El amor de hermanos es tan ingrato como cualquier otro amor. Hubiera preferido darte su mano, eres mucho mejor persona que Adam.

—Adam es excelente, solo que tú no encuentras algo bueno en él. Deberías considerar las cosas. Ser un hermano demente y celoso no te llevarán a ningún sitio. Llevan demasiados años casados, tus esperanzas de viudez para tu hermana deberían desaparecer.

—¿Por qué? Todavía le queda tiempo de ser libre, aunque ya tengo sobrinos, son lo mejor que tengo.

—Tienes todo y te quejas. Yo no tengo hermanos, sobrinos y ni siquiera a mi padre. Ahora solo te tengo a ti.

—Soy el mejor consuelo para cualquiera. ¿No te pones feliz a mi lado?

—No. Me has ganado un par de peniques.

—No seas resentido, así es el juego. Con eso pagaremos la compañía, por eso yo invito.

—Tú invitas y yo pago indirectamente, no suena algo conveniente para mí.

—Eso no importa, lo importante es que estamos juntos.

Llegaron hasta la residencia de la dichosa soltera que había dicho Charles y Steven estaba un poco incrédulo. No tenía muchas ganas de hacer alguna cosa con la amiga de la conocida de lord Tyne.

—¡Charles, qué encantadora visita! Y no has venido solo, qué satisfactorio... Déjenme ofrecerles lo que está a nuestra disposición —alegó la mujer que le dio un beso en la mejilla a Charles.

—Él es mi amigo, Steven, es el conde de Northland.

—Hace tiempo, cuando todavía frecuentaba las fiestas privadas, recuerdo que lo había visto y también me acuerdo de la caída... —comentó.

—Buenas noches, desearía olvidar esa parte vergonzosa de mi vida... —replicó Steven, avergonzado. Eso había quedado inmortalizado en la memoria de todos los ingleses.

—¡No se preocupe! Juliet es alguien que lo acompañará... ¡Juliet!

Juliet era una dama pequeña, fina, de cabellos negros y ojos marrones, alguien muy encantadora a simple vista. Tampoco usaba una prenda atrevida como Wendy, solo usaba un vestido sencillo y de debutante.

—Buenas noches... —saludó la joven.

—Buenas noches... —correspondió por educación, pero la verdad era que prefería irse a la casa de su madre y escuchar los planes de aquella. Sonaba más alentador que estar con dos extrañas de la vida alegre.

Capítulo 4

El conde no podía creer que se estuviera divirtiendo tanto con esas mujeres, mientras bebía más whisky. La tal Juliet podría dejarlo desnudo si quisiera en el estado en que se encontraba, pero las anécdotas de Wendy dentro de la sociedad eran algo de mucha risa. Siendo una mujer libre y burguesa a la que poco le habían importado los prejuicios en su contra por no ser de la aristocracia. Sin embargo, la gente que la frecuentaba era de la nobleza y la aristocracia. Lo más extraño de la situación de la dama era que tenía tanto dinero que ni siquiera podía contarlo. No se acostaba con los hombres por dinero, sino por gusto. Escogía con quién hacerlo y Charles era uno de sus elegidos, al parecer había dejado a las viudas y tomó el gusto de solo anclarse a una sola amante, lo que significaba un turno bastante largo.

—¿Usted no está interesado en...? —Juliet no pudo terminar de decir lo que quería, solo lo insinuaba.

—¿Acostarnos? Tal vez. Eres hermosa, pero tengo un par de problemas que no son tan sencillos de superar. Llevo un par de meses en una sequía de ánimo.

—También estaba así, hasta que decidí que no conseguiría esposo y me resigné a ser soltera. —Juliet bebió una copa de vino y sonrió.

—¿Solo decidió ser soltera o fue la falta de pretendientes?

—Falta de pretendientes interesantes. Usted sabe que los aristócratas solo se acercan a las burguesas por interés económico. Si de ellos dependiera, jamás se acercarían, pero en mi caso, la fortuna en los dos sentidos no estuvo de mi lado. Mi dote no era tan generosa y tampoco nadie se acercó. No resulté atractiva.

—Pues después de tantos años de ser un codiciado libertino, decidí que quería tener una esposa, pero aquí me ves, incapaz de tocarte pese a estar solo de verdad.

—Al menos sirvo de consuelo. Conversamos, bebemos y nos hundimos en nuestra miseria.

Él sonrió.

—Nadie lo puede decir mejor, Juliet.

—Lo que no comprendo es cómo no se ha casado si es tan dulce y encantador. Yo hubiera estado encantada de verlo, pero no frecuentábamos los mismos círculos. Hombres como usted no abundan, créame.

—Y damas como usted tampoco. Durante este tiempo, bailé con tantas que ya no recuerdo sus rostros, pasé por tantos lechos que ni me acuerdo de lo placentero que es apolillar junto a una mujer... Antes disfrutaba de eso y ahora se me ha olvidado. Vine aquí con la mejor intención; sin embargo, prefiero una buena conversación.

Un poco decepcionada, Juliet asintió y siguió bebiendo y escuchando al conde de Northland. Se sentía un poco estafada por Wendy, ya que le había vendido esa visita como la maravillosa oportunidad de conocer a un aristócrata libertino que la haría ver las estrellas, pues aquella no quería compartir a su amante de turno, lord Tyne.

Después de un par de horas y con un Steven demasiado borracho, Charles lo subió al carruaje para poder llevarlo a su casa.

—¿Cómo te fue? Juliet ha sido muy agradable... —habló Charles para estirar la lengua de su amigo.

—Pues... Ella es agradable. Ha sido mi paño de lágrimas toda la noche...

—Te acostaste con ella, ¿verdad?

—No, me acosté en cualquier lugar, menos en su entrepierna, lo que me deja como un maldito marica. ¡No pude, no se me ha despertado la libido!

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? Es vergonzoso. Te vendí como el mejor amante de Londres y me haces esto, ¡me has avergonzado, Steven!

—Lo siento, pero no estoy de humor para flirtear con alguien. Estoy preocupado y pendiente de mi futuro.

—Hoy he dejado de ser tu amigo. Después de estos pocos años en los que hemos congeniado...

—Oye, no es para tanto... Abrázame...

—¡Quítate! —escupió Charles al sentir las manos de Steven en su cuello—. No quiero que te confundas y empieces a besuquearme por error. Deberías considerar lo que pasa con tu vida. Si no sientes deseo por una mujer, mucho menos podrás casarte.

—Es solo la preocupación. Soy tan fuerte como un semental, solo que ahora el semental está ebrio, deprimido y preocupado por su futuro.

—¿Cuánto llevas sin acostarte con alguien?

—Un año tal vez. ¿Eso no cuenta con el consuelo propio?

—No cuenta el consuelo propio.

—Entonces estoy en lo correcto, un año.

Pese a que todo lo que le rodeaba daba vueltas, Steven recordaba que llevaba tiempo sin sentirse cómodo. Los constantes acosos de su madre y su falta de decisión, hacía que el interés por las damas se perdiera. Cada vez que se entusiasmaba con una, terminaba desanimado, pues no lograba que en su interior saltara una chispa. Sentir una conexión con esa persona. No se proyectaba más allá que al término de un baile.

Durante esos años observó cómo eran las características de los hombres enamorados y sabía que no cumplía con ninguna de ellas. Tampoco las damas cumplían los requisitos que él esperaba comparándolas con las esposas de sus amigos. En fin, era un soltero que se sentía vacío, aburrido y harto de las temporadas sociales. Cada una de ellas era más vacía que la anterior.

Una vez que Charles lo llevó a su casa y lo dejó en su entrada, Arthur, el mayordomo, lo observó con fijeza.

—¿Necesita que lo ayude?

—No, puedo solo. He venido en peores condiciones y no he tenido inconvenientes. —Él arribó las escaleras, pero tropezó con su propio pie cayendo varios escalones hasta poder sostenerse y colocarse de pie—. ¡Estoy bien!

Siguió subiendo, pero esta vez se sujetó con más fuerza para no volver a avergonzarse. Para su suerte no confundió su habitación y llegó hasta ahí para sentarse en la cama y observar cómo todo se daba vuelta a su alrededor. Había bebido demasiado, pero sin dañar su reputación como años atrás. Fue un tonto y crédulo. Si no lo hubiera hecho, quizá su vida sería mejor y estaría casado. Tal vez la mujer de su vida estaba infelizmente casada con otro por no soportar la espera.

Días después...

El conde esperaba la llegada de su madre que había ido a la residencia de la hija del marqués de Abermale. Se suponía que conocería a esa joven para saber si podía ser la dama adecuada que él estaba esperando.

Se sentía ansioso, tenía sus esperanzas puestas en que, una sorpresa, pudiera ser lo que él necesitaba para decidirse. A todos le gustaba saber qué existía dentro de la caja de un obsequio. Esa sensación era la que él deseaba vivir esa noche.

Mientras aguardaba a su progenitora, él le escribía su tercera misiva a Charles. Al parecer era cierto que cortaría su amistad, pues no le había respondido.

—Disculpe, milord, le ha llegado una carta... —dijo el mayordomo con un sobre en la mano.

—Debe ser Charles. Este hombre se ha hecho de rogar. Ni siquiera a una dama le he dado tanta atención como a este caballero.

Cogió la carta y con el abrecartas rompió el sello, pero se desanimó al darse cuenta de que no era Charles, sino que era Wilburg.

—Es de Wilburg —comentó decepcionado.

—También es su amigo...

—Pero él ni siquiera me hace caso. Con Charles tengo las cosas en común, somos solteros, él y yo contra el mundo. Me sentiré muy mal si Tyne llegara a casarse antes que yo —se quejó y se dispuso a leer la carta que decía muy poco: «Partiremos en dos días a Gloucestershire y después pasaremos a Yorkshire. Estas semanas serán intensas».

Steven iría en su propio carruaje. No quería ser una carga para nadie. Tal vez alguna velada nocturna lejos de Londres lo ayudara a encontrar algo si el objetivo de su madre fracasaba.

Unos minutos después, se escuchaba el sonido de los zapatos de su madre. Aquella iba con mucha prisa hacia el despacho en el que se encontraba él.

—¡Mi queridísimo, Steven! Hijo mío... —pronunció con entusiasmo.

Él se levantó como si el asiento tuviera un resorte. Su corazón se aceleró y respiró profundo.

—¿Qué novedades tiene, madre?

—¡Las mejores, querido! Has dejado de ser un soltero sin compromiso, ahora tienes uno con lady Camila Winchester.

—¿Lady Camila Winchester? ¿Está segura, madre? ¿Ta-tan pronto? ¿No la increparon para preguntar las razones por las que su hijo no se había casado?

—Querido, los he convencido con algo tan sencillo. Creen que eres un santo. Les dije que no te habías casado por buscar a la correcta y que yo, como madre, te estaba ayudando, que sería tus ojos y tu decisión... Ella es preciosa y muy rica. Tendré unos nietos que ni te cuento, cariño. Estoy tan feliz que ya quiero presumirlo con todas mis amistades y con George. Debe alegrarse porque su primo está comprometido.

—Estoy comprometido... —murmuró—. ¡Estoy comprometido!

Corrió para abrazar a su madre. Definitivamente, eso era lo que necesitaba para estar tranquilo. Su vida estaba resuelta. Si bien, no había encontrado a la adecuada por su cuenta, esperaba que el buen gusto de su progenitora hiciera gala.

Sabía que eso que había hecho su madre era concretar un matrimonio por conveniencia. Le

daba cierto temor no sentir un enamoramiento. Se emocionaba porque su búsqueda había terminado, pero empezaba otra lucha: la de saber si serían felices o si se enamorarían.

—¿Cuándo la conoceré?

—Mañana, en su jardín. Debes estar ahí a las once. Te han concedido una hora para conocerla mejor...

—Me alegra...

—Debí haber hecho esto hace tiempo, pero algo me dijo que esta dama es la indicada.

—Pues que así sea. Iré a conocerla mañana.

—Me alegra tanto que estés conforme con esto. Dejarlo todo en mis manos ha sido tu mejor decisión ante la indecisión. Ya verás que este matrimonio será excelente. No todos los enlaces por conveniencia son malos, no los demonices. No siempre encontramos el amor en la soltería, en el matrimonio tienes más capacidades por desarrollar. Mañana empezarás a hacer algo importante que será conocerla y poner todo de tu parte para ser un gran esposo.

—Y espero que ella quiera ser una gran esposa. ¿Cree que la sombra de mi pasado me perseguirá?

—El marqués estaba encantado al saber que el último de los libertinos de su grupo desea casarse. Tus amigos te han hecho el favor de ser unos grandes caballeros dentro de la sociedad después de unirse a esas damas, por lo que piensan que eres el candidato ideal para su hija. Por supuesto que aproveché para decir que buscas lo mismo. Hubieras visto cómo brillaban sus ojos al saber eso, no dudó un minuto en ofrecer a su hija y yo no dudé en aceptarla al segundo siguiente antes de que se arrepintiera. Ahora solo depende de ti no hacer quedar mal a tu queridísima madre.

—Por supuesto que no haré algo semejante. ¿Tiene miedo de que salga corriendo tras otra mujer? Eso no ha ocurrido en estos años y al parecer tampoco ocurrirá.

—Es bueno resignarse, cuando lo que tendrás es tan maravilloso como una familia, Steven. Por fin te veré realizado como a George. Llevaba tiempo teniéndole sana envidia a lo que él ha

formado con mi adorable Brianne.

—Lo sé, usted hubiera deseado que me casara con ella, pero es tan perfecta para él, que no me atrevería a mirarla de otra manera.

—Lo sé. Eres honorable. Entre todos tus defectos, eres un caballero de alto valor que no quiere verlo, por eso tu madre quiere demostrártelo.

—Usted me avergüenza muchas veces, madre, pero en esta ocasión, ha logrado alivianar la carga en mis hombros. Pensar cada día en el fracaso me estaba enloqueciendo. Ahora podré volver a ser el mismo Steven jovial de antes de que mi vida cambiara por las ideas del amor...

—¿Qué harás ahora?

—Comunicarles a mis amigos que estoy comprometido y que festejen conmigo esta noche en White's. Disculpe que la deje, pero escribiré eso. Es una gran noticia y hay que compartirla.

—Claro, hijo, te dejaré hacerlo. Esta es una de las pocas veces en las que me alegro de que vayas a ese lugar.

La condesa viuda dejó a su hijo solo y él tomó asiento para después juntar sus manos haciendo un triángulo sobre la boca, pensando en que su calvario había terminado, quizá para entrar en otro. En ese instante se encontraba en manos de Dios.

Capítulo 5

Por la noche, Steven regresó a White's para poder hablar con sus amigos. Tenía esa buena nueva para contarles. Pasó toda la tarde pensando en cómo sería la hija del marqués y también dentro de su mente tenía muchas preguntas para las cuales deseaba obtener respuestas prontas. Mañana debía acudir al encuentro de la joven y esperaba que fuera algo bueno para él.

Al entrar al club, encontró a John escribiendo en el libro de apuestas de White's. Quería saber qué estaba apostando.

—¿Qué haces, John? —curioseó.

—Ah, eres tú. Estoy haciendo una apuesta —respondió tocando sus bolsillos llenos de monedas.

—¿Y a qué apuestas?

—Créeme que no merezco que me odies...

—Espera, ¿eso qué tiene que ver con lo que te he preguntado?

—Pues... —John cogió a su amigo del brazo para susurrarle algo en el oído—, los demás han estado haciendo apuestas sobre ti.

—Eso no me sorprende.

—Entonces no debería molestarte que apostara en tu contra.

—Pero cuál es la apuesta.

—Que no te casarás...

—Ajá. Entonces también participaré, pero apostaré a mi favor... Ya lo verán, todos se tragarán sus palabras.

—Solo hemos dicho que en la próxima temporada no te casarás y que sí lo hará Charles.

—¿Por qué él sí y yo no? ¡Es absurdo! Correré desnudo durante el día por las calles de Londres si eso llegara a ocurrir. Es injusto y totalmente ilógico.

—Las personas más deseosas por casarse son las que menos logran hacerlo. En cambio, cuando huyes del matrimonio, ese te persigue hasta que logra atraparte y llevarte a los confines de...

—La felicidad. No hables mal de algo que, pese a que no puedo vivirlo, sé que los demás lo disfrutan.

—No creas que es del todo disfrutable y más cuando tienes una Philippa... Una Philippa es como el infierno en la tierra, aterroriza a todos y...

—No me convencerás de nada ni siquiera hablando mal de tu esposa. ¿Está claro? Además, sé que es mentira.

—Solo quería consolarte porque estás soltero.

—No te preocupes, agradezco tu buena intención, pero no hacía falta. Es momento de ir al salón.

Al ir hacia ese lugar, Charles vio a Steven y quiso evitarlo, pero aquel lo había visto.

—Viniste porque leíste mi carta, Charles.

—No vine a verte. ¿Por qué lo piensas?

—¿En verdad te enfadaste por lo de esa noche?

—No, si lo estoy es porque siento que he estafado a dos mujeres. A una le dije que eras una fiera en la cama y la otra se lo dijo a Juliet que esperaba ver a ese felino enorme, pero resultó que solo era un pequeño gatito asustado y llorón.

—Te dije que no estaba en buenas condiciones. No es un secreto que casi soy virgen otra vez. Ustedes pueden arrodillarse frente a mí para pedir favores y Dios se los concederá. Oye, no quiero prometer que será diferente después, pero no es para que te enfades. Soy tu amigo y ella tu diversión de turno, te durará poco y no quieres perderme por una persona que no es tan importante.

—Tal vez tengas razón, pero eso no quita que yo he quedado como el peor mentiroso de la historia. Podrían llamarme el mayor vendedor de humo gracias a ti. Si algún día necesitas una mujer, no cuentes conmigo, no lo hagas. Y tampoco sentiré compasión por ti al verte en el suelo, yo mismo te daré el puntapié final.

—Entiendo tu frustración, ahora abrázame y ven conmigo...

—¡No me toques con tus sucias garras! Puedo caminar solo.

Charles fue al salón al igual que John y después Steven los siguió. No le quedó más que sonreír al conseguir de nuevo la amistad de ese soltero. Además, debía encontrar la forma de que él no se casara antes, porque terminaría perdiendo dinero.

—Nunca han estado tan temprano en un lugar —alegó Steven al ver al resto de sus amigos ahí. Adam, Wilburg, George y Herbert.

—Es que nadie quiere perderse de lo que tienes que decir, aunque todos sabemos que irás a molestar a Wilburg en Gloucestershire —dijo Herbert, el duque de Durmont.

—No es del todo cierto...

—Sírvenos, James —ordenó George para que comenzaran a beber.

—A Charles puedes servirle el mejor veneno que tengas, James... —pidió Adam, malicioso.

—Que sean dos copas, una para él y otra para mí. De esa manera, ni si estás muerto descansarás de mí —escupió su cuñado.

—Siempre es tan gratificante sentarse a la mesa con ustedes. Lo que sí debo reclamar a Steven es que no solo irá mi suegro, sino también toda la familia Fane. Iré de cacería todos los

días, me arrastrarán a las actividades sociales y tendré que bailar —se quejó Wilburg.

—Oh, pobre de ti que tienes una gran familia que te da atención —farfulló Steven, burlón —. Hoy he pedido que vinieran por una razón y será para brindar...

James seguía sirviendo las copas con más presteza, ya que el conde de Northland lo miraba como diciéndole que se apresurara con eso.

El conde carraspeó su garganta para continuar.

—Para sorpresa de todos, y mía también, les comunico que estoy comprometido con la hija de un marqués... Salud... —Él levantó su copa para que los demás hicieran lo mismo, aunque sus amigos estaban patidifusos al parecer. No se movían ni decían nada.

—¿Perdón? —curioseó Adam—. Digo, ¿de dónde la sacaste que no la habíamos visto antes?

—No he dicho nada de las sorpresas que ustedes me han dado a lo largo de estos años. Levanten sus copas y brinden conmigo, es suficiente, ¿qué más explicación quieren? El círculo de los solteros se convertirá en el círculo de los casados, ya que llevo excluido de esto demasiado tiempo. Hacen planes para irse lejos sin el soltero de grupo...

—¿Nos echas en cara que seas soltero? —interpeló John.

—Tú eres el menos indicado para hablar, John. Dijiste que no te casarías y que me quedara contigo siendo solteros ambos. ¿Y qué pasó? Te comprometiste en unos días y yo me avergoncé y desde ese momento mi vida cayó en un profundo agujero sin fin...

—¿En qué momento te pones a llorar por haberte emborrachado y haber arrojado a la que sería la esposa de John al otro lado del salón? Echaste a todo un salón como si fueran piezas de dominó —razonó Wilburg.

—Ciertamente, quería que fuéramos los últimos solteros sobrevivientes al ver que todos caían como moscas en las trampas del amor, en fin, soy la peor mosca de todas, pero no por eso debes culparme de tu desgracia —justificó John.

—Pudiste evitar mi vergüenza, pero tu egoísmo pudo más. Querías que yo fuera tu compañero, pero al final te olvidaste de todo lo que me dijiste.

—Está bien, tórtolos. Debo felicitarte, Steven, has hecho lo correcto —musitó Herbert.

—Sí, y también puedo decirles que perderán dinero los que han apostado a que yo no me casaría esta temporada que viene. Masticarán sus palabras y me quedaré con el dinero que han puesto en las apuestas. Todavía no puedo creer que apostaran en mi contra, soy el único que en verdad se preocupa por sí mismo. Ustedes se han olvidado de que alguna vez los he ayudado, pero como gran caballero sin memoria que soy, lo olvidaré apenas salga de aquí y no se preocupen, los invitaré a la fiesta. Ahora sí... ¡Salud!

—¡Salud! —dijeron los demás al unísono.

Estaban sorprendidos y extrañados al enterarse que el Steven estaba comprometido con alguien que ellos no conocían y de la cual no habían oído hablar. Al parecer, la soledad lo estaba afectando más de lo debido.

Esa noche había bebido demasiado, ya que sus amigos lo habían incentivado a tomar hasta casi perder la conciencia y él se había dejado llevar, ya que estaba contento con la decisión que había tomado para que su madre se hiciera cargo de su futuro, pues él era incapaz de tomar una decisión sensata por no encontrar a alguien que le agradara para pasar el resto de su vida. Eso ya dejaba de ser una preocupación para él.

No había logrado comprometerse por amor, y por la ansiedad de amar, quizá tampoco le molestara poner de su parte para que la hija del marqués fuera de su agrado. Confiaba casi ciegamente en su madre y sabía que ella no buscaría algo que le hiciera daño.

Por la mañana, no sabía cómo había llegado hasta su habitación, solo miraba hacia el techo de su cama. Se agarró la cabeza por un dolor punzante que lo atacó.

—¡Despierta, Steven! —gritó su madre que entró a su habitación.

Su voz retumbaba y acrecentaba el dolor de cabeza con el que había despertado.

—Madre, no grite.

—¡Cómo no voy a gritar si son casi las once y no has despertado para cumplir con el marqués!

Pese al dolor que sentía, sacó las sábanas que cubrían su cuerpo y se apresuró, caminando de un lugar al otro en su habitación.

—¡Estás desnudo! Esto es el colmo, Steven. Me avergüenzas.

—¡Arthur! —llamó a su sirviente para que este lo ayudara y de nuevo entró bajo las sábanas —. ¡En lugar de mirar lo que ha parido, ayúdeme con la ropa, madre!

—Quién quiere verte algo, degenerado. Duerme al menos con un camisón —reprochó su madre que salió de la habitación en lugar de echarle una mano con lo que pidió.

Su sirviente entró a la habitación, apresurado, cerrando la puerta a su espalda.

—Buen día, milord. Su madre está teniendo un mal día al parecer...

—Y yo tendré un peor día si no me vistes ahora mismo. Estoy atrasado para llegar a mi encuentro con mi prometida. Me he quedado dormido y nadie ha tenido la decencia de despertarme.

—Lo he intentado despertar al menos cinco veces, hasta llegué a pensar que había muerto, milord, por eso es que ha venido su madre.

—Dime, ¿cómo es que no tengo mi ropa de anoche?

—Lord Tyne lo trajo así, desnudo. Dijo que usted se había puesto tan contento que comenzó a desnudarse sobre la mesa de apuestas de White's...

Su rostro se tiñó de rojo al escuchar aquello. No podía ser posible que hubiera sido avergonzado de esa manera en un club de caballeros. Hubiera sido peor sabiendo que a algunos empleados del lugar se le infiltraban damas en el sitio. Agradecía poder estar tranquilo al no ser observado por alguna mujer desconocida.

Arthur, afanoso, buscaba la ropa que el caballero se pondría para salir. No tardó mucho tiempo en vestirlo, asearlo con presteza y echarle un poco de perfume para que no se percibiera el aroma a alcohol que destilaba el caballero. Mientras él se ocupaba de eso, el resto de sus sirvientes se encargaban de que el carruaje estuviera listo.

Steven bajó las escaleras a largas zancadas, faltaba poco para que se arrojara desde la segunda planta.

—Adiós, madre... —Él intentó darle un beso a ella, pero aquella lo empujó.

—¡Todavía crees tener tiempo para despedirte, sinvergüenza! ¡Vete y no pierdas tu tiempo conmigo!

Aquel buscaría otro momento para discutir con ella, pues debía llegar lo más pronto posible. Subió a su carruaje y ordenó que fueran con premura.

Con esa orden que había dado, recordó que su cochero había atropellado a la prima política de Wilburg en aquel entonces, también iba apresurado ese día, pero cuando pasó aquello, él tuvo que quedarse a auxiliar a la niña. Para su buena fortuna, aquella tenía una vida normal lejos de Londres. Quizá ella no tuviera mucha experiencia transitando por las apretadas calles de la ciudad. Después de que aquel hecho retornara a su mente, tocó su pecho, olvidando que no se había puesto algún broche, aunque su favorito lo había perdido en aquel accidente y no sabía cómo.

Miró su reloj y eran las once. Sacó un pañuelo de su frac y con aquel se limpió la frente. Se sintió aliviado cuando el carruaje se detuvo. Suspiró con grandes expectativas de conocer a lady Camila Winchester. Confiaba en que sentiría un flechazo que lo llevaría a quedar enamorado de ella para siempre. Deseaba de corazón que así fuera. Quería enamorarse locamente de ella para ser feliz.

Capítulo 6

Una vez frente a la puerta, dio un par de golpes para que pudieran abrirle. Esperó con paciencia. Una mujer de aspecto severo entreabrió la abertura.

—¿En qué puedo servirle? —indagó la señora.

—He venido a conocer a mi prometida, lady Camila Winchester —respondió ante la falta de un buen rostro que lo invitara a pasar.

—Ah, es usted... —Aquella lo miró de pies a cabeza—. Pase. Milady lo está esperando.

El tono de la mujer que lo atendía era áspero y hasta creía que lo despreciaba. Al entrar al recibidor, no se permitió mirar nada más a su alrededor, pues solo podía estar pendiente de aquel espectro que lo disgustaba.

—¿Este es el prometido de Camila? —interpeló un joven de al menos unos veinticinco años.

El marqués miró a su hijo con el ceño fruncido.

—Disculpe a mi hijo, milord. Por favor, siéntase como en su casa...

El mismo Steven creía que estaba en su casa con la mirada escrutadora de su madre observándolo por alguna razón.

—Es un placer recibirlo, milord. Nos complace formar lazos con su familia. Su madre es una persona encantadora —alegó la marquesa, sonriente.

—Es un placer conocerlos. Disculpen la demora. He tenido un inconveniente con el carruaje —manifestó a modo de disculpa.

—Sí, por supuesto. Qué excusa más nefasta de su parte...

—¡Julian! —espetó su padre—. Haz el favor de retirarte. Milord, disculpe a mi hijo.

—No me interesa que me disculpe... —El joven se acercó a Steven para murmurar algo—. Debe temerme. Sé lo que estuvo haciendo en White's, díscolo.

Julian se retiró hacia un pasillo de la residencia.

Lord Northland quería saber lo que estuvo haciendo. Comenzaba a temer por su reputación. Si había hecho algo malo, deseaba saberlo.

—Es un joven desorientado —justificó la dama fingiendo sonreír.

—No se preocupen, también tuve su edad y fui un joven desorientado.

—Nos alegra que tome con humor la mala actitud de mi heredero. Julian en ocasiones es problemático. Le hemos buscado una esposa, pero se rehúsa a tal cosa por el momento. Nuestra hija sin duda ha tomado de la mejor manera que le buscáramos candidatos. Ella es encantadora y completamente bien portada.

En el fondo de su mente, él desconfiaba de las palabras del marqués. Presentía que algo no muy bueno pasaba en esa casa, pues no parecía ser todo tan transparente como lo imaginaba.

—¿Dónde está lady Camila? Me encantaría conocerla.

—Ella está en el jardín. La señorita Clapton los acompañará como carabina, pues solo tiene una hora para poder conversar con Camila —alegó la mujer.

Él observó al espectro ojeroso que le señalaba la puerta que lo llevaría hacia el jardín. ¿Hasta qué límites había llegado su madre para conseguir una nuera para procrear a su nieto? Comenzaba a temer por lo que encontraría del otro lado de la abertura. De nuevo el sudor amenazaba con presentarse, no quería salir corriendo al darse cuenta de que su progenitora lo había engañado con la dama y era un verdadero adefesio. Su mente comenzaba a formar un par de imágenes de esa mujer y ninguna era alentadora, todas eran aterradoras. Desde baja y rechoncha hasta demasiado alta y narizona, con el terrible vicio de gastar dinero o peor aún, que fuera extremadamente religiosa.

—Con permiso —se disculpó para poder traspasar la puerta y descubrir si lo que había en el jardín era un monstruo o un precioso picaflor.

—Milady, ha venido su... —La señorita Clapton no quería decirlo, pero debía hacerlo— prometido.

Una joven de cabellera negra y brillante dejó lo que estaba haciendo entre las plantas y levantó la cabeza para observar al hombre que había escogido en un momento de desesperación.

Cuando Steven vio a la joven, sintió que el alma regresó a su cuerpo, hasta pudo sonreír de felicidad, ya que era de estatura convencional, facciones atractivas y unos grandes ojos ambarinos. Sin embargo, no sentía un flechazo, ni siquiera un latido distinto al del alivio. Podía ser solo la primera impresión. Lo mejor era esperar a que pudieran conversar y conocerse mejor.

—¡Milord! —exclamó Camila, encantada, mas los ojos de su institutriz le ordenaban que mantuviera la compostura.

—Milady... —Él se acercó hasta donde ella se encontraba. Lo bueno era que la institutriz mantenía distancia de ellos.

La joven miraba con insistencia hacia su institutriz, por lo que, al llegar frente a ella, esta hizo que él quedara hacia las plantas y aquella le diera la espalda al espectro.

—Es un verdadero gusto conocerlo. Debo admitir que estaba rezando sobre piedras para que usted fuera lo que esperaba... —confesó con cierto alivio.

—Debo confesar lo mismo. No es fácil un compromiso a ciegas y más aún uno que se concretó ayer...

—Sí, lo sé, pero por los periódicos, siento que lo conozco de toda la vida y por eso, cuando me dijeron su nombre, me he aliviado.

—Estamos en igualdad de condiciones. Su familia es amable.

—No crea todo lo que ve...

—Mantenga distancia, milady. —La orden de su institutriz era dura y ella obedeció al instante.

Eso fue un poco incómodo para Steven, que cada vez estaba más seguro de que ese lugar era un hervidero de alimañas.

—¿Le gusta la jardinería? Usted parece un verdadero colibrí entre las flores...

—No, odio la jardinería, pero me gustan las flores y estaba cortando un par de ellas... Queda poco tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para casarnos. Quiero que sea pronto, muy pronto.

—¿Por qué tan pronto?

Camila le hacía gestos para que mirara hacia los costados. Era como si quisiera decirle algo.

—Creo que la entiendo. —Al decir eso, ella cerró los ojos como si se sintiera aliviada.

—Deseo que sea la próxima temporada para que podamos bailar juntos. No hay nada mejor que el baile para conversar de forma íntima.

—Sí, lo sé. ¿Le han contado de mis andanzas?

—He quedado encantada con ellas.

—Oiga, ¿en verdad sabe quién soy?

—Lord Northland, mi prometido, un libertino, alguien que ama la idea de la libertad, y eso es con exactitud lo que necesito... —Camilia vio que su institutriz se acercaba—. Por supuesto que sé tocar el pianoforte de una manera excepcional. ¿Quiere escucharme?

Él frunció el ceño al no entender lo que ocurría, pero eso fue en un primer instante, ya que vio al espectro acercarse. Lady Camila no quería que aquella oyera lo que conversaban. Cada vez

estaba más seguro de que algo no estaba bien en el paraíso que le había pintado su madre. ¿Qué ocultaban ellos que ponía a la joven en alerta constante?

—Por supuesto que me encantaría. Para su buena fortuna, tengo habilidades en la música, si se cansa puedo ayudarla...

—Pensé que la música era una disciplina de las damas... —habló queriendo sonreír con holgura, mas no era excelente fingiendo.

—Mi preceptor no lo creía. Si hubiera podido, yo sería costurero.

Ella sonrió y lo invitó al banco del jardín para que se sentaran.

Después de estar un tiempo conversando, se dio cuenta de que su prometida era agradable, pero parecía un conejo asustadizo, aunque no la culpaba porque ese ambiente en el que debía desenvolverse era muy hostil.

—Es hora —anunció la señorita Clapton.

—Es una pena, espero volver a verlo pronto... No me olvide —murmuró.

—Estaré lejos un par de días en Gloucestershire, con unos amigos, pero regresaré pronto, lo más pronto posible.

Le daba cierta pena esa mujer. Algo tenía que hacía que sintiera una gran compasión por ella. ¿Qué pasaría con la pobre cuándo él no estuviera? Todavía no se había ido y se sentía atormentado.

—Que se divierta mucho, milord... —La joven se levantó del banco que compartían y fue hacia donde él la había encontrado al llegar.

—Usted también... —La vio colocarse en la misma posición de cuando llegó, como si todo fuera un escenario montado en el teatro. ¿Qué demonios ocurría en esa casa?

—Lo acompaño a la salida, milord. —La institutriz le mostró una sonrisa casi de terror.

Comenzaba a creer que estaba siendo afectado por sus invenciones mentales. Al regresar a la residencia, solo el hijo del duque lo miraba desde la escalera, mientras se retiraba. Parecía querer asegurarse de que se iría.

Una vez que salió de aquella residencia tan tenebrosa, subió a su carruaje y sintió alivio. Regresar a ese lugar no le hacía mucha ilusión, pero le preocupaba que esa pobre jovencita estuviera pasando alguna terrible situación dentro de la casa. Podía asegurar que ese espectro succionaba el pálido cuello de lady Camila durante la noche para mantenerse con vida. Negó con la cabeza para sacarse esas ideas absurdas que lo invadían, no se consideraba muy creativo para esas cosas, solo se sugestionaba. Tal vez su madre tuviera una respuesta a lo que acontecía.

Al llegar a su casa, la vio en el salón con un libro en la mano, uno que cubría toda su cara, como si no quisiera verlo, por lo que sospechaba que sabía en dónde lo había enviado.

—¿Tiene algo que decir o confesar, madre? La escucharé con paciencia.

El libro no bajaba ni siquiera hasta la barbilla de la condesa viuda, entonces, Steven lo bajó con un dedo, haciendo una presión lenta en aquel.

—Esa gente es extraña. ¿Lo sabe?

—Querido, no son extraños. Son personas...

—Personas extrañas. Hay un espectro en esa casa, uno que me perseguía y espiaba cuando intentaba conversar con la dama, sin decir que el hermano casi me insulta.

—Las carabinas tienen esa función, Steven. Juzgas a esa familia por nada...

—Usted es una mujer inteligente, dígame, ¿por qué quiere que yo sea el prometido de esa joven? No haría esto por diversión.

—Me descubriste. Oí que a esa joven la torturaban, por lo que se me ocurrió que podrías enamorarte de alguien a quien tendrías que salvar, serías su héroe.

—Ese lugar me demuestra que soy cobarde. Quería un destino sencillo, madre, no una familia de locos con un cuñado que me amenaza. ¿Le parece justo que tenga que vivir torturado?

—Sabes que tengo debilidad por ayudar a las damas. Cariño, esa joven te necesita. La pobre está ansiosa por la temporada social, lo único que desea es escapar de esa casa y tú te convertirás en esa salida.

—No puedo salvarme yo mismo, madre, y me ha metido en un gran dilema. Ahora iré a casa de la familia de Wilburg a pasar peripecias mentales porque no dejo de pensar en la prometida torturada. Grrr... ¿Qué ha hecho conmigo? Necesitaba ser feliz, no un problema.

—Ayer estabas feliz.

—¡Estaba feliz porque omitió todo lo que hoy he descubierto! Empeñó su palabra y mi cuerpo para que esa joven se salve de un destino en el que yo no tengo nada que ver.

—Eres un alma noble, hijo. Sé que puedes hacer algo bueno y dejar de lado tu egoísmo.

—Mis amigos se reirán de mí cuando lo sepan. ¿Por qué no puedo ser feliz? No pido nada más que eso.

—A veces la felicidad está en hacer el bien a los demás. No te lamentes y trata de hacer lo mejor. ¿Ella te ha gustado?

—Sí, es bonita.

—Entonces no hay inconveniente.

—No es suficiente para mí. Fue terrible aceptar algo que en un principio no deseaba y ahora estoy creyendo que fue un grave error de mi parte dejar mi futuro en sus manos. Confiaba en usted, madre.

—No te he defraudado. Considero que es una mujer excelente para ti. Estoy deseando que puedas notar lo maravillosa que es. Todas las damas fuimos criadas para ser una buena opción para un caballero y ella no es la excepción.

—Ahora puede dar una declaración de paz si lo desea, pero no le creeré nada. Me sentiré culpable de ir a Gloucestershire sabiendo que esa joven está pasando por una mala situación.

Lamento tener conciencia y compasión. —Él se sentó junto a su madre.

—Eres como siempre deberías haber sido, querido. Ya verás que al regresar de Gloucestershire todo será diferente para ti, verás la vida de otra manera. Estarás más animado por casarte, ya que irás en compañía de personas casadas, eso reforzará la idea de que has hecho lo correcto con la persona correcta.

Capítulo 7

En Yorkshire, Berenice había salido con el permiso de su institutriz para pasear por el campo. Después de haber sido castigada, no le quedaron ganas de ser desobediente. Solo debía fingir que ponía atención y que hacía lo necesario.

De vez en cuando salía de la propiedad de su padre e ir hacia la de su tío Spencer, en el de su tía, la baronesa Zouche, aunque iba con menos frecuencia, pues su primo prefería estar en compañía de Benedict que con una joven.

Aprovechaba el tiempo para practicar sus habilidades con el caballo. Acostumbraba a hacer carreras en solitario, tomando como competidor a cualquier ave de los alrededores. Prefería el campo que ir al pueblo, ya que tenían mal concepto de la residencia en la que vivían, pero eran felices en la oscuridad. Su madre aceptaba a su padre tal y como él se sintiera cómodo, nunca intentó cambiarlo desde que lo conoció, no exigió quitar las cortinas o colocar más lámparas. Su hermano y ella habían crecido en ese ambiente lúgubre que los desconocidos rechazaban, mas el resto de la familia lo aceptaba como algo extravagante. El precioso jardín que había plantado su madre tampoco ayudaba a que la gente cambiara la percepción de la casa.

En medio de su recorrido, fue a un arroyo cercano y ató a su caballo en un sitio para que pastara, mientras ella metía sus pies para sentir la frescura. Al acercarse al agua, miró su reflejo y no se sentía conforme. No se trataba de su belleza, sino de su altura y delgadez. Era tan alta que le desesperaba tener que mirar a la mayoría. Sentía que estaba más cerca de conversar con las liendres de cualquier cabeza que con alguien que le llegaba al busto.

Dentro de su inocencia, pensaba que no conseguiría esposo por ese defecto. Tampoco recordaba si lord Northland tenía una altura decente. Sabía que no debía pensar en ese hombre que la había impresionado siendo una niña, él era su héroe, pese a que fue el causante de su accidente en el que se rompió el brazo y recibió muchos golpes, en especial en su cabeza. Antes de aquel incidente era una niña común de trece años que no sabía mucho de la vida y mucho menos de la calle y tampoco había terminado de crecer. Cuando eso todavía se sentía ilusionada con la idea de casarse, porque lo veía todo sencillo, además de confiar en la señora Smith, que fue institutriz de su madre y de sus tías. Sin embargo, algo cambió y comenzó a percibirse de otra forma. Su brazo roto la hacía sentirse incapaz y el golpe en la cabeza la confundía, por un

tiempo pensó que no volvería a estar igual, pero logró recobrarse en la mayor brevedad.

—¡Berenice! —la llamó una voz conocida.

La joven levantó la mirada y vio a David, el hijo del barón Zouche y de su tía Miranda.

—¡David! —Ella levantó la mano para saludarlo y vio que aquel se apresuraba a bajar de su caballo para ir a su encuentro.

—¿Qué haces por estas tierras? —curioseó el joven que se sentó a su lado. Aquel tenía la misma edad que su hermano mayor—. El agua que viene es fría, Berenice, enfermarás.

—Me gusta recorrer un poco. Sé que las tierras de mi tía Miranda son libres para pasear.

—Por supuesto... Oye, pareces más bonita que la última vez que te vi...

—Solo es imaginación tuya y porque me ves sentada, pero conoces mis defectos.

—Si quieres puedo cazar algo para que comas más...

—No, no hace falta, qué amable, David... ¿No has visto a Benedict?

—Creo que anda emocionado porque vendrá Philip en un par de días.

—Es una pena que pierdas a tu mejor amigo por la llegada de un primo.

—No es cierto, pues ya me ha invitado a cazar con él. Tengo buena relación con tu primo, Philip.

—Me alegro. ¿Y cuándo piensas ir a Londres para buscar esposa?

—Soy un poco joven para pensar en una esposa.

—Es una pena que solo nos exijan a las mujeres que debemos casarnos con alguien apenas debutamos. No estoy segura de conseguir eso, David.

—¿Tienes miedo de que por ser como eres la gente no te quiera?

—Solo soy una buena persona, ¿qué más puedo ofrecer?

—Déjame consolarte solo con palabras, pues no puedo hacer nada más. Es el poder del hábito, no sé consolar damas.

—Tu compañía es suficiente. No importa que prefieras a mi hermano, es entendible, pues tienes más en común con él que conmigo.

David cogió la mano de la joven y la apretó con cariño.

—¡Qué demonios estás haciendo, David! —vociferó Benedict al ver que aquel acariciaba la mano de su hermana.

Los dos se soltaron con presteza y David se alejó de ella para ir hacia Benedict.

—¿También tuviste la misma idea de venir aquí? Ya somos tres...

—¡Ve a casa! —ordenó su hermano.

A Berenice no le había quedado más remedio que acatar la orden de su hermano mayor.

Cuando Benedict vio que ella estaba sin sus medias, sintió que se desvanecía por la indecencia. Su hermana era demasiado inocente para alguien como David.

Después de ponerse sus medias y zapatos, corrió hacia su caballo y se apresuró a huir del lugar.

—¿Qué estás tratando de hacer? —increpó Benedict a su primo.

—¿De qué estás hablando?

—Berenice estaba sin medias, desvergonzado. ¡Es tu prima!

—Oye, solo la encontré y vine junto a ella. ¿Por qué te comportas de esta manera,

Benedict?

—No quiero que te acerques a ella. Se siente mal porque no cree poder casarse, no deseo que en un momento de desesperación caiga en tus manos.

—Eso es impensable. Hemos crecido juntos.

—Eso no importa cuando las niñas se convierten en mujeres. Son tentación y no quiero que intentes seducir a una joven insegura como ella que puede verse seducida por la amistad y la fraternidad. Los pensamientos cambian y el deseo arde, David. Las primas son las primeras en la línea del repudio, porque son las primeras mujeres deseables y a la mano.

***

Berenice estaba confundida con lo que había hecho su hermano. Trató a David como si fuera un extraño, siendo familia. La misma sangre corría por sus venas y no entendía qué le había molestado a Benedict. Quizá fueran los celos de que él no estaba en su compañía, sino que estaba en ella. Sí, eso debía ser, pensó.

Regresó a su residencia y encontró a la señora Smith en compañía de su madre.

—Debería estar aprovechando el día y no estar aquí tan pronto —acusó la institutriz.

—Benedict me ha echado del arroyo porque David estaba conmigo.

Las dos mujeres miraron con atención a Berenice.

—¿Y qué estaba haciendo David contigo, Berenice? —indagó Fanny.

—Estaba tomando mi mano, consolándome por mis penas...

La señora Smith se desvaneció al oír aquello y Fanny de inmediato comenzó a soplarla con un libro.

—¡La señora Smith es impresionable! ¡Señor Barnes! —gritó la condesa.

—¿No está muerta? ¡Ay no! ¡Que no esté muerta! —exclamó Berenice que imitó a su madre.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Clifford que se apersonó en el lugar y vio a la institutriz desmayada.

—Dígame, milady. Por lo que veo debo traer unas sales... —dijo el señor Barnes que iba y venía con su sobrino como su acompañante.

—¿Me explicarán lo que ocurre o debo suponer que la sangre Fane ha hecho de las suyas? No quiero pensar eso.

—Querido, tu hija no ha podido disfrazar sus palabras para decirle algo a la señora Smith. Ella es una persona sensible ante la barbarie.

—¿Qué tenía que disfrazar? He dicho la verdad, David tomó mi mano y me consoló.

El conde de Montgomery solo frunció el ceño, confundido, pero después de unos instantes, entendía la consternación de la institutriz.

—Nos ocuparemos de conversar de eso una vez que la señora Smith despierte. No puede impresionarse dos veces.

Unos minutos más tarde, el señor Barnes llevó las sales y las pasó debajo de la nariz de la institutriz, que lentamente comenzó a despertar.

—Guarda silencio, Berenice, yo hablaré con ella —musitó Fanny, preocupada por esa mujer que estuvo en su vida desde el principio.

—Creía que siendo hija de lord Montgomery, tendría la luz de la prudencia; sin embargo, es igual a la familia de su madre, otra vez ha sido comprobado que la sangre más fuerte es la que trae problemas.

—Ella lo lamenta mucho, señora Smith. Considero que ha caído en una inocentada —justificó Fanny, nerviosa.

—¿Inocentada con un joven como el hijo del barón Zouche? ¿Intenta verme la cara? Estas niñas de ahora vienen con la sangre ardiendo por los caballeros y, para colmo, es su familiar.

—Señora Smith, apoyo lo que dice Fanny. Berenice no entiende sobre acercamientos masculinos a cierta edad. Ella lo sigue viendo como su compañero de juegos e ignora que aquel puede estar poniendo sus habilidades de seducción con ella, sin de verdad desearlo —alegó Clifford.

—Pues menos mal ha sido en el campo, si hubiera sido en Londres, ya hubiera quedado comprometida con semejante acto. Necesito una copa de ginebra...

El mayordomo se apresuró para servirle uno a la alterada mujer.

—No le veo lo malo a David, solo ha querido ser amable conmigo. Benedict fue quien me echó del arroyo y comenzó a reprocharle sus actitudes a él, como si hubiese hecho algo desagradable.

—Benedict estaba cuidando de ti, es entendible su comportamiento —justificó su madre.

—Es un joven con criterio.

—Me parece que están exagerando. Es mi primo y mi amigo, jamás sería malintencionado.

—Querida, ve a tu habitación o al gallinero —pidió su padre para que él pudiera conversar con el resto de las personas de la casa. Berenice se negaba a comprender que había crecido y que podía generar ciertas sensaciones en los caballeros.

A Berenice no le quedó más que obedecer, no comprendía el motivo de tanta indignación. Trataban a David como a un delincuente, cuando lo único que había hecho era sentarse con ella y tomarle la mano.

—Milady necesita romper esa burbuja de inocencia que la rodea para con los caballeros. Ya no es esa niña que corría en el campo descalza, es una mujer, preciosa, tentadora y, sin querer, podría enloquecer hasta al más bueno de sus amigos. Es mejor evitar tentaciones —sugirió la señora Smith.

—¿Qué sugiere, señora Smith? —inquirió el conde.

—Llevarla a la casa de lord Nottingham, estará pronto aquí y no hay lugar más seguro que ese para una dama casadera. Él todavía tiene mano dura, incluso con sus sobrinas. Las adora, pero no quiere que ninguna se pierda.

—¿Qué opinas sobre eso, Clifford?

—Confío en Spencer, pero no deseo que mi hija sea considerada desobediente. Hablaré con ella y con David. Si existe algo, quiero eliminarlo de raíz sin conflictos entre la familia. No desconfío del hijo de mi amigo y de tu tía, Fanny, pero sí de los instintos que nublan el buen juicio.

El conde fue hacia la habitación de su hija para conversar con ella. Abrió la puerta y entró en la estancia. Ella estaba observando por la ventana.

—Berenice, ven, habla conmigo —pidió Clifford.

Ella se acercó a él y lo abrazó. Su padre era el lugar más seguro del mundo. Abrazada a su pecho, sentía que era indestructible, que nada podría hacerle daño.

—Todo es una confusión de Benedict, padre. Él ha malinterpretado las buenas intenciones de David...

—Puede que sea cierto lo que dices, pero quiero que comprendas algo, Berenice. Tú ya no eres una niña, andar sola por el campo es peligroso y compartir con un joven, aunque este sea tu hermano, es algo complicado, pues están en la edad de experimentar con sus habilidades de seducción con las damas. Tú misma has hablado sobre lo que hace Benedict en el pueblo, ¿por qué David no podría estar haciendo lo mismo? Es inconsciente del daño que puede causar a una dama. Tú eres una mujer, debes entender los peligros de quedar a solas con un hombre y de lo inadecuado de ese comportamiento. Como dijo la señora Smith, en Londres esto podría haber sido una sentencia. Ten cuidado con la tentación de un beso. No sabes hasta dónde puede llevarte.

Capítulo 8

Después de que su padre le diera la charla más larga de su vida para decirle lo malo que era que una dama estuviera solo en la compañía de un caballero siendo soltera. Ese día, algo más había cambiado en su cabeza, pues debía ver con recelo a las personas que se le acercaran que fueran del sexo opuesto. ¿Cómo podría acercarse a un caballero si le tenía miedo?

Para su consuelo, cogió el broche que guardaba como un tesoro. Sus sueños estaban guardados en aquella joya que quizá jamás le entregaría al dueño que debía estar casado con alguna dama. Ni siquiera debía acordarse de ella, y lo peor era que la imagen de él se comenzaba a desvanecer de su mente por no volver a verlo, solo le quedaba la extraña sensación de haber sido salvada por un ángel. Quería pensar que no se había casado y que estaba en algún lugar esperando por ella. Era su esperanza.

—Bien, jovencita, debo darte una clase más... —alegó la señora Smith que la instó a levantarse con un gesto de la mano.

—Solo faltan las demás personas para que me sermoneen en este vecindario, señora Smith. Creo haber entendido que he pecado de inocente...

—Esa manera de responder corresponde al menos a tres damitas de la familia Fane. Lady Kitty, lady Meredith y por supuesto, lady Eugenia, que siempre se han creído más de lo que en realidad podían. Ser prepotente no la llevará a ningún sitio.

—Es que ya no quiero oír de este asunto, me avergüenza mucho.

—Ajá... ¿Y ese broche fruto de un hurto?

—No fue un hurto consciente, señora Smith.

—A las cosas por su nombre, debimos haberlo devuelto hace años. Es valioso y debería estar con su dueño.

—Su dueña soy yo, porque me lo he quedado. Ese caballero me atropelló, entonces, tengo

derecho a tomar lo que deseo.

—Usted es tonta para lo que no le importa, pero se asoma una gran viveza al tener algún interés particular. Por su bien, deje esa joya en un sitio seguro y no piense en cosas que no son ni serán.

—¿Por qué no?

—Ay, debo dejar de ser institutriz de la familia Fane o terminaré siendo adicta al alcohol. Le hablaré claro, usted era una niña, las niñas no atraen hombres de la edad de milord que ya tenía sus buenos treinta años. Hoy debe estar casado o muerto. Solo hay dos opciones.

—¿Por qué es tan ruda?

—Porque lo único que hace es distraerse de lo verdaderamente importante que es mentalizarse en que conseguirá al mejor candidato. Hágame quedar bien, milady. Para una institutriz su reputación lo es todo. Y no me diga que yo voy de salida, pues lo sé, pero eso no quita que he educado a tantas damas exitosas y usted debe ser una de ellas. Moriré con esa satisfacción. Es lo que me quedará para envejecer junto a mi esposo.

—Pero me gusta soñar que puede ser posible.

—Pierde el tiempo. Él no llegará aquí en un carruaje pidiendo verla. Aquel hombre debe estar en su residencia tomando un poco de brandy y escuchando las quejas de su esposa. Tenga por seguro de que eso es lo que hace. Ahora, quiero darle las directrices... Más bien, quiero recordarle lo que ha olvidado sobre una dama y su comportamiento ante un caballero y cuáles son las formas de acercamiento permitidas.

Ella suspiró y esperó que la señora Smith le citara todos los puntos que, según la misma, había usado para limpiar sus oídos.

***

Steven no quería ir a Gloucestershire, pues prefería no interrumpir en la visita que Wilburg quería hacerles a sus tíos y tampoco deseaba ser una carga para lord Nottingham, ya que era incómodo recordar que había atropellado a su sobrina, por lo que partió con rumbo a Yorkshire

para despejar su mente. Lo mejor que podía hacer era pasar un tiempo a solas, sin escuchar la voz de nadie más que la suya, por más que pensara incoherencias. Debía regresar a Londres más cuerdo que nunca, pues su prometida parecía tener algo fuera de lugar en su cabeza y eso quizá pudiera enloquecerlo a él. Su adorable progenitora lo había metido en un terrible problema.

Al llegar a la posada, su cochero llevó sus pertenencias al lugar, descansaría y al día siguiente emprendería un paseo por el pueblo y el condado a lomo de su caballo.

Desde el cristal de la ventana, él observaba con interés el paisaje que se alzaba en el horizonte. Yorkshire era un buen lugar para permanecer solo por unos días, al menos durante una semana, y después compartiría el tiempo con Wilburg y John para la cacería. Era algo que esperaba hacer en algún momento. La cacería era algo que él disfrutaba.

Sin dar muchas vueltas más, corrió la cortina para poder tapar la luz del sol y descansar en una cama, no sería lujosa o la más decente, pero era mejor eso a un terrible dolor de cuello y cintura en su carruaje. A su edad había cosas que comenzaban a tronar y esos eran sus huesos.

Se recostó y se perdió en el sueño. En medio de su descanso, tuvo un par de pesadillas mezcladas que tenían como protagonista a su prometida. En verdad esa familia era de terror, pero le sorprendía que soñara con el accidente de años atrás, quizá eso aún pesara en su conciencia teniendo en cuenta que iba a compartir con la familia política de Wilburg y John, y que esa niña vivía en ese condado. ¿Podría haber quedado con secuelas por lo que había hecho? No era del todo su culpa, pues no conducía el carruaje, pero había pedido celeridad a su cochero para llegar más rápido al compromiso al que, a fin de cuentas, terminó llegando tarde.

En medio de la madrugada no pudo continuar durmiendo, se quedó despierto y sintió que la temperatura de la habitación había cambiado. La chimenea no estaba encendida, pero necesitaba ponerle un poco de fuego a la habitación, pues comenzaba a sentir frío.

El clima había cambiado por completo y, como el otoño se hallaba ahí cerca, estaba haciendo gala de su llegada con un poco de viento. A través de la ventana, podía ver el vendaval que torcía las finas ramas de los pequeños árboles alrededor. Para su buena fortuna, tenía ropa para ese clima y un par de capas que no podían faltar para un caballero de su talla.

Pidió que el desayuno lo llevaran a su habitación para estar más cómodo y también mandó a que calentaran su habitación para cuando él regresara por la tarde.

Se colocó la capa y salió de la posada, sintiendo el viento en su rostro. Era refrescante no tener que pasar por los olores de Londres al salir de un sitio. Durante el verano era imposible permanecer en esa ciudad tan hedionda con aromas tan desconocidos, entremezclados y desagradables.

—¿Quiere que lo lleve a algún lugar, milord? —preguntó su cochero.

—No hace falta. Solo saca uno de los tiros y montaré uno de los caballos, quiero recorrer el condado antes de que vengan mis amigos y prefiero hacerlo sin compañía. Descansa, hay una habitación para ti.

—Gracias, milord.

El cochero obedeció y sacó uno de los caballos de tiro para que el conde pudiera montarlo.

Una vez que subió al lomo del animal, partió hacia el pueblo. Durante su trayecto, intentó no cabalgar demasiado para no cansar a su caballo, lo haría correr una vez que estuviera en campo abierto y pudiera encontrar un poco de agua para que no tuviera sed.

Su recorrido por el pequeño pueblo fue interesante. No acostumbraba a hacer compras en la calle, pero le gustó ver que tenían algunas cosas atrayentes para comer como un par de albaricoques. Eso le ayudaría a sentirse satisfecho en su paseo.

Se cuestionaba si lo mejor era regresar a la posada para la hora del almuerzo o perderse entre los paisajes de un condado desconocido. Por supuesto que iría a comer, ya que era de buen diente y no le gustaba escuchar rugir a su estómago. Los albaricoques solo serían una solución temporal.

Encontró más cosas en su recorrido, como un sombrero para la cacería y hasta objetos de pesca. ¿En dónde podía pescar algo? Consideraba que no sería posible hacerlo en un arroyo, salvo que perteneciera al brazo de un lago o un río.

Tuvo que comprar el sombrero y disfrutar de sentirse alguien distinto. Eso era lo bueno de un pueblo rural. Ahí no debía fingir nada, además, nadie lo conocía, lo que hacía todo más emocionante.

Regresó para el almuerzo, descansó unos minutos en la cama antes de partir. Salió de la habitación con los albaricoques que le sobraban y siguió su camino por el paisaje cautivador y el clima cómplice que lo incitaba a ir más allá de lo recomendado.

Al dejar la posada fue hacia el bosquecillo que veía, explorar era lo único que podría hacer en ese sitio.

Tuvo la oportunidad de ver una gran variedad de aves y también se percató que no había llevado su arma y eso lo frustró, aunque de todas maneras no estaba en su casa y no podría usar nada, cazar animales no le serviría ni siquiera para comer y matar por diversión no era lo suyo.

Al llegar a un campo abierto, azuzó a su caballo para que este corriera con libertad en el lugar. En Londres no podía hacer algo semejante. Sentirse libre sobre el caballo era una gran ilusión, lo llevaba a sus años mozos, en donde aprendía sus buenos trucos de equitación. Para él, todo tiempo anterior fue mejor.

Con una sonrisa en el rostro seguía rompiendo el viento hasta que se dio cuenta de que no estaba solo, a lo lejos vio a otra persona en su caballo, galopando por la misma pradera. Iban en sentido contrario, por lo que, en cierto momento, estarían frente a frente. Sería bueno conversar con alguien de la región.

Berenice tenía prohibido conversar con alguna persona del sexo opuesto que pudiera meterla en problemas después de lo que había pasado con David. Ese día, su padre había tomado su caballo para ir a la casa del barón Zouche y conversar sobre la actitud de su primo. Esperaba que eso no fuera algo que los escandalizara, ya que sentía que todo era una terrible confusión. Benedict no dudó en acusar a David al regresar de su paseo.

Se sentía triste en aquella salida al campo, por lo que necesitaba la energía que le daba cabalgar, eso siempre ayudaba a hacer que se sintiera viva. El peligro era una gran forma de inyectarle emoción a la vida. Sin embargo, al levantar la mirada, a lo lejos, pudo distinguir una figura que se dirigía hacia ella. Entonces, presa del pánico al encontrarse con algún caballero que pudiera ser un esposo poco apreciado; como le había dicho ayer la señora Smith sobre los matrimonios obligados. Si la descubrían con alguien, podrían obligarla a casarse y eso significaría perder todas sus ilusiones.

Con brusquedad tiró de las riendas de su caballo e hizo que este diera la vuelta para regresar al interior de la propiedad de su padre. Era normal que muchas personas entraran por ahí para acortar su camino a otros sitios, pero ella evitaría cruzarse con cualquiera que no llevara falda.

En aquella huida, su listón favorito se desprendió de su cabello, pero no podía regresar a por él hasta que el peligro pasara.

—¿Qué demonios está ocurriendo? —indagó el conde, intrigado. La persona que iba hacia él simplemente decidió cambiar de rumbo yendo en la dirección opuesta. Él no se detuvo, el asunto le parecía extraño. Mientras seguía a ese desconocido, el viento lo golpeó con un listón, que le tapaba la visual. A semejante ritmo de galope quiso quitárselo de la cara, pero terminó en el suelo.

El ruido de su espalda contra el suelo parecía un sonido hueco. Se quedó unos segundos dando vueltas para recuperarse y también aprovechó para quitarse el listón de la cara. En ese instante supo que la persona que huía era una mujer.

Capítulo 9

En un primer momento pensó que podía ser una dama que necesitara ayuda, pero esa idea pronto se desvaneció.

—Ni siquiera ha visto mi cara para rechazarme. Esto no puede ser posible. ¡Al menos debería verme, ingrata! —escupió levantándose con prisa. Rengueando fue a coger a su caballo para subir de vuelta a su lomo y encontrar a la dichosa mujer que lo había tumbado de una manera tan ridícula. Dentro de él no toleraba el rechazo. Eso había sido algo casi grosero y mezquino por parte de esa desconocida, la alcanzaría e increparía por lo que había ocurrido.

No había tardado mucho en ponerse de pie, pero fue suficiente para perder a la mujer. Lo único que había logrado era desorientarse dentro de un bosquecillo. Estaba en un condado desconocido, en un día nublado y sin el debido sol para orientarse, además, era pésimo para la supervivencia. Él era un caballero, un hombre con fineza que no necesitaba de esas lecciones de la vida, pero al menos debió prestar atención a esas cosas en el pasado. No era muy destacado por su inteligencia superior, sino más bien era conocido por su mal carácter y su sincero sarcasmo en ocasiones.

Detuvo su caballo y comenzó a observar su alrededor con el ceño fruncido para fijarse si podía encontrar a la joven, pero el panorama era desolador. Miró su mano y solo tenía una tela. Se la llevó a la nariz y le sorprendió el aroma que desprendía. Era un perfume caro y lo sabía. Esa joven había perdido su listón que él se quedaría como un recuerdo extraño de Yorkshire.

Dentro de su desorientación, intentó encontrar una salida del bosquecillo y cuando llegó a un claro creyó que ya estaba a salvo; no obstante, en la distancia, veía una residencia que era más bien un castillo. Tenía un pequeño jardín con flores en el frente, pero la casa no dejaba de tener un aspecto gris y tétrico. Las nubes y el cielo oscuro no ayudaban a mejorar su apreciación del sitio.

Recordaba vagamente haber leído libros que hablaban de castillos, monstruos y fantasmas, pero él era un hombre de ciencia que no creía en esas cosas. Era evidente que la residencia no estaba abandonada, el jardín decía que alguien vivía ahí, además de un coqueto laberinto en el fondo del castillo. Ahí no podían existir hombres lobo ni espectros, aunque ese sitio era ideal

para ser la casa de su prometida.

Berenice dejó a su caballo atado en un sitio donde nadie lo vería y se quedó a mirar al sospechoso señor de la capa que estaba en la propiedad de su padre. Lo peor era que en manos de él estaba su listón favorito. ¿Cómo haría para recuperarlo sin ponerse en peligro? Podría ir a su casa y buscar la ayuda de su padre o su hermano y todo eso para no enfrentarse a alguien de sexo opuesto por temor a un matrimonio forzado si alguien la viera. Maldecía el miedo que la señora Smith instaló en su pecho. Ella era una mujer fuerte e independiente, podía recuperar esa tela sin molestar a nadie de su casa.

Buscó una rama gruesa para golpear al extraño si lo necesitaba. Cogió una que pesaba más de lo que debería, pero no se acobardaba.

El sonido de unas hojas a su espalda, asustaron a Steven, que giró su cabeza y solo veía oscuridad, pues el cielo cada vez se ponía negro y los vientos más fuertes, sin contar los relámpagos y los truenos que a lo lejos comenzaban a oírse. Ese momento de su vida era algo luctuoso, pero de todas formas bajó del caballo y tragó saliva.

—¿Hay alguien ahí? —interrogó. En ese momento lamentaba no tener su arma consigo, se sentiría más seguro de esa manera.

Nadie le respondió, solo vio a lo que parecía ser un espectro acercándose por detrás de él con una rama en la mano.

—¡Awww! —El grito de Steven fue tan desgarrador que le produjo un desmayo instantáneo.

Ella se quitó la capucha y soltó la rama al ver al hombre desmayado.

—¡He matado a alguien de nuevo! —exclamó. Colocó ambas manos sobre su boca y comenzó a caminar en círculos. No sabía qué hacer, aunque lo primero que le vino a la mente, fue coger su listón e irse. Así lo hizo, tomó lo que le pertenecía y se alejó del cuerpo.

Cerró sus ojos para intentar olvidar lo que había hecho, pero ella no era una persona malvada, debía hacer algo por ese hombre si aún seguía con vida. Regresó sobre sus pasos y cogió una ramita para con él mover la capucha de la capa del extraño. Al moverlo, se dio cuenta

de que era un hombre joven con unas facciones que le resultaban conocidas. Su cabello era castaño claro y su piel era pálida, como si no se acostumbrara a montar en el sol. Era casi como su padre en lo que se refería a la palidez o tal vez, la sangre ya no circulara por sus venas porque lo había matado.

—Despierte... —ordenó hincándole con esa ramita en la cintura.

El conde, que todavía no podía abrir bien los ojos, apenas podía distinguir una figura que estaba mirándolo desde arriba. Notaba una cabellera larga, rubia y encrespada.

—¿Está bien? —Berenice preguntó eso al verlo abrir los ojos con lentitud. Ahí notó los ojos de ese hombre y juraba que ese era su ángel de Londres, lord Northland.

—¿Estoy muerto? Esto es una ilusión... —alegó al ver a Berenice. Era la primera vez que notaba tanta belleza y eso que no podía verla tan bien como deseaba. Trató de incorporarse, pero se cogió la cabeza.

—La... Lamento haberlo asustado tanto, yo no quería hacerlo. Estaba asustada de usted... ¿Se encuentra bien? —Se moría de vergüenza al saber que ese era lord Northland, estaba segura de que así era. ¿Qué debía hacer ella? ¿Presentarse?

—Auch... No se preocupe, ya estaba sugestionado por la tenebrosa residencia que está enfrente. Créame que no soy tan creativo, pero le juro que del infierno he pasado al cielo.

Al oír que su casa lo había aterrorizado, ella no se animó a confesar que era la hija del dueño de la morada, que hacía volar la imaginación de las personas pensando en cosas terroríficas, pues a Berenice nada podría asustarla. Había crecido ahí en compañía de las historias de su madre. Por supuesto que nada sería capaz de asustarla.

—Espero que me disculpe... ¿Quién es usted y qué hace en esta propiedad? —curioseó fingiendo que no sabía quién era él y por supuesto, olvidando que ella tenía una joya que le pertenecía.

—Steven... —dijo sin dar más detalles. Seguía un poco dolorido, aunque utilizaba sus pocas energías para mirar a esa mujer—. Y usted, adorable criatura, ¿cómo se llama?

Él estaba perdido en la belleza de ella. A medida que podía verla con facilidad, más se convencía de su hermosura. Era alguien tan distinto, algo que no había visto en Londres y que lograba que su corazón palpitara tan rápido como un caballo a todo galope.

Por la mente de Berenice pasaba decir la verdad, pero temía que él siguiera asustado y que, además, si algo llegara a ocurrir, dijera su nombre y se metiera en un gran problema familiar, pues sabía que era amigo de sus nuevos parientes políticos.

—Miranda... —respondió. No había mentido del todo, pues uno de sus nombres era el de la tía de su madre.

—Qué nombre más bonito. ¿Me ayuda a levantarme? —Él no sintió pena o vergüenza al pedir ayuda, estaba demasiado extasiado para recordar que las damas no ayudaban a los caballeros en ninguna ocasión.

—Sí, por supuesto...

Cuando lo hizo sintió una gota en el brazo, lo que significaba que caería un aguacero.

Lord Northland miró hacia el cielo y lo único que este hacía era oscurecer todo a su alrededor.

—Venga, lo llevaré a un lugar seguro... —pronunció Berenice que no lo llevó a su casa, sino que se dirigió a otro sitio que era una cabaña de cacería que estaba cerca, aunque no tanto.

A él no le dio tiempo de coger a su caballo, fue arrastrado del brazo por la joven bella que había conocido y cuyo nombre era Miranda. No podía creer que aquello le resultara tan satisfactorio. Correr bajo la lluvia con una joven desconocida, no era algo que debería estar haciendo, pero estaba hipnotizado por ella y lo único que deseaba era saber más.

Ella abrió la puerta de la cabaña de caza. En el lugar había varias lámparas, pieles, ollas, guadañas, cuchillos y otras cosas más.

—Aquí estaremos a salvo hasta que pare de llover... —habló Berenice, nerviosa. Estaba ahí, con el caballero con el que había soñado por años con volver a ver y no sabía cómo reaccionar, ni siquiera le había dicho que ellos ya se conocían.

—Desde aquí la casa se ve aún más tenebrosa, Miranda. Disculpe si la asusté, supongo que es usted la dueña del listón... —musitó Steven, que cogió una de las pieles y la colocó en el suelo. No dudó en sentarse encima, y lo hizo con unos pequeños quejidos por la molestia de haber caído, sus huesos no eran tan duros como antes.

—Es solo que no debería estar con un caballero a solas. He desobedecido una orden. No quería hacerlo, pero tampoco podía dejarlo a su suerte, desmayado...

—No crea que soy un hombre débil, tal vez me sorprendí y eso no ha jugado a mi favor.

—Usted no es de Yorkshire.

—En efecto, no soy de aquí. Estoy quedándome en una posada. He venido a conocer este condado y le puedo decir que me ha dejado sorprendido para bien. No importa si casi muero al caer de un caballo y que también mi corazón estuvo a punto de parar y dejarme sin vida. Este lugar es el cielo.

—Un cielo un poco tétrico con la casa de enfrente.

—Ese jardín hace la diferencia... Disculpe, ¿está usted soltera? —Esa pregunta estuvo muy mal que la hiciera, pero necesitaba saberlo o se moriría.

—Sí, lo estoy —contestó. Su corazón palpitaba sin intentar calmarse. Eso que había dicho el conde podía ser un paso importante hacia lo que ella esperaba, o al menos a devolverle lo que le pertenecía.

—Qué afortunada coincidencia, ambos somos solteros...

La falta de vergüenza escapaba por todos los poros de Steven. Aquel olvidaba que estaba comprometido en Londres. De hecho, ni siquiera le importaba, pues todo el armamento mental estaba destinado a los ojos y oídos para saber más de la misteriosa joven del bosque.

¿Qué significaba que le dijera que ambos eran solteros? Lo evidente: que la señora Smith no tenía razón con respecto a lo de perder el tiempo con la joya. Había deseado este encuentro con el corazón durante mucho tiempo, soñando con el hombre ideal que una niña había conocido en

una situación accidentada. Era como un héroe para ella.

—¿Vive cerca de aquí? —inquirió Steven.

—No tanto —respondió, sería algo problemático que las cosas salieran de sus manos.

—Dígame, ¿en dónde vive?

—No puedo decirle, no es correcto que una dama le diga a un caballero soltero en donde encontrarla. No es bien visto.

—¿Quién le dijo eso? Por supuesto, una monja. No hay nada malo en conocer la dirección de las personas... Dígame una pista. Por ejemplo: vivo a tres acres hacia el este o a tres pinos de distancia o en mis fantasías...

Estaba enloquecido. Llevaba tiempo sin sentirse tan emocionado en la compañía de una dama que no podía controlar su estado mental tan decadente. Necesitaba un golpe de realidad.

—De verdad, no puedo decirle, eso me traerá problemas con mi familia...

—Si quisiera volver a verla, ¿dónde podría encontrarla?

Se negaba a oír que ella no quería decirle. Necesitaba saber más de ella.

Un fuerte trueno, seguido por un fuerte destello de luz, hizo que la cabaña se iluminara. Eso había llevado a Berenice a darse cuenta de que la luz escaseaba. Tomó una lata de yesca para encender una lámpara. Debía pensar en qué responder ante eso.

—¿Para qué desearía verme otra vez?

—No lo sé, solo sé que me agrada...

Capítulo 10

Por supuesto que ella estaba encantada con esa confesión, ¿sería posible que viéndose varias veces pudieran casarse? ¿Qué debería hacer? Su conciencia del lado de su padre le decía que contara que había encontrado al conde de Northland; sin embargo, su otro lado, el oscuro, le decía que no contara nada o comenzarían a ponerle trabas a sus salidas, por lo que perdería el acceso a volver a verlo.

—Usted también me agrada... —Berenice sonrió, aunque cambió su expresión al oír otro trueno.

—No se preocupe, puedo cuidarla de cualquier cosa, ¿le teme al mal tiempo?

—No, no le temo a nada de eso, ni a las historias más temibles ni aterradoras y tampoco a los panoramas más tenebrosos.

—¿No dejaría que un caballero la protegiera?

—Puedo hacerlo sola, ¿es eso un problema?

—Mmm... Tal vez para un hombre que quiera ofrecerse para cuidar a una delicada rosa inglesa, esas palabras le parezcan toscas... —La expresión de esa joven le hacía pensar en que la conocía de algún sitio. Ella podría ser la prima de Augusta y Philippa que eran tan independientes que hacían sudar a sus esposos. Siempre se quejaban de ellas porque, aunque eran delicadas, no se dejaban cuidar con frecuencia y esa niña era algo así como ellas, una espanta candidatos.

Berenice sospechaba que había metido el pie hasta el fondo, pues la señora Smith rogó, imploró y suplicó que diera la imagen de una dama delicada y no de una terrible independentista como toda su familia del lado femenino.

—Ahora recuerdo que hay cosas que me dan miedo... —dijo a modo de contrarrestar lo que había mencionado antes, pues consideró que pudo haber ofendido el espíritu proveedor.

—Eso suena más alentador. ¿Le teme a las arañas?

—No, le temo a desobedecer a mi institutriz. No me castiga con frecuencia, pero lo ha hecho hace poco, aunque merezco lo ocurrido.

—¿Se ha atrevido a hacerle daño a alguien como usted? Es inconcebible... —masculló en tono burlón, pero no le agradaba que nadie tocara a una dama con tal delicadeza. Alguien como ella solo debía ser acariciada por las telas más caras y las joyas más valiosas.

—Dentro de todo ha sido amable. Respecto a la idea de volver a vernos... Podría encontrarlo en ocasiones en el mismo lugar en que lo vi hoy. Estas tierras son peligrosas si el dueño sale a dar una vuelta. —Ella debía alejarlo de su casa o si lo veía su hermano, su padre o un capataz, podrían herirlo por error si piensan que él era un peligro para la propiedad.

—¿Quién vive en esa casa tan extraña?

—Un conde, lord Montgomery con su familia.

—¿Es la casa de lord Montgomery? Oh... —Él se sintió apenado por haber dicho todo lo que pronunció sobre ese sitio, pues por siempre le debería una disculpa a ese hombre por haber accidentado a su niña.

—¿Qué tiene lord Montgomery?

—Nada, es solo que hay un pasado un poco accidentado que me une a él. Espero que esté bien... ¿Sabe algo de ella?

Se mordió los labios pensando en que lo mejor era confesar que ella era Berenice.

—Sí, ella está muy bien...

—Me alegra mucho. Me avergüenza estar en la propiedad de lord Montgomery después de eso. Es algo vergonzoso cuando lo veo en algunas ocasiones.

—Usted no ha hecho nada malo...

—Eso no me exime de culpa, pues yo presioné a mi cochero para que fuera tan rápido como

podía, estaba llegando tarde a un compromiso. Si no lo hubiera hecho, su hija nunca hubiera sufrido por mi causa.

—¿Usted fue a visitar a la niña?

—No. No me atreví, solo la auxilié y me mantuve al margen. Quizá pudieran lincharme por haber accidentado a un miembro de la familia. Al menos sé que sigue estando bien.

En el fondo, Berenice se decepcionó al saber que él no la había buscado, ni siquiera para acusarla de haber robado su broche, por lo que eso significaba que la única enamorada de la idea de buscarlo era solo suya y su responsabilidad era que se sintiera atraído por ella. ¿Cómo sabría distinguir la amabilidad de un caballero de un sentimiento naciente?

Al ver que la joven desviaba su mirada de la suya, Steven no quería dejar que la conversación llegara al punto muerto, o sea, al silencio, pues eso era incómodo y no le gustaba pasar por algo similar. Era alguien que adoraba el barullo, las fiestas, las risas, todo lo contrario a Wilburg, ni siquiera sabía cómo llegaron a ser amigos, solo sucedió, encajaron y fueron felices hasta que comenzaron a casarse. Ese fue el principio del declive de su vida al darse cuenta de que él se quedaba solo, sin Charles, sería un adulto de mediana edad amargado.

—¿Le gusta jugar a las cartas? —curioseó el conde.

—No soy tan amante de las cartas, pero me gusta cualquier otra cosa que pueda imaginar y lo que más me agrada es la jardinería y criar gallinas.

—¿Una dama criando gallinas?

—¿Le parece extraño?

—Un poco. No sabía que las personas que tuvieran institutriz se dedicaran al cuidado de animales. Qué labor tan humilde. ¿Tiene alguna dote?

—Entiendo que una dote es importante para que una joven vaya bien casada, pero quizá mi futuro esposo solo tenga un gallinero como premio por casarse conmigo —alegó queriendo ver su rostro al creer que ella quizá no tuviera dinero que la respaldara, pues no sospechaba que su padre era rico y que su dote no era un problema.

—En mi caso adoro a las gallinas y me gustan más en el plato... Si llegara a ser su esposo, me comería su dote en una semana.

Ella no pudo contener la carcajada que escapó de su boca al oírlo decir eso. Era un hombre encantador, un poco torpe y no tan serio como lo imaginaba, pero era algo que le fascinaba. Su personalidad un tanto estrambótica y atropellada le resultaba alto, tan refrescante y distinto al círculo que frecuentaba, pues si bien sus parientes eran un tanto alocados, no alcanzaban a ser como ese hombre.

—Es usted tan gracioso, no debería comerse la dote tan pronto. —Ella seguía riendo ante la gracia del caballero.

La carcajada musical de Miranda lo mantenía hipnotizado. Qué joven tan bella, maravillosa y con gran sentido del humor. No había imaginado que alguien pudiera conservar su encanto al reír tanto.

—Se ha puesto tan roja como una baya silvestre. Tenga cuidado, no se desmaye —dijo Steven que comenzaba a preocuparse por ella y su risa interminable.

Abrió sus manos para abanicarse y poder recuperar la compostura. Debía seguir las instrucciones de la señora Smith para retornar a ser una dama convencional. Ella no sabía qué hacer para mantener el interés del conde. Sospechaba que algunas cosas las estaba haciendo muy mal, por ejemplo: mentir sobre su nombre, ocultar a su familia y omitir información sobre el accidente. Era su primera experiencia con un caballero, estaba impresionada y no sabía cómo comportarse. La situación la había superado por completo y ella solo intentaba encontrar una salida decente.

Carraspeó su garganta y volvió a una actitud sobria. De hecho, prefirió dar una vuelta por la cabaña de caza.

—¿Le gusta la cacería? —indagó para mantener avivada la conversación.

—Por supuesto, ¿a qué hombre no podría gustarle? Soy un cazador de todo, un domador de fieras...

Como tonto intentaba agrandar sus habilidades para que ella quedara impresionada. Tenía un par de días para conocer a esa joven tan interesante.

—¿Ha domado caballos?

—No es algo que me salga muy bien, pero le aseguro que me defiendo.

—A mi hermano le encanta hacerlo. Tiene una pasión innata por los caballos, por cepillarlos y montarlos. Él ama el campo y su sueño es ser un gran criador al igual que construir carruajes, es muy inteligente.

—Su hermano es capaz de dejar a cualquiera en mala posición si llegaran a compararlo con alguien, se convertiría en su sabueso. Me definiría como un hombre común, que busca la felicidad en las cosas y desde hace un tiempo, en las personas. Soy como un alma nómada, que no ha encontrado su lugar. Todos a mi alrededor han construido vidas exitosas y yo sigo soltero.

—Es un poco mayor para estar soltero.

—¿Mayor? Le juro por mi alma inmortal que pensaba que aún tenía un poco de juventud, pero veo que Wilburg tenía razón y me estoy poniendo demente y senil. —Para Steven ese había sido un vergonzoso golpe. Era cierto que estaba un poco entrado en años para ponerse a perseguir damas y más como esa que estaba frente a él que era demasiado joven para cualquiera —. ¿Usted no es muy joven para andar sola por el monte?

—No, debutaré la próxima temporada en Londres. Espero encontrar al esposo perfecto, aquel que es el hombre de mis sueños.

—¿Tiene un hombre de sus sueños? —La vio asentir avergonzada, dejando a Steven con un par de dudas.

—Considero que todas tenemos uno al cual deseamos encontrar en nuestra vida, esa persona que nos cubrirá con joyas y atención. Eso no es mucho pedir, ni siquiera se acerca al concepto de ambición, más bien es de conformismo.

—Opino lo mismo, es conformismo, porque la mayoría ofrece eso, pero no sentimientos, comprensión, amor y pasión...

Esas palabras que había dicho el conde terminaron por sonrojar a Berenice.

Pese a que intentaron que el silencio no se extendiera sobre ellos, eso terminó ocurriendo, pues lo que conversaban era un poco incómodo para dos personas que se acababan de conocer. El silbido del viento pasando entre los pequeños escondrijos de la puerta, las ventanas y la madera, eran consecuencia del vendaval que había fuera de aquel sitio.

—¿Cree que después de esto el frío nos visitará? —curioseó Berenice para romper el silencio entre los dos.

—Es lo más probable. ¿Cuál es su época favorita del año?

—Aquella en la que puedo cuidar a las plantas y mi huerto. No me desagrada la nieve, de hecho, es la época en la que más me arropan en casa.

—En mi casa todas las estaciones son iguales, salvo que, en el verano, el aroma londinense es desagradable. En otoño acostumbramos a regresar a la ciudad.

—¿Por qué ha salido de Londres si es otoño?

—Porque necesitaba tiempo. A veces buscar esposa es agobiante. Nunca pensé decirlo, quizá me dormí en los laureles y dejé pasar muchas buenas oportunidades.

—Aún no sé lo que es buscar esposo, pero en mi mente tengo que no es algo sencillo. Hay competencia en el mercado matrimonial y muchos de los buenos partidos estarán comprometidos o quizá no estén interesados en atar sus vidas a una desconocida. Pocos son los valientes que tal vez tentados por una buena conversación se arriesguen a lo desconocido.

—Créame que esa es una de las cosas a las que más le he temido al pensar en un matrimonio, es el temor a lo desconocido.

—Si tiene miedo de lo desconocido, siempre hay una prima o amiga de la familia que es soltera.

Berenice era razonable dentro de su inmadurez como cualquier otra joven de la familia

Fane, aunque una cosa era serlo y otra distinta actual de esa forma.

—No tengo primas bonitas. Tienen la nariz aguileña —bromeó el conde.

Los dos rieron unos minutos y se miraron a los ojos sin perderse de vista. Aquella era la conexión más fuerte que podía formarse entre ellos. Él era alguien que deseaba amar y ella, una joven que quería que quien estaba ahí, la anhelara como lo había hecho por esos años, esperando crecer y tener una oportunidad pese a los riesgos de creer que él pudiera estar casado. Dios era generoso y le había concedido la gracia de que él estuviera soltero para que ella hiciera el esfuerzo por conquistarlo. Deseaba saber cuáles eran los demás límites que jamás debía traspasar para casarse con alguien, porque según la señora Smith, existía uno que jamás debería pasar, ese que podría hacer que se casara o terminara arrepentida de por vida, mas no le había dicho cuál era y necesitaba saberlo.

Capítulo 11

Perdido en los ojos de la joven, él se levantó del lugar en el que había estado y se acercó para rodearla. Aquella era la conversación más seria e incómoda que había tenido en la vida, pero que lo llevaba a cuestionarse muchas cosas, como por ejemplo el hecho de haberse comprometido a lo loco, a lo desesperado y tonto. No obstante, lo había hecho por cansancio, por resignación y evidentemente por conformismo. Se rindió, mas en el peor momento de su vida, conocía a Miranda, la mujer que era capaz de hechizarlo con esa sonrisa, sus conocimientos y esa mirada que lo hacía perderse en su alma. Necesitaba retroceder el tiempo y conocer a esa joven otra vez. Con un compromiso a cuestas, ¿qué podría hacer? Tal vez lo mejor fuera huir e intentar jamás regresar ahí y seguir con su palabra que su propia madre había empeñado. Se arrepentía en el fondo mismo de su corazón por haber puesto su futuro en manos de su progenitora, pues había perdido el control por completo.

Al verlo tan cerca, el corazón de Berenice comenzó a latir con fuerza. ¿Por qué se acercaba tanto? ¿Qué tenía pensado hacer? Lo peor era que si deseaba comprometerlo, nadie estaba ahí para pillarlos en el momento exacto. Qué desafortunado era su hermano al no estar ahí en el instante correcto para poder tener verdaderas razones para quejarse de alguien y ser verdaderamente acusada por algo que sí puede ser importante, no como lo que había pasado con David.

—Miranda, considero que usted es...

El silbido que su hermano usaba para llamar a los caballos la alertó, él estaba cerca, quizá huyendo de la lluvia o tal vez, buscándola a ella.

—¡Debo irme! —exclamó apresurada. En verdad debería quedarse y que la descubrieran; sin embargo, no era lo que quería, ella deseaba ser amada por lo que era y no porque lo obligaba.

—¡No puede salir con esta lluvia!

—Debo ir a por mi caballo, en mi casa me están esperando. Usted quédese hasta que escampe. No me pasará nada, soy del campo y una lluvia jamás me detendría.

Berenice abrió la puerta para salir, pero el conde la cogió de la mano.

—La volveré a ver, ¿no es así?

—Sí, nos volveremos a encontrar otra vez. Quizá el destino quiere vernos cerca. Adiós, milord...

Él frunció el ceño al oír que ella le había dicho milord, ¿cómo sabía que él era un conde si no se lo había dicho? Podría ser una suposición, ya que lo que más abundaba en Inglaterra eran condes.

Berenice corrió hacia donde había dejado atado a su caballo. En un momento se había empapado por completo. Aquel estaba desesperado por soltarse e ir corriendo hacia el llamado de su entrenador. Como pudo lo liberó y montó con premura para poder ir hacia la residencia, pero por un sitio en el cual el conde no pudiera verla desde la ventana.

Todavía le costaba creer lo que había pasado. El conde había aparecido por la casualidad más afortunada del mundo. La señora Smith no podría digerirlo si se lo llegara a decir, pero como no era su confidente, sino más bien su verdugo, no podía contarle nada. ¿A quién podría contarle su pequeño secreto?

—¿Qué haces fuera de la casa con este clima? ¿Acaso no viste las nubes? —increpó su hermano al verla llegar a las caballerizas.

—¿Y tú? También estás mojado.

—No respondes a mi pregunta.

—No me cuides tanto, Benedict.

—¿Qué ocultas, orejas de mula? Así es como te dejará la señora Smith cuando te vea llegar. Deberías cuidar tu salud para no preocupar a nuestro padre, si es que te importa su salud.

—Por supuesto que me importa. Solo salí a cabalgar, no hay nada de malo en eso.

—Si enfermas y mueres, él también lo hará, así que piensa dos veces las cosas, Berenice.

—¿Estás resentido conmigo por eso me tratas así, Benedict?

—No, pero me preocupa que eres irresponsable y desorientada siendo una dama. Deberías ser respetable y no encontrarte con nadie como lo hiciste con David.

—¡Pero David es nuestro primo y no ha hecho nada malo como tú quieres hacer ver!

—Pues si fuera una buena persona, no hubiera aceptado la propuesta de irse de Yorkshire hacia Londres.

—¿Quién hizo esa propuesta?

—Nuestro padre. No ha querido dar detalle de lo que conversaron con él, pero si aceptó irse es porque algo debe ocultar o pensar. Es mi amigo y debería defenderlo; sin embargo, eres mi hermana y por eso debo cuidarte, me siento responsable por ti.

—Puedo cuidarme sola, Benedict, no hace falta que pelees con nadie de forma absurda. Deberías reconciliarte con él. No puedo creer que una interpretación tuya rompiera una preciosa amistad entre familias.

—Es por precaución. Cuando te cases, las cosas serán distintas. Debemos encontrar a un tonto que quiera domar a una víbora.

—Pues será mi tonto, no tuyo para que lo desees. —Le dio la espalda a su hermano y fue hacia la casa para entrar por la cocina.

—¡Milady! —exclamó Harry que iba tras ella queriendo cubrirla con una manta—. Debe cubrirse, está mojada.

Tuvo que voltearse para ser educada, pero en realidad estaba enfadada con su hermano.

—Gracias, Harry —pronunció tratando de ser amable. Aquel no tenía la culpa de que su hermano la pusiera de mal humor.

Cubierta por una manta fue hacia las escaleras y ahí cogió una lámpara. Siempre había lámparas en cualquier sitio para quien quisiera usarlas lo hiciera. En lugar de ir a su habitación,

fue al estudio de su padre.

—Berenice, escucho tus pasos... —dijo Clifford que tenía una lámpara junto a su bosquejo.

—Padre, ¿qué ha ocurrido con David?

—Sus padres han decidido que se vaya a Londres unos meses y cuando empiece la temporada, regresará. No es nada preocupante, es por precaución.

—¿Habló con él?

—Sí.

—¿Y cree que es inocente o culpable?

—Es inocente. Ha declarado lo mismo que tú, pero para no golpear la relación entre él y Benedict, propuse esa idea que ha aceptado. A veces ir a Londres expande las perspectivas de las personas.

—Si no está confundido o interesado, me resulta de mal gusto que tuviera tal idea, padre. Estas fiestas las pasaremos sin ellos.

—Sin él o tal vez lo tengamos por aquí para esas fechas. Considero que deberías agradecer la predisposición de David. No quiero problemas y se preocupa por ti, haz lo tuyo y consigue un buen esposo para que tu hermano esté tranquilo.

—Quisiera que la señora Smith cogiera sus orejas y lo arrastrara hasta América para dejarlo ahí. Esto pasa porque es permisivo con él.

—Te pareces a tu tío siempre quejándote de todo, pero a mí no me aterra, estoy acostumbrado a lidiar con lo peor de lo peor. Una maldición sería que naciera un ángel en la familia de tu madre, pues ninguna puede ser considerada un buen ejemplo y menos para jóvenes casaderas. Fanny me ha buscado mucho para que estemos juntos, sin ella no estarías aquí. Lo agradezco, pero es incorrecto, aunque una Fane no conoce límites. Espero que seas más Hendricks, aunque no luces mucho como yo. Ten conciencia, sé prudente y no hagas tonterías...

—Eso es como una invitación a hacerlo.

—Esas serían las palabras que diría alguien como Eugenia a tu edad. No me sorprende que lo digas. Ve a cambiarte, podrías enfermar.

—Mi tío Spencer diría que mojaría sus cuadros con mi estupidez.

—No uso esos términos, pero debes saber que tu institutriz propuso que tu tío se encargue de ti para resguardarte. Considero que ya no será necesario si David estará fuera del condado.

«Si supieses, padre» dijo dentro de su cabeza, ya que habían alejado a un amigo que no había hecho nada malo; sin embargo, había llegado un nuevo demonio a Yorkshire y ese era el conde, con el que había quedado para volver a encontrarse. Ella moría de ganas por hacerlo, aunque no era conveniente para una joven de su edad por no estar entre los estándares de su institutriz, de sus padres y de la sociedad, al menos en la forma en la que se habían conocido. Agradecía no haberlo matado del susto, pues eso era factible viniendo de ella que pese a su bondad terminaba haciendo cosas malas sin querer.

—Si mi tío quisiera cuidarme, se me acabaría hasta el aire, padre.

—O tal vez lo mataras. Es una bendición que no tuviera hijas o ya estaría siendo alimento para gusanos. Haz el favor de cambiarte, no quiero que enfermes.

—Sí, padre, no quiero preocuparlo, así que lo haré...

Ella fue a su habitación y se quitó la pesada ropa empapada. Después que se cambió, intentó observar por la ventana si podía ver algo de la cabaña, pero desde ahí no podía ver nada, entonces se rebuscó por un lugar de la casa en el que pudiera ver algo.

La entrada de su residencia era el mejor lugar para observar algo. Miró hacia la cabaña y no podía distinguir nada. Quería saber si el conde podría hacer algo para irse del sitio.

—Su cabello está mojado, al igual que el de su hermano, milady —comentó la señora Smith, que se acercó a la ventana para mirar como lo hacía la joven.

El grito de Berenice la asustó y juntó sus manos cerca de su pecho.

—¡Me asustó, señora Smith! —la reprendió la joven.

—Es usted quien me asusta, lady Berenice. ¿Qué ha hecho? Que una persona como usted, que duerme con criaturas de las tinieblas esté asustada, solo significa que ha hecho algo muy malo. Espero que no sacrificara algunas gallinas para algún ritual... La oscuridad no puede ser algo que a la gente de esta casa le llame la atención.

—¿Cómo puede pensar eso de mí? ¿Por qué no piensa algo malo de mi hermano?

—Su hermano no hace nada malo, al menos no algo que me afecte o le afecte a usted.

—Va al pueblo a perseguir faldas, ¿por qué no hace algo?

—Usted no tiene idea de lo que él hace ahí, pero cuando lo sepa, quedará sorprendida. Él es un caballero fascinante.

—¿Fascinante? ¿Hablamos de Benedict, de mi hermano? No, no y no. Él no puede ser fascinante, debe ser algo así como infumable, soporífero y un par de otras descripciones que lo definan mejor.

—La que debería practicar para ser una buena persona es usted que es prejuiciosa con alguien tan atractivo y generoso como su hermano.

—Definitivamente la edad la ha afectado, señora Smith.

—¿Me ha llamado senil?

En ese instante, Berenice se había dado cuenta de que había cometido una tontería imperdonable. A ninguna mujer le gustaba que hablaran de su edad.

—Señora Smith, yo...

—Quiero decirle algo al oído, milady... Acérquese.

La joven cerró los ojos porque ya sabía lo que le esperaba cuando atentaba contra la

paciencia de su institutriz. Sintió los dedos de la señora Smith atenazando su lóbulo de la oreja izquierda.

—Jovencita, es de mal gusto hacer ese tipo de suposiciones. Ahora vamos a beber té y lo hará sonriente, sin quejarse de nada, aceptando cómo son las cosas y sin utilizar la impoluta reputación de su hermano para decir sandeces.

—¿Impoluta? ¡Ay! —Ella sintió que la señora Smith apretó su piel con más fuerza—. ¡Sí, sí, es impoluta como una paloma!

—Siempre es bueno recapacitar. —La institutriz soltó la oreja y fue caminando hacia el salón del té, pero tropezó con un mueble. Aguantó el dolor, pues no mostraría debilidad ante esa niña, ya que sabía que se la comería viva con alguna burla.

Fue tras su institutriz, mientras acariciaba su lado maltratado. Debía dejar de decir tonterías para que no la volvieran a castigar. Al entrar al salón, ahí estaba su hermano, sentado, esperando el té.

—Si él está, no beberé té... —dijo ella colocando sus brazos cruzados bajo el pecho.

—Como si te fuera a dar veneno —masculló su hermano.

—Al próximo que pelee lo delataré con alguno de sus padres y espero que sea con lady Fanny, que tiene un poco menos de corazón para castigarlos. Sean buenos hermanos o utilizaré una preciosa técnica que me ha enseñado lord Nottingham y es especial para que los hermanos se adoren.

Capítulo 12

Berenice tuvo que beber el té en compañía de su hermano y después también sentarse a la mesa para compartir la cena.

—Esta lluvia ha traído un par de hechos paranormales a esta casa —comentó Clifford que después bebió su copa de vino.

—¿Te refieres a que Berenice y Benedict han podido tomar el té sin sacarse los ojos? —curioseó Fanny, burlona.

—No, me refiero a los movimientos en la cabaña...

La joven que estaba bebiendo su copa de agua se atragantó con ella y empezó a escupir. El señor Barnes se acercó a darle ligeras palmadas en la espalda para ayudarla.

Benedict observó a su hermana con desconfianza.

—¿Cómo que movimientos? —cuestionó el joven.

—Primero luces y después un caballo con una persona en su lomo. Lo he visto desde el ático. No creo en fantasmas, si existieran estarían viviendo aquí con nosotros, es el espacio ideal para los espectros y monstruos imaginarios como creen en el pueblo.

—Es una tontería. ¿Quién pudo haber entrado a la cabaña? A lo mejor alguien que estaba en nuestras tierras se refugió aquí, cariño.

—Sí, es lo que estaba pensando y no me agrada. Tenemos a una casadera, pondré más personal armado alrededor. Olvidarás este asunto de salir sin alguien, Berenice —decidió el conde.

—Padre, no es justo... —farfulló la joven.

—No busques tu desgracia —intervino Benedict.

—Prefiero ir a casa de mi tío Spencer y ser una verdadera prisionera que vivir una falsa libertad.

—Eres mi hija y no la de Spencer, es todo. Te cuidaremos aquí. Las personas deben aprender que existen límites a nuestro alrededor. Debes cuidarte, eres una dama. La pasividad de la zona se ha terminado. Alguien ha creído conveniente utilizar mi cabaña como refugio, puede hacerle daño a tu madre o a ti, Berenice.

—No hay forma de que ella entienda, padre. La señora Smith ha estirado tanto su oreja que ha quedado tan tonta como una mula.

—Pues deseo que estire la tuya para ver si mueve algo en esa cabeza hueca...

—¡Suficiente! Nadie los ha educado de esta manera. ¿Por qué tienen tantos conflictos entre ustedes? —increpó Fanny.

—Por su culpa, David tendrá que irse de Yorkshire, fue por causa de una mala interpretación de un cerebro inmaduro que solo se proyecta hacia otras personas. Si tú haces eso con las mujeres, Benedict, no significa que todos los caballeros lo hagan.

Mientras sus hijos discutían en la mesa, Clifford prefería guardar silencio. Era algo común para él oír en casa de su cuñado que sus hermanas y él entraran en conflictos constantes, no era algo nuevo y el conde sabía con quiénes lidiaba y a qué atenerse. Siguió comiendo su cena esperando que la sangre comenzara a correr en algún momento o quizá alguien de ellos decidiera hacer gala de su cordura. Una vez que ellos se callaron, pudo hablar.

—Espero que después de escupirse sus verdades se sientan mejor y que esto no termine siendo un problema entre hermanos. Que tengan buena noche, hijos míos. —Él se levantó y sus dos hijos lo observaron.

—¿No está enfadado, padre? —preguntó Berenice que no quería que aquel se enfadara con ella. Sentía que moriría de pena si él llegara a decirle algo malo.

—No me han dado tiempo de enfadarme. He terminado mi cena, mientras a ustedes se les ha enfriado. Espero que la disfruten.

Fanny imitó a su esposo y se colocó cerca de él para poder conversar mientras se retiraban.

—Resolveré todas sus diferencias en un día si continúan de esta manera y será algo muy duro que no les gustará, pero es la mejor forma de hacer que dos hermanos que se odian, se amen. Buenas noches —declaró Fanny que cogió del brazo a Clifford.

Benedict y Berenice se observaron con molestia y después desviaron sus miradas para poder acabar la cena que, como había dicho su padre, se había enfriado por completo.

—Deberías pedir perdón por ser un tonto, Benedict.

—¿Pedir perdón porque tú debiste haber provocado sentimientos en David?

—¡Si provocar sentimientos se diera solo por respirar, debo ser culpable! ¡No he hecho nada! ¿Acaso estás ciego? Pueden confundirme con una mantis religiosa, ¿qué pasiones crees que podría despertar? Como mucho me pedirán que alcance una fruta de un gran árbol.

—¿Y eso qué? Él debe tener gustos exóticos y, además, no todo se trata de belleza, sino del trato, de cómo puedes confundir a alguien con una sonrisa.

—¡No soy ninguna provocadora! —Ella cogió parte de su pastel de carne y se lo arrojó al rostro a su hermano.

Ella comenzó a reír al verlo cubierto por su cena, pero eso duró poco, pues Benedict le arrojó el vino de su copa en la cara a su hermana y también comenzó a reír.

Estaba cubierta y con el vestido manchado, estuvo a punto de subir sobre la mesa para coger a su hermano del cuello; sin embargo, la señora Smith, en compañía del señor Barnes, la vieron intentando seguir con las agresiones.

—¿Qué se supone que haría, milady? —increpó su institutriz.

—Yo quería limpiarle el rostro a mi adorable hermano, él es un cerdo con la comida.

—¿Y él quería secarle la cara a usted? —curioseó burlona—. Está castigada, lady Berenice.

—¡Pero yo por qué!

—Lo mereces por...

—Usted también, lord Benedict. Este comportamiento es vergonzoso. Su preceptor debe estar revolcándose en su tumba al ver este comportamiento. —La señora Smith interrumpió al joven heredero—. Los dos irán a cambiarse de ropa y regresarán aquí para que los castigue. Y no olviden que lo comunicaré a sus padres.

—Usted no tiene autoridad para castigarme, señora Smith, soy... —Benedict guardó silenció al ver que aquella le mostró los dos dedos que usaba para estirar la oreja de su hermana.

—Bien hecho. Será castigado y es todo. Iré a contarle esto a milady...

—No preocupe a nuestro padre, señora Smith, por favor —pidió Berenice, preocupada.

—Milord es un hombre fuerte, soportará que alguien le diga que sus hijos son un desastre ambulante.

La señora Smith golpeó la puerta de la habitación del conde, ya que sabía que ahí encontraría a Fanny. Aquella no dejaba respirar a su esposo, siempre estaba detrás de él.

—Escuché un par de gritos... —declaró al ver a su antigua institutriz.

—Me temo que, ante la locura de estos jóvenes, lo mejor es que los castigue como lo hacía lord Nottingham, un gran ejemplo de cómo deben ser los castigos.

—¿Los atará de las manos?

—De los pies. Tendrán que hacer equipo. En un día se resolverá el problema de convivencia.

—Hay que hacerlo. No sé la razón por la que están así, señora Smith, y lo que me temo es que Berenice sea quien esté provocando a su hermano. Benedict es un joven muy bueno y generoso, no entiendo de dónde saca estas actitudes...

—¿Quiere que le responda o usted se responderá sola? La sangre no es agua, son generaciones de desastres, no se quitará en esta. Lord Montgomery tiene la gracia de no tener hermanos, por eso conserva la calma.

—Mi pobre Clifford tiene que soportar estas cosas. Me dan ganas de atar a esos ingratos a un árbol.

—No es una mala idea, milady, si esto no resulta, esa será la siguiente.

—Creo que terminaremos atándolos a un caballo para resolver esto.

—No queremos llegar a esos extremos, pero lo anotaré como una excelente idea de castigo. En la familia Fane son creativos. Con permiso, buenas noches, milady.

La institutriz se retiró y fue hacia el lugar en que los jóvenes debían encontrarla para recibir el castigo.

Después de que ambos lavaran sus rostros y se cambiaran de ropa, la señora Smith cogió un listón un poco maltratado y los miró.

—Quítese la bota, milord, y usted, milady, quítese la media.

—No estará pensando en atarnos, señora Smith... —alegó la joven, angustiada.

—Hacerlo logrará que ambos trabajen en conjunto, conversen y arreglen sus problemas.

—Perfecto, yo acepto el castigo, señora Smith... —dijo Benedict que no parecía arrepentido, pero sí resignado a su destino.

—Pues yo me niego...

—Si dice algo más, terminaré haciéndole un favor a lord Benedict que será colocarle una mordaza.

Los dos tuvieron que aceptar aquello, dormirían en la misma habitación para que sufrieran

el castigo.

***

Antes del anochecer, el conde de Northland había logrado salir de la cabaña en la que lo había dejado abandonado la mujer llamada Miranda. No sabía nada más de ella. Se sintió un poco torpe al no averiguar más. Tenía ciertos remordimientos al interesarse en una mujer estando comprometido. Con mucho descaro había dicho que era un hombre soltero, y claro que lo era, pero también estaba comprometido. Fue deshonesto y para colmo le dijo que era una coincidencia que estuvieran en la misma situación. Quería meter su cabeza bajo la tierra después de semejante humillación. Él no necesitaba que nadie lo humillara, el mismo Steven era suficiente para lograrlo solo.

Estaba impactado por Miranda y no solo por su belleza, sino que se dio cuenta de que ella era tan alta que quizá hasta llegara a superarlo en altura, pero esa era la mujer que lo había conquistado en un segundo. ¿Cómo podía ser posible algo así? Estuvo años buscando una sensación como la que había sentido ese día. Ese era el flechazo de Cupido, la esencia de conocer a esa persona que no había visto antes y creer conocerla de toda la vida. Además, que tuviera un gran sentido del humor y creatividad, sin contar que sentía una gran admiración por ella por alguna razón. Era rebelde y a la vez una dama convencional que le hacía desconfiar de quizá no lo haría pensar dos veces para arrojarse a sus pies.

Se tapó el rostro con ambas manos al darse cuenta de que cometió el peor error de su vida al comprometerse con lady Camila Winchester. No era una mala persona, pero sería una equivocación si se casaba con ella, sintiendo atracción por una desconocida a la que sin duda alguna buscaría al día siguiente para volver a ver y caer en un círculo vicioso de una búsqueda implacable. ¿Qué sería lo indicado en el caso que le estaba ocurriendo a él? Llevaba años queriendo encontrar a la mujer de su vida, pero se cansó y consideró absurdamente que lo mejor era entregarse a su madre para que esta le proporcionara una solución definitiva ante su indecisión. Fue un terrible error, el peor de su vida que, en cualquier caso, no sabía cómo solucionar. Si llegaba a enamorarse de Miranda, no habría forma de que lo separaran de ella. Todavía era pronto para saber hacia dónde iban sus sentimientos, mas todo apuntaba a que no la dejaría tranquila con facilidad porque lo había deslumbrado.

Pese a tener los pantalones mojados por montar un caballo empapado, no se sentía mal ni avergonzado. Esa salida le había demostrado que tal vez su destino nunca estuvo en Londres,

sino que se encontraba en Yorkshire y estaba a punto de debutar. Debió tener unos meses más de paciencia antes de arrojarse de esa manera a lo desconocido de un matrimonio por conveniencia.

Para el horario de la cena, él fue a comer en compañía de los demás en el comedor que también servía de salón y taberna de la posada. Ahí bebió un par de copas de un pésimo whisky, pero eso no le importaba, lo importante solo era pensar en Miranda, en su belleza, en su sonrisa y su espíritu. Oh, qué dama a la que deseaba volver a encontrar pronto.

Por la mañana, se levantó y observó hacia fuera de la posada, el clima estaba perfecto, el sol era capaz de quemar a cualquiera con tanto brillo. Sin dudarlo, azuzó a su caballo para ir al pueblo y comprar frutas o algo que pudiera usar para agasajar a la joven a la que esperaba ver en esa pradera. Pese a que tardó en salir de la propiedad ajena, lo logró y ya sabía cómo entrar ahí sin mucho esfuerzo.

Con ilusión cargó un canasto con frutos que le habían vendido y también un listón. A Miranda le gustaban los listones y él esperaba darle uno que amara.

Capítulo 13

Para la mala fortuna del conde, él estuvo en la pradera durante horas. Tuvo que compartir el contenido del canasto con su caballo, los dos tuvieron hambre durante todo ese día que estuvieron esperando a Miranda y esta no había aparecido. ¿Qué había ocurrido?

—Es tu culpa, Steven. Te gustan los problemas, los peligros y las cosas difíciles. Primero tienes una prometida extraña que según tu madre es torturada. Eso era algo que no me sorprendería. Y la mujer que habías conocido un día antes, desapareció al oír un extraño sonido. Debe estar embrujada o algo. Ya que no me gustaban los problemas, el destino puede estar viendo cómo hacer que mi vida se complique innecesariamente. ¡Qué hice! No he besado a una cobra o algo para merecer esta vida complicada. Me arrepiento de haber sido un pantalón flojo. Espero que eso haga que el destino esté de mi lado para bien y no para mal.

Sentado en aquella sombra, vio a unos hombres armados en la propiedad en la que estaba. Bajaron de los caballos y se acercaron a él.

—Debe retirarse de estas tierras, son órdenes de lord Montgomery. No quiere que ningún extraño esté aquí —habló el capataz con dureza en su voz.

El conde se levantó del suelo para hablarles.

—No estoy haciendo nada malo. Mi caballo y yo estamos de paso, descansando un poco antes de continuar nuestro paseo por el condado.

—Le sugiero que cambie de dirección. Hay personas extrañas que pueden estar armadas.

—Lo único extraño aquí es el castillo de lord Montgomery, que debe estar infestado de criaturas monstruosas.

—Es un poco mayor para creer en esos cuentos, caballero —se burló el capataz con su compañero de ronda.

—Tal vez, pero hay que hacer volar la imaginación con el aburrimiento, ¿no es verdad? Es

todo lo que uno puede hacer en el campo. No me culpen, señores.

Los sirvientes de Clifford rieron por lo que decía Steven que sin duda se había metido en el bolsillo a esas personas. Lo único que le quedaba era seguir alimentando esa buena relación para que si lo volvieran a ver lo dejaran pasar.

Se agachó y tomó un par de manzanas para dárselas.

—Mi caballo y yo hemos comido bastante, ¿un poco de fruta? —preguntó con una sonrisa que hizo que los demás no pudieran rechazar la oferta. Cogieron aquello y fueron hacia sus caballos.

—No olvide salir de la propiedad pronto...

—Este lugar tiene la mejor vista. Solo estaré unos días en el condado, espero que si me vuelven a ver no me hagan comer plomo.

—Manténgase en los límites y todo estará bien, caballero.

—Espere, ¿alguno de ustedes conoce a Miranda? Es una dama preciosa y alta.

Los lacayos se miraron y fruncieron el ceño.

—Sí, milady vive del otro lado... —El sirviente señaló hacia el lugar.

—Ajá. Muchas gracias.

—Tenga cuidado con lo que hace al acercarse a milady. Al barón no le gustará.

—No se preocupe, solo la he visto y me ha parecido hermosa, es todo. Gracias.

Los guardianes hicieron una inclinación de cabeza para despedirse de Steven, que al menos pudo averiguar algo más sobre la dama a la que esperaba. Pensaba que eso que le habían dicho del barón significaba que era su padre. Eso le daba una idea de que sería arriesgado estar todos los días ahí, pero lo haría por verla, valía cada segundo menos de su vida encontrarla. ¿Dónde estaría esa bella jovencita?

***

—¡Quítate, quítate! —masculló Berenice que estaba sentada en un sillón del salón en compañía de su hermano, pues ambos seguían pegados.

Ella lamentaba estar en esa situación y no haber ido a la pradera para saber si el conde de Northland había ido a su encuentro como habían quedado. ¿Sería posible que volviera a encontrarlo mañana? Solo debía sobrevivir ese día al castigo y todo acabaría. Aprendería la lección con tal de no pasar un día más pegada a Benedict.

—No te quedas quieta y yo tengo sueño. Dormir en el suelo de tu habitación no ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida, Berenice. No merezco este castigo adicional al que ya tenía por ser tu hermano. Te cuido y es así como me pagas. Debí obsequiar tu cuerpo a algún ebrio de las tabernas, pero no lo hice, quise ser un buen hermano alejando a lo que creía que podría ser algo malo. No quiero que preocupes a nuestro padre, me molesta que lo hagas.

—No quiero preocuparlo, pero es inevitable que lo haga.

—Ninguno de ustedes hará que lord Montgomery deje de preocuparse por ustedes. Lo que les molesta es creer que él se siente mal con lo que hacen y eso está lejos de ser verdad. Él no les ha pedido una competencia para saber quién de los dos es el más responsable. A este paso envejecerán antes que el gigante pacífico que vive en esta casa. Deberían aprender de milord y dejar de lado la cizaña de la casa de su madre. Ustedes son la viva imagen de lord Nottingham y su hermana, la duquesa de Salisbury. Ellos no dejaban de pelear hasta que un día milord se puso de mal humor y la envió a Gloucestershire como castigo. No hagan que alguien los castigue enviándolos lejos —alegó la señora Smith que le entregó un libro a cada uno de ellos para que el tiempo pasara más rápido en medio del castigo impuesto.

—Pues que envíen lejos a Benedict. Nos harían un gran favor.

—No pienso irme ahora que vendrá Philip. Soporta, Berenice. Seguiremos juntos y yo no pelearé, incluso puedo besar tus pies con tal de no volver a pasar por esto. Deja de quejarte o se extenderá nuestro castigo y ahí sí me veré obligado a cortar tu pierna o la mía. —Benedict abrió el libro para leerlo. No seguiría diciendo una tontería por su propio bien.

A Berenice no le quedaba más que aceptar que no había otra forma de salir victoriosa, o, mejor dicho, solo viva y con su pierna entera. No podría volver a dormir intentando girar en la cama, oyendo a su hermano maldecir mil veces por despertarlo.

Lo único que lamentaba era no haber acudido a la cita que había pactado con el conde. Debió ser más inteligente y decírselo para no tener que sufrir en ese instante. En este caso, Benedict tenía razón, lo mejor era aceptar el asunto y poder continuar cada uno con su vida. Debía poner de su parte para que ese día acabara más rápido.

Hacer cosas con su hermano no era fácil, pero debían ponerse de acuerdo para lograrlo y que todo fuese más llevadero. Todas las tareas fueron incómodas, pero pudieron lograrlas gracias a que trabajaron juntos en eso. Después de la cena, la señora Smith los volvió a desatar, ya que lo había hecho en varias oportunidades para que hicieran sus necesidades.

—Son libres para llevar una vida de arrepentimiento. Estoy segura de que desde ahora en más los problemas entre hermanos se resolverán de una manera distinta sin tirar la comida de la cocinera y hacer que las doncellas tengan que limpiar el comedor y lavar sus ropas manchadas. La próxima vez pensarán mejor las cosas antes de inmiscuir a los demás en sus desacuerdos —alegó la señora Smith.

—He aprendido mi lección, señora Smith. ¿Mañana puedo salir a cabalgar? Me he perdido un día maravilloso por haber sido castigada —se quejó.

—A usted se le da la mano y quiere coger el brazo, milady. No puede salir sin la compañía de alguien. Aprovecharé para acompañarla —dijo la institutriz.

—¡Pero quiero ir sola!

—Acepta o definitivamente no saldrás —recomendó su hermano.

—Es cierto, iremos juntas, señora Smith... —acató haciéndole caso a su hermano.

¿Cómo haría para salir si tenía como sabueso a la señora Smith? Ni en sus sueños más lejanos ella la dejaría entrevistarse con un conde, ni si llegara a estar comprometida. ¿Qué podría hacer para librarse de ella y poder ir en tranquilidad para encontrarse con él si aún tenía la esperanza de verlo? Pudo haberla tildado de mentirosa por no estar ahí, aunque al menos

Berenice sabía en dónde encontrarlo en unos días. No era motivo para desesperarse, pero quería verlo. Se sentía ansiosa por estar cerca de lord Northland otra vez. Su sueño se estaba convirtiendo en realidad y si las cosas resultaban bien, tal vez se convirtiera en la próxima condesa. Además, esa sería una prueba de que los sueños se cumplían y también la forma de comprobar que un espíritu puede reconocer al amor.

Ella era romántica en verdad, sí, era tan absurda con eso que confiaba en el amor, pues lo veía cada día. Si su padre que vivió sus mejores años encerrados pudo casarse porque encontró el amor, a Berenice le sobraban razones para creer que encontrar a la pareja ideal era lo mejor que podía pasarle a alguien. Quería vivirlo y deseaba hacerlo con ese conde. No sabía si había sido una simple impresión o en verdad era algo mágico que la hacía soñar con él, idealizarlo y pretenderlo. Sin embargo, se había dado cuenta de que ella lo había idealizado de una manera distinta, como alguien serio, comedido, elocuente, tal como lo era su padre, pero lo que podía ver era que el conde no estaba cerca de ser ninguna de las tres cosas. Podía decepcionarse, pero era mejor eso a vivir una fantasía, pues lo único que hacía era salir del ala paterna, la persona a la que más amaba y admiraba. Su futuro esposo tenía su propia personalidad y debía aceptarlo, al igual que Berenice no era igual a las otras jóvenes debutantes que el conde pudo conocer o todavía pudiera. Esa idea le daba un poco de miedo, ya que deseaba tener la oportunidad de saber si esta sería su realidad o viviría por la eternidad en un sueño.

Durante toda la noche pensó en varias maneras de hacer que la señora Smith no la acompañara, pero para su temor, todas las ideas eran malas y lo peor era que con alguna de ellas podría acabar con su vida de forma accidental. Cortar su silla de amazona podría ser una sentencia para ella. Debía olvidar esa ridícula opción. Quería mucho a su institutriz y lo único que sabía que podía hacer era ser desobediente para conseguir lo que deseaba.

Berenice bajó de la segunda planta con una sonrisa, debía poner su plan en marcha. Vio a su institutriz cruzando por el salón con un libro en la mano.

—¡Señora Smith! —la llamó con tono burlón.

—No debería estar gritando. No es lo que le he enseñado. ¿De quién aprende usted? No la he llevado al mercado para que se comporte de esa manera. Ay, esta generación de jóvenes destruirá la civilización.

—No se enfade. Solo quería decirle que tengo muchas ganas de una carrera.

—Por supuesto que sí, jugará con mi espíritu, milady.

—Pero usted saldrá conmigo...

—Entonces irá montando como una dama convencional.

—¿Y Benedict? ¿No puede ir conmigo?

—Si va lord Benedict yo me quedaré.

En ese instante, ella vio una oportunidad de conseguir lo que deseaba y su hermano sería el medio de lograrlo.

—Se lo preguntaré... —dijo la joven que fue al despacho del conde. Su padre le había enseñado todo a su hermano para que él se encargara, entonces aquel solo se ocupaba de su arte y de vivir para su familia.

Golpeó la puerta y esperó que alguien le autorizara la entrada.

—Adelante... —habló su hermano.

—Benedict... —murmuró como si jamás hubieran peleado y tampoco hubieran sido atados de las piernas.

—¿Qué quieres? No quiero que me provoques, ¿entiendes?

—No estés a la defensiva. Solo quería que salieras a cabalgar conmigo. Nunca lo hacemos. Para ti todos son más importantes que yo.

—¿Y qué tengo que hacer yo contigo?

—Compartir como familia.

—Considero que ya compartimos demasiado ayer. No me arrastrarás a ninguna idea caprichosa.

—Solo una carrera y luego regresas, mientras yo me quedaré a recoger bayas antes de que mueran.

—¿Acaso escuchaste a nuestro padre? Hay extraños en la propiedad... No puedo creer que ignorar las precauciones sea tu deporte favorito.

Capítulo 14

—Lo tengo en cuenta, pero me parece alarmista. ¿Para qué hemos aprendido a usar un arma si resulta que no puedo salir a nuestra propiedad para distraerme? He perdido mi tiempo, es absurdo —farfulló.

—¿Y entonces?

—Y entonces sales conmigo o consigues que salga sola. La señora Smith sería una persona más a la cual proteger, considero que conmigo ya es suficiente.

—¿Piensas que intercederé por ti después de lo que pasó ayer?

—Por supuesto. Los desacuerdos son parte de la vida. Si no eres capaz de entenderlo, el castigo no ha sido efectivo.

Benedict achicó sus ojos para mirar a su hermana con desconfianza. Ella no acostumbraba a ser insistente con nada. Era bastante sospechosa esa actitud condescendiente y que suponía un entendimiento de un castigo absurdo que recibieron porque eran de sangre caliente. La señora Smith tenía razón: ninguno de ellos había heredado nada de su padre, ni siquiera el color de cabello.

—¿Qué tramas, tienes o escondes?

—¿Por qué tiene que ser algo malo? ¿Sabes qué? Iré a encontrarme con un jovenzuelo de calzón ligero, ¿estás conforme?

—Mientes...

—No lo sé, puedes saberlo si vas conmigo.

—No iré a perder el tiempo. Lleva tu arma y yo hablaré con nuestro padre y con el capataz.

—¿Cómo no vas a cuidarme como lo hiciste con David?

—No me provoques ni abuses de tu suerte, Berenice. Sabes que quien tiene el poder aquí soy yo.

—Claro. Gracias, Benedict...

Todo fue más fácil de lo que había creído y solo debió hablar con la verdad que, para su hermano resultaba tan irreal. Era un tonto, con tal de no cuidarla podía hacer lo que quisiera.

Salió del despacho, sonriente, y después fue al comedor a esperar el desayuno. Ese sería el momento en que su hermano abogaría por ella para una oportunidad.

***

Steven no sabía si volver a llenar la canasta o ir solo con el listón en la mano. No quería alimentar capataces, sino a una bella y delgada dama a la que le faltaba un poco de carne en esos huesos. Su belleza y figura tan exótica era lo que le llevaba a pensar en esa dama, sin mencionar lo inteligente que le parecía. Su forma de hablar y su actitud, sin contar el parecido, le recordaba mucho a las esposas de sus amigos, John y Wilburg, esa mujer o seguía las directrices de las ideas de la libertad o era una pariente muy lejana, ya que los Fane eran de Yorkshire, lo que no le suponía nada extraño.

Optó por llevar el listón y frutas secas para comer, su caballo comería pasto, no más manzanas por esta ocasión. No podía andar comprando más cosas sin saber si la encontraría. Confiaba en la palabra de una joven que solo le había dado su nombre y un lugar de encuentro, aunque él tampoco le había dado mucha información. Estaban confiando en el aire.

Salió a lomo de su caballo para continuar con su segundo día de espera de la que podría ser una mujer interesante.

No sabía si tomar ese mismo camino o dar más vueltas para llegar a causa de los sirvientes de lord Montgomery. Unas manzanas no serían capaces de mantenerlo más de unos minutos en esas tierras.

Cabalgó con libertad y plenitud. Llevaba tantos años queriendo sentirse como en ese instante. Por alguna razón, despertó un día diciendo que su vida carecía de sentido. De yacer con

una mujer en su cama, pasó a pensar en todo lo que le rodeaba. La soledad y el frío después de intimar comenzaba a molestarlo y con mayor medida desde que sus amistades se casaron y comenzaron a formar sus familias. Envidiaba a George por lo que tenía, poseía a una mujer hermosa e inteligente. Quería saber lo que se sentía amar y estar con una persona de esas características. El amor se había vuelto una leyenda que él quería perseguir para disfrutar de sus bondades.

Al llegar a la pradera en la que habían quedado encontrarse, él ató a su caballo cerca de unos árboles, como si lo estuviera ocultando. Para Steven sería más fácil esconderse de esa cacería de brujas que hacerlo con un caballo a cuestas.

—Considero que tuvimos la misma idea —pronunció una voz que a él se le comenzaba a hacer conocida.

—Miranda... —replicó Steven que tenía una sonrisa que partía su cara en dos.

Berenice también escondió a su caballo, pues los sirvientes de su padre no descansaban. Llevaba mucho tiempo recorriendo hasta esperar que el conde apareciera. Fue un asunto de paciencia.

—Lo he esperado durante horas... —contó la joven.

—Casi he cumplido un día esperándola aquí ayer. Traje un canasto con frutas, pero mi cabello, los centinelas y yo, terminamos comiendo todo. Lo único que no pudimos devorar fue esto... —Él extendió el listón que le había comprado.

Ella mordió sus labios a causa de la emoción. Le habían obsequiado cosas mejores, como joyas, caballos y hasta propiedades, pero nada era tan valioso como ese listón, pues venía del hombre que le interesaba. Eso hacía que, por un lado, se sintiera mal por mentir y, por otro, bastante halagada porque él pensó en ella para entregarle ese soberbio detalle.

Cogió la tela, la estiró y acarició.

—Es hermosa. La usaré siempre que pueda, lo prometo. Es un presente tan precioso que no alcanza a comprender lo que significa para mí.

—En realidad, usted no sabe lo que significa que esté aquí conmigo. He pensado mucho en su persona. No me ha dejado dormir tranquilo, haciendo planes para verla...

La joven suspiró y después se agachó cogiendo del suelo una pequeña flor que era parte de la maleza del campo y la extendió hacia el conde.

—No he traído nada, y me avergüenza no tener algo que ofrecer con semejante confesión. Lo único que puedo hacer es entregarle esto y corresponder a esos pensamientos de la misma manera. —Extendió la florecilla hacia Steven y él al cogerla tocó su mano con intención de mantener un contacto más estrecho.

De ninguna forma que le tomara la mano el conde podía ser igual a que lo hizo David, pues no se sentía de la misma manera. Cuando Steven la tomaba era como si un extraño calor recorriera su cuerpo; sin embargo, el amable y poco atrevido consuelo de su primo, era solo eso, cariño familiar y nada más. Su mente estaba dispuesta a abrirse con lord Northland para conocer lo que un caballero tenía para ofrecerle. ¿Qué podría desear un hombre como él de alguien como ella?

—Nadie me ha dado un detalle tan genuino, y menos una dama, Miranda... —musitó Steven que se sonrojó. En verdad nadie le había dado algo así. De niño recogía florecillas silvestres para dárselas a su madre y nada más. En sus años mozos hubiera pensado que esas flores apretaban a estiércol de caballo; no obstante, a su actual edad, valoraba ese detalle y no le resultaba absurdo, ridículo o digno de una burla.

—Este listón me lo pondré ahora —pronunció la joven que rompió el contacto de ambas manos para poder sacarse el listón que llevaba puesto para cambiarlo por ese.

Él la observó sonriente, intentando colocarse aquello, pero al parecer no lograba hacerlo.

—La ayudaré... —se ofreció Steven.

La joven lo miró, sentía temor de ser vista en esa situación, pero lo mejor era arriesgarse, si iría al infierno que no fuera por un pequeño pecado, que fuera por uno grande.

Le dio la espalda al conde y suspiró, nerviosa, por lo que le esperaba.

—Es usted bastante alta, mucho más que otras damas a las que he conocido. Somos casi de la misma estatura y quizá usted me pase un poco... Ah, no, no me supera, estaba en un desnivel —dijo Steven que trataba de ser más alto que ella y podía jurar que quería ponerse de puntillas para lograrlo.

—Es algo horrible. ¿A quién le agradan las mujeres altas que son capaces de superar a los caballeros? —musitó Berenice dejando uno de sus miedos al descubierto.

—Yo estoy encantado con eso. ¿Cree que es agradable jorobarse besando mujeres pequeñitas que parecen duendes? ¡Oh, Dios, no! —aseguró para agradar a la joven. Sabía que era mejor besar a las más bajas porque a los hombres les daba una sensación de poder y protección. A Miranda le hacía falta un arma y podía jurar que la mandarían al frente de batalla, pero jamás debía decir algo así. Ella era preciosa, para él era verdaderamente encantador estar cerca de ella. Su cabellera era brillante y lo más probable era porque alcanzaba el sol. Era perfecta.

No le quedó más remedio que reír ante lo que decía el conde.

—Nunca lo he visto de esa manera, pero me anima a pensar en que tendré oportunidades cuando vaya a Londres. Quizá muchos caballeros piensen como usted.

—Espero que no... —alegó con presteza, pues él no quería que nadie más la conquistara, mas debía expresarlo bien—. Quería ser el primero en pensarlo, Miranda, cada uno debe tener sus propias ideas.

—Es cierto que cada uno aprecia las cosas de una manera distinta. Quiero ir con la mente abierta para lo que encontraré en Londres en la primavera.

Él trataba de atar el listón, pero no era hábil ni siquiera para anudar su pañuelo lazado y nada lo ayudaba a hacerlo tan bien porque estaba distraído con la cabellera brillante que aquella poseía. Era una mujer preciosa y perfecta con aquel cuello de garza. Concentrarse en una simple tarea era imposible si aquella dama le resultaba tan deseable. Su libido parecía retornar después de mucho tiempo de ausencia y quizá fuera para meterlo en un problema, pues estaba comprometido y él estaba olvidando que no era libre para ilusionarse ni para ilusionar.

A ella le sorprendía que él tardara tanto, pero se alegraba de que pudiera compartir ese momento con aquel. Cuando sintió que ya no tocaba su cabello, percibió que uno de los dedos

del conde comenzó a recorrer su espalda hasta llegar a su hombro. Un pinchazo en su espalda hizo que una extraña sensación recorriera todo su cuerpo. Sentía que sus pezones se erguían y un cosquilleo recorría la parte baja de su vientre. ¿Qué significaba eso? Era placentero, aunque desconocido.

Cuando los dedos de aquel dejaron la tela para recorrer su piel, las sensaciones de la joven se multiplicaron y le costaba fingir que no pasaba nada.

Sin darse cuenta, Steven había perdido el control de sus acciones. Estaba acariciando a una joven y le gustaba. Sin embargo, al mirar su entrepierna, se asustó al ver al mástil acosando la espalda de Miranda. De inmediato dejó de hacerlo y buscó una posición cómoda para obligarse a dejar esa excitación que lo copaba.

—Wilburg, Adam, John, George, Herbert, Charles... —murmuró con los ojos cerrados para imaginarlos y que todo intento de placer se viera aplacado por sus amigos.

Las placenteras sensaciones habían desaparecido de manera repentina y eso la avergonzaba. Quizá el hombre se había percatado de que ese acercamiento era agradable y ella debió colocar un límite. Lo único que podía sacar en conclusión era que se había convertido en una mujer ligera. Su hermano estaría muerto si llegara a verla en esta situación, por menos de eso habían enviado a un inocente a Londres, a ese caballero lo enviarían directamente al cementerio.

Berenice oyó el murmullo del conde y ella giró sobre sus talones para verlo y él estaba en una extraña posición, como si hubiese corrido varias millas y estaba descansando en sus rodillas.

—¿Se encuentra bien? —interrogó al verlo de esa manera.

—Fue solo una punzada en el estómago... —mintió para zafar de la vergüenza. ¿Por qué no podía ser un seductor honorable como antes? Era un ridículo bufón de la corte que no podía recuperar su brío de libertino. Todo estaba yendo bien hasta que su tontería lo controlaba y lo echaba a perder, y lo peor era que ni siquiera estaba ebrio para culpar a algo o a alguien del asunto.

Capítulo 15

—Podría recomendarle algunas hierbas, pero soy un tanto dispersa para saber sus nombres, lo lamento... —se disculpó acercándose a él.

—No se preocupe. Suele pasar después de comer frutas, mi cuerpo está más acostumbrado al alcohol que a la comida...

—Acompáñeme, tomaremos asiento en el césped, en un lugar un poco más escondido de los capataces de lord Montgomery.

—¿Usted ha visto a lord Montgomery? —Él la siguió hacia donde ella se dirigió para sentarse.

—Sí... ¿Y usted?

—Por supuesto.

—¿A usted le asusta su apariencia?

—No. Muchas personas le temen en Londres, pero es una persona pacífica, de lo contrario, hubiera acabado conmigo en un instante por haber atropellado a su hija. Nunca me ha perseguido ni ha querido tomar venganza.

—Fue un accidente, ¿qué haría usted si volviera a ver a la hija del conde?

—Quisiera esconderme. ¿No cree que tengo derecho a sentirme avergonzado? No sé qué pueda pensar de mí. Debe creerme un verdadero patán sinvergüenza, porque no he ido a su casa a ver cómo estaba. Tampoco soy niñero de nadie, alguien debió prestarle más atención, era solo un gato.

—Es un gato hermoso —lo defendió.

—¿Lo ha visto?

Qué forma de echarse tierra tenía Berenice por ser un bocazas.

—Sí, es un minino un poco nómada. Le encanta pasear por la región...

—Entonces milady quizá pronto termine atropellada de nuevo si cree que debe salvar a cada animal que ve.

—¿Considera que el amor a los animales es un defecto terrible?

—No. Yo amo a los caballos. Un hombre sin caballos no existe. No hay más fiel y mejor compañero que uno de estos relinchadores.

—Me alegra saberlo. Si ve a un gato en la calle es de importancia salvarlo. Puede evitar una gran plaga.

—Es una buena idea...

Los dos sonrieron de manera incómoda, pues no sabían qué seguía en esa conversación, ya que el inevitable silencio estaba cerca.

—He traído cartas. No creo que alguien las eche en falta hoy... —declaró la joven que sacó el mazo de su ridículo.

Él sonrió al oír que ella salvaría el día con eso. Había algo en Miranda que necesitaba tener y no solo se refería a su cuerpo, sino también a eso que la hacía especial. Era inteligente y a la vez arriesgada, pues Steven sabía que todo lo que estaban haciendo gritaba la palabra inapropiado por todos sus poros, mas existía alguna razón por la que ambos arriesgaban sus respectivos pellejos por conocerse y él no tenía pensado desaprovechar su oportunidad por más horrible que sintiera dentro al recordar que en Londres alguien lo esperaba para salvarla, pero no era un héroe y su idea era sencilla y a la vez arriesgada. No quería casarse con lady Camila Winchester después de haber conocido a Miranda y de esta última no le importaba ni siquiera saber si tenía una buena condición social, aunque era evidente que ella era adinerada y lo sabía por su piel, ropa, cabello y perfume, sin contar con la educación de unas palabras suaves y sofisticadas. Estaba enamorado de la idea de enamorarse de esa extraña a la que conoció en Yorkshire. Si pudo comprometerse con alguien sin conocerla, conociendo a una dama podría

tomar una mejor decisión. Esto era lo que esperó por años y que no se dio como esperaba. Miranda era mucho más joven que él, el destino los estaba juntando.

—Escoja el juego. Sé todos y es difícil que una mujer me gane...

—Mmm... Es evidente que no conoce a una mujer de mi familia. Ninguna disciplina es capaz de quedarnos grande.

—Eso me aterra, pero a la vez me resulta fascinante. Las mujeres mandonas o sabelotodo no son lo mío, pero no me niego a conocer el mundo y más si es usted quien me lo va a mostrar. Sé que parezco un hombre fácil; sin embargo, una dama como usted me devuelve la vida y los años perdidos en cualquier lugar irrelevante del mundo.

—Me parece que es sincero y considero que la sinceridad muchas veces es indeseable, pero en este caso es placentera. ¡Ay, ay! ¡Qué incómodo! —exclamó de manera repentina cuando se movió para acomodarse. Ella recordó que tenía el arma guardada, pero no podía sacarla si él la estaba mirando.

—¿Está bien?

—Sí, es solo que debo mirar bajo mi falda...

Steven juraba que él mismo podría buscar lo que ella deseara en aquel sitio. Imaginaba aquellas largas y gloriosas piernas blancas, enseñándole una liga de encaje. Su mente viajaba a millas de su cuerpo, pero no por eso se sentía menos ardiente.

—¿Quiere que la ayude?

—No, lo que deseo es que se desvíe un momento para que pueda solucionar el inconveniente...

—Soy un especialista en inconvenientes femeninos... —Ella lo estaba a punto de quemar con la mirada, por lo que era mejor cambiar de estrategia si quería ver su calzón—. No miraré...

Una vez que el conde desvió su mirada, ella metió la mano bajo su falda y quitó de su liga derecha el arma que llevaba.

—He terminado.

Al ver que la joven tenía un arma en la mano y después la colocaba sobre la hierba, debía imaginar que ella era un poco peligrosa. Tragó saliva y consideró comportarse un poco mejor si no quería terminar con un agujero en sus partes nobles.

—¿Un arma? Espero que no quiera matarme —habló en tono burlón.

—No, es para defenderme. Tengo prohibido usarlo para otros fines distintos a la defensa como puede ser un asalto.

—¿Un asalto?

—No tenga miedo, no soy una delincuente, no asaltaría su carruaje en el camino que está en esa dirección. —Berenice señaló con su dedo ante un conde boquiabierto. Al parecer lo había asustado. Era bruta con devoción.

—¿Sabe en qué lugar es mejor asaltar?

—No, no, Steven. Disculpe lo que dije, solo mordí más de lo que podía masticar, es todo. ¿Cómo puede creer que una dama como yo pensara en esas cosas?

—Es cierto, usted es demasiado dulce para algo tan turbio, pero lo del arma me ha dejado un tanto perplejo.

—Por favor, no piense mal de mí, apenas sé usarla —mintió. Ella no hacía más que hundirse en mentiras y ocultamientos. Cuando él la descubriera, no sabía qué podría ocurrir.

Berenice no era tonta, pero entendía que estaba cometiendo un terrible error al no hablar con sinceridad, sentía que lo estaba engañando con todo lo que hacía, mas no se atrevía a decirle que era la hija de lord Montgomery. Él ni siquiera recordaba su cara, tampoco era que se hubiesen visto más veces. No la llevaban a cenas ajenas y más hasta su debut. Solo iba a fiestas íntimas de familia y en ellas no estaba él.

—Confiaré en que sí sabe usarla, no queremos que se dispare por accidente, ¿verdad? —

curioseó el conde al ver que ella palideció por su comentario.

—En verdad sí sé usarla, solo que no acostumbro. Me dijeron que saliera con ella porque hay peligros en el monte...

—¿Peligros como yo?

—Según mi percepción usted no es un peligro, yo soy más peligrosa.

—No me atrevo a poner eso en duda. Eso es algo encantador. Tengo amigos casados con damas excepcionales y ninguna es común. Es un reto, pero son felices. Quiero ser como ellos.

—Puede serlo, solo es cuestión de encontrar a la mujer correcta.

Al decir eso, Berenice lo miró a los ojos como si le rogara que la tomara en cuenta, que ella era esa persona perfecta y excepcional.

—Si no distribuye esas cartas, aquí ocurrirá un verdadero robo, Miranda, y no hablo de algo material —alegó Steven que estaba a poco de arrojarse sobre los labios de esa mujer que era especial en todo lo que hacía. Necesitaba que ella estuviese en su vida y que nunca saliera de ahí.

—¿Qué me robará?

—Soy capaz de arrebatarle un beso y arriesgar mi vida por eso. Usted comprende que esto que hacemos al encontrarnos en un lugar lejos de todos es algo inapropiado. Debíamos conocernos en un salón de baile, pero los tiempos de la locura son perfectos y no podría decidir una mejor manera de conocerla que desmayarme de un susto. Reparta esas cartas antes de que la tentación me consuma y no pueda ser consciente de mis actos, el que avisa no traiciona...

Esa amenaza no le producía ni un poco de miedo a Berenice, más bien olía a una promesa que ella quería saber de qué se trataba. ¿Qué escondían esas palabras? ¿Qué era un beso? ¿A dónde la llevaría?

Por los ruegos del conde tuvo que comenzar a repartir las cartas por más que no quisiera hacerlo y deseara seguir escuchando cualquier desvarío.

Una vez que el reparto acabó, él ya entendía de qué se trataba el juego. Eso ayudaría a calmar su cabeza colmada de nuevas locuras como en los viejos tiempos. Se quedaría corto con el asunto de trepar murallas o paredes para llegar a la ventana más alta de una casa. Disfrazarse de planta o permanecer por horas en un escondite para no ser descubierto por nadie y para cuidar su supuesta reputación. Se sentía con toda la vitalidad que dio por perdida. Miranda le había devuelto la vida.

Mientras tiraban las cartas para intentar ganar, ellos conversaban sobre trivialidades del campo o de la vida de Steven en la ciudad. A Berenice le encantaba oír sus anécdotas que eran divertidas y desvergonzadas, pero reales. Sabía que él tenía una vida más larga que la de ella. Sería absurdo celar o prohibir cosas que han formado su vida y su personalidad en estos años.

En esa oportunidad a Steven le tocó perder, ya se le estaba haciendo costumbre, aunque nunca lo había hecho contra una mujer, era un poco humillante, mas lo soportaba porque su interés era más grande.

—Me ha ganado, ¿cuánto dinero quiere por su silencio, Miranda? —preguntó buscando su bolsa con monedas en su frac.

—No es nada, ganarle a usted ha sido más difícil que ganarle a mi gato. Es un jugador hábil, pero distraído. Debería prestarle más atención a su juego.

—¿Cómo podría prestarle atención a eso si tengo a una dama? Usted es la culpable directa de mi distracción.

—No puede culparme por ello —alegó la joven entre risas—. ¿Cómo le va con el ajedrez?

—Pues si debo jugar con usted me irá mal por distraído, me vencerá sin que pueda hacer mucho, porque mis pensamientos irán a su cabello, su cuello y tal vez llegue hasta sus labios. Sé que soy atrevido, pero también muy sincero. Por eso, apoyo la moción de que las damas no deberían jugar contra los caballeros, pues tienen una clara ventaja que es la distracción. Eso es deshonesto.

—Eso no es posible, me parece que se excusa en algo que no tiene sentido. Debería practicar más. Aquí es una disciplina saber todo, no hay otras opciones.

—Solo dígame que no intentará dominar el país.

—No, la institutriz no da clases de dominación, solo nos orienta a ser damas que sepan de varios temas, aunque la política y la filosofía están reservadas para los hombres, de vez en cuando cae uno que otro libro en las manos de una mujer. ¿Eso le resulta peligroso?

—Absolutamente, pero no me quejo, mientras más se tenga de qué hablar es más favorecedor para los años venideros, solo las damas no deben interferir en los temas masculinos, eso sí puede resultar un tanto humillante. En un juego, puedo decir que he cedido para que una mujer gane, es más fácil de disfrazar que discutir con una fémina en política, algo que quizá no entienda bien y termine avergonzándose.

En cierto momento de la conversación, ella se sintió ofendida. Podía aprender algo, pero no hablar de ello. Él podía disminuir sus capacidades en pos de hacer quedar bien a una mujer, eso era injusto.

—Espero que no fingiera conmigo porque eso me enfadaría —confesó con el ceño fruncido por la molestia.

Él la miró con un poco de cautela, ya que ella parecía advertirle algo con el tono que había usado. Era evidente que ella manipulaba su voz de acuerdo a su estado de ánimo y en ese momento estaba enfadada.

Capítulo 16

—No, esta vez me ganó. Hice todo lo posible por concentrarme y no pude lograrlo, el mérito es suyo. ¿Piensa que el mérito es algo importante?

—El mérito es lo más importante para el ser humano, es lo que puede lograr por sus propios medios —alegó Berenice en calma.

—¿Le parece justo que la gente herede títulos y tierras sin haberlas amasado solo por tener la misma sangre? Eso es el mérito de la sangre, de ser quien es. A veces no es necesario que uno junte su fortuna, el mérito es no perderla.

—Sabe que las damas no podemos heredar y que dependemos de un caballero para todo, nuestro mérito es encontrar al hombre que nos mantenga...

—Entonces el mérito puede ser sobre cualquier actividad conveniente para ambos. A fin de cuentas, parece que el asunto del mérito es mera intelectualidad, Miranda.

—Eso puedo notarlo. No solo se trata de hacer fortuna, sino también de pensar en cómo conservar las cosas. Usted me está enseñando cosas nuevas que mi cabeza, llena de reglas para una dama, no comprendía a la perfección. Es importante escuchar otros puntos de vista y el suyo me ha resultado interesante.

—No debe sentirse agraviada por algunas de mis palabras. Debe entender que a veces soy un caballero y otras veces solo un hombre lleno de equivocaciones. En los últimos tiempos he sido más de tonterías que de inteligencia, pero no hay nada que la persistencia no nos devuelva.

—A mí me parece una persona inteligente.

—Le sorprenderá saber que entre mis amistades soy el que menos ideas inteligentes ha aportado desde que me conocen. Siempre he preferido las juergas antes que la seriedad de mi posición. He sido un conde un poco displicente, que más tarde que temprano quiso enderezar su camino, pero que no lo ha conseguido aún. Quise casarme hace tiempo, mas el destino tenía otros planes. Soy el único de mi grupo de amigos que no ha logrado casarse. Las juergas fueron

rápidas para ellos, al igual que el matrimonio, para mí todo es eterno. Me he cansado de jugar.

—Si para usted que tiene un título, un gran atractivo y carisma, ha sido difícil encontrar algo, imagine a una dama en su primera temporada con toda la presión de que debe hacerlo a la primera o no ocurrirá jamás, que una segunda temporada es un fracaso; algo impensable para una familia en donde lo más importante es el éxito. A eso puede adicionar una altura y delgadez exageradas.

—Está hablando de usted. Sin embargo, no noto las últimas cosas que ha dicho. Me parece que es una mujer exuberante e irrepetible. No es capaz de dejar a alguien indiferente. Además, no creo que estos asuntos de la altura no se solucionen con un par de arreglos a los zapatos y la delgadez con un poco de comida. Para el que quiere, las soluciones son infinitas.

Su enfado se había desvanecido por completo después de escuchar lo que el conde había dicho. Estaba maravillada con sus palabras de aliento y lo único que deseaba hacer era convertirse en su esposa lo más pronto posible, pero ¿cómo haría para que él le propusiera matrimonio? No creía que su ocultamiento fuera tan grave para ser imperdonable ante sus ojos. Se escondía tras otro nombre que de igual manera le pertenecía, por miedo.

Ella era soltera y él también, no existía ninguna razón para que eso no fuera posible, ya que consideraba que tenían suficiente atracción para que un matrimonio se llevara a cabo.

—Sí, hay mucha presión en mis hombros. No puedo fallar, nadie ha fallado en esta familia en años y no quisiera ser la oveja negra echando a perder el buen nombre y el prestigio conseguido por generaciones. Debo hacer lo que me corresponde.

—¿Nunca ha pensado en un matrimonio concertado?

—No, lo repudio completamente. Quisiera poder escoger y amar a mi futuro esposo. No quiero menos de lo que he visto en mi casa. Un matrimonio por conveniencia no es algo en lo que pensamos como familia.

—Yo ya he pensado en eso en mi momento más oscuro… —Recordó que no solo lo había meditado, si no lo peor era que lo había llevado a la consecución y no era capaz de actuar como un hombre comprometido. Estaba ahí, coqueteando con Miranda, jugando con las ilusiones de esta dama de una manera tan insolente que se daba asco, pero ella era todo lo que él deseaba. Era

la mujer perfecta.

—Lo bueno es que solo quedó en una idea, ¿no es así? De esa manera tendrá la oportunidad de buscar a la mujer ideal. Supongo que ha conocido a demasiadas damas a lo largo de su vida para tener a una en mente.

—Creo que he conocido a la indicada hace poco tiempo. Solo es cuestión de probar suerte…

De nuevo sobre ellos surgía una capa de incomodidad que los cubría, pues las miradas no eran de indiferencia, más bien eran de deseo de confesión sobre lo que ambos ocultaban en su interior. De alguna manera deseaban perpetuar cualquier contacto.

Steven cogió la mano de la joven para dejar ahí un beso; sin embargo, escuchó el relincho de un caballo que se acercaba.

Las orejas de Berenice se pararon como las de una liebre para intentar descifrar de quién se trataba. Recogió las cartas y también su arma con presteza y las colocó sobre su falda antes de ponerse de pie.

El conde también tuvo que actuar con la rapidez de la joven y los dos comenzaron a correr hacia el lugar en que los capataces no entrarían con sus caballos. Observaron desde su escondite que primero pasaba uno de los sirvientes de lord Montgomery y después otro.

—Creo que debo decirle a lord Montgomery que estoy aquí, no puedo sobornar con manzanas a los capataces todos los días…

—Pero ¿no ha dicho que prefiere no cruzarse con él?

—Tarde o temprano tendré que hacerlo, pues mis amigos llegarán en un par de días y lo más probable es que coincidamos en casa de lord Nottingham.

Berenice tenía los días contados, porque debía obtener esa propuesta antes de que sus amigos fueran a Yorkshire o tendría que presentarse como una gran mentirosa.

—Es mejor que espere a que vengan sus amigos... Debo irme... —dijo la joven, apresurada.

Necesitaba pensar en sus mentiras y buscar un consejo discreto.

—¡Espere! No puede dejarme aquí, a mi suerte...

—Por supuesto que sí. No le pasará nada, aunque si lo consuela, todavía no me he encariñado demasiado con usted.

—¿Vendrá mañana?

—No quiero comprometerme a decirle algo.

—¿Y si nos encontramos en un lugar menos peligroso? ¿Mi posada?

—Debería pensar más veces en sus ofrecimientos. ¿Cómo una dama soltera y sola irá a una posada en la que se hospedan caballeros?

—No lo sé, puedo decir que es mi hermana... ¡Bien! ¡No nos parecemos! De igual manera no es tan mala idea.

—Es pésima.

—Es cierto, pero necesitaba hacer el esfuerzo. ¿Dónde la encontraré?

—El arroyo que está en la propiedad del barón Zouche.

—No conozco ese lugar, pero presiento que me puede ir mal si me ven ahí.

—Le irá mal en cualquier propiedad, es un forastero. Siga este camino en línea recta. Llegará a un cauce y arribará un par de millas hasta encontrar la piedra más grande, es mi lugar preferido.

—Pues ahí estaré. No importa que se me vaya la vida en encontrar ese lugar, solo tenga paciencia y espere.

—No tengo más tiempo, me voy... —Ella lo golpeó en el rostro con su larga cabellera al girar sobre sus talones para ir en busca de su caballo.

Él la vio irse y encontró una carta en el suelo. Alguien tendría problemas al tiempo de desear jugar. Guardaría aquello por si llegara a necesitarlo.

La joven guardó las cartas en su ridículo, al igual que colocó el arma en su liga y después subió al lomo de su caballo para regresar a su casa. Por el camino se encontró con los sirvientes de su padre que eran los encargados de velar por la propiedad. Aquellos habían regresado a cambiar los caballos.

—¿No ha visto nada extraño, milady? —preguntó uno de ellos antes de llegar a las caballerizas.

—No, solo hay un bello paisaje —respondió sonriente.

—Es bueno saberlo, milady...

Ella siguió su camino para dejar a su caballo en las caballerizas e ir a guardar las cartas de dónde las había sacado.

Al llegar a su casa, fue al salón y colocó las cartas en el pequeño baúl de los juegos que tenían para pasar el tiempo.

—¿Piensa jugar algo en lugar de hacer costura, milady? —curioseó la señora Smith que iba con un canasto para realizar costuras—. Esos juegos propician el vicio, no es como el ajedrez. Sé que todas las mujeres de esta familia saben jugar estas tonterías que en nada favorecen a una dama.

Berenice se asustó y cerró el baúl por sus dedos, pero soportó el dolor cerrando los ojos y presionando sus labios para no aullar.

—Siempre se queja de todo, señora Smith. Está envejeciendo de forma inquietante por estar siguiendo todos mis pasos.

—Diga lo que quiera, tengo razón. Esos dedos magullados solo son testigos de lo que digo. No mienta, porque la he pillado. Es vicio o tal vez se convirtió en una gitana...

—Ninguna de las dos. ¿Ya no puedo jugar sola porque estoy enfadada con mi hermano? Usted tiene la mente sucia. Nunca puede pensar en algo bueno de las personas.

—Sabe de dónde vengo. Lo único bueno que podía esperar de la casa de lord Nottingham padre, era respirar y comer. Cinco niñas de las que debía encargarme sola no puede ser algo bueno. Lo malo estaba a la orden del día, milady. Fui niñera e institutriz por muchos años. Si hay alguien que sabe de lo bueno y lo malo, definitivamente soy yo.

—Es cierto. Nunca me detengo a pensar en sus peripecias. Siéntese conmigo y vamos a coser o bordar.

—¿Qué trama? Usted ha hecho algo, milady, ¿en qué se ha metido en esta ocasión?

—En nada. Señora Smith, tengo los dedos machacados y un arma que me hinca en la pierna después del paseo.

—¿Y qué me dice de ese listón? Es nuevo y no está gastado... Por favor, dígame que no ha aceptado un presente de un caballero que quiere congraciarse con usted a través de algo de tan poco valor. ¿Quién fue? ¿El panadero? ¿Un administrador? ¡Oh, no! ¡Un clérigo! —expresó la señora Smith que se abanicaba con las palmas de sus manos.

—¡No! ¿Cómo puede pensar eso de mí? Me duermo en los oficios. Debería tener más fe en mí. Mi madre se ofendería con tanta desconfianza.

—Es que tiendo a pensar lo peor. Si usted se casa con un clérigo, nunca diga que yo le he enseñado algo. Borre mi nombre de su vida. Mis pupilas son mujeres exitosas, casadas con varones de verdad.

—Un clérigo también es un varón...

—Pero pobre. El de aquí vive de la caridad de su padre y lo peor es que le tiene miedo porque cree que es un vampiro. Esto es absurdo. Lo respeta, pero por el temor en lugar de llevar una relación distinta. Lord Montgomery no puede comprar su lugar en el cielo.

—No es la primera persona que desprecia a mi padre por cómo quizá se ve, ya que no deja que se lo vea con frecuencia. La gente juzga sin conocerlo.

—Así son las personas. Ahora, ¿me dirá de dónde viene ese listón?

—Viene de una mentira.

—¿Por qué puede ser que lo estuviera sospechando? Ha tenido la cabeza tan caliente con el asunto de salir a cabalgar que no me sorprende lo que me dice. Ahora bien, ¿de qué mentira estamos hablando?

—De lord Northland...

Cuando la institutriz escuchó sobre ese hombre sabía que la joven estaba desvariando.

—¿Qué le dije de tomar vino fuera de horario y en exceso? ¿Va a una taberna del pueblo a beber? Lo peor ha pasado de nuevo, tenemos a otra bebedora en la familia, como lady Meredith.

Los ojos de Berenice querían salir de sus cuencas al oír a la institutriz. Su incredulidad era única. ¿Por qué nadie le creía cuando hablaba con la verdad si nunca se había destacado por mentir?

Capítulo 17

—No ha pasado nada de eso, señora Smith —gruñó molesta—. En verdad este listón es fruto de un encuentro clandestino entre el conde y yo. Quería pedirle un consejo. Él no me reconoce, no se acuerda de mi rostro en el accidente, me aproveché y le di un nombre falso, pero que no es del todo mentira... Quiero que me pida ser su esposa, aunque no sé cómo lo conseguiré antes de que vengan sus amigos...

La señora Smith se quedó boquiabierta con lo que escuchaba. Le confundía lo que pudiera estar ocurriendo con su pupila.

—La buena noticia es que ya puede escribir novelas como su madre...

—No puede ser que no me crea. Solo quiero un consejo. ¿Cree que se casará conmigo si le he mentido?

—Su situación es tan hipotética y absurda que ni siquiera sé cómo responder a semejante cosa; no obstante, nada que se base en una mentira puede prosperar y usted lo sabe. La mentira se descubre y todo cambia para siempre. Los buenos sentimientos se transforman en desprecio y la confianza se pierde, es irrecuperable.

Su corazón latía desesperado al escuchar las palabras de su institutriz. No quería que el conde se alejara de ella por mentir. Sentía temor de lo que podría esperarle en ese escenario tan catastrófico.

—No me diga eso, señora Smith...

—Pero usted no tiene que preocuparse por nada, ya que su encuentro con el conde y sus mentiras son invenciones de su mente. Si quiere que piense que no está loca, deme el broche y asunto arreglado. Dejará de delirar si es que no piensa ser exitosa como su madre.

Su institutriz no era la persona más idónea para dar un consejo sentimental que la ayudara a sentirse mejor, lo único que había logrado era que la otra la creyera demente.

—Antes de que siga echando por tierra mis palabras, deberíamos coser —masculló con cierta molestia, aunque en su corazón se sentía mal porque sabía que, por más que no quisiera aceptarlo, la señora Smith tenía razón, mas saber que la tenía, no la consolaba.

Entre la maraña de culpas y lo que le había dicho la institutriz, ella no podía hacer más que ahogarse en pensamientos catastróficos. ¿Quién podría darle consuelo? Su hermano no era la persona correcta, a su madre la amaba, pero tal vez fuera muy dura y por último estaba su padre, la mejor y más noble opción de todas. Él era comprensivo, amoroso y racional, todo lo que los otros parientes no eran.

Al terminar de coser y aburrirse, fue hacia el refugio de su padre, su lugar feliz que era aquel en el que disfrutaba pintar sus obras.

—¿Qué te preocupa? —indagó la voz de su padre al oírla entrar.

Él ni siquiera la había visto, solo presumía que era ella.

—¿Cómo sabe que soy yo y que algo me preocupa?

—Oigo tus pisadas y reconozco cuando vienes con ánimo o sin él. Cuando eres feliz, el sonido es fuerte y cuando estás triste, arrastras los pies.

—Qué talentoso es usted, padre.

—Eso no es talento. Es aprender a escuchar. ¿Qué es lo que te aqueja?

—He mentido.

—Todos mienten. Ese no es un problema, el inconveniente es a quién le mientes.

—A lord Northland —confesó.

Clifford frunció el ceño y dejó lo que estaba haciendo para prestar atención a lo que su hija podía decirle.

—¿Cómo que lord Northland?

—En realidad, en mi imaginación... —se corrigió con presteza, pues de inmediato notó la preocupación en los ojos de su padre.

—¿Y por qué lo recuerdas ahora?

—Es que hurté su broche el día del accidente, fue de forma inconsciente.

—Han pasado años, ¿por qué no lo dijiste antes?

—Porque no quería devolver la joya. Es mi recuerdo de él.

En ese momento, Clifford entendió que su hija estaba viviendo una ilusión extraña y nunca antes se había dado cuenta de que algo así ocurría en su cabeza.

—¿Crees que estás enamorada de él?

—Enamorada es una palabra fuerte, padre, pero sí, es así.

—¿Entiendes que él es una ilusión y que lo más probable es que esté casado?

—No, no está casado.

—Ahora entiendo... Lo que deseo comprender es… ¿qué buscas trayendo esto a colación?

—Tengo entendido que pronto vendrá Philip y lo más probable es que él venga a la residencia de mi tío con sus amigos.

—¿Y...?

—Y quiero que usted le hable de mí.

—¿Quieres que le diga que me has dado el susto de mi vida y que él no se acercó a verte?

—Sé que lo hizo por vergüenza, porque no quería enfrentar un problema con usted o con mis tíos, pero lo importante es que me auxilió.

—Debo confesarte que no me agrada lo suficiente para que le insinúe este asunto, pero no soy el indicado para juzgar tus gustos si no lo he hecho con los de tu madre.

—Es porque ella ha visto más allá de su rostro...

—Y tal vez tú estés idealizando el corazón de alguien que es frívolo y egoísta. No lo sé, pero no pondría mis manos en el fuego por él. Deseo protegerte de todo mal, pero si tú deseas ir directo a los brazos de eso, no puedo hacer más que intentar persuadirte y rezar para que me hagas caso. Ahora es una ilusión, pero me temo que cuando aquel aparezca, las cosas pueden complicarse más y terminar en una terrible decepción para ti.

—Muchas veces he soñado con ser la esposa de lord Northland...

—Los sueños no hacen daño, pero la realidad sí. Quiero cuidarte de todo y de todos. Si quieres que te entregue a lo desconocido, quizá no lo haga. No soy tan perfecto como crees.

—Para mí no existe nadie más perfecto que mi padre y mucho menos alguien correcto, es usted incomparable —lo halagó. Ella lo amaba tanto que, pese a que quería un consejo sincero, no podría preocupar a su padre con más palabras como lo hizo con la institutriz. Lo único que había conseguido era sumar más mentiras en su haber.

Lord Montgomery sabía que su hija no le había dicho toda la verdad sobre lo que ocultaba. Su actitud se lo decía, puesto que cuando se acercaba de esa manera algo no estaba bien en su corazón, pero debía esperar a que ella confesara su verdad o su mentira, al menos la verdadera.

Con los consejos recibidos, la joven terminó curada de querer recibir otro. Berenice sabía que estaba haciendo las cosas muy mal. El engaño no la llevaría a buen puerto y eso era algo que, pese a que sabía, quería ignorar. No la habían criado para mentir, engañar o embaucar, pero en esos días había cogido el terrible hábito de hacerlo. Debía encontrar la manera correcta de enamorar a lord Northland si deseaba ser su esposa y eso debía ocurrir antes de que coincidieran en alguna noche con la familia de ella. Después de cavilar por un par de horas, una frase que le había dicho su padre acudió a su mente: «ten cuidado con la tentación de un beso», si debía tener recaudos con eso era porque suponía que un beso era la puerta que la llevaría a tener un esposo. Sí, eso era, debía besar al conde.

***

Steven llegó a la posada y le entregó el caballo a su cochero.

—¿Cómo le ha ido, milord? —preguntó el sirviente.

—Bien, me he encontrado con una dama en el campo y quiero volver a hacerlo mañana —respondió dándole unas palmadas en la pata al animal.

—Escuché que en el pueblo habrá un baile de máscaras en dos días, ¿no cree que la joven pueda asistir?

—¡Es una idea maravillosa! En un salón soy como un pez en el agua. En el campo es difícil conquistar a una dama y más cuando ella cree saberlo todo.

—Pues es su oportunidad de llevarla a su territorio, milord. Invítela.

—El problema es que no sé en dónde vive. Es un poco reacia a decirme en qué lugar queda su casa. Hay algo que me oculta...

—¿Y si es una mujer comprometida?

—Eso sería como una estocada en el pecho, pero sería algo justo, pues yo estoy comprometido; sin embargo, si ella me llegara a desear, lo abandonaré todo en Londres y me quedaré aquí, me casaré como sea o la raptaré. Siempre he querido hacer cosas malas... —dijo Steven en tono burlón.

—Pues algo muy malo es dejar a su prometida abandonada.

—La conciencia tiene forma de cochero. No debiste decirme nada del baile público.

—Solo creí que usted desearía ir. No es un amante del campo, por lo que creí que estaba aburrido de pensar en las formas de las nubes o de parecer una cabra en el monte. Fue solo una sugerencia, milord.

—Lo sé, pero sabes que de buenas intenciones está lleno el infierno; sin embargo, me has

convencido de buscar a milady para que podamos encontrarnos en ese lugar. Si hace falta, me quedaré durmiendo junto al arroyo.

Su sirviente estaba plenamente convencido de que el conde haría cualquier barbaridad con tal de darse algún gusto, aunque debía admitir que llevaba mucho tiempo sin ver tan entusiasmado al hombre cuando se refería a una fémina.

Él dejó al cochero sentado frente a la posada y entró para poder descansar. En varias oportunidades durante ese día estuvo tentado a besar a Miranda. Tocar su mano había sido algo glorioso que deseaba repetir.

En tantos años no se había sentido tan bien con la presencia de una fémina. Ella parecía ser una persona auténtica, pero él sospechaba que algo no cuadraba en la historia que contaba. Lo único que esperaba era que no estuviera comprometida, porque sería algo tan horrible que quizá terminara muerto, pues después de mucha búsqueda de la dama adecuada, apareció una sin tener que buscarla. Eso parecía una burla terrible del destino. ¿Por qué ocurría eso? Al parecer John tenía razón. Cuando alguien buscaba un matrimonio, este no se daba; sin embargo, al huir o al tener un compromiso, de la nada aparecía la mujer perfecta. Maldecía semejante patraña que era tan real. ¿Por qué tuvo que comprometerse si en ese instante de su vida se sentía entusiasmado con Miranda?

Ella era la dama más interesante y con la que más había hablado en mucho tiempo aparte de Juliet, la acompañante a la que no pudo tocar ni un solo cabello negro porque no estaba concentrado. Con los años, hizo una relación directa entre la cama, la libido y los sentimientos. Si no estaban juntos, no le interesaba. Estaba cansado de ser una persona vacía que se acostaba con mujeres por un minuto de placer y, en ocasiones, era menos de ese tiempo. Quizá a eso le llamaran madurez. Ser un libertino era divertido, mas hacía que se sintiera hueco y sucio.

Miranda reunía lo que él deseaba en una dama. Era bella y la imaginaba en su cama, retocando a su lado, con esas largas piernas colocadas sobre las suyas. Esa idea hacía que su miembro, al que creía inerte o muerto, reviviera como si se tratara de un milagro. Su falo era como una flecha que indicaba que esa joven era la correcta, la que debía calentar su lecho para siempre y a la que tenía que llenar de hijos. Su madre se sentiría feliz al verlo realizado... No, su madre lo mataría si pensaba abandonar a su prometida por otra mujer por más que no fuera feliz, su palabra estaba sobre todo lo demás. Su progenitora lo quemaría en la hoguera de la indiferencia y lo sepultaría bajo los escombros de su buen nombre. Además, tenía la esperanza

de que él salvara a esa joven de lo que fuera que estuviese ocurriéndole. No era un salvador, era un ser egoísta y que pensaba primero en su bienestar y que haría lo impensable por conseguir estar junto a Miranda si ella le daba la más ligera oportunidad o insinuaba algún interés. Sin dudas se convertiría en su esclavo y mucho de culpa tenía su imaginación que lo llevaba a desearla.

Capítulo 18

Al día siguiente, el conde de Northland partió con rumbo al lugar en que la joven le había dicho que estaría el dichoso arroyo. El camino le parecía interminable y no solo a él, sino también a su caballo. No solía montar con frecuencia y sentía que pronto terminaría con su hombría partida por la mitad gracias al escabroso sendero por el que recorría. Ahí morirían los hijos que en algún momento pudo haber tenido.

Siguió arribando hacia donde recordaba la indicación y por fin encontró la gran piedra a la que se había referido Miranda. Al parecer él había llegado muy temprano, porque ella no estaba ahí.

Dejó en libertad al caballo para que aquel tomara un poco de agua y pastara, al menos aquel tendría algo que hacer, pues Steven solo arrojaría piedras al agua, mientras esperaba a la joven. Tenía más tiempo para culparse y martirizarse. Había olvidado que parte de estar aislado era pensar las cosas demasiado hasta encontrar más problemas y menos soluciones. Debía admitir que estaba en una encrucijada, de la cual no podría escapar con facilidad.

En medio de su eterna espera, se aburrió y fue a recorrer por los alrededores. Ahí encontró un par de bayas que comió con entusiasmo. No tenía un canasto para guardar un par de ellas para Miranda.

Con la boca llena de los frutos, giró la cabeza hacia la izquierda y ahí vio a Miranda que estaba en el lomo de su caballo. Le sonrió en ese mismo instante.

Berenice lo observó y notó que su sonrisa estaba roja, como si hubiera bebido sangre.

—¿Ahora es usted un vampiro? ¿Quiere reemplazar a lord Montgomery? —preguntó burlona, señalando sus dientes.

El conde tapó su boca con presteza. Se estaba hundiendo en la vergüenza a causa de lo que ocurría.

Ella descendió de su caballo, riendo, burlándose de él, aunque sin decir mucho más que eso

que pronunció antes.

—Tengo una preciosa sonrisa. Lady Baltimore dice que lo más importante en un caballero es tener todos los dientes, ¿ha visto que los tengo? Y si quisiera beber la sangre de alguien, sin duda sería la suya.

—No sé si asustarme o sentirme halagada. —Berenice se quitó los guantes para darle la mano al conde y que este la besara. Debía buscar formas de generar contacto entre ellos.

Limpiándose los dientes con la lengua, él se apresuró a cumplir con su deber de saludar de manera correcta a una dama de su clase.

—Por supuesto que debe sentirse halagada... —Besó la mano de la joven y no la soltaba. Dejó su extremidad pegada a la de ella.

El contacto entre ambos no era cortado por ninguno de los dos. De manera implícita, supusieron que estaban haciendo lo que deseaban. Caminaron de las manos hasta llegar al lugar en el que Steven había dejado su caballo. La gran piedra los esperaba para que pudieran conversar tranquilamente.

—¿Hace tiempo que está esperándome? —curioseó Berenice.

—No. Solo un par de horas, la verdad no lo sé. Cuando la espero, el tiempo pasa con presteza.

—Lamento haber llegado tarde, pero estaba tratando de salir sin mayor inconveniente. Mi familia piensa que salgo demasiado de casa y ya sabe, piensan en la inseguridad de una dama.

—Le aseguro que en mis manos usted está más que salva. Jamás podría estar en mejores manos que las mías...

—Mis padres no pensarán lo mismo si saben que me encuentro con un hombre en medio del bosque, si llegaran a descubrirnos, nos casarían... ¿No le da miedo esa idea?

—Más bien me alienta a colocarme frente a su puerta si eso significa que estaremos juntos hasta que la muerte nos separe. Parece un tiempo largo, pero no es tanto cuando se pone a pensar

en mi edad, pues usted es joven.

—Usted también lo es. Me agrada pensar que si llegaran a vernos juntos responderá como un caballero.

—Eso no debería ni siquiera dudarlo...

La joven se sentó sobre la piedra y esperó que él la acompañara.

—¿Usted aún no sale a bailes? —indagó el conde.

—No, aún no. Lo haré en Londres.

—Oh, es una pena. Mi cochero me dijo que habrá un baile público mañana en el pueblo. Creí que podría asistir en compañía de su familia, tal vez ellos asistan, es una mascarada.

—¿Una mascarada? Esa idea es muy atractiva para salir. Si yo no llegara a ir, ¿usted irá?

—Mis noches son aburridas en la posada. Beber no puede ser todo en esta vida, por lo que asistiré.

—Espero que se divierta...

Sabía a la perfección que su padre y su madre solían integrarse a la sociedad rural con sus máscaras. El mito de lord Montgomery se hacía realidad en las mascaradas, por lo que ella debía hacer hasta lo imposible por asistir. Era evidente que se negarían para que pudiera estar reservada para su presentación, pero ella no se daría por vencida hasta lograr que le dieran permiso.

—Sin usted, tal vez deba sacrificarme y bailar con algunas damas... —alegó para provocar alguna reacción en Miranda.

—¿Cree que se enamorará de alguna de ellas? —inquirió temerosa.

—Mi corazón ha estado vacío por mucho tiempo, quizá la dama de mi vida esté en algún lugar de Yorkshire.

Por dentro a Berenice le carcomía pensar que lord Northland pudiera estar buscando a una dueña para su corazón. Ella quería ser esa mujer y cumplir sus sueños.

—Creí que yo le agradaba...

—¡Por supuesto que sí! Es la criatura más bella de este condado y le puedo asegurar que de Londres o mejor, de toda Inglaterra —se apresuró a decir, ya que tampoco quería hacer sufrir a la joven mortificándola.

—Entonces prometa que ninguna dama ajena a mí estará en su corazón, si es mejor, debería proponerme matrimonio en la mayor brevedad. Sabe que cuando vaya a Londres, es probable que hasta pueda ser capaz de caer en las garras de un cazafortunas si me deja ir.

—No podría dejar que algo tan horrible le ocurriera. Usted es la luz de la mañana en mi vida, mi esperanza y me invade una sensación más placentera cuando estoy a su lado.

Esas palabras que había pronunciado el conde solo podían ser las de un enamorado. Sus sueños eran una realidad, tenía a su conde a sus pies, solo faltaba llevarlo al altar y que comenzara la vida llena de felicidad que añoraba.

—Hará que me sonroje, Steven... —pronunció, pues comenzaba a sentirse tan inflada como un jilguero antes de cantar por lo que él decía.

—Es lo que usted me inspira, Miranda.

—¿Qué sabe usted de un beso?

—¿Un beso? ¿Nunca le han dado uno? —inquirió sabiendo que ella le diría que no, pues era una dama que estaba a punto de debutar. Era evidente que la cuidaba como si fuera de cristal.

—No, ¿alguien debió dármelo?

—Mmm... No, pero considero que es tan importante que solo el hombre a quien le entregará su corazón debe tener ese beso.

Por supuesto que él buscaría ser ese hombre, no era un tonto. Quería quedarse con un beso de Miranda. Aquello tal vez sirviera para coronar su decisión de tomarla como esposa.

—Entonces, ¿quiere usted ser ese hombre? —Ella deseaba que él fuera, quería saber lo que significaba un beso, pese a todos los riesgos implicados y el temor a lo desconocido que había instaurado en su cabeza gracias a la señora Smith, aunque el conde no le resultaba alguien peligroso, pues su institutriz había demonizado a todo caballero andante.

—Yo cuidaré su beso y a la vez su corazón... —Steven no dudó en acercar sus labios a los de ella que eran rosados, semejantes a las bayas que había comido antes.

Al pegar sus bocas, la magia se hizo presente, no solo en Berenice, sino también en Steven. Nunca había sentido algo similar al besar a una mujer, pues siempre lo hacía en situaciones apasionadas de locura y vicios; sin embargo, por lo único que estaba embriagado en ese instante era por el perfume de la joven que se metía en su nariz y revolucionaba sus sentidos haciendo que su boca se moviera con un hambre voraz. La dulzura de su boca lo invitaba a perder la poca cordura existente en él.

Para Berenice, aquel acercamiento era como comer la fruta más dulce del bosque. Su padre tenía razón, el beso era algo de cuidado, ya que lo que hacía era despertar sensaciones desconocidas en su boca y en su cuerpo. Sin duda, sentía los senos más endurecidos, como si estuvieran alerta. También, por su cuerpo se extendía un ligero escalofrío y su aliento se perdía con el de Steven, haciendo que respiraran un aire lleno de tentación. Lo que hacían la obligaba a abrir más su boca para que la lengua de él se juntara con la suya y pudieran acariciarse en aquel acercamiento.

Cuando estaba deleitándose en aquel beso, sintió que el conde había puesto su mano en su nuca para atraerla hacia él y no dejarla respirar, a lo que ella respondió de la misma manera. Lo cogió del cuello con ambas manos del rostro para evitar que se soltaran. Estaba presa a causa de la locura de un beso.

Aquel era un tira y afloja de quién devoraría a quién, entre tantos forcejeos, los dos terminaron cayendo de la piedra en la que estaban sentados directo hacia el agua.

Tuvieron que separarse para poder salir del agua. Estaban completamente mojados por el líquido helado.

Berenice dio un pequeño grito al sentir como si unas agujas se clavaran en su cuerpo a causa del agua.

Steven cogió a la joven en sus brazos para sacarla del agua. Él quería gritar tanto como ella por el frío, pero era un caballero, primero debía salvar a Miranda y después preocuparse por su propia vida.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el conde al rescatarla.

—Siento que me congelaré —respondió con los dientes castañeando.

—Tal vez un beso cure eso...

—Guarde eso para después. Hay que ir a un lugar más soleado. —Ella tiritaba de frío en los brazos de aquel.

Él la llevó hacia donde presentía que habría más sol, puesto que los dos se estaban congelando. No era la época perfecta para darse un chapuzón.

Al llegar al lugar, ambos se extendieron en el césped.

—No deja que piense en el maravilloso beso que nos hemos dado si la escucho castañear sus dientes —pronunció el conde esperando que ella pudiera olvidar que estaba a punto de morir.

—Fue maravilloso, pero debió mantener las manos quietas.

—La persona de las manos inquietas fue usted, por eso caímos al agua.

—No me molesta echar la culpa en mis hombros si eso le hace sentir mejor —replicó.

—Comprendo. Ninguno de los dos piensa ser culpable por eso. Me parece justo.

—El sol no se siente tan caliente como en el verano. No nos secaremos pronto. No puedo llegar a mi casa mojada.

—Eso puede solucionarse, venga conmigo a la posada.

—¡No! ¿Cómo se le ocurre?

—Era solo una propuesta. La otra opción es que se quite la ropa para secarse más rápido, solo que quizá quede desnuda.

La joven se sonrojó y de ninguna manera consideró esa opción por pudor.

—Qué barbaridad. Lo mejor es que vaya a casa. Debo enfrentar el inconveniente lo más pronto posible. Puedo enfermar y eso no me ayudará a verlo pronto.

—Pero entonces nuestro encuentro será muy corto y si no la veo mañana por la noche...

—Tenga fe. Soy testigo de que los sueños se cumplen.

—No me diga eso, quiero vivir de realidades, no de fantasías.

—No soy una persona fantasiosa, los sueños se cumplen, lo prometo. —Berenice se levantó del césped y fue a buscar a su caballo para regresar a su casa. Sabía que tendría que dar explicaciones y no sería difícil decir que se había caído, al menos en eso no mentiría, el resto solo sería omisión.

El beso le había fascinado, pero no podía quedarse más tiempo para hablar de eso. Tenía la oportunidad de ir al baile público que dijo el conde y para eso debía convencer a sus padres para que la llevaran.

Capítulo 19

Berenice fue a buscar a su caballo, mientras temblaba. Debía ir a su casa y cambiarse, fingir que moriría de frío o algo que despertara la lástima de su padre, porque necesitaba ir al baile y estar en compañía de lord Northland. Por más que aún no debutara, podría hablar de que era su oportunidad perfecta para practicar lo aprendido lejos de Londres. Esa era una táctica que debería ser infalible.

Llegó a su casa con presteza y de nuevo, su hermano la había visto, pues él estaba adiestrando a un caballo en el corral.

—¡Oye! ¿Por qué estás mojada? ¿Fuiste sola al arroyo? —increpó su hermano que la siguió.

—Si ya sabes lo que me ha pasado no necesito responder.

—¡Responde antes de que piense lo peor!

—¿Y qué pensarás? ¿Que soy una furcia? ¿Que me encontré con un caballero? David se fue, entonces debe ser su espíritu u otro hombre como los que tanto me gustan. Sí, me encontré con un caballero en el arroyo, lo besé y caí al agua.

Benedict quedó en silencio y la miró con extrañeza.

—Solo me preocupo por ti, no hace falta que te burles, pero lo que sí hace falta es que un médico te vea. No es una buena idea besar tu reflejo en el agua, podrías ahogarte. Hablaré con nuestro padre.

—Ahora resulta que digo la verdad y eres la tercera persona que no me cree en esta casa. Solo falta que le diga a mi madre y eso será todo. Si ella duda de mi palabra pueden llamarme loca.

—Vamos por ese camino...

Ella continuó hacia la casa y entró por la cocina.

—¡Milady! —El sobrino del señor Barnes la siguió para ofrecerse en lo que fuera necesario.

—Que una doncella me ayude con la ropa —ordenó y siguió avanzando.

Fanny, que estaba llevando una canasta de flores hacia el salón, vio un camino de gotas de agua y lo que parecía ser ropa arrastrada. Dejó lo que llevaba y siguió el rastro. Enseguida supo que se trataba de su hija y lo comprobó al ver que lo que mojaba la casa terminaba en esa puerta.

Entró sin golpear y observó que ella estaba intentando quitarse el vestido.

—¿Qué estuviste haciendo? Es inapropiado que nades en un lugar como el arroyo, hay capataces, sirvientes y mozos que recorren la propiedad —masculló acercándose a su hija para ayudarla. Tocó la piel de Berenice y se apresuró a quitarle la ropa, pues ella estaba muy fría—. Estás helada.

—Eso lo sé, madre. Caí al agua sin querer.

—¿Qué andabas haciendo ahí?

—Estaba besando a lord Northland y caí.

—Bien, jovencita, no es correcto burlarte de tu madre. Esta clase de actitudes no lo permitiré. Aquí existe una jerarquía y créeme que tú estás por debajo de la señora Smith.

Había comprobado que nadie en esa casa era capaz de creer en ella diciendo la verdad. No creen en lo verdadero ni en lo falso. Ellos la estaban dejando sin opciones. Esperaba que el conde también creyera sus verdades como si fueran mentiras cuando llegara el momento.

—Estaba jugando, madre. En realidad solo resbalé.

—De todas formas amerita un tirón de orejas o un pinchazo.

—Lo lamento... Madre, ¿ustedes saldrán a un baile de máscaras?

La condesa miró a su hija con cierta desconfianza.

—¿Has estado escuchando nuestras conversaciones, Berenice?

—No, no acostumbro a hacerlo, para eso está la señora Smith que usa a mi gato como excusa para oír a través de las puertas.

—Tu gato anda en toda la casa menos en tu habitación, debes admitirlo, ese animal es de Benedict. No quiere a otro más que no sea a tu hermano, pero ese es otro asunto. No espíes a tus padres, puedes llevarte una sorpresa desagradable.

—Pero si no los he espiado. Lo he oído en la cocina. La servidumbre dijo que habrá un baile público de máscaras mañana y yo sé que a mi padre eso le encantará.

—Sí, él y yo iremos.

—¿Puedo ir con ustedes? ¡Es el momento perfecto para practicar lo que la señora Smith me ha enseñado en estos años!

—Debes presentarte en Londres.

—Madre, por favor... —Ella la tocó con sus manos heladas.

—¡No me toques que me enfrío!

—Al menos hable con mi padre. Además, será de máscaras, ¿quién podría reconocerme?

—Ya está aflojado tu vestido. Déjame hablarlo con la señora Smith.

—¡Ay, no, madre! ¡Ella solo quiere verme torturada, mordiendo el polvo de sus castigos!

—¿Por qué satanizas a tu institutriz? No hay persona más preocupada que ella en este mundo. Solo quiere tu bienestar.

—Quiere que me crezcan las orejas como las de una mula.

—No es cierto. Si las orejas crecieran por los estirones, Augusta ya sería una liebre. Deja de

decir tantas tonterías y vístete, conversaré con la señora Smith del asunto y también con tu padre.

Dejó a su hija en la habitación y fue al salón. Tocó la campanilla y una doncella con un par de telas se presentó frente a ella.

—¿Puedes decirle a la señora Smith que la espero en el estudio del conde?

—Sí, milady. Dejaré estas telas para lady Berenice y lo haré.

—Gracias.

Después, Fanny fue a esperar a la señora Smith en la compañía de Clifford. A ella no le parecía una mala idea que su hija los acompañara.

—Debo decirte algo, querido —dijo Fanny que entró sin tocar la puerta.

—¿Qué ha hecho Berenice? La vi llegar mojada.

—Dijo un montón de tonterías de lord Northland.

—Esto comienza a preocuparme. Creo que el golpe que se dio en la cabeza años atrás ha comenzado a afectarla.

—No lo creo. Solo está en la edad de la rebeldía, enfadada con su hermano por lo que pasó con David.

—No lo sé, todavía sigo pensando que se comporta muy extraño.

—Hoy me ha pedido que la llevemos con nosotros a la mascarada de mañana.

—No lo sé...

—Tal vez pueda conocer al amor de su vida como lo hicimos nosotros, Clifford. ¿Cómo negarle esa oportunidad?

—Eran otros tiempos. Los hombres que no han pasado las mismas peripecias que yo, no

tendrán el mismo sentido de responsabilidad. Deberíamos consultarlo con la señora Smith.

—No te preocupes, ella estará aquí muy pronto. He pensado lo mismo que tú.

Unos minutos después, unos golpes a la puerta interrumpieron lo que conversaban.

—Adelante —concedió el conde para que la mujer entrara.

—Disculpen la tardanza. —La señora Smith entró al lugar y golpeó su pie con alguna de las cosas que estaban ahí.

—¿Se encuentra bien, señora Smith? —inquirió Fanny que fue hacia ella para ayudarla.

—Estaría mejor si milord pusiera más iluminación en este lugar.

—Lo siento, señora Smith —se disculpó Clifford.

—Usted ha pedido hablar conmigo, milady. ¿Acaso ya es momento de que regrese a la luz de Londres? —preguntó la institutriz.

—Lamento tener que decepcionarla, pero lo que quería pedirle era un consejo, señora Smith.

—¿Por qué eso no suena bien?

—No hay nada de malo en lo que Fanny quiere preguntar. No esté a la defensiva todo el tiempo.

—Solo en usted confío, milord. No hay nadie más en la familia que tenga buen juicio.

—Señora Smith, fui una de sus mejores pupilas. He sido obediente e inteligente como Rose. Debería tenerme en alta estima.

—A veces me sorprende, lady Fanny, y no es exactamente por algo bueno. ¿Cuál es el consejo que desean?

—Fanny dice que Berenice le ha pedido ir al baile de máscaras al que asistiremos mañana...

—Según mi experiencia con su prima, lady Augusta, recomiendo que no vaya, y también teniendo en cuenta la experiencia con lady Fanny. No quiero criticarlo, lord Montgomery, pero usted es un experto en llevar a su presa hasta donde desea. No sabemos si lady Berenice pueda caer en las garras de otro vampiro.

—Encuentro lógico lo que ha dicho Berenice, aunque alego que nadie podrá reconocerla si es un baile de máscaras —aseguró Fanny.

—Cuando una niña de su edad dice algo que parece convincente, es el momento de ponerse a desconfiar. La lógica es algo a lo que le huyen y cuando alardean de ella, significa que es con un propósito, y créanme que es con la intención de burlarse de ustedes.

—No puedo concebir tanta maldad en nuestra hija, señora Smith —alegó la condesa.

—Usted me ha pedido un consejo, puede tomarlo y cuidar a milady o puede desecharlo y arrojarla a lo desconocido con la excusa más barata que le ha dado una niña de dieciocho años: ser convincente. Considero que es bueno dejar esta decisión en manos de lord Montgomery, ya que es alguien que en verdad desea velar por el bienestar de la joven.

—Señora Smith, no soy digno de tanta confianza, y se lo digo porque no me parece descabellado llevar a Berenice a un simple baile de máscaras. No puedo darme baños de pureza cuando he utilizado mi amistad con el barón Zouche para poder entrevistarme con Fanny en el pasado.

—¡Oh, no! ¡Qué le han hecho a mi razonable señor! No apoyo que duerman en la misma habitación, eso es una falta de criterio. Lady Fanny acabará con su buen juicio en pocos años.

—¡Señora Smith! —lloriqueó Fanny.

—Es la verdad. Usted ha influenciado en el pensamiento de un hombre razonable y de buenos sentimientos. Ahora solo me espera un escándalo. Lady Augusta lo hizo y lady Berenice no será la excepción. El problema está en las mujeres de la familia de lord Nottingham.

—Fanny no me ha hecho nada. Berenice es buena y merece nuestra confianza.

Últimamente, ha estado actuando extraño y ha dicho cosas que comienzan a resultar preocupantes.

—¿Sobre lord Northland? Debo confesar que tengo parte de culpa en eso. No la obligué a devolver un broche de ese caballero al que se aferró el día del accidente. Me ha dicho que lo ha visto, entonces, consideré que comenzaba a ser tan creativa como lady Montgomery.

—Ahora me siento más preocupada. Debe ser la presión por debutar. Sabe que sus primas son exitosas y ella no quiere quedarse atrás. Además, su estatura y su delgadez... Puede que todo esto la esté enloqueciendo.

Clifford se acercó a su esposa y la abrazó.

—Berenice es perfecta. Encontrará a alguien que quiera estar a su lado. No todas las personas son malas, crueles e inhumanas.

—Hablaré con Spencer, con Foster, con Albert... Con quien tenga que hacerlo para que le consigan un esposo si hace falta. Pagaremos, Clifford, si Berenice quiere un esposo, lo compraremos...

Berenice estaba detrás de la puerta, oyendo con la boca abierta lo que había dicho su madre. Aquella pensaba en movilizar a toda la familia para que encontraran a alguien que al menos por desesperación terminara casándose con ella. Eso en lugar de hacerle bien, le producía más daños, complejos e inseguridades sobre su cuerpo. Se alejó de la puerta y corrió hacia la planta baja, en donde fue sin dilación a la cocina y robó los panes que estaban listos.

Salió con ellos al jardín y se sentó a comer, esperando que con eso su cuerpo se rellenara y sus clavículas dejarán de querer abandonar su piel. Era tan humillante oír lo que sus padres, en especial su madre, estaban diciendo. Ni siquiera se quedó a escuchar lo que pensaba su progenitor. Ya no estaba segura de que él la defendiera.

—¿Qué estás diciendo, Fanny? Ella conseguirá un esposo por su cuenta. Podrá hacerlo, es bella e inteligente. No necesita ser pequeña y rechoncha para conseguir algo. De esta manera, lo único que lograrás es que no alcance su objetivo que es casarse por amor.

—No recomiendo que discutan entre ustedes, pues milady se aprovechará más rápido de

eso. Divide y vencerás. Hagan lo que crean conveniente. Mi consejo sirve, pero ustedes son sus padres y considero que de esa misma manera se preocupan por ella. Solo deben tener reglas para sacarla de esta casa y que no se desvíe.

—Debemos hablar con ella y no adelantarnos. Considero que Berenice tiene la madurez necesaria para comportarse. Es una persona centrada y eso es importante —alegó el conde.

—¿Está seguro de que hablamos de su hija? Porque al parecer usted habla de lo que cree de ella. Milady es capaz de cometer cualquier acto y eso es algo de lo que se darán cuenta, apenas le den una oportunidad.

Capítulo 20

Al terminar de conversar con la señora Smith y que esta se refiriera a Berenice como si fuera un demonio encarnado en esa casa, Clifford se vio obligado a salir a la luz del día para hablar con su hija que estaba en el jardín. Cuando la vio cubierta de migajas entendió que ella no había estado haciendo algo bueno.

—¿Qué ha pasado contigo? —indagó el conde que se sentó junto a ella.

De repente oyó que aquella sollozaba y no podía hablar.

—Berenice, estás acabando conmigo, habla con tu padre —pidió Clifford, conmovido. Su hija para él era lo más importante.

—Los escuché. Sé que está mal escuchar detrás de las puertas, pero la señora Smith me lo enseñó, lo juro. Han dicho que comprarían un esposo.

—No es eso lo que ha dicho tu madre.

—Usted sabe que una vez que se involucran mis tíos, esto se convierte en una cacería de candidatos. Ellos no pensarán en mí, tendrán en cuenta el dinero y su posición. Mi vida no valdría nada junto a esas personas. No me someta a semejante escrutinio...

—Tu madre ha dado una idea desesperada, pero no significa que sea lo único. Esto pasa cuando solo oyes una parte de la información, para la próxima vez asegúrate de quedarte unos minutos más para que eso no te ocurra. No dejaría que te casaras con alguien sin amor, Berenice. Si eso pasara yo en realidad sería un monstruo y tú sabes que no lo soy.

—¿Y por qué discutían eso?

—Solo queríamos saber si eras apta para ir al baile de máscaras con nosotros. Si escuchas las conversaciones ajenas, asegúrate de oírlas completas, querida. Le pedimos un consejo a la señora Smith, que ya sabes lo que ha hecho. Sin dudarlo ha tirado tu bien nombre y el de tu prima bajo las ruedas de un carruaje. Para ella ninguna persona de apellido Fane es buena, y no

la juzgaré, más bien la justificaré por tantos años de tortura vividos.

Berenice rio ante lo que su padre decía.

—¿Me llevarán al baile o han decidido que lo mejor es ir a Londres y debutar ahí?

—Hemos decidido llevarte con nosotros...

Ella se alegró tanto que casi se puso a saltar frente a su padre.

—Pero...

Esa palabra «pero» no podía significar nada bueno.

—Pero ¿qué, padre?

—Pero deberás comportarte y seguir nuestras normas y reglas que serán un par. Sé que tendrás una máscara, mas eso no significa que no debas cuidarte de las demás personas. Evitar cualquier peligro innecesario. Siempre tu madre y yo estaremos para socorrerte. No vayas en compañía de ningún caballero lejos de donde podamos verte. Los recaudos son muy básicos y para personas tan inteligentes y entendidas como tú, Berenice. Tu institutriz no confía ni siquiera en su sombra, pero yo confío en ti. ¿Quién puede culpar a la pobre señora Smith? Nadie, ¿verdad?

—Es cierto, padre. Ella siempre revive malas experiencias de sus pupilas. Además, para la señora Smith soy incapaz de hacer algo bueno. Tal vez piensa que los enterraré a todos.

—No la juzgues. Son muchos años en la familia, solo hay que comprenderla. Ella lo único que desea es retirarse en compañía de su esposo, pero, aunque no lo creas, siempre sus servicios y su experiencia son requeridos. Lamentamos el día en que ella tenga que dejarnos para descansar.

—Si dejan que vaya con ustedes no los defraudaré.

—Lo sé. No quiero que enfermes por la presión que sientas en tus hombros. Como tus padres, no queremos que te ocurra nada malo por estar con una idea absurda en la cabeza. Un

esposo es algo bueno si lo escoges con sabiduría.

—El problema no es que yo escoja, padre, sino que me escojan. No me siento capaz de atraer a alguien. Soy tan delgada y alta.

—¿Por qué te enfocas en pensar en eso? ¿Sabes lo que diría tu tío Spencer?

—¿Que al menos tengo dinero?

—Lo conoces muy bien. Puedes ver esto desde diferentes perspectivas, pero trata de no hacerlo desde el extremismo. Eres hermosa e inteligente. Créeme que no todos los hombres persiguen solo una buena dote y belleza, también existen los demás que buscan otras cosas. Si eso no existiera, ninguna de tus tías estaría casada. De hecho, sin la insistencia de tu madre y de la mía, mi propio matrimonio jamás hubiera existido y yo seguiría solo entre las sombras, pero ahora la comparto con ustedes. Este es el lugar en el que deseo estar junto a mi familia que me acepta como soy. He pasado por tantos condados, pueblos y falsas amistades, que desde que llegué a Yorkshire encontré todo lo que esperaba para ser feliz.

—Trataré de no pensar en mis defectos y seré positiva, padre. Prometo portarme bien si me llevan al baile.

—Irás. Pídele a tu madre que te dé una máscara.

—Muchas gracias, padre.

—Ese baile te ayudará, pero Londres es diferente. Las personas son más refinadas. En un baile público encontrarás a personas de diferentes estatus.

—Eso no importa, lo que deseo vivir es la experiencia.

—Me alegra saber que te emociona lo desconocido.

—Por supuesto. No soy una persona común, padre. Lo que alguien podría darle miedo, para mí es solo una forma de vida. Vivo con una leyenda de Yorkshire, el temor de los pueblerinos...

—Me conocen, pero por alguna extraña razón me temen. Me tendrían más miedo si llegara

a aceptar uno de los perros de Albert, pero los considero peligrosos. Algunos dirán que me he transformado en perro para devorarlos. Sabes que la ignorancia es creativa.

—Lo sé, padre. Ahora iré a escoger una máscara en compañía de mi madre. —Ella le dio un beso en la mejilla a su padre y se apresuró a ir hacia la casa, no sin antes sacudirse las migajas que terminaron dentro de su escote. Había vivido un momento incómodo al oír a su progenitora. Sabía que no había dicho algo con mala intención, pero a Berenice le lastimaba que ni siquiera aquella confiara en sus capacidades. Lord Northland no se había asustado con su altura y había dado soluciones creativas, por eso lo consideraba el hombre de su vida y tendría la oportunidad de encontrarlo en la fiesta, solo que sus padres debían quedar fuera de la jugada.

De la tristeza ella había pasado a la felicidad. Los panes no le habían servido de nada aún. Berenice comía grandes porciones de las comidas, pero nada cambiaba, al igual que su hermano, Benedict, que quizá comiera el doble y seguía siendo muy delgado. No había por donde coger un poco de carne, pues sus padres eran altos y flacos a morir.

Después de ir y escoger una máscara de entre las varias que tenía su madre, ella fue a su habitación y buscó uno de sus vestidos más elegantes para usarlo al día siguiente. Estaba tan ansiosa por impresionar al conde, que haría lo posible para que todo saliera bien. Solo era cuestión de pensar en cómo lograr estar a su lado sin que sus padres se metieran en aquello.

***

Al día siguiente, Steven fue al pueblo para comprar una máscara, ya que no había llevado nada para un evento similar, solo había llevado ropa más abrigada para el cambio de clima. En el campo siempre se sentía el frío en mayor medida. En Londres, las estructuras impedían que al menos los vientos fueran tan fuertes; sin embargo, eso tampoco impedía que el frío calara los huesos.

Ese día no fue a pasear a ningún lugar aparte del pueblo, después de regresar él se puso a jugar cartas con los desconocidos de la posada.

—¿Sabe del baile que habrá esta noche? —curioseó Steven a su compañero, Robert, un hombre adinerado que no hablaba mucho de su vida. Al parecer no quería recordar quién era. Le parecía una persona que quería mantener un bajo perfil. Sabía que tenía mucho dinero por las apuestas que hacía y lo que solicitaba en la posada, sin contar su lujoso carruaje sin blasón.

—¿Un baile? —respondió Robert.

—Sí, uno de máscaras. Yo iré para encontrarme con una dama. ¿No cree que puede ser algo divertido?

—Mmm... No lo considero tan divertido.

—¿Por qué no le llama la atención?

—Porque me aburrí de esta vida tan vacía de fiestas, bailes y cenas, de las sonrisas falsas y los abrazos interesados, por eso ahora me convertí en un nómada. Pasaré el invierno en Londres para visitar a mi madre, pero después seguiré mi recorrido por Inglaterra haciendo lo que me gusta: entrenar caballos, trabajar como un capataz o un mozo.

—No soy nadie para cuestionar esa vida, pero por el carruaje no creo que pueda conseguir trabajar de ese oficio.

—Tiene buen ojo, pero no uso mi carruaje todo el tiempo, solo ahora que debo volver a las apariencias.

—Si es un baile de máscaras, nadie lo reconocerá, para mí ese es el encanto.

—Para usted el encanto es la dama.

—Miranda es tan alta y delicada, que tengo miedo de que se rompa sobre un caballo o que el viento se lleve por su delgadez. En un pasado no muy lejano, hubiese dejado pasar la oportunidad de conocerla, pero es encantadora. Ninguna mujer ha logrado cautivarme como ella...

—Usted dijo que estaba comprometido, ¿o se le olvidó?

—Me olvido de eso con mucha frecuencia, pero, usted, mi antipático amigo, me lo ha recordado. Ese compromiso fue desesperado y lo más probable es que lo rompa.

—Me resulta indecente que lo haga. Usted ya tiene una obligación que cumplir, sea honesto

y no dañe a su querida Miranda, si en verdad la aprecia. Una dama es tan delicada, que el más mínimo error puede dañar su reputación, dejando que no pueda casarse jamás. Si sigue por ese camino, una de las dos no podrá casarse.

—Usted no es solo antipático, ahora quiere ser mi conciencia; sin embargo, le doy la razón. Sé que perjudicaré a una para casarme con la otra, y quiero estar al lado de Miranda. Lady Camila tendrá que buscar otro caballero al cual meter en el extraño mundo de los Winchester. Créame, desde que entré a esa casa supe que algo malo ocurría, pero no es asunto mío. No seré el héroe de nadie, no andaré salvando doncellas, mientras tanto quedo rezagado. Durante mucho tiempo he perseguido mi felicidad y por una decisión absurda terminé comprometiéndome, pero si Miranda quiere casarse conmigo, lo dejaré todo.

—Pues será digno de que alguien tome justicia por su mano y honre a la abandonada, tal vez el padre o un hermano.

—Espero que no sea de esa manera, mas en caso de que llegara algo semejante, me iría de Inglaterra con Miranda.

—Usted está decidido a quedarse con esa dama. Me gustaría conocerla para saber qué es lo que lo mantiene cegado por ella. Debe ser alguien demasiado exuberante.

—No, es delicada como una garza tan inteligente y avivada como un caimán. Sí, sé que suena un poco extraño, pero ella es todo lo que está bien para mí. Es la persona a la que buscaba sin saber lo que realmente deseaba. Ha caído del cielo, y lo que cae de ahí, no golpea.

—Veremos si no lo hace. Todos tenemos una mala experiencia con alguna dama, espero que usted no sufra por esto.

—Venga, Robert, podemos ir a pasar un buen rato. Si está decepcionado de la vida, no hay nada mejor que el baile para que los pies se encarguen de guiarnos y que nuestras cabezas dejen de pensar en los supuestos que nos hacen sufrir.

—No son supuestos, son realidades.

—Tal vez lo sean, señor desgracia. Para usted todo es malo. Esta noche le demostraré que algo puede ser bueno.

—No puede convencerme de eso.

—Por supuesto que sí. He vivido más tiempo que usted y he pasado más humillaciones que nadie y todavía sigo de pie, buscando el amor que quiero tener.

—¿Un caballero hablando de amor? ¿Se ha golpeado la cabeza? Lo único importante es una buena dote y que la mujer no dé problemas. El amor está sobrevalorado, no existe, es una ilusión que mantiene a la gente atontada, dejando pasar las verdaderas oportunidades de la vida.

—¿Qué oportunidades dice usted que son más importantes que los sentimientos de felicidad?

—La libertad de escoger cómo vivir. Seré soltero para siempre y eso lo he decidido.

Capítulo 21

Pese a la negatividad de Robert y su visión estrecha y cruel de la vida, Steven pudo convencerlo de que fueran al baile de máscaras. Al menos ese recién llegado era una compañía. A él no le costaba hacer amistad con nadie, ya que siempre era sincero y divertido. Con este hombre que conoció, podía verse reflejado en sus actitudes. Sospechaba que había sufrido en las garras de alguna dama o algo similar, por eso tenía en mal concepto al amor. Mientras algunos intentaban alcanzarlo, otros huían despavoridos por haber posado sus ojos en la persona equivocada. Al menos Steven creía que era de esa manera.

—Hay que sonreír —mandó Steven al ver a su acompañante cuando salió de su habitación para que ambos pudieran partir al baile—. Debes practicar, haz como si hubieses escuchado algo gracioso. Así...

Steven le mostraba una sonrisa a Robert para que este la emulara.

—¿Así? —preguntó Robert, sarcástico.

La sonrisa que Robert le devolvía parecía la de un animal rabioso.

—Vamos, puedes hacerlo mejor que eso. Entre esa sonrisa y haber comido un queso rancio no hay mucha diferencia. De esa manera espantarás a las yeguas.

—Son damas...

—Pero como te refieres al amor, son yeguas. Te aseguro que, al momento de acostarse con una mujer, olvidas que esa persona tiene sentimientos. Fui un libertino de corazón vacío que nunca se preocupó por lo que sus amantes de turno pudieran sentir y era porque no quería involucrarme por mil motivos, entre ellos mi posición social. Sabía que mis semillas estaban reservadas solo para la que sería mi esposa, para que me diera herederos. Pobre de mí si esas semillas llegaran a caer en el patio incorrecto.

—Tampoco soy alguien que busca la cama de las mujeres con frecuencia.

—¿Estás seguro de que no duermes sobre una piedra para tener un pésimo sentido de la vida?

—No es un pésimo sentido de la vida, es la...

—¡Realidad! ¡Lo sé, lo sé! Ahora pon una sonrisa, la mejor que tengas bajo la manga. Ponte

el objetivo de pasarla bien en compañía de cualquier dama, sea hermosa o fea. Que tus pies lo guíen.

—No sé por qué le hice caso a un extraño.

—Es porque la gente se enamora de mí con facilidad. Debe ser mi sonrisa. —Steven se la enseñó antes de que ambos subieran al carruaje.

Robert practicó la sonrisa encantadora de Steven. Al parecer, aquel sí tenía cierto atractivo que podría ser bueno para él. Sabía que no era el más gracioso de los hombres y que tampoco atrapaba a las personas por su espíritu aventurero. Era un ser antipático, pero que no sabía ser de otra forma y ese caballero al que conoció era capaz de acomodarse a cualquier personalidad que se le colocara cerca.

El conde de Northland vio a Robert practicando su sonrisa y la verdad era algo tétrico, pero aquel necesitaba un poco de apoyo moral para ver la vida de otra forma.

Mientras lo miraba y reía en su interior, pensaba en Miranda y en lo fácil que sería reconocerla entre la multitud. Al menos sobresaldría por una cabeza al resto de las personas. En un suelo nivelado podría saber si ella le pasaría encima si no lo veía o si eran iguales. Él era bastante alto, pero suponía que la joven lo superaba.

Cuando el carruaje se detuvo frente al lugar del baile público que era un gran salón a las afueras del pueblo.

Steven bajó del coche y se arregló la ropa antes de colocarse la máscara.

—Hemos llegado a nuestro destino —declaró, esperando una respuesta de su acompañante, que ni siquiera había bajado del carruaje—. Roberto, bájate.

—No estoy seguro de que pueda hacerlo. No quiero bailar, no me apetece.

—Entonces baja a comer y beber. ¿Tienes otra objeción? Oye, ni siquiera a una mujer le ruego tanto como a ti. Quédate si gustas, pero aquí en el carruaje, no me dejarás. Quiero ver a Miranda y no perderé el tiempo con un caballero miedoso.

Cerró la portezuela dejando ahí a Robert para que continuara practicando su sonrisa o que hiciera lo que quisiera, mas que no interrumpiera sus planes de conquista.

Frente a ese sitio era casi intransitable, pues estaba atiborrado de gente desconocida, algunos con sus máscaras en la mano y otros como él que se la habían puesto. Cuando pudo entrar, comenzó a mirar a todas las cabezas altas y se dio cuenta de que Miranda aún no había

llegado. Le tocaría esperar.

Con mucha paciencia se pasó haciendo venias a las personas que lo miraban, sabían que él no pertenecía al condado. Al llegar a una mesa con muchas copas servidas, tomó una de ellas para refrescar su garganta. Ni siquiera sabía lo que estaba tomando, pero suponía que era una limonada.

Berenice no podía esperar un minuto más para bajar de ese carruaje. Estaba ahí casi arañando la portezuela para ir a buscar a su conde.

—No te alejes mucho de nosotros, Berenice. Si vas a bailar con alguien debes hablar con nosotros primero —ordenó lord Montgomery.

—En estos bailes el carné es innecesario, es un asunto de diversión, pero dentro de los límites, Berenice —advirtió su madre.

—Tendré en cuenta sus recomendaciones. Estoy tan emocionada por conocer un evento nocturno que ya no puedo esperar —alegó la joven.

—No tengas muchas expectativas, puedes decepcionarte —siguió su madre

—Nada de esto podría decepcionarme, ni por más que no tuviera nada especial, solo quiero estar presente aquí. Sabré aprovechar la experiencia.

Clifford tomó la mano de su esposa para que ella dejara de decir algo que pudiera incomodar a una entusiasta jovencita, ansiosa por conocer el mundo.

Apenas bajaron del carruaje, ella no se fijó por donde caminaba, solo fue hacia la entrada y chocó de costado con un caballero y Berenice terminó en el suelo después de rebotar por aquel.

—Lo lamento —se excusó el hombre con premura, ayudando a la joven que aún no se había puesto la máscara, dejándolo ver lo hermosa que era.

A Berenice le dolían las nalgas por haber caído como si se hubiera sentado mal. Quería reclamarle al caballero, pero aquel no era culpable de estar distraída. Aceptó la mano de él que ya tenía puesta su máscara.

—No se preocupe, ha sido mi culpa...

—Fue mi culpa, por favor, excúseme —rogó mortificado al haber quizá estropeado el vestido de la hermosa joven.

—No se preocupe... —Ella solo quería pasar de largo para ir a buscar a lord Northland.

—¿Estás bien, Berenice? —indagó su padre que se acercó a ella.

—Sí, padre. El caballero ha sido amable, no miré por donde caminaba.

—Robert, por favor —dijo el joven caballero—. Si me permite una pieza, podría sentirme recompensado y saber que no le he hecho daño con mi torpeza.

—Vaya, qué insistente con la culpabilidad. Fue mía y no acepto más discusiones al respecto...

—Puedes bailar con él, Berenice. Ha sido amable y quiere ser educado —alegó la condesa.

En verdad, Berenice no estaba muy interesada en bailar con el extraño. Era una persona a la que no había conocido antes, debía ser alguien como el conde que se encontraba de paso por el condado.

—Acepto bailar con usted...

Robert extendió el brazo para que ella lo tomara y pudieran entrar. Ahí se dio cuenta de su altura y tomó conciencia de que no era tan elegante ir con aquella joven por la vida. Se veía frágil, tal vez un poco enfermiza, pero nada de eso superaba sus profundos ojos azules, su nariz respingada y sus labios gruesos. Era una belleza exótica.

La joven se colocó la máscara y miró al hombre que iba a su lado hombro con hombro. Después comenzó su recorrido para intentar encontrar al conde de Northland, más la cabeza de aquel caballero llamado Robert se lo impedía, pues la miraba como si ella tuviera tres ojos o dos narices.

—¿Usted no es de Yorkshire? —inquirió la joven para mantener una conversación con el hombre con el que tendría que estar por un rato más que largo. Lo único que sabía era que debía soportar toda invitación con una sonrisa. No sabía cómo era el tal Robert bajo esa máscara, pero lo que entendía era que sin dudas era alguien que tendía a sentirse culpable o quizá utilizaba esas tácticas para acercarse a las mujeres y conseguir atención. Berenice no podía saberlo, puesto que era su primera vez en un evento distinto a una cena familiar en la que estaba bien cuidada por su familia.

—No. Soy de Londres, pero me considero un nómada. Me gusta recorrer los condados y conocer pueblos —respondió Robert a la voz dulce y melódica de la joven.

—¿Por qué lo hace? ¿No es mejor establecerse?

—¿Establecerse? No considero eso algo importante cuando lo único relevante es disfrutar

de la vida.

—Es una filosofía fácil, pero carente de una raíz real. Cuando envejezca tendrá que quedarse en un lugar. Puede quedarse en el mejor lugar de Inglaterra y comprar unas tierras para vivir feliz. Si usted ha recorrido este país, ¿qué condado le ha gustado más? Supongo que tiene su preferido.

—Hasta ahora ninguno se ha quedado con mis pensamientos; sin embargo, considero que Yorkshire tiene mucho que entregar y más conociendo a una dama tan agradable como usted...

La risa nerviosa de Berenice era épica, pues no sabía si alegrarse o tomar distancia y ser cautelosa con ese caballero. Lo mejor que podía hacer era la técnica de supervivencia de algunos animales. La señora Smith había dicho que cuando una situación fuera insostenible fingiera un desmayo como una cabra o una zarigüeya. Estaba a punto de arrojarse al suelo y estirar sus brazos y piernas como uno de esos animales. Ni siquiera sabía cómo era Robert, al menos para sentirse halagada o con ganas de ser arrastrada por caballos para salvarse.

—¿Sabe que hay gente que habla de un tal lord Montgomery? Es como un vampiro... A ver si después de eso le sigue gustando Yorkshire.

—¿En verdad? Me apasionan las historias de miedo. Mi preceptor era un hombre que gustaba del terror como herramienta para infundir temor, pero le resultó mal y es un género literario del que disfruto.

—¿No le da miedo que él esté aquí? La mayoría de las personas le temen...

—¿Y dónde se encuentra?

—Es mi padre.

—Entonces, ¿es una dulce vampira que quiere succionar la sangre de los valiosos caballeros del condado? Valoro mi vida, pero un sacrificio de vez en cuando no hace daño —alegó Robert, bromista.

¿Cómo no le daba miedo pensar en que su padre era un terrible monstruo de la oscuridad? Esa era su única oportunidad de que ese caballero se alejara, pero parecía más convencido de quedarse.

—Vive en un castillo lúgubre y tenebroso, ¿verdad? Espero que su padre me invite, ya que me quedaré un tiempo aquí.

—Lo más probable es que mi padre lo reciba con los brazos abiertos y después beba su

sangre en una copa...

—Su imaginación es fascinante...

—Es la realidad. —Ella quería persuadirlo de que su padre era un ser sanguinario y cruel que acababa con la vida de quienes lo visitaban, pero con ese hombre nada funcionaba.

—Llevaré a un lacayo para que beba su sangre, mientras converso con él de negocios. Es evidente que vive de algo y no creo que sea de beber sangre en copas de cristal. Usted me divierte, parece que quiere espantarme, pero para eso se requiere un poco más.

—¿Algo como qué?

Robert levantó la ceja ante la pregunta de la joven, parecía que no terminaba de ser de su agrado o tal vez estaba enfadada por haberla atropellado.

—¿Cree que le daré armas para que se deshaga de mí tan fácilmente? Primero bailaremos y después le diré con qué me puede espantar...

Pese a que ella estaba apresurada por dejarlo, no pudo evitar sonreír ante lo que decía el caballero.

Steven estaba en un rincón con su limonada en la mano. Había charlado al menos con siete personas diferentes esperando a que su querida Miranda traspasara la puerta. Una vez que la vio, sonrió, pero al notar que no estaba sola y que lastimosamente reconocía a su compañero, gruñó como un animal. Gracias a la música de la orquesta, la mayoría no pudo oírlo, pues lo que deseaba era ir y destrozar a Robert. El que no había querido entrar estaba colgado del brazo de ella.

Capítulo 22

—¡Voy a matarlo! ¡Lo haré con lentitud agobiante, le arrancaré cada uno de sus pelos de la barbilla con los dientes y con los suyos haré un collar o mejor se los daré a los gansos como si fueran granos de maíz! —gruñó Steven al ver a aquel en compañía de Miranda. Si no terminaba desmayado a causa de la rabia, tendría un soponcio. Sentía que se le había subido a la cabeza una especie de fuego que lo cegaba. Deseaba la cabeza de su nuevo y antipático amigo—. ¡Ni siquiera debí invitarlo! ¡Qué hiciste, Steven! Ahora ese amargado intentará quedarse con la indómita dama que te tiene en sus manos. ¡Pues le deseo suerte a esa sonrisa absurda, ridícula y digna de un cementerio por la madrugada! Debo confiar en el buen juicio de ella... ¡No puedes confiar! ¡No seas tonto, es una mujer que quiere casarse, hará lo que sea y atrapará a cualquier pez que caiga en su red! ¡Yo debo ser ese pescado!

Pensaba acercarse a la joven, pero distinguió a alguien a quien conocía. Podría hacerlo de cualquier forma, aquel era lord Montgomery, el padre de lady Berenice. ¿Será prudente saludarlo? La rabia que sentía contra Robert se disipó por un momento, pues había llegado la vergüenza para coronarse como ganadora. Tendría que tragar su veneno hasta que el conde se alejara de Miranda y de Robert.

Los ojos de Steven no podían creer que Miranda bailaría su primera pieza con Robert. Deseaba que la tierra se abriera bajo sus pies. Era evidente que fue un tonto al caer en el juego del lobo vestido de cordero. Ahí estaba el que decía odiar la sociedad, bailando cómodamente con la joven que lo tenía pisando las nubes; sin embargo, creía que ya no podía seguir colocando sus pies en una superficie inexistente, terminaría cayéndose y dándose un golpe que podría ser mortal.

Tuvo que soportar por un tiempo que parecía eterno, ver cómo ambos bailaban y sonreían. El maldito tenía una sonrisa que casi imitaba a la suya. Se había confiado mostrándole su sonrisa conquistadora.

—¡Juro que te exprimiré como si fueras ropa mojada! Ya deja de sonreír y de tocarla. No hagas un escándalo, Steven, y eso que tú sabes hacer uno que quede en la memoria. No beberás más que esa insípida limonada con sabor a orina y soportarás esta humillación en público, aunque nadie sabe que te están humillando, pero tú sí lo sabes...

Trataba de no morir con las múltiples ideas de su mente. Solo le quedaba seguir adelante

con los sueños que aún le quedaban.

Ante los ojos de Berenice, Robert no bailaba tan mal, de hecho, era un buen bailarín y un conversador hasta el cansancio, pues ella no estaba interesada en conocer a nadie más que a lord Northland, aspiraba a su corazón y para su desgracia estaba perdiendo un tiempo valioso y lo único que esperaba era que el baile terminara y que pudiera ir corriendo a buscar al conde.

—Siento que está esperando a alguien... —comentó Robert al sentirla un poco distante.

—Lamento confesarle que es así.

—¿Está comprometida?

—No, aún, pero espero estarlo pronto.

—Qué manía de las mujeres con casarse.

—No es una manía, es un deber y lo mejor es hacerlo con quien alguien desea.

—¿Y con quién desea hacerlo usted?

—Con un caballero... —Al responder, ella divisó a Steven que tenía la vista fija en ellos, como un águila. También la estaba buscando.

A Robert no le pasó desapercibido el lugar hacia el cual miraba la joven, ya que miró de la misma manera que ella y vio a Steven, su animoso compañero. Eso decía muchas cosas, pero había algo que no coincidía.

—Supongo está hablando de Steven, un señor con canas, igual de alto que usted, de ojos aguamarina y una sonrisa encantadora. No obstante, algo no es coincidente y es que él espera a una tal Miranda.

Ante lo que había dicho Robert, ella guardó silencio. Quedó atónita al saberse descubierta por aquel.

—¿Usted lo conoce?

—Lo conocí ayer, jugando cartas y hoy volvimos a jugar, me invitó a venir y aquí estoy. ¿Por qué miente sobre su nombre si se llama Berenice?

—Por favor, no me delate. Un accidente en el pasado nos une; sin embargo, todavía no puedo decirle que soy la niña a la que su carruaje se llevó por delante. Si es su amigo, no diga nada. Deje que lo sepa por mí.

—No me meto en asuntos que no me corresponden, milady, pero las mentiras no la llevarán a buen puerto. Es mejor hablar con la verdad que ahogarse en la mentira.

—Entiendo su postura y, de hecho, la apoyo. En un par de días se lo diré, pero mientras eso ocurre, espero ganar su corazón para que ya no pueda vivir sin mí.

—¿No le interesa el corazón de otras personas?

—No quiero conocer otros si considero que este es el indicado. Llevo años con la esperanza vibrando en mi pecho para ser la esposa de aquel ángel que me cargó en sus brazos.

—Los sueños no se pagan con dinero, pero son capaces de hacer daño. Puedo lamentar mucho verla llorar, pues no soy alguien que sea sentimental con cualquier persona, pero usted me agrada y, pese a que ha intentado ser desagradable, yo tengo experiencia con las damas y sé que lo mejor es hacer lo que ellas no quieren que hagamos.

—No sé a qué mujeres ha conocido, pero en mi casa eso jamás sería algo que daría buenos frutos. Por eso busco el amor y no cualquier sentimiento como la codicia o algo que me pueda llevar a detestar a otra persona como es un matrimonio por conveniencia.

Robert rio de una manera sonora, como si estuviese burlándose de la joven, pero en realidad, estaba burlándose de sí mismo, ya que sabía que Steven estaba jugando a tener dos velas encendidas sin saber que una de ellas se le caería y terminaría incendiando todo a su alrededor.

—Vaya premio que se llevará Steven con usted. Mi envidia es algo bueno.

—Espero que él piense igual... —habló Berenice que había sido clara y sincera con Robert, pues sentía que él era un poco extraño, tal vez demasiado bueno o malo. Aún no podía identificar a qué bando pertenecía.

—Una cosa es pensar igual y otra es poder llevar a destino esos pensamientos. Por si acaso, la volveré a ver en Londres.

Después de que acabaran de hablar y también de bailar, Robert hizo una inclinación de cabeza y aplaudió junto al resto de los danzantes para agradecer por aquel baile.

Una vez que hicieron las venias correspondientes, cada uno de ellos se fue por su cuenta y lo más extraño era que Robert fue hacia lord Montgomery y Berenice hacia donde se encontraba Steven intentando sobrevivir a la distancia.

Al notar que Miranda se acercaba a él, sintió que el alma regresaba a su cuerpo. Era su

tiempo, aquel en el que el sinvergüenza de Robert debía darse por vencido de la compañía de La joven.

Una vez que llegó junto a él, esperó que él tuviera la cortesía de hacer la reverencia correspondiente.

—Usted no sabe cuánto ha sufrido mi corazón al verla al lado de ese hombre, bailando con él, convirtiéndolo en el centro de su presente, otorgándole la gracia de su sonrisa a un desconocido —confesó sin dilación.

La joven levantó la mano para que aquel le diera un beso. Sin demora, el conde la cogió y dejó un beso lastimero en ella.

—Lamento haberle causado tal molestia, mas al llegar, he tropezado con ese caballero por distraída y aquel, con mucha educación y sobre todo compasión, quiso bailar conmigo como una forma de compensar lo ocurrido.

Las palabras de Berenice siempre estuvieron entre la verdad y la mentira, caminando en el precipicio del engaño.

—¿La ha lastimado, Miranda?

—No, no ha pasado a mayores. Estaba apresurada por llegar a verlo, pero las cosas no se dieron tan pronto y tuve que bailar.

—¿Él le agradó?

—Tal vez un poco.

—Voy a sacarle los ojos y los voy a explotar con ramitas de árboles o con un tenedor... —murmuró para sí.

—¿Qué ha dicho?

—Que es bueno que le agrade Robert por más que no sea un hombre encantador como yo.

—Él me ha hablado bien de usted y del poco tiempo que llevan conociéndose.

—¿No ha intentado seducirla?

—No, ¿por qué pregunta algo así?

—Simple curiosidad, pues lo vi un poco entusiasmado.

—Tiene una máscara, ni siquiera se distinguen sus facciones.

—Su sonrisa lo delataba. He aprendido a reconocer hombres felices y entusiasmados.

—Pues se equivoca, ya que yo he sido clara ante cualquier acercamiento. Mi atención está puesta en usted y es en lo único que pienso concentrarme en este momento.

Ella no merecía tanto ataque de su parte, pues lo que esperaba era estar a su lado y no reclamarle atenciones que la misma Miranda no había solicitado.

—Entonces, ¿me concederá un baile?

—Por supuesto...

Él estaba decidido a dejarla impresionada al precio que fuera, pues ya tenía a quien superar porque aquel sinvergüenza había tomado ventaja con ella.

—Somos de la misma estatura... —comentó el conde que extendió su brazo para que ella lo tomara.

—¿No le molesta?

—No. Será más fácil alcanzar sus labios sin el más mínimo esfuerzo —alegó Steven.

Berenice se mordió los labios al oírlo decir eso y sonrió con picardía. Cada vez estaba más cerca de lograr una propuesta, o al menos eso creía, pues suponía que la manifestación exacta de los sentimientos significaba interés genuino de parte de quien hablaba. ¿Por qué alguien se engañaría al fingir tales sentimientos? Tanto el conde como ella estaban en una situación que los dejaba en evidente estado de enamoramiento y lo único que quedaba era decidir si estarían juntos o quedarían separados para siempre, con ambos sumergidos en matrimonios por conveniencia que los limitarían para toda la vida. Pensar de esa manera hasta era lastimera, no valía la pena. Ella estaba decidida a casarse por amor y Steven también buscaba lo mismo.

Los dos se colocaron frente a frente para poder comenzar el baile e hicieron las inclinaciones correspondientes antes de tomar sus manos al oír la primera nota.

Los dos estaban sumergidos en sus miradas, la máscara no dejaba que se desviaran a otras zonas de la cara. Estaban seducidos por los movimientos pícaros de sus ojos que hablaban sin necesidad de palabras. Aquello era más profundo que mirarse mutuamente a los astros preciosos que ambos tenían, si no que se trataba de algo espiritual.

—Dígame que bailo excelente —pidió Steven que se divertía en compañía de la joven que sabía bailar.

—Baila excelente —replicó con condescendencia.

—Debería decirlo con sus palabras o será mi subordinada a la que siempre le daré órdenes.

—Mi institutriz dice que las mujeres de mi familia no saben lo que es la subordinación, pero sí la insubordinación. ¿No le parece que quien debería halagarme es usted?

—Desinfla mi ego con esas palabras, Miranda. Me asusta, me aterra, pero a la vez me divierte pensar que usted puede ser mi verdugo —alegó con una sonrisa lobuna adornando su rostro.

—Verdugo es una palabra que a mi institutriz le encantaría oír. Se lo comentaré como un chascarrillo. No obstante, no quiero ser eso que dice, lo que deseo que usted sea es mi esclavo, alguien que sin duda busque mi satisfacción y mi felicidad. Deseo ser feliz como las mujeres de mi familia y para eso necesito un caballero dispuesto a todo por mí...

—Con esas palabras parece que se refiere enteramente a mí. Soy la criatura más obediente y dispuesta cuando se trata de consentir a una dama. Créame que sin duda seré su esclavo, y espero ser el único. No se imagina cómo sus palabras alientan mi espíritu salvaje, deseo devorarla con un beso y hacer que mi lengua llegue hasta lo más profundo de su ser para poder tocar su corazón impasible.

—Sus palabras me retratan como un ser malvado y sin corazón, mas usted no debe hacer nada para tocar lo que tengo en el pecho, ya que es suyo por completo.

Capítulo 23

Lo único que ambos deseaban era que ese baile acabara para poder escurrirse entre los invitados y estar a solas. Disfrutaban esa conversación osada que tenían y el hecho de que la orquesta estuviera cerca de ellos, daba un aire de que nadie podría escuchar las atrevidas frases que se dedicaban.

Berenice sabía que, si la señora Smith la escuchara decir algo de algún esclavo, la dejaría colgada de un árbol, pero de la oreja. Le haría sufrir los pecados del mundo en unos minutos. Aquella era una mujer justa que solo quería su bien, aunque fuera estricta con ella. Ella quería desatarse esa noche porque en verdad deseaba mucho esa propuesta matrimonial y una opción para conseguirla más rápido era endulzar al conde para que él se atreviera a pedirle su mano. No quería asustarlo, mas a veces le salían las garras familiares de manera inevitable.

Steven, mientras tanto, se sobaba la mano como una mosca en el banquete. Robert jamás estaría en tal alta estima en el corazón de Miranda y eso lo tenía flotando en nubes de azúcar. Ella le había confesado abiertamente que su corazón le pertenecía y él quería hacer uso y goce de eso que tenía guardado solo para su persona. Sus celos lo habían cegado hacia el desconocido que la invitó a bailar. Por más que ella no le diera importancia, a Steven le molestaba que otro varón se acercara a su querida Miranda. Estaba dispuesto a espantar a quien fuese con tal de quedarse con la joven. Pasaría encima de quien tuviera que pasar.

—Esta pieza nunca se me ha hecho tan larga en los largos años que llevo en los salones, se lo juro —habló Steven que moría por ir con la joven a un lugar oscuro.

—Para mí los minutos se hacen eternos, pero disfruto de este instante, puesto que quizá más tarde no podré estar en tanta libertad a su lado o tenga que regresar a mi casa. He quedado condicionada y todo lo que haga debe ser con expreso permiso de mi familia.

—¿De verdad?

—Las reglas son lo más importante. Si quiero que mi vida tenga sentido, debo ser lo más obediente posible...

Sonaron los últimos acordes de la pieza y los dos podían reposar después de los aplausos correspondientes. Berenice miró hacia donde deberían estar sus padres con Robert, pero los tres se habían movido hacia otro sitio. Tal vez ni siquiera la hubieran visto bailar con el conde.

De nuevo Steven le ofreció el brazo a Berenice para que pudieran ir hacia la salida, y lo más sorprendente fue que muchas personas tenían su misma idea para salir al jardín. Él tuvo que rodear a la multitud e ir a otro sitio un poco más íntimo, alejado del resto.

Cuando se detuvieron, sonrieron y se quitaron las máscaras.

—Lamento no poder ofrecerle una bebida, pero espero que mi saliva calme su sed y su cansancio —alegó Steven que cogió a Berenice del rostro y se abalanzó sobre los labios de ella.

Ella no pudo decir mucho, solo correspondió de la misma forma que él. Lo cogió del cuello como si fuera que quisiera unirse al conde. Disfrutaba tanto de ese anhelado acercamiento, que no se había puesto a pensar en ninguna consecuencia, solo lo que le convenía. Berenice deseaba quedar bien con su padre, pero a costa de hacer algo malo como encontrarse con alguien a solas en la oscuridad. La señora Smith se moriría si llegara a saberlo y su familia entera la condenaría por su comportamiento.

Era la peor arpía de su casa. Su hermano y su padre habían intentado defenderla de un inocente como David, cuando en realidad ella era el mal encarnado. Sentenció a una persona al exilio porque los demás la creían incapaz de hacer algo como lo que hacía, pero Berenice había perdido la cabeza a causa de un beso.

El cielo estaba a solo un paso de él. Ella era la mujer de su vida, junto a la cual quería estar, y lo que haría era evidente: renunciaría a todo lo que podía alejarla y eso incluía a su madre y a su prometida. Lamentaba mucho no poder ayudar a lady Camila Winchester, pero su futuro con Miranda era más importante. No la dejaría ir después de haber buscado tanto a la mujer de su vida. No le molestaba la presión o el ostracismo social si estuviese junto a ella. ¿Qué más podía desear un caballero sediento de afecto y de un cariño soñado? ¿Por qué sacrificarse por otros si su vida también era importante? Por la única que haría un esfuerzo sería por esa mujer a la cual devoraba entera como alguien que jamás hubiese visto unos labios semejantes.

Atado a la demencia de un beso, siguió hasta que el aire le faltara, de otra forma jamás hubiera dejado a la joven.

Los dos respiraban agitados, al punto de que parecía que hubiesen corrido a campo traviesa huyendo de alguien.

—No puede volver a besarme, es peligroso que puedan reconocernos —musitó Berenice que debía forzar al caballero para que consiguiera más de ella. Un beso era el puente para llegar al objetivo.

—No haga que me entristezca de pena. Sus labios son lo más dulce que he conocido. ¿Por qué quiere privarme de ese elixir que me devuelve la vida?

—Las mujeres solteras decentes no besan a los caballeros en los bailes y menos los acompañan a lugares a los que no deberían...

—Bien, ¿y qué quiere usted que haga?

—Lo que hace un caballero con una dama para preservar su reputación.

—¿Alejarse o un compromiso?

—Las dos opciones son correctas, pero si usted deseara tanto a alguien, ¿se alejaría?

Deseaba manipularlo, pues de cierta manera lo notaba ansioso por estar a su lado y ella quería aprovechar esa debilidad para meterlo en su ridículo y casarse en plena temporada, siendo una sorpresa y un orgullo para su familia.

—No, no me alejaría. Lucharía hasta el final... —Él se acercó a ella para besarla de nuevo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —inquirió una voz conocida.

Al ver a aquel hombre, tanto Steven como Berenice se alejaron. Ella no sabía qué hacer, ya que su padre la descubriría frente a él y eso le daba mucha vergüenza, no quería un enfrentamiento.

—Lord Montgomery... —pronunció Steven que tragó saliva.

—¿Lord Northland? —Al hacer esa pregunta, el conde se dio cuenta de que su hija siempre le había dicho la verdad y él prefirió pensar que era muy creativa al igual que el resto de las personas de la familia.

—¡Lord Montgomery! —exclamó Berenice, apresurada. Fue hasta él y después miró a lord Northland—. Por favor, milord, váyase —pidió desesperada, pues no sabía cómo enfrentaría a su padre.

—Pero...

—¡Hágalo, no complique más las cosas! —masculló para espantarlo de la escena.

Él hizo una inclinación para despedirse y regresó al salón a regañadientes.

—Tienes algo que explicar, jovencita.

—Lo sé, padre; no obstante, la mayor parte la he dicho antes. Quiero casarme con lord

Northland... Él no sabe que soy su hija, por eso no le dije padre. No me avergüenza mi familia ni nada, solo no quería asustarlo y que la culpa lo volviera a alejar de mí como cuando me coloqué en su camino y no se ocupó de visitarme.

—¿Sabes el riesgo que corres con alguien así? Si no fuera por ese tal Robert, estaría conversando y bebiendo feliz en un rincón, pero cuando mencionó que estaba aquí y que su amigo esperaba ansioso por conocerte, no perdí el tiempo en tonterías de educación. La seguridad de mi hija es lo más importante para mí.

—Lo sé y soy consciente de que debo someterme al juicio familiar ante lo que he hecho.

—La señora Smith tenía razón... No debimos dejarnos convencer por tus palabras, por más que parecieran razonables.

—Debía venir...

—En la casa explicarás las cosas. Vamos...

Su padre le señaló el camino que debía tomar para ir, pero no al salón a continuar el baile, sino al carruaje para regresar a su casa. Nada le había salido bien a Berenice. Le tocaba convencer a sus parientes de que ella no había hecho nada malo, aunque sabía que había mentido, omitido, engañado y manipulado, debía defenderse de alguna manera, pues no era una mala persona, tal vez sí una persona equivocada.

—Entra, querida, iré a por ti madre —anunció su padre.

Esa era la parte que más miedo le daba. Cuando su madre sabía algo, la señora Smith también lo sabría como si estuviesen conectadas y sería el fin, la castigaría.

Unos minutos después, su madre subió al carruaje y se sentó frente a ella, seguida por su padre.

—¿En qué te has metido, Berenice? Tu padre no me ha dicho nada, pero ha cortado mi diversión de manera tan abrupta...

—Ese Robert se estaba metiendo bajo tu falda, querida —advirtió Clifford.

—Ha llegado tarde, pues todo mi interés está puesto en el vampiro de Yorkshire...

—Lo sé. Nunca desconfiaría de ti. Él es agradable y, de cierta forma, ha ayudado a que descubriera lo que andaba haciendo Berenice a espaldas de sus amados padres.

—Un caballero no debería ser cotillo. Debe estar celoso porque mi atención es para lord

Northland —farfulló molesta.

—¿Cómo puedes expresarte así de alguien, Berenice? Ese hombre ha hecho algo bueno por ti —alegó su madre.

—Aún no hemos hablado de todo, querida. Berenice se encontró con lord Northland en un lugar lejano del jardín y estaban a punto de besarse.

—¿Qué? ¿Lord Northland era real? —preguntó Fanny.

—Nadie de ustedes me creía. Prefirieron pensar que estaba enloqueciendo o que era muy creativa, pero la verdad es que lo encontré en la propiedad un día en la que salía para cabalgar y yo lo reconocí, aunque no le dije nada. Él no me reconoce, no sabe que soy hija de ustedes.

—Solo un tonto no notaría que eres nuestra hija. Mira su altura —escupió Fanny, enfadada.

—Cuando el accidente ocurrió, si bien era un poco alta para mi edad, no había alcanzado mi potencial, madre. Considero que no me ha visto bien, pero yo sí y espero casarme con él.

—¡Pero qué disparate! —vociferó la condesa—. Él es un mujeriego empedernido, razona, Berenice.

—Llevo años enamorada de él, de su recuerdo, de su broche... Es mi oportunidad y quiero que me ayuden a conseguir que se case conmigo...

—Ninguna de mis hermanas se ha comportado de esta manera, con tal atrevimiento. Hay tanto por conocer, Berenice.

—Si había algo por conocer, ¿por qué se quedó con mi padre? Por amor, ¿no es así? Hago lo mismo que usted. El conde puede proponerme matrimonio, pero ahora no lo sabré porque mi padre nos interrumpió.

—¡Clifford! ¡Haz algo! ¡Trata de razonar con esta mujer antes de que le pida a la señora Smith que razone con ella y todos sabemos cómo terminará! Si no haces algo en este mismo instante, enviaré a un lacayo en cualquier lugar en donde pueda estar mi hermano y lo traeré para que tome cartas en el asunto y no me importará si con eso lo mato de un disgusto.

—Asustarla no es la solución. Debo hablar con ese hombre y exigirle que vaya a casa para solucionar este asunto.

—No le diga nada, padre. Que en casa descubra que soy Berenice, entonces quedará acorralado y no podrá negarse a un compromiso.

—¿La estás escuchando? ¡Esto es un escándalo, Clifford!

—Haremos las cosas como pide Berenice. Si no salen como ella quiere, se someterá a nuestras reglas y nos iremos de Yorkshire para alejarla de ese caballero —sentenció Clifford.

—Estoy segura de que estaré comprometida mañana mismo si se apresura, padre... —Berenice estaba decidida a que las cosas fueran a su manera. Ninguno de ellos entendía lo que pasaba por su mente. Sus sueños, sus anhelos y sus sentimientos guardados por años hasta tener la edad y la esperanza suficiente para tener una oportunidad que no estaba dispuesta a perder.

Fanny no estaba convencida de que ese hombre fuera lo mejor para ella y más que ni siquiera se acercó a preguntar por Berenice después de que la dejara en cama. Sabía que compartían amigos en común que le contaban toda la información de la salud de la niña malherida; sin embargo, la fineza era algo que no quiso tener con ellos en aquel entonces.

Capítulo 24

Llegaron a la residencia y Benedict estaba en el salón, él no había querido salir de la casa para ir a ningún lugar. Prefería leer antes que salir. El señor Barnes le servía una copa de whisky a él, cuando los dos vieron entrar a la condesa, al conde y Berenice entrando detrás de ellos.

—¡Oh, Benedict! —exclamó Fanny, al ver a su hijo en el salón.

Al ver a su madre, el joven que tenía en la mano la copa de whisky la dejó a un lado y se apresuró para alcanzar a su progenitora que parecía afligida.

—¡Madre! —expresó yendo hacia ella para coger su mano. Ella lo apretó un poco como si quisiera sostenerse.

—Mi querido Benedict, necesitamos hablar contigo —pronunció Fanny.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó el joven a su padre.

—Hay un inconveniente con tu hermana —respondió Clifford.

—¿Tiene que ver con el desconocido que vieron los capataces varios días en la propiedad?

—Lo más probable, pues ella nos ha dicho que se ha estado encontrando con lord Northland a escondidas —replicó su madre.

—¿Por qué tienen que involucrarlo a él? —increpó Berenice, sonrojada, al notar cómo su hermano la miraba.

—Porque es tu hermano mayor y debido a que quiso cuidarte de David, cuando la realidad era que debimos cuidar a ese joven de ti —alegó la condesa, molesta.

—Pensé que podrías ser la víctima, Berenice, y resulta que eras la villana de esta historia —acusó Benedict.

—No soy ninguna villana. Ustedes desterraron a David porque quisieron encontrar un culpable para nada. Ahora tienen un culpable real. El conde me ha besado y espero que, de la misma manera en que me acusan, puedan exigir que él cumpla con un matrimonio.

Clifford cerró los ojos al oír eso. No le quedaba más opciones que tomar cartas en el asunto.

—No puedo creer que seas tan sinvergüenza, Berenice —musitó su hermano.

—No estoy cometiendo un acto criminal. Solo quiero que, igual que me acusan, consigan otra cosa. Estoy segura de que con el conde de Northland seré feliz.

—Los sueños muchas veces son engaños, hija… —habló Clifford—. Hablaré con ese hombre y resolveremos esto como caballeros. Tu hermano se encargará de que no vuelvas a salir de esta casa hasta que en verdad exista un compromiso. Supongo que, si se ha atrevido a besarte, es

porque está soltero y podríamos exigirle que restituya tu honor.
—Lamento hacerles pasar un mal rato. Quería tener la oferta en la punta de la lengua, estaba trabajando en eso, afanosa.
—No puedo creer que preocuparas a nuestros padres por tus bajos y sucios instintos. Eres perversa y malvada.
—No es de esa forma, Benedict. Sé que merezco que me echen a los lobos, pero sé que esto saldrá bien. Confío en mis sentimientos y en los de él.
—Espero que tengas razón, Berenice. Has actuado mal con la familia, no es lo que se te ha enseñado —siguió Benedict que expresaba su decepción a través de sus ojos azules.
—¡Señora Smith! —vociferó Fanny que castigaría a su dulce retoño.
Berenice corrió a esconderse detrás del viejo señor Barnes. Él era el único ser neutral en esa casa, los demás deseaban su cabeza.
—Señor Barnes, usted es el único que puede salvarme de una muerte segura.

—Milady, no me ponga en un aprieto —pidió el viejo sirviente.

—Señor Barnes —rogó.

—Milord, por favor, tengan compasión de milady y no la castiguen...

—Fanny... —dijo Clifford.

—¡Señora Smith! —Ella estaba decidida a que su hija tuviera un castigo.

La institutriz fue al salón. Aquella aún no se había preparado para dormir. Pensó que sería una buena idea leer un libro en la biblioteca.

—Han vuelto temprano, y supongo que ha sido por una razón que usa falda, ¿no es así? —La señora Smith miró a Berenice como si fuera a calcinarla con la mirada.

—Por supuesto que tiene razón, señora Smith, siempre la ha tenido respecto a Berenice. No era razonable. Se estaba encontrando a solas con lord Northland, no era una mentira, un invento, algo creativo o demencial. Se besaron... —contó Fanny que no dejaba de estar molesta y decepcionada.

—Venga conmigo, lady Berenice —ordenó su institutriz.

—Señor Barnes —repitió la joven.

—Señora Smith, milady es...

—Señor Barnes, si no quiere que lo convierta en liebre, hágase a un lado.

El viejo sirviente se hizo a un lado y dejó descubierta a la semilla de la discordia.

Ella tuvo que avanzar hacia la señora Smith, y lo hacía mirando a sus padres. Sabía que, a su querido padre, el castigo le dolería más que a la misma Berenice.

—Señora Smith, yo quisiera... ¡Ay! ¡Ay!

—Usted no quiere nada. Iremos a conversar en privado sobre su actitud. —La institutriz la cogió de la oreja con fuerza—. Milord, milady, confíen en mis años como institutriz. No hay mejor maestro que la experiencia. Les dije sobre ella y ambos quisieron tener fe en una niña que puede cometer los peores errores.

—Tiene razón, señora Smith —aceptó el conde, a quien le dolía el corazón al ver a su hija de esa manera.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y eso que aún la señora Smith no la había hecho sentir que era la peor escoria de la humanidad, pero sabía que eso estaba a punto de ocurrir.

La institutriz la llevó a la biblioteca y ahí le soltó la oreja a la joven.

—No me esperaba menos de usted. Lo sabía, sabía que haría algo que nos dejaría mal paradas a ambas. La desobediencia es el defecto más horrible del ser humano, pero es peor aún viniendo de una mujer. —La señora Smith cogió la botella de ginebra y se sirvió un poco en la copa—. Mi noche perfecta ha sido arruinada por usted, mas no dejaré de beber por eso. Extienda la mano.

—Perdón, señora Smith. Solo sigo mis sueños... —justificó Berenice que se sorbió la nariz, a la vez que con su otra mano acariciaba su oreja magullada.

—A usted no hay que creerle ni las oraciones a Dios, porque usted sirve a Satanás. Deberé castigarla no solo con algo doloroso, sino también, vergonzoso.

La paciencia de la institutriz mermaba a medida que la otra no obedecía el mandato de extender la mano. Entonces, la cogió y la colocó abierta y ella agarró una regla de madera y golpeó la palma con fuerza.

—Esto le servirá para no hurtar nada más, dejar de mentir, respetar y seguir las normas. Por algo están. No puede creer en un caballero hasta que él casi pierda la vida por usted. Hágase respetar y no se vuelva a arrastrar como una mujerzuela. Entre todas las damas Fane, usted es la que más me sorprende. Del resto esperaba cosas horribles, pero de usted... Qué decepción.

No quería gritar a causa del dolor ni de la palabra decepción. Tal vez todo lo que la señora

Smith le dijo era peor que cualquier otra cosa hiriente. La persona que la había preparado con los mejores valores la golpeó con aquello que era tan terrible y que podía llevar a cualquier persona sentimental a la ruina emocional. Le dolía ser una decepción, pero nadie entendía sus razones, podía estar equivocada; no obstante, seguía lo que su corazón le decía.

—Todos aquí se sienten decentes para juzgarme, pero mi madre se ha metido hasta la casa de un extraño. Espero que también le dijera que estaba decepcionada, señora Smith.

—Tu madre era la más buena de sus hermanas, la que sufría por las constantes burlas que usted no ha pasado. Regresó a Londres con el corazón roto; sin embargo, lord Montgomery en verdad la amaba y fue a buscarla, ¿cree que alguien como lord Northland hará lo mismo que su padre, milady? Es un asunto de valores y ese hombre carece de ellos.

—Él me ha enseñado su corazón...

—Qué tonta es, milady. Un caballero enseña su mejor cara cuando desea algo. Tenga cuidado de que esto no salga mal.

—Me duele la mano, pero le juro que no saldrá mal. Pronto tendré un anillo en mi dedo y, pese a que no diré que me pidan disculpas, tampoco yo se las daré.

—Usted es peor que lady Augusta y no hay muchas peores que ella. Haga las cosas correctamente y no olvide que está castigada, no saldrá de esta casa hasta el invierno y sus padres me darán la razón como ya lo han hecho. No merece la confianza ciega que alguien como lord Montgomery le otorgó. Arrepiéntase y pídale perdón.

La mujer cogió su copa y bebió de un trago el contenido de ginebra.

La joven solo podía observar a su institutriz en silencio. Si decía algo más, lo próximo en estirar sería su lengua.

***

Steven se quedó en el baile y no estuvo en compañía de Robert. Le molestaba hasta su respiración.

—Por fin lo encuentro, ¿ha olvidado que debe regresar conmigo? —curioseó Robert que tenía un cigarro en la mano. Quiso invitar a Steven, pero él ni siquiera lo miró.

—No quiero algo que usted toque. Si me sigue molestando, le apagaré ese cigarro en la frente.

—¿Qué lo tiene tan susceptible?

—¿Y todavía tiene la osadía de preguntar lo que me ocurre, sinvergüenza?

—Oh, eso es un poco ofensivo, no he hecho nada malo.

—¿No? ¡Quiso aprovecharse de Miranda!

—Ah, Miranda... —pronunció Robert sabiendo que ese no era el nombre de la joven.

—Sí, mi Miranda.

—Solo la invité a bailar como compensación por haberla echado en la entrada. Ella iba distraída y se accidentó.

—Usted me parece un verdadero farsante.

—Otra acusación sin fundamento. ¿Por qué cree que soy eso?

—Puedo notar cuando alguien quiere algo y usted desea a Miranda.

—No es cierto, es bonita, pero tanto como desear, no lo creo, aunque si estuviera sin ningún cortejo, me animaría a pedirle más piezas. Es tan sagaz que me agrada. Quiere ser malvada, pero termina siendo un encanto.

—La he visto primero.

—Que yo recuerde usted está comprometido. Tengo más sentido de responsabilidad de lo que usted podría tener en toda su vida. Miranda quedará soltera y a merced de cualquier otro Robert, si no me arrojo a sus pies.

—He decidido que ese compromiso lo romperé.

—Hay posibilidades de que muera en el intento. Le recomiendo que me deje el camino libre...

—¡Me está provocando y no respondo de mí! Estoy sobrio porque solo he tomado orín de caballo o lo que sea eso que sirven en el salón. Antes boxeaba, tenga cuidado.

—Soy esgrimista, milord. Podría hacerle un agujero en la garganta si se me antojara, pero como no estoy para hacer enemigos, considero que debería calmarse. Está a la defensiva porque sabe que no hace las cosas bien.

—En parte tiene razón, pero este asunto se resolverá pronto. Yo me quedaré con Miranda y eso será todo. No importa lo que tenga que dejar en el camino. Ella es lo que esperaba.

—Permítame halagar su locura. No tendría el valor de hacer tal cosa. Soy más cauto y

pensativo, pero me agrada la gente que vive al día como usted, pues mañana no sabe si despertará después si lo cazan como a un ciervo.

—Pues prefiero morir como ciervo que seguir viviendo esta vida vacía y absurda que tengo. ¿Premio o castigo, Robert?

—Vaya forma de decidir lo que uno desea. El amor es el arte de enloquecer a los tontos. Es mejor escoger con sabiduría y control, que con el corazón que es el más conocido por traicionar.

—Usted se siente más decepcionado de la vida de lo que yo me sentía antes de conocer a Miranda. Si era pesimista, me ha superado por mucho y ha vivido menos.

—No es el tiempo, es la intensidad de lo vivido. Eso es lo que me ha llevado a ser un nómada, alguien que no busca establecerse, sino alguien que pertenezca a la vida y que lo lleve hacia donde el viento sople. Felicidad será encontrar seres especiales en el camino, así como usted, que me ha demostrado que está loco de atar, pero que no se rinde por más que la situación esté en su contra.

Capítulo 25

Después de mucho aburrimiento, tanto él como Robert abandonaron el baile de máscaras. El encanto se había perdido si su querida Miranda no estaba ahí. Tampoco quería seguir de pie como tonto en un lugar lleno de personas a las que no conocía y el único que mínimamente se le hacía familiar era el ser más despreciable sobre la tierra y estaba a su lado.

Tampoco volvió a ver a lord Montgomery en el lugar. Tal vez solo fue a cumplir o quizá hubiera bebido la sangre de Miranda después de descubrir que ella había sido seducida por él.

—¿Cree que lord Montgomery bebió la sangre de Miranda? Ninguno de los dos estaba en el baile.

—¿Y el hombre de ciencia que no cree que un conde devora doncellas? —preguntó Robert, aburrido.

—Estoy delirando. Es la preocupación por saber de ella.

—No debería preocuparse, considero que ella es conocida de la familia de lord Montgomery. Como mucho debe estar reprendiéndola y buscando que le den un castigo. Vamos, hombre de ciencia, no le pasará nada a esa cabrita descarriada.

—No es una cabrita, es una dama respetable. Debería tener más consideración al hablar de una fémina.

—Tal vez me excedí, pero las damas no se encuentran con caballeros comprometidos en una parte alejada del jardín.

—No importa cómo se dieran las cosas. Estoy preocupado por no saber nada de ella.

—Ya mañana tendrá noticias, la desvergüenza siempre busca el camino para seguir perdiéndose.

Cuando llegaron a la posada, cada uno de ellos fue a su habitación. Steven entró en la suya y se arrojó a la cama de espaldas. Empezó a desanudar su pañuelo lazado, mientras miraba hacia el techo.

—Me dijeron que esta era su habitación...

Steven saltó de la cama como si tuviera un resorte en las posaderas. Esa voz lo asustó.

Buscó el arma en el cajón del mueble junto a su lecho.

—¿Busca esto? —curioseó la voz que tenía el arma en la mano.

—¿Lord Montgomery? —indagó sin ver lo que había en la oscuridad.

—Sí. Quería hablar con usted...

—¡Oh, Dios! Me ha asustado como no tiene idea —dijo con la mano derecha sobre su pecho en el lado izquierdo.

—Lamento haberlo hecho, pero no me gusta esperar fuera. Asusto más ahí. Quería hablar de lo que ocurrió esta noche, pero no ahora, sino mañana en mi casa.

—Podríamos hablarlo aquí ya que ha venido. Aprovechemos.

—Solo le diré que debe presentarse en mi casa o tendremos problemas. Le hablaré de Berenice y de un par de cosas sobre ella.

—¿De ella? ¿Qué tiene que ver con lo que ocurrió esta noche?

—Tiene todo que ver. —Clifford le arrojó el arma—. Solo vine a invitarlo a casa. La oscuridad es mi territorio, pero le permitiré defenderse en el día.

—Milord, le pido que disculpe mi actitud hacia su familia el día del accidente. No sabía cómo reaccionar y me avergonzaba acercarme. Sé que no tengo perdón, pero debía decirlo.

—Berenice es la única culpable, usted es inmaduro y se lo demostraré mañana. Soy una persona que resuelve todo de manera pacífica. Así que lo espero.

El conde de Montgomery salió de la habitación. Aquel estaba vestido de negro, ni siquiera había logrado ver sus facciones o algo distinto a su mano. Qué susto se había llevado para una invitación. Se apresuró a cerrar la puerta con llave para que no se le antojara regresar. Lo único que le quedaba claro era que debía enfrentar su pasado. Aquel no pareció muy convencido con su disculpa. Esperaba que no le pidiera que derramara lágrimas para pedir clemencia.

***

Al día siguiente, en casa de Berenice, ella amaneció con Saint a su lado. Eso era muy extraño, pues aquel prefería a su hermana. No fue suficiente salvar su vida y arriesgar la propia para que él le correspondiera en afecto.

—Saint... —pronunció queriendo acariciarlo, pero el gato se levantó y estiró su figura para después bajar e irse corriendo.

Al mover su mano sentía el dolor por haber sido golpeada con la regla de la señora Smith. Aquella no tenía compasión por ninguna parte de su cuerpo que pudiera doler.

Después de vestirse, salió de sus aposentos y encontró a su gato en el pasillo. Aquel la miraba como si ella hubiese hecho algo malo.

—Te salvé la vida y así me pagas, Saint. Esto es traición.

—No acuse al gato por sus acciones. Se ha despertado temprano —habló la señora Smith.

—Sí, gracias a los calambres a causa de los golpes tan crueles que me ha dado. Debería ser menos severa.

—Ha mentido y engañado, jovencita. Merece tener cuatro orejas para sufrir el doble. Lo bueno es que su padre ha pedido que esté despierta, él la mandará llamar cuando llegue el momento.

—¿A qué momento se refiere?

—Vendrá lord Northland y usted confesará todos sus pecados. Prepárese para lo que viene. Ha llegado el momento de asumir sus culpas.

—¿Tan pronto? No me da tiempo de pensar en nada.

—¿Y qué va a decir? No puedo creer que quiera seguir inventando cosas. Por eso este gato no la quiere. Vámonos, Saint —ordenó la institutriz—. Ah, y no olvide devolver el broche. Esa joya debe volver con su dueño, pequeña ladrona.

—¡Fue un hurto!

—Se apropió de algo que no le pertenece y eso la convierte en una ladrona.

La señora Smith se retiró por dónde vino en compañía de Saint. Aquel, en verdad, parecía odiar a la persona que lo había llevado a esa casa; sin embargo, lograba mimetizarse con el ambiente lúgubre de la residencia.

Para la poca tranquilidad de la joven, regresó a su habitación para esperar el momento en que Steven la vería cómo era en realidad. No sabía qué esperar de esa visita, ya que no había conseguido una propuesta de matrimonio. Esperaba que en realidad el conde sí estuviese interesado en ella y que se arriesgara para que pudieran casarse pronto. El sentimiento era mutuo, nadie podría revocar los asuntos del corazón. No había nada más importante que eso.

La joven miraba por la ventana del ático de su padre con el broche en la mano. Todavía no veía

al conde llegar a caballo o en un carruaje. Su corazón latía desesperado. No sabía qué hacer. Su padre estaba en el salón en compañía de su madre, Benedict fue a las caballerizas y ella quedaba sola en la casa.

El sonido de unos pasos hizo que ella mirara hacia atrás.

—Tanta luz puede hacerle daño a milord. No debería olvidar cerrar esa cortina otra vez, milady. Disculpe si la molesté. He venido a limpiar este lugar. Debo aprovechar que el conde está esperando una visita —musitó el señor Barnes que entró con un trapo y una escoba al sitio.

—No molesta, señor Barnes...

—La noto afligida, milady. No se preocupe, todo estará bien.

—¿Lo cree?

—Sí. Anoche su padre salió de la casa y fue a la posada en donde se hospeda el susodicho lord Northland.

—¿Cree que lo amenazó?

—Esa palabra ni siquiera existe en el vocabulario de milord. Es demasiado bueno para pensarlo siquiera.

—Él es demasiado para este mundo y no merezco ser su hija.

—Debe pagar de alguna manera por casarse con lady Fanny. Créame que es mucho más feliz de lo que era antes de conocer el matrimonio. Su madre y la familia de ella han hecho un verdadero milagro con alguien tan reticente y casi considerado un nómada porque se sentía incómodo con su apariencia. Nadie entendía que él no tenía la culpa de aquel incendio en donde perdió todo lo que amaba.

—La vida es injusta a veces. Ahora considero que debo pagar por mi tontería.

—Sí, pero milord la apoyará. No debe temer por eso, mas no se descuide de su hermano, que ese tiene poco corazón, se parece a lord Nottingham. Las veces que lo he visto ha actuado de forma similar. Sus palabras son filosas y su paciencia casi inexistente.

—Y eso que la señora Smith propuso que él me cuidara.

—Esa urraca de la señora Smith solo tiene malas ideas. Es otra víbora cruel.

—Ha dicho dos animales distintos para una misma persona, señor Barnes.

—Usted y yo sabemos que escucha detrás de las paredes. Es una cotilla. No quiero que nadie le haga daño a la luz de los ojos de milord. Lamento no haberla podido ayudar anoche.

—No me dolió mucho. La señora Smith tiene un corazón de alcachofa, pero se preocupa por sus pupilas y desea lo mejor. A veces son divertidos sus castigos.

El señor Barnes comenzó a mover las cosas cerca de la ventana en la que se encontraba la joven.

—La visita de milord ha llegado... —anunció desde la ventana.

Definitivamente, lo que latía en su pecho terminó por detenerse. Berenice palideció y apretó el broche contra su pecho. No más mentiras, todo debía ser la verdad.

El carruaje de Steven se detuvo frente a la residencia y lord Montgomery. Sin bajarse, observó desde la ventanilla los detalles más lúgubres y consideró que había sido una buena idea llevar a Robert después de todo, ya que aquel estaba interesado en conocer la casa de ese hombre.

—Ese jardín dice que está bien abonado, quizá con cadáveres de doncellas vírgenes... —comentó Robert, jocoso.

—O de caballeros que han osado atropellar al retoño de un vampiro. ¿Qué te parece?

—De cualquier cosa, pero se ve bien. Bajemos.

—No irá adentro conmigo. Este es un asunto privado.

—Sus asuntos privados ya son de dominio público en la posada.

—No importa. Recorra la propiedad para no molestar.

—Deben tener una caballeriza decente en medio del campo.

Los dos descendieron del coche y cada uno de ellos fue hacia direcciones distintas. Steven caminó hacia la puerta y golpeó con determinación.

—Buen día, pase, por favor. Lord Montgomery lo está esperando. —Harry, el sobrino del señor Barnes, lo invitó a pasar.

Al entrar, el ambiente se sentía un poco húmedo, fresco y sin dar muchas vueltas, era oscuro por más que tuviese ventanas.

—Gracias.

Escuchó el eco de unos zapatos femeninos que se perdían por algún pasillo o escalera.

—Lord Northland...

La voz profunda del conde de Montgomery hizo que su piel se erizara. Era culpable de algo y lo sabía.

—Buen día, milord —saludó Steven que se colocó frente a él.

—Siéntese. Comenzaremos nuestra conversación.

Él obedeció y buscó un lugar para sentarse, pero se tropezó con la pata de madera del sillón.

—¡Maldi...! —masculló.

—Lo siento, no hemos sacado algunas cosas del camino —se disculpó Clifford.

—No se preocupe. Nadie usa todos sus cinco dedos del pie... —dijo apretando los labios.

—Berenice se acuerda de usted bastante bien...

—Debe odiarme, es lógico. Solo la auxilié.

—No crea que lo voy a acusar, lord Northland. Esa no es mi intención. Lo que espero es saber qué pretende con ella.

—¿Cómo es eso? No la he visto desde ese día —alegó confundido.

—Usted ha sido víctima de mi dulce Berenice, pero ella debe comprender que las mentiras no la llevarán a ningún lugar decente. ¿Es usted soltero?

—Lo soy, pero ¿eso qué tiene que ver?

Clifford cogió la campanilla y Harry se presentó frente a él.

—Busca a Berenice y dile que venga aquí a conversar...

—Sí, milord.

La cabeza de Steven estaba demasiado confundida. No sabía para qué había sido citado por lord Nottingham. Nada tenía sentido.

—La confusión se terminará cuando entienda de lo que le estoy hablando.

El conde de Northland oyó unos pasos lentos que se acercaban a ellos. Él giró su cabeza para mirar de quién se trataba y para su sorpresa, Miranda estaba ahí, yendo hacia el salón. Se puso de pie al distinguirla.

—Ella es Berenice, milord, Berenice Miranda Elizabeth... —La presentó su padre.

Ella temblaba por lo que ocurría. Veía los ojos casi desorbitados de Steven al verla ahí.

—Sé que tengo un par de cosas que explicar... —justificó acercándose a su padre.

—Quizá hay muchas cosas que explicar —aseguró Steven con un poco más de seriedad. No quería que eso se tratara de un ajuste de cuentas o una pequeña venganza por no haber sido solidario en el pasado.

Capítulo 26

—Ella no solo tiene cosas que explicarle a usted, sino también a mí, pues ha estado haciendo cosas inapropiadas de manera egoísta y eso es algo que no se le ha enseñado en esta casa —alegó el conde de Montgomery.

—Solo no quise decir mi nombre porque usted estaba un poco asustado al venir aquí y yo quería verlo, porque durante años he abrigado un sentimiento en mi pecho... —confesó Berenice.

—No quisiera que esto se tratara de una burla por no haber sido alguien más responsable...

—¡No, milord! —expresó la joven, apresurada, queriendo tocar al caballero.

—Berenice... —mandó su padre para que ni siquiera se le ocurriera hacer eso frente a él. Pocas veces era severo, pero en esa ocasión requería serlo.

Ella tuvo que quedarse cerca. Era incómodo hablar con lord Northland si su padre estaba presente en ese lugar como un can adiestrado. No podía hablarle de lo que deseaba.

—Como le dije, solo fue una tontería de mi parte. Me hubiese ahorrado muchos problemas si le decía quién era, pero recordando lo que pasó años atrás y con su temor a acercarse, no pude. Disculpe mi cobardía.

—Disculpe, milord. ¿Podría darnos una carabina para conversar de este asunto? Créame, es incómodo hacerlo frente a usted. No le haré daño, solo quiero hablar con sinceridad y sin presión. No pretendo decir algo que pueda ofenderlo a usted o a su familia, solo quiero conocer los pensamientos de milady —refirió Steven.

—La señora Smith puede mirarlos sin oír lo que tengan que decir. Regresarán aquí solo para una cosa, para decidir si se comprometerán o no, porque déjeme decirlo, lord Northland que mi hija ha pedido que hablara con ella por ese fin. Si usted no pretende algo semejante, lo invito a irse sin mayor inconveniente. Sabremos guardar secretos por el bienestar de Berenice.

El conde agitó de nuevo la campana y el sobrino del señor Barnes se presentó otra vez.

—Que venga la señora Smith —ordenó.

El sirviente asintió y desapareció tropezándose con algo del camino, aún no se acostumbraba tanto a la residencia.

Steven evitaba mirar hacia Berenice, pues necesitaba oír algo convincente y que no se tratara de una burla porque sería capaz de coger un arma y colocarla en su boca. Había apostado sus sentimientos por la que creía una dama adecuada para él, es que lo hacía sentirse vivo. Deseaba estar con ella y perdonaría todo si la misma quisiera casarse.

Después de unos minutos de silencio, la señora Smith se presentó a servicio del conde de Montgomery. La mujer saludó a Steven con una venia.

—Señora Smith, el conde ha pedido una carabina para conversar con Berenice. Acompáñelos al jardín, ahí estarán mejor y los podrá mirar a la perfección —alegó Clifford.

—Sí, milord. Lady Berenice hay que ir al jardín.

La joven obedeció con presteza y tomó la delantera para llegar antes que el conde que la seguía a corta distancia. Él miraba hacia el suelo como si estuviera pensando en algo. Solo esperaba que no estuviese decepcionado con ella.

La mente de Steven estaba llena de dudas sobre los sentimientos de Berenice hacia él, pues todavía no habían podido aclarar nada.

—Espere aquí, señora Smith, solo quiero que nos observe, no que escuche. Usted sabe todo lo que le diré a él... —dijo y siguió avanzando un poco más, solo miró si el conde seguía tras ella.

Él llegó hasta donde estaba Berenice y se colocó frente a ella.

—No sé qué pensar, milady —habló el conde con sinceridad—. Por mi bien espero que no sea una horrible venganza.

—No, jamás se me hubiera ocurrido. Debo confesar que desde el día del accidente he avivado esperanzas de amor hacia usted. Encontrarlo en medio de Yorkshire ha sido un verdadero milagro, mi sueño se estaba cumpliendo, pero el inconveniente era ser hija de lord Montgomery. Quería enamorarlo, conseguir su corazón y una propuesta antes de confesarlo, así no habría marcha atrás y usted me hubiese perdonado. A mi familia no le gusta la mentira, es por lo que mi padre lo ha invitado aquí. No dudó en ponerme al frente en virtud de la verdad. Así que pensar que esto es una venganza es algo absurdo.

—¿Esperanzas de amor? Debo confesar que no recuerdo mucho del día del accidente, solo que era una niña ligera que aún no había crecido tanto para convertirse en esto que es usted. Gracias a eso puede burlarse si lo desea. Ya antes le dije que no era tan destacado para la viveza.

—No le aproveché, más bien me desilusioné al saber que no significaba lo mismo para

usted. Para mí era un ángel que me salvó de una tontería. También sabe que no soy muy destacada por mi inteligencia al perseguir a un gato y terminar accidentada. Tome... —Ella extendió la mano enseñándole el broche—. Lo cogí cuando usted me colocó en sus brazos.

Lord Northland cogió el broche y lo observó.

—Aquí está mi broche perdido.

—La señora Smith dice que es hurtado.

—Estoy de acuerdo con ella.

—Entonces, ¿qué piensa? Por favor, perdóneme. Si mentí, fue por la inmensa ilusión de estar a su lado. Estoy enamorada de usted y deseo tanto ser su esposa. No sé si saber que soy Berenice cambie tanto las cosas para que todas sus palabras hacia mí se desvanezcan.

—Eso no pasará. Esto que siento por usted no puede desvanecerse con nada, tal vez con mi muerte. Desde que la vi, no he podido resistirme a su influjo. He caído como un tonto en el amor. Para mí sería un honor inmerecido que aceptara ser mi esposa. Este broche regresará a usted. Está en las manos correctas. Tome esto como una muestra de mi amor incondicional hacia usted y mi compromiso para casarnos...

Le devolvió el broche a la joven, colocándole aquello en la mano.

Los dos sonrieron y quisieron tomarse de las manos, pero el carraspeo de la señora Smith lo impidió.

—Debe hablar con mi padre para que este compromiso sea formal.

—Ahora mismo lo haré. Solo quédese aquí...
El caballero le dio la espalda a la joven para poder regresar a la casa de ella y poder hablar con lord Montgomery. Se sentía emocionado al saber que se comprometería con la mujer a la que amaba en verdad y le resultaba increíble que aquella llevara años enamorada, esperando una oportunidad, con aquel broche perdido, ese que pudo encontrar el lugar correcto en el mundo.

El conde estaba en el mismo lugar en que lo había recibido, solo debía acercarse.

—¿Puedo hablar con usted, lord Montgomery? —indagó Steven con tranquilidad al ver que el conde había movido su cabellera para dejar al descubierto la parte de su rostro que estaba afectada por las imperfecciones. Eso no le dejaba en una cómoda posición, pero soportaría por Berenice. No sabía si con eso esperaba asustarlo.

—Siéntese, por favor —pidió Clifford.

—Usted dijo que solo regresara si me comprometía con su hija y aquí estoy por eso. Espero que me conceda la mano de su hija en matrimonio, milord. Puede sonar un poco apresurado, pero supongo que, al verse descubierta, milady ha confesado que llevamos varios días viéndonos en el bosque. Antes de que piense mal de nosotros, no hemos hecho nada malo, aunque encontrarnos ha sido algo inapropiado.

—En efecto, lo ha confesado y lo peor es que no ha mentido, al menos a nosotros no. Ha dicho que se encontraba con usted, pero lo creíamos imposible y no le dimos importancia. No merecía nuestra desconfianza, pero era improbable sabiendo que nunca se preocupó verdaderamente por ella.

—Lo lamento y no es por justificarme, pero Wilburg me ha informado de su estado de salud. Me avergonzaba presentarme ante ustedes por temor a represalias.

—Ella se colocó frente a su carruaje, usted es una víctima de Berenice. Siempre ha tenido buen corazón con los animales. Tenemos muchos gracias a ella.

Steven se quedó a conversar con lord Montgomery. Aquel era un hombre agradable con unas feas. Se notaba que era inteligente y noble, hasta cierto punto se preguntaba de dónde había sacado Berenice tanta viveza y después recordaba a Augusta y Philippa. Eso callaba cualquier duda que pudiera tener acerca de la joven y sus actitudes. El otro lado de la familia estaba lleno de problemas.

Al terminar de hablar con el conde, salió a buscar a Berenice y ella estaba en compañía de la señorita Smith. Las dos sostenían gallinas en sus brazos. Aquellas parecían relajadas.

—¿Acariciando a la sopa de gallina? —indagó el conde, burlón.

—Ellas no son destinadas a ser carne, milord. Los gallos son inservibles y son destinados a ese fin —alegó Berenice con soltura.

—Milady... —gruñó la señora Smith al oír la forma en la que había respondido a la burla del conde.

—Solo no son para comer —se retractó.

—¿Es consciente de que escuché lo que dijo antes? Me da miedo pensar que me casaré con alguien que no quiere a los varones. Todavía puedo hablar con lord Montgomery y arrepentirme del compromiso.

—No lo hará. Su palabra ya está empeñada. Quisiera pronto conocer a su madre...

Al recordar a su progenitora, él sabía que estaba comprometido con dos mujeres y que solo podía cumplir con una.

—¿Cómo le ha ido, Steven? —preguntó Robert que se acercó a ellos.

—¿Qué hace aquí? —inquirió la joven al ver ahí a Robert.

—He acompañado a Steven a conocer esta casa. Por fuera se ve encantadora. ¿No me llevará a conocer la casa de su padre, milady? —curioseó con atrevimiento.

—¿Cómo sabe que es la casa de su padre? —cuestionó Steven.

—Porque lo sabía desde ayer, solo que no era asunto mío decir algo para descubrir a esta pequeña mentirosilla.

—Se quedará con las ganas de que mi prometida le dé un recorrido por su casa, Robert —aseguró Steven con suficiencia.

—¿Prometida? Usted y yo deberíamos conversar sobre sus actos...

—¿Qué actos? —curioseó Berenice.

—Robert solo quiere hacerse el importante para que usted se fije en él. No tiene mucho que hacer. Vendré mañana sin mi poco agradable amigo del cual me quiero liberar...

—¿Eso significa que se irá tan pronto?

—Lamento decirle que sí. Lo importante es que estamos comprometidos.

—¿Lo oyó, señora Smith? ¡Estaré casada en mi primera temporada! ¿No cree que soy afortunada?

—Lo es, milady, por supuesto que sí...

La señora Smith miraba con cierta desconfianza a Steven después de haber escuchado a Robert, suponía que ese caballero sabía algo del dichoso ángel de Berenice.

—Vendré a verla todos los días, milady... —avisó Steven que arreglaría cuentas con Robert en el carruaje.

—Creo que también vendré. El hermano de milady es una persona agradable. Cuando lo conozca, le va a agradar, Steven —agregó en un tono jocoso.

Berenice soltó a la gallina y se acercó a Steven para que pudieran despedirse. Ella le pasó la mano para que la besara y le hizo una reverencia.

—Lo esperaré, lord Northland.

—Aquí estaré cada día...

—También me tendrá aquí, milady... —dijo Robert, pero con la intención de provocar a Steven.

—Entonces lo esperaré. —Berenice hizo lo mismo con Robert, le pasó la mano e hizo una reverencia.

Al ver que Robert besaba la mano de Berenice, Steven sentía que se desmayaría. No soportaba a ese hombre cerca de ella, pues presentía que él tenía interés en la joven. No quería competencia, por más que ya estuviera comprometido con ella, pues Robert sabía su sucio secreto. En mala hora se lo había comentado a un extraño.

—Vámonos, Robert —ordenó cogiendo del brazo al hombre. Necesitaba alejarlo de Berenice.

Cuando llegaron al carruaje, Steven se colocó frente a Robert para increparlo.

—¿Qué demonios le ocurre? Escuche, le prohíbo que se acerque a ella. Es mi prometida y no hay nada que pueda hacer...

—Sabe que este compromiso no es válido, ¿verdad?

—¡Es el único compromiso válido! El otro lo romperé.

—Veremos cómo le va con ese rompimiento. ¿Sabe que ella se enterará de que está o estuvo comprometido una vez que pise Londres? Es algo que no podrá ocultar. Considero que su mentira lo llevará a un lugar indeseable. Lo único que sé es que la preciosa y delicada lady Berenice necesitará un hombro para llorar. Si me deja podría ser un buen amigo.

Capítulo 27

—El huevo y la comadreja no pueden estar juntos en un lugar, Robert. Usted no será el pañuelo de lágrimas de milady, porque conmigo no derramará una sola lágrima. Se quedará con las ganas de ser su consuelo. ¿Y sabe por qué se lo digo? Usted es un nómada, que no desea un compromiso. El corazón de ella espera ser amada y yo la amaré por el resto de mi vida.

—Parece tan enamorado y con buenas intenciones; sin embargo, es mentiroso y ruin. Tendrá que dar explicaciones, acuérdese de mí. Para no molestarlo, partiré a Londres tan pronto como me sea posible. No es un asunto en el que me meteré, pues ante tal injusticia puedo sentir la tentación de delatarlo ante esa inocente mujer —declaró Robert, que subió al carruaje.

—Es lo que debe hacer: no meterse en los asuntos ajenos. Esto lo resolveré pronto e incluso lo invitaré a mi boda.

—Espero ver ese espectáculo que sin dudas será un escándalo.

Los dos siguieron peleando durante el camino de regreso a la posada.

Berenice volvió a coger a la gallina que antes había tenido en brazos. Era mansa, al igual que la mayoría, eran fieles y muy inteligentes.

—Ese tal Robert la ha mirado con unos ojos que ni le cuento, lady Berenice —comentó la señora Smith.

—Él es un caballero interesante, es todo, señora Smith.

—Es más atractivo que lord Northland y también más joven.

—Y es alguien que no pretende hacer su vida junto a nadie. Además, recuerde, señora Smith, ahora soy una dama comprometida y tendrá que respetarme...

—Por supuesto que ha pasado a tener otro estatus y yo también. Ahora que ha conseguido un compromiso, mi estancia en esta casa es absurda. Pediré a lord Montgomery que me envíe a Londres. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—¿En verdad debe irse?

—¿Acaso me necesita? He terminado con lo que he venido a hacer que era educarla. Espero que se comporte como una gran condesa, poniendo en alto su apellido y el de su familia. Al final

no le ha costado mucho conseguir un compromiso. Por fin dejará los panes de la cena en paz.

La señora Smith besó en la cabeza a la gallina que tenía en brazos y después la dejó en el suelo para salir del gallinero y regresar a la residencia.

Su vida comenzaba a tener cambios que antes había deseado. Ella hubiera esperado que la señora Smith la cogiera de la oreja para colgarla de un árbol; sin embargo, simplemente le dijo que había cumplido con su cometido. Su vida no sería igual sin su institutriz que era su compañera de todos los días no iba a estar ahí para educarle, aconsejarle y reprenderle. Ante esa idea de abandono, Berenice abrazó con fuerza a la gallina, casi dejándola sin aire. Ante el grito del ave, ella tuvo que dejarla, pues la pobre no tenía culpa de sus temores.

Después de unos minutos, Berenice entró a la casa y su madre corrió a abrazarla.

—¡Tu padre me ha dado la buena nueva! ¿Era lo que deseabas, Berenice? —indagó Fanny, con emoción en sus palabras. Todavía no sabía qué tipo era, ya que su hija pronto sería una mujer casada con alguien que no le agradaba mucho. Se alegraba por lo que significaba el matrimonio, pero no le hacía gracia el ser que se casaría con ella.

—Absolutamente, madre. Mi padre ha sabido con exactitud lo que deseaba y lo ha conseguido hablando. No ha tenido que hacer ningún escándalo ni ha tomado un arma —respondió sonriente.

—Mandé al sobrino del señor Barnes a que le avise a tu hermano que estás comprometida... Queremos que Benedict también participe en este momento de felicidad.

—¿Cree que Benedict estará feliz?

—Sí, claro. Tu hermano quiere lo mejor para ti.

—¿Cómo es eso que se ha comprometido sin que vea al sinvergüenza? —increpó al entrar al salón de la casa y ver a su madre en compañía de su hermana.

—¿Que no estaría feliz? —reprochó Berenice.

—Responda, madre.

—Es así yo podría hablarlo con tu padre. Al parecer, no era necesario que lo conocieras —alegó la condesa.

—Pues conversaré con él. Ni siquiera sabemos nada sobre ese hombre más que lo obvio: dejó a Berenice a su suerte cuando la atropelló.

—¡No es cierto! ¿Por qué quieres mentir, Benedict? Ni siquiera estabas ahí —masculló la joven en defensa de Steven.

—No se ha preocupado por ti en años y resulta que apareció para comprometerse. Es sospechoso.

—No te preocupes, Benedict. Tu padre ha escrito una carta a tu tío Spencer para que se ponga tan contento como tú y también le escribirá otra a tus demás tíos. Al menos sé que la familia estará feliz al tener a una nueva condesa en la familia. Vamos, querida. Hay que hablar más del compromiso... Debemos organizar una cena y... —Fanny cogió del brazo a su hija y fueron hacia el salón del té.

Benedict pronunció una maldición antes de ir al ático de su padre para reprochar la actitud condescendiente que había tenido con su persona favorita en la tierra, que era Berenice. Aquella lo acaparaba por completo y para él no había nadie más en el mundo que su hija.

Clifford miró hacia la puerta antes de que esta se abriera. Aquellos eran los pasos rabiosos de su hijo. Estaba enfadado.

—¿Sabe que dio la mano de su valiosa hija en matrimonio a un completo desconocido? Ni siquiera se tomó el tiempo de preguntar algún historial delictivo —reprochó Benedict.

—Es alguien conocido, no es alguien que pueda agradarnos a todos, pero es a tu hermana a quien debe gustarle, no a ti o a mí. No estaremos casados con él...

—Me sorprende esa actitud desinteresada en la seguridad de Berenice...

—Y a mí me sorprende que seas tan paranoico como la familia de tu madre. Tu hermana está enamorada y se casará por amor. ¿Qué más quieres? Es lo que esperamos para esta familia.

—Pues ella se ha enamorado de alguien a quien no conoce. ¿Qué cree que le espera? Berenice se golpeará contra una pared y usted será el culpable por dejarse llevar por los deseos de una niña.

—Juzgas de manera intensa, Benedict. Deja que tu sangre se enfríe. Invitaré a lord Northland para que lo conozca. Tampoco me agrada demasiado, pero por Berenice deberías hacer el esfuerzo.

—¿Por Berenice? Ni siquiera parece de esta familia. Lo haría solo por usted y mi madre.

—Es absurda tu enemistad con tu hermana. Siempre fueron buenos, pero en este punto no comprendo de dónde han salido tan combativos.

—Somos hermanos, pero con diferentes pensamientos. Yo he salido de Yorkshire y he conocido lo que hay fuera y me convenzo más de que este es un lugar seguro para todos. Prefiero que Berenice siga pensando que busco el placer mundano en las mujeres del pueblo y que no sepa que mi objetivo de vida es ayudar sin que nadie sepa quién soy.

—Al igual que tú sabes que Berenice está equivocada sobre ti, tú puedes estar equivocado sobre ella. No señales con tu dedo, porque lo peor sería que se vuelva contra ti. Deja a tu hermana que cometa sus errores y que de ellos aprenda. Lo único irremediable es la muerte. Si algún día quiere dejarlo todo por volver aquí, tendré los brazos abiertos para recibirla, igual que a ti. No te sientas celoso de mi cariño por mi niña, es más débil y necesitada que tú, a quien amo de la misma forma, pero apoyo de manera distinta.

—A veces solo siento que es su favorita.

—No es mi favorita, es la más débil entre ustedes, es una mujer y a las mujeres debemos cuidarlas, sean buenas, malas, gordas o feas. No he tenido la misma instrucción que ustedes y tampoco gocé tantos años de mi amada familia. Los perdí a corta edad y todo lo que sé, son lecciones de vida que he tomado por prueba y error. Todos nos equivocamos alguna vez, solo que esa equivocación no debe llevarnos a la muerte, por ahí no hay retorno. Todo lo demás es perdonable y aceptable.

—Lo entiendo, es solo que, a veces, me ciegan los celos de hermano, de que debería ser el más importante.

—Por ser mi sucesor eres más que importante y tienes todo lo que te corresponde a esa posición. Solo debes esperar a que muera para tener mi nombre. Te he enseñado lo que sé y lo que soy. Ahora es momento de que la sabiduría colme tu cabeza de jovenzuelo tozudo y se abra para entender el actuar de los demás. Si le has dicho algo a tu hermana, soluciónalo, antes de que terminen atándote a ella y esta vez será del cuello. A situaciones extremas medidas extremas. Eso lo aprendí en casa de Spencer.

Clifford quería convencer a su hijo de que su enfoque de vida estaba equivocado respecto a su hermana. Los dos no eran iguales ni siquiera en pensamientos y esa diversidad debían aceptarla ambos para que esa convivencia desastrosa que tenían pudiera subsanarse.

Después de hablar con su hijo, Clifford pidió a su sirviente que se enviaran las cartas con la buena nueva a Londres y a Gloucestershire. Su familia debía saber que Berenice estaba comprometida y que debían acercarse para felicitar a la joven, mientras que ellos pensaban en una fiesta de compromiso y conocer a fondo al conde.

Con el pasar de los días, Steven visitaba a Berenice como su prometido y era bienvenido por la familia, salvo por el hermano mayor de la joven, que todavía tenía dudas sobre él, prefería mantenerse al margen, pese a que compartían almuerzos, cenas y el té en ocasiones.

También se sentía más tranquilo al tener lejos a Robert, pues aquel decidió continuar su camino a Londres, con él en Yorkshire le daba bastante temor que pudiera abrir la boca y arruinar su vida. Aquel, todo el tiempo, le había recordado que era un hombre comprometido con otra. Lo sabía, por supuesto que sí, y lo que más deseaba era olvidarlo o resolver ese terrible problema que tenía sobre los hombros. Las mentiras de Berenice habían sido inocentes y ella se sentía mal por haberlas dicho, pero ni siquiera imaginaba lo que él ocultaba y la gravedad. Debía resolver todo antes de que comenzara la primavera o su vida sería un caos respondiendo a dos prometidas, pero que al final debía quedarse con una que era la primera. Romper ese compromiso era un asunto urgente.

—¿Y su amigo? Él dijo que vendría con usted en cualquier momento, ¿qué ha pasado? —indagó la joven que estaba sentada en el salón del té en su compañía y de la señora Smith que estaba realizando un bordado.

—Decidió irse a Londres. Considero que quiso mentirle, milady. Es un desvergonzado que quería mantenerla interesada en él —alegó Steven.

—Benedict dice que él es más agradable que usted... —comentó jocosa.

—Dígale a su hermano que a quien debo resultarle más agradable es a usted y no a él o, mejor, pregúntele con quién se casará lord Northland... Es evidente que no será con él.

—Otro punto a favor de lord Benedict, milady. Si antes no lo pasaba por su garganta con facilidad, ahora lo vomitará.

—No quiero pensar que usted esté del lado de Robert, señora Smith —pronunció el conde.

—No. Estoy del lado de lord Benedict.

—Es lo mismo, usted lo alcahuetea con esa idea de que Robert es mejor.

—¿Me ha llamado alcahueta?

—Absolutamente.

—Milord, discúlpese con la señora Smith —mandó Berenice, pues su institutriz agarraría a su prometido en cualquier momento para hacerlo rezar sobre vidrio.

—No me disculparé por decir la verdad.

—Déjelo, milady. Lo único que demuestra es que el otro caballero tenía más educación y sentido común. Le da la razón a lord Benedict para no soportarlo. Si usted cree que casándose con milady solucionará su problema familiar, créame que no será así. Milord convertirá su vida en algo un poco más miserable de lo que ya es.

—Señora Smith, no queremos que el conde se retracte, ¿o sí?

—Por mí y por la familia puede retractarse. Solo usted lo quiere, milady.

Capítulo 28

La institutriz intentaba tirarlo bajo las ruedas del carruaje sin un ápice de vergüenza. No era tan querido por las personas de esa casa, incluso por la misma servidumbre. Solo Berenice abogaba por él, después era un caso completamente perdido.

—Sigamos la fiesta en paz, ¿les parece? Supongo que a los dos les interesa mi felicidad. Quiero decirles que ninguno me está dando eso —manifestó Berenice para que ninguno continuara, porque la ponían de mal humor, aunque también la hacían reír.

Berenice se sentía feliz y plena al estar comprometida con ese hombre. La divertía y trataba como merecía. Sabía que en su vida de casada nunca se aburriría a su lado.

Sus padres estaban conformes con el compromiso y solo esperaban las felicitaciones de sus familiares que quizá llegaran en un par de días. Estaba emocionada por contarles cómo fue que se habían conocido y terminaron comprometidos. Era una digna historia de amor que no solo habían empezado en esas semanas, sino que llevaba en su interior muchos años, anidando, esperando la oportunidad perfecta para salir al mundo. No había soñado en vano que sería la condesa de Northland.

—Disculpe que los interrumpa, lady Montgomery desea saber si milord se quedará para la cena —musitó el señor Barnes que entró al salón del té con su caminata lenta.

—Iré a la posada y vendré para esa hora. Quiero estar elegante para comer con mi prometida y mi futuro cuñado. Mientras más le desagrade, me cruzaré con más frecuencia para que se resigne a verme siempre que pueda.

—Milord, por favor, le pido que tenga una buena actitud con mi hermano. Siempre es un poco especial en el carácter, pero no es malo.

—Y yo tampoco lo soy. Quiero que se acostumbre para que me coja cariño, eso no es malo.

La señora Smith rodó los ojos al escuchar al egocéntrico conde de Northland. Desde que se comprometió con la joven estaba más petulante que nunca. Un baño de humildad no le haría daño. Esperaba que pronto vinieran los demás parientes y le hicieran sentir que era un arrimado en la familia.

Una vez que el conde se despidió de la joven, Berenice miró a su institutriz. Estaba en

desacuerdo con su actitud combativa hacia su prometido.

—Debería ser más amable, señora Smith —declaró la joven.

—Soy todo lo amable que me permite ese irreverente con el que se casará. Tiene suerte que no lo cojo de las orejas y lo convierto en un verdadero burro y si usted sigue saliendo a favor de ese hombre, la convertiré en mula, todavía tengo poder hasta que diga «sí, acepto».

—Está del lado de Benedict. Sabe que el único irreverente es él.

—Si su hermano ha tenido la percepción de que el tal Robert era mejor, es porque definitivamente olió que algo apesta en su prometido. ¿No cree que se ve sospechoso? A momentos no desea que vengan sus amistades.

—Es porque querrán llevarlo de cacería, cuando a él solo le importa casarme. —Rio Berenice, jocosa.

—¡Oh, jovencita perversa! —exclamó la institutriz, escandalizada—. ¿Cómo puede ser hija de lord Montgomery? Si no fuera porque nació en medio de estas tinieblas, pensaría que cambiaron la niña de milady, pero no hay duda.

—Es que usted saca lo peor de la sangre que llevo. Me divierto a su costa.

—Como cualquier otra Fane. He sido un bufón toda la vida para estas mujeres, pero ya estoy acabando mi trabajo y veo la luz del retiro tan cerca que me emociona que dejaré de soportar a niñas irracionales y desobedientes que persiguen pantalones de manera vergonzosa. Usted no es la excepción. Vamos, la prepararé para la cena en la que continuará persiguiendo pantalones.

Berenice se divertía provocando a la señora Smith, pues ella era recatada y las bromas que le hacía eran más para pasar el tiempo que para ser malvada. Eran sus últimas semanas junto a aquella y después la institutriz iría a otra casa o tal vez al irremediable retiro.

Estaba contenta con su compromiso; sin embargo, dejar atrás la vida que conocía para ser una mujer era difícil. La señora Smith no le había preparado para la dificultad de enfrentar crecer de golpe. De un día para el otro se convertiría en señora de su propia casa y tendría que atender a su esposo con todo lo que ella le había enseñado con esmero y dedicación durante largos años, repitiendo una y otra vez las lecciones. Dirigir una casa era su objetivo como dama, para lo que había nacido y criado.

Después de que la señora Smith terminara colocándole el vestido, ella se puso el broche de compromiso, ese que había estado guardado por años para lucirlo esa noche en la cena. Quería

que él viera que ella valoraba aquello y que ni esperaba un anillo.

—¿Qué es ese sonido? —indagó la señora Smith que se acercó a la ventana después de escuchar el sonido de carruajes.

—Es una caravana. ¡Han venido los demás miembros de la familia! Qué momento más perfecto para que podamos juntarnos y que nos feliciten al conde y a mí.

—Apresúrese para que podamos bajar y saludarlos. Estoy ansiosa por ver si lord Nottingham trajo a mi esposo...

En la planta baja, el señor Barnes se acercó a la puerta para abrirla. Por la ventana vio que había llegado la familia de lady Montgomery.

—Buenas noches... Pueden...

—Gracias, señor Barnes —dijo lord Nottingham que cogió al sirviente y los sacó del camino con cuidado.

—Lord Nottingham, recuerde que ahí...

El aullido de dolor de Spencer casi rompió los cristales de la residencia, pero estaba demasiado escandalizado para llorar o lamentar la pérdida de una parte de su cuerpo.

—¡Spencer! —expresó Fanny al ver el canoso cabello de su hermano desparramado.

—¿Dónde está Clifford? —preguntó sin responder al efusivo saludo de su hermana.

—Estoy aquí... —respondió lord Montgomery.

—Qué manía la tuya con la oscuridad, Clifford —masculló su cuñado.

—Han venido para la cena. ¿Quiénes más están afuera? —curioseó Fanny.
—Todos los que queremos saber dónde está el mentiroso que se ha comprometido con mi sobrina —confesó el conde de Nottingham.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Fanny.

—Es un asunto de índole masculino. Nos encargaremos nosotros. Clifford, vamos a tu despacho.

—¡No pueden dejarme sin saber si es un asunto que atañe a mi hija!

—Es mejor que estés con ella, pues si está entusiasmada con este sinvergüenza, derramará muchas lágrimas —alegó Foster que también acompañaba a su cuñado.

—Buenas noches, tío Spencer, ¿y Philip? —inquirió Benedict que los había visto llegar y quería recibirlos.

—En el carruaje, Benedict, puedes ir con él si te apetece o quedarte a pedir sangre.

—Me interesa la sangre, tío. ¿De quién?

—De lord Northland.

—Sabía que algo andaba mal con ese hombre. Lo suponía. Algo tenía de sospechoso.

—Vamos al despacho de tu padre...

Benedict miró a su padre como si le dijera que tenía la razón sobre lo que había reclamado cuando le concedió la mano de Berenice.

Lo más probable era que el resto de la familia se presentara después. Mientras que Fanny quería saber la gravedad de la situación, su cuñada Victoria y su hermana Meredith estaban ahí, sentadas junto a ella, intentando tener una conversación que no se tratara de lo que sus esposos habían venido a conversar.

Clifford cerró la puerta a su espalda y fue caminando hacia su escritorio.

—¿Qué está ocurriendo? Espero que sea algo leve —musitó Clifford, preocupado.

—Si tuviera una deuda conmigo sería algo leve, Clifford, pero no estamos hablando de eso —musitó Foster.

—Es algo grave y estamos hablando de alguien que tiene dos compromisos. Lord Northland lleva al menos un mes comprometido con una tal lady Camila Winchester, por lo que un segundo compromiso no es válido. Nadie entiende lo que quiere hacer este hombre indeciso y no nos importa, el nombre de un miembro de la familia corre riesgo de caer en el abismo. Berenice debe ir bien casada y siendo engañada por un rufián no podrá. Todos sabemos quién es este tal lord Northland. Engatusa a la gente con su carisma y empatía, mas es solo un sinvergüenza del montón que abundan en este país.

—Ese tonto ha logrado engañar a mi padre, pero eso no es lo peor. Tiene a Berenice encantada con su forma de ser. Le ha bajado el cielo y las estrellas y es nuestra culpa.

—No es momento de hallar culpables. Dentro de todo es alguien de nuestro círculo más cercano, pues sus amigos están casados con gente conocida. Pudo habernos engañado a todos. Desde un primer momento nos confiamos, cuando la atropelló sabíamos que no huiría, pero presentíamos que no se presentaría a ver a nadie ni a disculparse. Debemos admitir que fue culpa

de la inexperiencia de Berenice en Londres —declaró Spencer.

—Ahora lo importante es mitigar el daño... —siguió Foster.

—Iré a hablar con él... —decidió Clifford.

—No queremos que vayas a llenarlo de caricias, necesitamos su cabeza y que su sangre sea nuestra nueva bebida favorita para que sepa que nadie puede pisar nuestro territorio y tratar de llevarse nuestras joyas, porque eso son nuestras mujeres, Clifford —añadió lord Nottingham.

—He imaginado muchas cosas malas de lord Northland, pero es increíble —comentó Clifford entre molestia y lástima, pues de forma inconsciente había querido la felicidad de su hija, mas terminaría dándole un gran y doloroso golpe cuando lo supiera.

—Hay que decírselo a Berenice —razonó Benedict que sabía que eso le causaría una gran decepción. Pese a que peleaba con frecuencia con su hermana, jamás querría verla sufrir y menos por lo que estaba ocurriendo en ese momento. Sus posibilidades de casarse podrían verse afectadas en el futuro, pero si actuaban rápido, antes de que todo fuera más grave, salvarían las oportunidades de Berenice.

—Está bien... Se lo diré yo —decidió lord Montgomery, que se haría cargo de la situación en la que él mismo había involucrado a su hija por no tomar ciertos recaudos como había sugerido Benedict. Haría sufrir a su hija por confiado y por darle exactamente lo que ella deseaba. No era un buen padre, era uno permisivo que en nombre del amor había hecho cosas que si en realidad la amara no hubieran ocurrido.

—Lo acompañaré, padre.

—No hace falta, querido. Deja que yo me ocupe.

Aquel se dispuso a dejar a los demás, pero antes de salir de su despacho, se giró hacia ellos.

—Pueden ir a buscarlo si gustan o pueden ser hombres prudentes...

—A nadie le importa ser prudente y menos buenos, aquí somos justos y tomamos la justicia por nuestra mano —defendió Foster.

—A por el desgraciado... —masculló Spencer.

—A por el desgraciado —repitió Foster.

Berenice y la señora Smith bajaron al salón y ahí solo estaban las damas de la familia.

—¡Tía Victoria, tía Meredith! —exclamó emocionada al verlas, aunque ellas no parecían

tan animadas. Se veían nerviosas y, además, silenciosas—. ¿Está todo bien? ¿Han venido por la buena nueva?

—Hemos venido por esa noticia, querida —dijo Victoria con dulzura.

—Berenice —la llamó su padre al verla en el salón.

—Padre, ¿y mis tíos?

—Después te saludarán. Ven, vamos al ático a conversar...

Ella notó algo extraño en el tono de voz de su padre. Lo sentía desanimado, como si le ocurriera algo. En lugar de estar feliz por la aparición de sus parientes, Berenice creía que eso no le agradaba del todo. Siguió a su padre que subió las escaleras sin prisa, lo hacía con calma y eso le daba más miedo, ¿de qué necesitaba hablar su padre con ella?

Le cedió el paso para que entrara y encendió una lámpara con su lata de yesca.

—¿Qué ocurre, padre? ¿Por qué no habló frente a mis tías? Le juro que me he portado bien y no he sido un ser incordio como suelo serlo. ¿Acaso la señora Smith se ha quejado de mí?

—Me encantaría que fuera una queja graciosa de la señora Smith; no obstante, lo que voy a decirte, romperá tu corazón para siempre. Lamento ser yo quien te llevó a un gran sufrimiento.

—¿De qué habla? Comienza a asustarme.

—Tu prometido está comprometido con otra mujer. Lleva un mes de compromiso.

Capítulo 29

No podía decir una sola palabra porque no entendía lo que ocurría. Comenzó a dar vueltas por el lugar sin tropezarse con nada. Esa familia conocía a la perfección cualquier objeto que los rodeara.

—¿Fue Benedict quien inventó tal cosa? Sé que no quiere a mi prometido, pero no por eso puede andar diciendo mentiras a mansalva.

—No, no fue Benedict, aunque tiene razón al desconfiar de él. La información viene de Londres, de Spencer y Foster. ¿Crees que ellos se unirían a una gran mentira? Está comprometido con lady Camila Winchester. Vino aquí estando comprometido y nos ha engañado a todos. Sabemos que no puede casarse con las dos.

—Eso no es posible. Él me dijo que era soltero.

—Es un soltero comprometido, Berenice. Lamento decirte que la tercera en discordia eres tú.

Sintió que el mundo caía sobre su cabeza. Ella no quería dejar ir a lord Northland. Ese compromiso también debería ser válido. Debía buscar esa opción entre todas. No estaba dispuesta a dejar ir su felicidad.

—Pues haremos que rompa ese compromiso y se case conmigo. ¿No le parece que es lo mejor? Pueden obligarlo para eso si quieren...

—Eres mezquina, Berenice. Nunca lo había pensado de ti. Esa joven no tiene tu ventaja. No hemos publicado nada del compromiso. En cambio, aquella pobre infeliz estará en boca de todos, con su única oportunidad de casarse perdida para siempre. Dentro de esta desgracia eres afortunada. Ponte en el lugar de ella. Aquí te hemos enseñado la empatía.

—Pero yo quiero ser feliz, padre...

—No se construye la felicidad sobre la ruina de otra persona. Es una ley de vida. No esperes que algo te salga bien si haces las cosas mal, Berenice.

Era tan ruin y egoísta en su forma de pensar, que no veía necesario sufrir para que otro fuera feliz o tuviera un beneficio a su costa. Ante la impotencia de la situación, ella salió del estudio con prisa para después terminar corriendo escaleras abajo frente a toda su familia. Al abrir la

puerta se encontró en medio de la noche con un tenebroso horizonte frente a ella. Su felicidad se le escapaba entre los dedos. ¿Por qué su querido lord Northland le había mentido de esa manera? ¿Cómo podría perdonar algo así?

—¡Berenice! —la llamó Fanny que la había seguido, al ver que su hija corría hacia las caballerizas.

Fue ignorada por la joven y después regresó al salón para increpar a los que estaban ahí.

***

Steven se había preparado para ir por la noche a la casa de Berenice. Estaba entusiasmado por pasar tiempo con ella. Podía jurar que, si le daban tiempo en esa casa, se fusionaría con uno de los pilares para permanecer cerca de la joven. Lo había cegado a tal punto de no reconocer lo bueno de lo malo. Sabía que estaba mal tener dos prometidas, pero en su cabeza solo existía una y para la otra debía decir un gran adiós.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la tranquilidad de su habitación de la posada. Fue a abrir y ahí encontró a Wilburg y a John, que entraron con presteza. Mientras que el duque de Westwood cerraba la puerta, el marqués de Horshire miraba con cautela a través de la ventana cada segundo, moviendo la cortina.

—¿Qué está ocurriendo? No esperaba esta visita. Me alegra verlos... —habló Steven, confundido.

—¡Esto es un asunto delicado! ¿Qué demonios has estado haciendo? —interpeló el Wilburg que cogió a Steven de su ropa y lo hizo levitar.

—¡Oye, Wilburg! ¿Qué te ocurre?

—Suéltalo, Wilburg, vinimos a salvarlo, no a matarlo. —John se alejó de la ventana para acercarse a Steven una vez que Wilburg lo dejó en el suelo—. ¡Condenado! ¿Cómo pudiste involucrarte de esta manera con esta familia? ¿Acaso no aprecias tu vida un poco para ser un suicida? ¿No es suficiente con vernos casados con esas mujeres? ¡Tienes una prometida! ¡No tienes derecho a jugar de esa manera con Berenice! —El marqués lo tenía sujeto de la ropa en reemplazo del duque.

—Eres envidioso y exagerado, John. Yo lo estaba amenazando. En fin, hemos venido a salvarte, a salvar tus sucias posaderas libertinas. Ahora mismo, cogerás todo y te irás de Yorkshire si no quieres acabar muerto. Nos hemos adelantado a mi suegro que viene de mal humor por haber leído que te comprometiste por segunda vez. Ninguno de los dos te creyó capaz

de semejante bajeza. Estamos hablando de tiempo para ti. Vete, Steven.

—Romperé ese compromiso, Wilburg. Es prácticamente un secreto...

—¿Un secreto comunitario? Todos en Londres lo saben. No tardan en encontrarte para desangrarte como un cerdo —alegó el duque para que su amigo entendiera que su vida estaba en riesgo.

El conde comenzó a respirar agitado. Su secreto ya no lo era, ¿qué pudo haber ocurrido? ¿Quién fue la persona que lo divulgó sin su autorización? Quizá fue la misma familia de la joven, eran tan extraños que lo creía.

John buscó las prendas de su amigo en el armario y comenzó a colocarlas en el baúl para apresurar la salida.

—Si hace falta usar la ventana, la usas, Steven —mandó John, apresurado.

—No puedo irme sin aclarar este asunto.

—¿Qué piensas aclarar? En este punto solo puedes hundirte, Steven. Vamos, apresúrate y huye. Por ningún motivo vayas a tu casa en Londres. Es el primer lugar en que la turba iracunda te buscará. Puedes quedarte en casa de Charles y nosotros intentaremos abogar por ti. Tu madre no merece sufrir por tu causa. Cometiste una terrible estupidez que no puedes encarar —siguió Wilburg.

A Steven no le quedó más remedio que aceptar las sugerencias. Lo sacaron prácticamente a patadas de la posada y lo subieron en su carruaje, obligándolo a coger un camino distinto al que lo llevaría a Londres. Tendría que pasar la noche en su carruaje, escondido como lo que era: una rata despreciable. Ni siquiera ese roedor era digno de compararse con lo que había hecho sabiendo las consecuencias que eso podía acarrear.

El conde no podía dormir en su carruaje que estaba apostado en un bosque. Era vergonzosa la forma en la que había conseguido escapar. ¿Qué debía estar pensando Berenice de él? Esa idea lo torturaba, pues no quería que ella lo odiara, pues él la amaba con locura. Su vida estaría bajo una sombra perpetua si no lo aceptaba a su lado.

Contra todos los consejos que le dieron, Steven cogió un caballo y fue hacia la propiedad del conde de Montgomery a buscar su propia ruina o muerte, pero debía hablar con Berenice y proponerle que huyeran juntos para ser felices. Era la única opción que tenía para vivir en realidad o morir en vida.

Cabalgar por la noche no era algo que fuera bueno para su seguridad; sin embargo, no creía

que se atrevieran a buscarlo en medio de la oscuridad para cazarlo como si fuera un murciélago.

La luz de las estrellas iluminaba la casa de lord Montgomery, el lugar en donde se encontraba Berenice, esperando a por él. Suponía que podría llegar a la habitación si conseguía entrar al castillo.

Dejó atado a su caballo y fue por aquel campo para encontrar lo desconocido, solo esperaba poder entrar a esa casa de alguna manera. Con sus visitas a esa residencia podía hacer un mapa de cuál podría ser la habitación, lo malo sería que entrara por accidente al del hermano poco agraciado y terminara con su muerte y más sabiendo que él había cometido un acto tan terrible como el engaño. Era consciente de su grave error. Pensó en el compromiso, pero no en las consecuencias. Por inmadurez procedió como lo había hecho.

—Antes no había nada que me asustara en esta casa, pero las cosas han cambiado —profirió a la vez que buscaba una ventana abierta o cualquier otra abertura.

La puerta de la cocina quedó sin seguro y él se introdujo a la residencia de lord Montgomery. Creyó que nadie lo vería, pues era sigiloso; sin embargo, los ojos del viejo sirviente lo escrutaban desde las sombras.

—Señor Barnes... —pronunció Steven al verlo.

—¿Qué hace aquí? Debe irse antes de que lo ajusticien.

—Necesito hablar con milady.

—Usted le ha mentido y no seré cómplice de esto. Avisaré a lord Montgomery que está aquí.

—No, por favor. No quise hacerle daño a ella, solo no pude resignarme a conocer el amor de su mano. La he buscado por años, pero le di a mi madre el poder de comprometerme. Señor Barnes, déjeme explicarle todo a ella, nadie sabrá que usted me dijo en dónde estaba... Sé que me odiará, pero necesito explicarle las cosas.

—Tiene solo unos minutos antes de que los sabuesos lo pillen.

—Correcto. ¿Qué sabuesos?

—Vaya por la escalera. La segunda habitación a mano izquierda es la de milady. No pierda tiempo.

Él hizo caso a las indicaciones del sirviente y fue hacia donde le había dicho. Con prisa, aunque con sigilo, subió escalón por escalón. Le costó mucho hacer todo eso sin una lámpara,

solo trataba de no morir en el intento y conservar todos sus dedos por si llegara a necesitarlos.

En la habitación de Berenice, ella solo podía sostener en su mano el broche que el conde le había cedido como símbolo de compromiso. Sentía ganas de destruirlo o de arrojarlo lejos, pero en el fondo sabía que eso no era lo que quería, pues lo amaba por más que le hubiera dicho mentiras. No sabía la razón por la cual él la había engañado. ¿Por qué se había comprometido si no cumpliría? ¿Quería vengarse de ella por haberle hecho pasar un mal rato en el pasado?

La puerta de su habitación se abrió con rapidez y de la misma manera se cerró. No sabía quién había entrado.

—Milady...

Al oír esa voz supo que se trataba de la persona que le había causado la destrucción de su felicidad.

—¿Qué hace usted aquí? —increpó Berenice que se levantó del borde de su cama al verlo ahí.

—Necesitó que me escuche, milady. Debo explicar lo que ocurre.

—¡No puedo creer lo que escucho! Usted es un desvergonzado, ¡Desvergonzado!

—No grite o no podré explicarle nada.

—Es que no hay nada que explicar.

—Por supuesto que sí hay. Es cierto que estoy comprometido en Londres, pero mi intención es romper ese compromiso apenas pise la ciudad.

—Me dijo que era soltero y yo le creí... Se burló de mí de la manera más vil posible. Quizá vio la oportunidad perfecta para aprovecharse de una niña tonta que estaba enamorada de una idea de lo que era usted, pero siempre fue cierto que nunca debí idealizarlo. Para mí usted lo era todo.

—Quiero que confíe en mí. Iré a Londres a romper el compromiso, porque usted es la mujer a la que amo. No me resignaré a perderla, no quiero ser un muerto viviente. Debe conocer la razón por la que me comprometí. Le di esa potestad a mi madre al darme por vencido en la búsqueda del amor, pero fue el peor error de mi vida, pues el amor lo vine a encontrar aquí, en Yorkshire.

—No importa lo que me diga, las cosas no se pueden solucionar de ninguna manera.

—Por supuesto que sí. Rompiendo el compromiso y siendo libre para usted. Por favor, deme esa oportunidad de estar a su lado y ser feliz... —Él se acercó y tomó su mano.

Al sentir el contacto, el corazón de Berenice comenzó a languidecer.

—¿No entiende las implicaciones? También he pensado en la solución sencilla que usted da y mi padre tiene la razón sobre algo: no puedo construir mi felicidad sobre la ruina de otra persona. Tome su broche y váyase... —Ella desvió la mirada de él para poder sobrellevar esa separación definitiva—. Estoy tan decepcionada de la vida, pero no me rendiré, me casaré en algún momento y corregiré el error que representa usted en mi vida.

Capítulo 30

Él negó con la cabeza y se aferró a la joven abrazándose con fuerza a ella. Quería asfixiarla con su abrazo para que supiera que sus palabras le dolían.

—Me di cuenta de que la vida después de conocer este sentimiento no es igual. Prefiero la muerte a vivir sin usted, sin escucharla, sin verla, sin besarla. De qué me sirve respirar si ese hábito tan básico solo me mantiene en sufrimiento, como alma en pena por la vida. No importa que ahora me rechace. La veré en Londres y le demostraré que se puede romper el compromiso. La amo, me ama y eso nadie puede cambiarlo.

—Está equivocado. Sus acciones anteriores nos han separado. Puedo amarlo, puede amarme, pero no estaremos juntos. No voy a navegar en las lágrimas de otra persona. ¿Sabe lo que es ser una dama y perder la reputación? Pues esa pobre mujer jamás encontrará nada más después de ser desechada. Mis oportunidades todavía son muchas y mi nombre no ha sido manchado.

—¿Oportunidades de qué? Vivirá igual que yo, del aire. Sabe que hemos sido hechos el uno para el otro. Somos felices juntos, separados solo sufriremos y solo será para hacer feliz a una extraña que navegará sobre nuestras lágrimas, ¿eso le parece más justo?

—¿Por qué me hace dudar de mis convicciones y sataniza lo correcto? Debe cumplir con su palabra. Es lo que hacen los caballeros.

—Si ser un caballero me hará sufrir, no quiero serlo, deseo ser solo un hombre que ama y es amado.

—¿Por qué me hizo esto, lord Northland? —Berenice se quebró. Estaba tratando de ser fuerte al despacharlo, pero aquel solo insistía en quedarse y hacerla sufrir.

—Por tonto, irreverente e inmaduro. Me di por vencido y ahora me arrepiento. Crea en mí, milady, cuando volvamos a encontrarnos, será para comprometernos de verdad. Ese compromiso dejará de existir.

—Es imposible. No intente ilusionarme. Olvídese de mí, así como yo intentaré olvidar este sentimiento que hoy siento que me está matando. He puesto mi confianza en usted y esto ha sido una gran decepción. El amor no era como lo imaginaba, ni como lo idealizaba. Esta es la cruel realidad que acompaña al sublime sentimiento...

—Me duele oírla hablar así, sin esperanza. Usted me dijo que los sueños se cumplían.

—Sí, pero nunca sobre la infelicidad de otros. Fui una ilusa, una tonta. Ya no volveré a creer en eso. No me negaré al amor, pero no sé si pueda volver a sentir esto otra vez. Usted se ha llevado todo de mí. Váyase. —Berenice lo empujó.

—No me eche, no me deje ir.

—Deje que mi herida cierre y no intente ilusionarme.

—Milady...

—Tocaré la campanilla y lo devorarán... —Ella se acercó al instrumento, pero él, al querer evitar que lo hiciera, lo empujó y este cayó al suelo haciendo ruido.

La joven miró a Steven con ojos horrorizados, no deseaba que lo cogieran y lo cortaran en pedazos o que lo dejaran agujereado como calzón viejo.

—Debe irse, ahora. No pierda tiempo... —pronunció al oír un ruido seguido por una fuerte maldición—. Mis tíos están aquí...

Él tragó saliva, pues estaba desesperado porque debía salvar su pellejo para regresar a los brazos de ella.

—Nos volveremos a ver. Romperé el compromiso y estaremos juntos. —Steven cogió la mano de ella y le devolvió el broche para después darle un beso fuerte y apresurado que Berenice no quiso responder, pero a lo que cedió al poco tiempo—. Esto es una promesa y la cumpliré a como dé lugar. La amo, milady. Solo quiero vivir si usted está en mi futuro.

Berenice apretó el broche y después fue a la puerta para abrirla, pero sus tíos y los perros estaban ahí en el pasillo.

—Por aquí no puede irse —dijo al cerrar la puerta. Estaba pálida porque no había mucho que hacer.

—La ventana. Sé usar ventanas, milady.

—Para subir...

—Para bajar no puede ser tan difícil...

El ladrido de unos perros puso a Steven sobre aviso.

—Ustedes no tenían perros.

—Pero mi tío Albert sí. Los ha traído con la clara intención de que terminara devorado. Debo admitir que en la familia me adoran.

—Sí, y he hecho las cosas mal, pero lo resolveré, y con todos los miembros de mi cuerpo. —Se acercó a la ventana y miró la caída desde esa altura. Sus posibilidades de salir con todos los huesos intactos eran nulas—. ¿Sabe que la amo?

—Váyase...

—Lo sabe, ¿no es así?

—Sí, por el amor de Dios, váyase.

—¿Y usted me ama? Oiga, me lanzaré de aquí como un suicida. Necesito saberlo en caso de no sobrevivir. Deme un momento de felicidad.

—¡No es tiempo de esas cosas, milord! ¡Váyase!

—La respuesta, milady. Mientras más tarde, más rápido me desmembrarán las mascotas de Augusta.

—Lo amo, pero váyase.

El conde subió a la ventana y miró hacia el suelo oscuro y no se arrojaba pensando en todo lo que pasaría si llegara a hacerlo mal; sin embargo, sintió que alguien lo empujó y no se parecía a un elegante felino, había caído de cara a la tierra con todo el peso de su cuerpo. Con suerte no había quedado inconsciente, aunque era difícil que se levantara.

—¡Abre, Berenice! —llamó su tío Spencer al notar que la puerta estaba cerrada.

Ella obedeció y abrió con presteza.

—¿En dónde está? Esta clase de sinvergüenzas siempre regresa. Tengo experiencia —dijo Spencer con el arma en la mano, vestido con su camisón de algodón y su cabello canoso cubierto por un gorro. Él se acercó a la ventana y vio al conde en el suelo, intentando levantarse, pero trastabillando y cayendo—. ¡Albert! ¡Foster! ¡Está en el jardín!

—Tío, por favor, no le hagan daño.

—No merece tu lástima y menos la nuestra. Te traeré su cabeza como consuelo. Es un mentiroso, querida.

Steven logró levantarse y vio a lord Nottingham en la ventana, pareciendo un fantasma con su ropa de dormir, pero lo peor eran los otros dos que estaban igualmente vestidos, la única

diferencia era que dos perros los acompañaban.

Clifford despertó al oír los disparos y ladridos de los mastines de Albert. Saltó de la cama y salió de la habitación para entender lo que ocurría, ahí se encontró con Benedict.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ese hombre ha vuelto para buscar a Berenice, padre. No descansará hasta que logre desviarla del camino correcto.

—He pedido que no se recurriera a la violencia.

—No les ha importado. Cogieron sus armas y a los perros y se fueron hacia el bosque.

—Debes dejar que ellos venguen el honor de nuestra hija, Clifford. Ese conde merece todo lo peor que pueda ocurrirle, espero que pronto lo atrapen —habló Fanny que alcanzó a su esposo.

—Eso hará sufrir aún más a Berenice, Fanny.

—Pues no hay remedio. Le dolerá más verlo casado que muerto. A veces es mejor escoger lo que nos hace menos daño —manifestó la condesa.

El conde de Montgomery desaprobó lo que había dicho su esposa y fue a la habitación de su hija a ver cómo estaba. Al entrar, ella miraba por la ventana. Sus dos manos estaban pegadas a su pecho, como si rogara para que nada le ocurriera a aquel sinvergüenza.

—¿Estuvo aquí o ellos se han vuelto locos? —curioseó al quedar de pie junto a ella.

—Estuvo aquí para explicar lo que ocurrió y para rogar que lo perdonara. Ha dicho que dejará a su prometida, intenté convencerlo, pero no lo conseguí.

—Entiendo que él terminó persuadiéndote para que tú siguieras esperanzada, ¿no es así? No he tenido la oportunidad de escucharlo, pero tampoco sé si quiero hacerlo.

—Es mejor que no lo haga o terminará conmoviéndolo como lo hizo conmigo. Si logró convencerme de algo, usted logrará perdonarlo.

—No creo que tus tíos piensen lo mismo. ¿Crees que lo alcanzarán?

—No, el conde no le teme a nada, si ya ha intentado embaucar a un clan tan fuerte, no creo que le tenga miedo a un par de cachorros. Para él son solo eso, se lo aseguro.

Steven sintió la verdadera fuerza al correr por su vida. Sus amigos tuvieron razón al hacer que él se fuera de la posada, salvo que olvidaron un mínimo detalle: que debía sobrevivir a

ciertos animales por los cuales se destacaba el duque de Salisbury. ¿Cómo se le ocurrió jugar tan cerca del fuego? Los cuñados de lord Montgomery ni siquiera se parecían a él que era un hombre amable y tranquilo, el resto eran verdaderas fieras.

Él se refugió en lo alto de un árbol e hizo silencio para que sus perseguidores siguieran su camino. Si hacía falta, amanecerá en ese lugar. Debía regresar a por Berenice para casarse con ella. Haría lo posible por romper ese compromiso y si no lo lograba, lo mejor era morir, pues no quería tener lejos a esa mujer o saberla casada con otro. Cualquiera de esas ideas le producía un dolor indescriptible en el pecho. Nunca había imaginado que enamorarse lo volviera loco, más demente que cuando era un libertino desatado, haciendo y deshaciendo. Esos tiempos quedaron atrás sin pena, sin gloria y sin buenos recuerdos. Nada de lo que había hecho dejó en él una enseñanza importante o algo valorable, solo recordaba ser la vergüenza londinense antes de que John lo superara y gracias a eso saliera del ojo público para volver a entrar a él arrojando a una dama en pleno baile, echando a todos los bailarines como piezas de dominó. Era mejor pecar de libertino que de ebrio.

Después de estar ahí al menos por dos horas para salvar su triste existencia, pudo bajar del árbol y lo hizo con mucho esfuerzo, pues todo su cuerpo le dolía debido a lo que le había ocurrido al caer desde la habitación de Berenice.

Fue rengueando a buscar a su caballo y los desgraciados lo habían desatado o bien se lo habían llevado. Su carruaje contaba con un tiro menos en ese momento por enloquecer e ir a donde no debía.

Poco antes de llegar a su carruaje, encontró al animal pastando bajo la luz de la luna, tal vez aquel pudo regresar o Dios lo había enviado porque sabía que lo necesitaba. Su cuerpo ya no pertenecía al de un jovenzuelo acostumbrado a trepar muros para cubrir sus necesidades con las mujeres.

Lo cogió de las riendas y lo llevó sin subir a su lomo. Le parecía absurdo hacerlo un par de millas y más con los dolores que tenía. Necesitaba una cama caliente y cómoda para sentirse vivo otra vez. El último beso que le había dado a su amada, le daba energía para buscar su libertad. Sin la libertad, él no podría seguir con vida. No quería quedarse atrapado en un matrimonio sin amor.

—Milord, estaba preocupado por usted —dijo el cochero al verlo llegar hasta él con el caballo.

—Tenías razones para preocuparte, casi me matan, pero aquí seguimos. Busquemos un

pueblo de regreso a Londres. Por el momento debo irme de aquí, este lugar es peligroso.

—Sí, milord.

El cochero cogió al caballo y le colocó el tiro para que pudieran poner en marcha el carruaje.

Una vez dentro del coche pudo cerrar los ojos, pero no para dormir, sino para pensar en cómo abordar el tema con la nueva afectada, que sería lady Camila Winchester. Eso sería lo más difícil, ya que su familia era aterradora a su manera. Ni siquiera podía comparar a los parientes de Berenice, porque esos eran delincuentes, asesinos y personas impacientes; no obstante, los otros eran extraños, como si hicieran un acto y él fuera alguien a quien debían convencer de algo. Lady Camila quería hablarle, pero era imposible con aquellas personas rondándola como si fueran tiburones y ella una presa. Ellos tampoco eran santos, aunque eso no lo autorizaba a romper el compromiso que en mala hora hizo su madre. En su buena intención, aquella lo arrojó al infierno, puesto que quería que fuera un héroe, cuando él solo quería ser un hombre que encontrara el amor para ser feliz.

Capítulo 31

Unos días después...

Steven llegó a Londres, fue a su casa y de ahí fue a buscar una residencia de soltero, pues no quería que lo encontraran los miembros de la familia Fane. Aquellos no harían escándalo en los salones, por lo que ahí podría estar tranquilo. Lo único que le quedaba era esperar a que todo saliera bien.

—¿Por qué se supone que te mudarás? —preguntó la condesa viuda al ver que los sirvientes llevaban las demás pertenencias de su hijo, al igual que su ayuda de cámara también preparaba sus cosas para irse.

—Tengo razones suficientes para hacerlo, madre.

—¿Y qué razones son esas?

—Una familia iracunda que quiere mi cabeza. ¿Algo más que le apetezca saber?

—¿En qué líos te has metido, sinvergüenza?

—Es un lío muy grande. No gano nada con contárselo, pero tampoco con ocultarlo, ya que vendrán a golpear la puerta para preguntar por mí. Me he comprometido con otra dama en Yorkshire...

La condesa viuda amagó desmayarse de la impresión; no obstante, frunció el ceño y sus ojos se encendieron con furia.

—¡Esto es increíble, Steven! ¿Enloqueciste? ¡Estás comprometido, rufián! —Ella comenzó a golpearlo con sus manos, pero eso no fue suficiente, se quitó uno de los zapatos para poder darle con más fuerza—. ¡No lo puedo creer! ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu prometida?

—¡Ya déjeme, madre! Muerto no puedo explicarle nada. Se supone que la idea era salvar mi vida y no que usted termine con ella. Lo hice porque me enamoré de lady Berenice, la joven a la que mi carruaje se llevó por delante. Fue algo fortuito, pero lo sentí enseguida. Ella es lo que espero, con quien quiero pasar el resto de mi vida. Lo arriesgaré todo.

—Tienes una prometida y punto. Te casas con ella porque hemos quedado en eso. No puedes retractarte y menos después de que se anunciara el compromiso. Todo el mundo está

hablando de él. Eso ya no puede romperse o la reputación de lady Camila caerá en desgracia.

—Pues que caiga lo que deba caer. Quiero mi felicidad con la mujer a la que amo.

—¡Dices tonterías!

—¿Por qué dice que hablo tonterías si usted amaba a mi padre y no espera más que morir para ir a su lado? Pues si no me caso con lady Berenice, puede ir a cavar mi lugar en el cementerio y es todo. Este sentimiento me ha devorado y solo quiero permanecer con ella.

—Tendrás que dejar el amor para otro momento. Sé que es lo más hermoso y sublime, pero tú tienes impedimentos morales. No eres libre de volver a escoger a nadie y menos mientras lady Camila siga con vida.

—No me dé ideas tenebrosas para que pueda quedarme libre, madre. Puedo ser creativo.

—No tienes mi bendición si deshonras tu palabra.

—Para lo que me interesa su bendición. Quiero ser feliz. Estoy cansado de vivir solo porque respiro. Encontré una razón de peso para seguir y no darme por vencido. Este compromiso con lady Camila solo me impide ser realmente feliz.

—¡Dices una tontería tras otra! Estabas feliz antes de irte de Londres, ahora eres un demente al que no soy capaz de reconocer.

—No estaba feliz. Llevo años sin saber lo que es la paz y la verdadera felicidad. Todos la han encontrado menos yo. Ahora que la encontré no pienso perderla. Soy absurdo y romántico. No me da vergüenza admitir que muero de amor por la hija de lord Montgomery.

—No hagas una tontería.

—La tontería que haré es romper el compromiso mañana mismo. No hay vuelta que dar.

—¿Esa jovencita alocada te ha dado esa idea que te perjudicará? —preguntó la condesa con soberbia.

—No, fui yo quien le prometió que lo haría para ir a por ella. No renunciaré a la felicidad. Si me va a decir algo más para que lo considere, pierde su tiempo. Estoy decidido a perseguir lo que deseo. Los deseos de los demás me tienen sin cuidado.

El sirviente del conde oía aquella feroz pelea entre madre e hijo. Nunca los había visto en esas condiciones y menos a lord Northland que perseguía con uñas y dientes sus objetivos. No era un hombre hueco y tonto como pensaba la mayoría de las personas de Londres, incluyendo a

la propia condesa, que consideraba que aquel no era capaz de nada y que ella debía forjarle un futuro.

—Vámonos, Arthur —ordenó el conde.

—¡Arthur! No dejes que haga una tontería. Si no lo matan los parientes de lord Montgomery, lo matará el marqués de Abermale.

—¿Ahora qué me oculta? ¿De qué más me tengo que enterar? —increpó Steven al oír esas palabras de su madre.

—Son gente peligrosa y te lo he dicho.

—¡Me hubiese gustado que me lo dijera antes de este absurdo compromiso, madre!

—Ten cuidado con lo que haces, porque puedes terminar mucho peor de lo que piensas por hacer cosas indebidas. La palabra de un hombre es su honor.

—Mi palabra es la que le di a lady Berenice. Usted dio la suya para lady Camila y ahora estoy en un lío.

—Te recuerdo que ha sido con tu autorización, solo he cumplido con tu voluntad. No puedes echarte atrás, Steven.

—Sí puedo y lo haré. Adiós, madre.

Arthur corrió hacia la puerta para abrirla y que el conde saliera.

—Milord, tenga cuidado con esa familia tan extraña.

—Ahí es el lugar en el que me metió esa señora, esa mujer que dice amarme, mi madre... —gruñó señalando hacia la residencia que dejaba atrás.

—Ella no quería hacerle daño, milord, solo quería lo mejor para usted.

—Pues hubiese sido mejor que me deseara lo peor, ¿o no? Me metió en un nido de víboras. Ahora resulta que debo cuidarme de mi próxima familia política... Espera, ninguna de las dos familias potencialmente me querrá.

—Eso es malo, milord.

—Muy malo, pero me arriesgaré por el lado de la familia de Berenice. Wilburg y John pueden abogar por mí para que no me maten si consigo liberarme de este compromiso.

Una vez que se instaló en su nueva residencia, invitó a Charles para contarle todo lo que

había ocurrido en esas semanas. No podía creer lo mucho que había cambiado su vida en tan poco tiempo. De no tener una sola mujer a tener dos prometidas. Se había vuelto loco en verdad. Todos tenían razón en lo que había ocurrido.

—Qué casa más pequeña y pusilánime para un conde —comentó lord Tyne que se presentó gracias a la invitación.

—Me complace ver que no has perdido lo que te caracteriza, Charles. —Steven le tocó el hombro con confianza.

—¿Por qué me temo que recibir dos misivas de la misma sangre no puede ser nada bueno?

—¿Mi madre te escribió?

—Sí, me pidió que hablara contigo.

—No quiero saber nada de lo que ella tenga que decirme. He hablado con una pared cuando intenté explicarle mis razones para romper el compromiso.

—Espera, ¿quieres romper tu compromiso?

—No quiero, lo voy a hacer. ¿Acaso mi madre no te lo dijo?

—No dijo exactamente eso, sino que dijo que estabas desorientado o que te has pegado en la cabeza con algo.

—Ah, pues lamento saber que no cree que yo pueda tomar decisiones por mi cuenta.

—No entiendo nada. ¿Por qué quieres romper el compromiso? Estabas conforme con eso, quizá no desbordando de emoción, pero sí cómodo.

—Lo que ha pasado es que conocí a una dama en Yorkshire y me enamoré en ese mismo instante. Al tomar la decisión de que mi madre comandara mi barco hacia una tormenta, no pensé que fuese a encontrar a alguien así, me había rendido, pero ahora no quiero perder mi oportunidad para ser feliz, aunque todo eso es la punta del iceberg. Me comprometí con ella.

—¿Dos compromisos? ¿Estás demente? Un hombre normal no podría tolerar a dos esposas... Esto es una locura. Tu madre tiene razón. Te has pegado duro, Steven.

—No, y, ¿sabes qué es lo peor de todo? Que me han descubierto. Me metí con la prima política de Wilburg y de John. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Eso es un suicidio. Eres un tonto. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—¡Pues porque soy un tonto que solo pensó en lo hermosa que era lady Berenice y olvidó que estaba comprometido! ¡Es mentira, no lo olvidé, pero traté de ignorarlo! ¿Contento?

—Un común hombre mortal no buscaría tantos problemas. Escucha, no soy el mejor dando consejos de nada y menos saliendo a favor de jóvenes, ya sabes, debutantes, pero ¿eres consciente de lo que harás al negarte a un matrimonio? La condenarás al ostracismo social. Hundirás su vida para a siempre. Las damas no tienen muchas oportunidades, no puedes hacer algo semejante.

—¿Y yo no importo? Ni siquiera ha debutado, nadie la conoce. Puede encontrar algo, lo sé.

—Eres un hombre imprudente y egoísta que solo piensa en sí mismo. Ve y dile que no te casarás, enfréntate a un duelo en el cual puedes llegar a perder la vida solo por un absurdo capricho.

—¿Le llamas capricho a mi afecto por lady Berenice?

—Tu palabra debe ser más fuerte.

—No me des ese consejo que no voy a seguir, pues los días se me harán eternos y la vida se me acabará como la llama de una vela. ¿Quieres que así acabe?

—El ocaso de tu vida inevitablemente llegará alguna vez, pero no estamos hablando de eso. La familia de la tal lady Berenice te persigue, ¿crees que la de tu prometida no lo hará? No piensas con claridad. Ninguna dama en su sano juicio aceptaría ser abandonada después de anunciar su compromiso.

—¿Por qué crees que lo hicieron en mi ausencia?

—Porque debieron pensar que no cumplirías con tu palabra, Steven. ¿Qué más puede ser?

—Estaba dispuesto a hacerlo, pero cuando en mi vida todo era tinieblas. Ahora no quiero sacrificarme.

—Una cosa son tus deseos y otra tus obligaciones. Ve a casa de esa gente y después verás qué hacer con tu vida. Si te quedas en Londres sin que ellos hagan nada o...

—O si te pones a cavar junto a mi madre en el cementerio para que puedan tirar mi cuerpo ahí. Si no puedo casarme con lady Berenice, eso es lo que pasará.

—Deja de ser extremista. Estás sobrevalorando las ideas del amor al punto de poner tu vida en riesgo. La conoces hace poco...

—¡Y a esta otra la he visto una sola vez y no me he llevado la mejor de las impresiones, Charles! Esa gente es extraña, de verdad que lo es. No sé en qué pensaba mi madre cuando cedió mi mano... Miento, sí sé en lo que estaba pensando ese ser vil y egoísta a la que llamo mi madre. Esa víbora pensaba en su nieto, en su tan esperada muerte y en que yo fuera un héroe salvando a una joven de las garras de su familia, solo que ella no me ha consultado si quería ser un héroe. Debió alejarse al ver los problemas. De todas maneras, iría a Yorkshire comprometido o no. Todo se complicó por culpa de una persona en la cual confié. Te juro, Charles, que nadie en el mundo podría confiar en esa familia al verlos te dan ganas de huir o de subir al árbol más alto. El aura de esa casa es lúgubre.

—Ahora dirás mil cosas para dejar mal a esa familia que te aceptó siendo un libertino.

—¿Eso tampoco te parece sospechoso?

—Sí, me parece muy sospechoso. Ellos deben estar creyendo que todavía lo eres y creen haber agarrado a lo más desagradable de Londres para convertirlo en el mejor esposo. Es lo más convencional del mundo. Coger basura como Adam y luego romantizarlo dándole una familia que no merecía. Sé cómo termina la historia. Te casarás con lady Camila, la llenarás de hijos, mientras por las noches lloras en silencio mordiéndote los labios cuando sepas que tu segunda prometida rehízo su vida, olvidándote.

—Lo digo por última vez, si no tengo a lady Berenice, es mejor que me digan adiós, no lo soportaré.

Capítulo 32

Al día siguiente, Steven fue con determinación a la residencia del marqués de Abermale, conseguiría romper ese compromiso lo más pronto posible. Debía hablar primero con lady Camila para conseguir su consentimiento. Quería que fuera lo menos dramático posible, ya que no quería más escándalos, en cualquier momento regresarían a Londres para cogerlo como una liebre en la cacería. Si quería enfrentarlos como se debería, su libertad debía estar asegurada para luchar.

Esta vez no estaba sudando como en la primera ocasión que visitó ese lugar, ya sabía lo que le esperaba y también había madurado un poco para poder actuar con mayor autoridad.

Al tocar la puerta y después de estar unos minutos ahí, la persona que la abrió era la institutriz de lady Camila. Por supuesto que en ese tiempo no había cambiado su cara. Las expresiones seguían siendo las mismas, ni siquiera podía ocultar su rechazo hacia él.

—¿Ha pedido una visita? —preguntó la mujer al verlo de pie en la entrada.

—Buen día. El saludo no le hará más bonita, señora, pero le recordará que es una educadora —masculló como respuesta—. Tampoco sabía que, para ver a mi prometida, necesitaba pedir una visita previa. Quiero verla y es todo.

—Señorita —corrigió—. Veremos si su señoría lo aprueba.

La mujer le cerró la puerta en la cara y no lo dejó pasar.

—¿Quién es? —indagó el marqués

—Es lord Northland, señoría —respondió la señorita Clapton.

—¿Cómo está Camila? ¿Podrá recibirlo?

—Supongo que sí. El último castigo no ha sido tan duro.

—Está bien, que lo reciba en el jardín. Puede dejarlos solos. Ahí no hay mucho que hacer. Este hombre no es ni la sombra de un libertino.

—Le avisaré a milady que puede ir al jardín. Estará feliz de poder salir un poco del encierro.

—No veo la hora de que esta niña problemática se vaya de aquí, señorita Clapton.

—Eso será pronto, su señoría.

La señorita Clapton fue escaleras arriba y sacó una llave de su delantal. Entró a la habitación y encontró a la joven en la posición en que la había dejado por una hora. Sus rodillas estaban sobre piedras trituradas y su vestido estaba abierto en la espalda, con marcas de golpes que se estaban curando.

—Su castigo continuará después. Debe levantarse, ha venido su prometido a visitarla.

Camila cerró los ojos con alivio. Ese hombre era su única esperanza de irse de ahí y olvidar esa vida miserable que llevaba.

—Debe desatarme o no podré ir.

—Ah, es cierto. —La institutriz se acercó a las ataduras en las muñecas de la joven—. Su padre ha dicho que puede quedarse con su prometido a solas en el jardín. Usted sabe que, si dice algo del mozo, su hermano lo matará. Sabe que lo tienen cautivo.

—No diré nada... —alegó preocupada.

—Es inteligente. Sabe que cada vez que habla de él, su padre reniega y le envía un castigo merecido. Es una pena que tenga que ser yo quien lo imponga.

—Usted es tan mala como todos ellos.

—No son malos, usted es inconsciente. Se ha enamorado de un mozo y eso deben sacarlo como sea de su cuerpo. Esos son sentimientos sucios. La eduqué para ser una mujer importante, no alguien que terminará siendo inferior a mí. No es consciente de su posición. Este hombre odioso y libertino es lo único que pudieron conseguir de acuerdo con lo que pidió.

—No me arrepiento...

Con esfuerzo, Camila pudo ponerse de pie y caminar hacia el borde de la cama para sentarse. Observó sus rodillas y parecían estar en carne viva. Estaba acostumbrada al dolor en los últimos meses. Era horrible vivir como lo hacía, pero pronto quedaría libre con la ayuda de lord Northland y podría vivir una relativa libertad, esperaba que fuera sin golpes.

Camila trató de acomodarse el cabello, pero la señorita Clapton la apresuraba con un estirón en su vestido para poder cerrarlo.

—Guantes... los necesito para disimular mis muñecas.

La otra se los entregó y después le ayudó a terminar de arreglar su cabello. Cuando

acabaron aquello, la rutina de la joven en el jardín se cumplía y la institutriz fue a abrir la puerta.

—Pase, milord —dijo la mujer al abrir la puerta para que esta vez el conde pudiera pasar.

—Estaba a punto de irme, señorita —farfulló. En verdad que estuvo a punto de hacerlo, pero recordó su objetivo.

Aquella se hizo a un lado y él pudo entrar a la residencia. El marqués estaba de pie en el salón, sonriente.

—Bienvenido, milord —saludó el caballero.

El conde correspondió con una venia.

—Buen día. ¿Cómo han estado?

—Estamos felices al verlo por aquí. Camila lo espera en el jardín.

—¿Entonces puedo pasar y hablar con ella?

—Sí, por supuesto. Ella estará contenta de verlo, pues no lo esperaba hasta dentro de un par de semanas.

—Tampoco esperaba regresar tan pronto, pero algunos asuntos requieren mi atención.

—Pase al jardín, milord. La señorita Clapton puede llevarlo si gusta.

—Conozco el lugar...

Él fue hacia la puerta y el espectro lo seguía, respiraba en su nuca. Esperaba que al menos lo dejaran conversar con la joven.

En el jardín, vio a lady Camila con unas flores en las manos, las estaba mirando, quizá disfrutara de lo último que quedaba de la primavera, pues la alfombra de otoño todo lo cubría con sus colores vibrantes. Oyó que la puerta se cerró detrás de él y se alegró al ver que el espectro no los acompañaría como la primera vez.

—Milady...

—¡Milord! —exclamó Camila con una sonrisa sincera.

Se sentó junto a ella en el banco y tomó su mano para dejar un beso ahí. Sabía que lo que debía decir era difícil, pero era por su felicidad.

—¿Cómo ha estado?

La joven miró hacia la puerta de entrada al jardín antes de responder.

—He tenido días mejores, milord. Gracias a Dios ha venido antes —comentó sin abrir mucho la boca. No quería que alguien leyera sus labios.

—Vine porque tengo algo que comunicarle.

Ella tenía un fuerte presentimiento en el pecho. Algo no estaba bien, el rostro de ese hombre se lo decía.

—¿Qué es eso que tiene que decirme?

—Primero que nada, quiero que sepa que usted es una mujer valiosa, hermosa y amable...

—No me prepare para tonterías, si tiene que decir algo, hágalo —ordenó.

Esas palabras de Camila hicieron que Steven abriera los ojos con sorpresa.

—¿Sabe por qué nos comprometimos?

—¿Quiere alargar este asunto? ¿Para qué? Si dice algo, debe hacerlo pronto. No me agradan estas pérdidas de tiempo. —Ella respondía con los ojos fijos hacia la puerta.

—Es usted un poco ansiosa. Debo preparar el terreno para decirle que quiero romper este compromiso, porque encontré a la mujer a la que amo... —confesó.

Aquello fue un golpe duro para Camila, ya que todas sus esperanzas estaban en lord Northland para escapar de ese sitio. Por nada del mundo lo dejaría ir. Por eso se arriesgó a ser torturada al enviar la publicación al periódico. Necesitaba obligarlo de alguna manera a no abandonarla.

—Usted ha dado su palabra y el compromiso está publicado. No se puede deshacer.

—Considero que debería tomar lo que le digo como algo importante. Podría hacerla infeliz si nos casamos sin amor.

—No me importa el amor, quiero casarme y es todo. Seré una buena esposa, sé lo que debo hacer.

—Usted no entiende que esto no es algo que pueda detener. No quiero casarme, amo a otra persona.

—Podríamos ser tres, no me importa mucho. Entienda, lo importante es casarnos. En eso quedamos la primera y última vez que nos vimos. Quiero que entienda que no puede retractarse...

A Steven le molestaba la actitud prepotente de la joven.

—Si no accede estará en muchos escándalos.

—Tampoco me importan. Si lo acepté es por conveniencia, porque me convencía de ser el esposo que busco, alguien a quien no le interesaré jamás y esto lo confirma.

—Por favor, no haga esto más difícil...

—Usted no lo haga más difícil. Si no se casa conmigo, haré que maten a su madre, y créame, que en esta casa la muerte está a la orden del día. No solo sufrirá ella, sino también sus sirvientes y hasta sus amistades si no cumple su palabra. Elija bien, soy yo o ninguna mujer...

Debía endurecerse. Necesitaba el escape que podía darle lord Northland. Nadie se casaría con ella si después de haber publicado el compromiso, él la abandonaba. Estaría perdida sin posibilidad de salvarse y salvar a Matthew.

—¿Está chantajeándome?

—Lo haría mil veces más si fuera necesario. Usted no me avergonzará frente a la ciudad. Debe cumplir su palabra y continuar con este compromiso. Su amor no importa, puede ser libre de vivirlo con quien desee, pero conmigo a cuestas. Cumpliré con lo que se espera de mí. Le daré herederos, seré una excelente anfitriona en sus eventos, solo cumpla conmigo. Lamento haberlo amenazado, pero no me queda otra opción... —Camila se tapó el rostro con ambas manos.

Cuando ella hizo ese gesto, Steven pudo notar la piel enrojecida de sus muñecas.

—¿Qué le hacen aquí?

Bajó sus manos con premura.

—Nada, nada... —alegó con presteza.

—Entonces es cierto... —musitó pensativo, cavilando en el asunto de la tortura que había dicho su madre.

—Lo único cierto es que haré lo necesario para salir de aquí. Nada ni nadie lo impedirá. Usted y yo nos casaremos, quiera o no.

—Me agradaba más cuando fingía dulzura —musitó Steven, burlón, al ver que la joven sacaba las garras que había tenido bien escondidas.

Camila rio, sarcástica.

—Soy una persona dulce y amorosa, pero no estoy en las mejores condiciones de mostrarle. Tal vez cuando nos casemos conozca cómo soy en verdad.

—No me rendiré hasta que este compromiso se rompa.

—Pues aquí no me rendiré hasta casarme. Acabaré con quien sea por conseguir lo que espero. Le pido que coopere, y como le dije, no tengo inconveniente en compartir con cualquiera, solo no me deje aquí. No lo haga...

—Tal como usted, también persigo mi propia felicidad.

—Al menos finja algo hasta llegar a ese día, me deja libre y ambos somos felices. Lo importante es salir de esta casa. ¿No le parece? Visíteme más veces y conversaremos, aunque si habla con mi padre, lo más probable es que ya no me encuentre con vida... Sonría —pidió al ver que la señorita Clapton los estaba mirando.

Con disimulo, miró hacia el espectro que lo estaba observando. La pobre lady Camila vivía aterrorizada en esa casa y sus muñecas eran la prueba. No la podía dejar ahí, pero tampoco quería sacrificarse como un carnero. Nada de esto estaría ocurriendo si a él no se le antojaba un matrimonio. El libertinaje tenía sus ventajas.

—Necesito que me diga lo que ocurre, milady.

—Mientras menos sepa, usted estará más seguro y yo también. No queremos que las cosas salgan de nuestro control. Las visitas no deben ser largas. Lo esperaré pronto, todo sigue en pie... —Camila le pasó la mano para que la besara—. Diré que vino a decirme que se quedaría en Londres y que está interesado en acompañarnos en alguna cena... Si le preguntan...

Besó el dorso de la mano de la joven mientras la oía inventar aquello.

—Diré lo mismo.

—Gracias.

Ambos se pusieron de pie y se reverenciaron. Steven le dio la espalda y fue hacia la puerta para regresar a la casa.

—Una visita breve, milord... —alegó la señorita Clapton que lo miraba con cierta molestia.

—Volveré, señorita. Hasta pronto...

La mujer hizo una reverencia y lo observó irse de la residencia, mientras miraba a Camila, que volvió a tomar asiento y ventilar sus rodillas heridas. Aquella debía regresar a su castigo en

unos minutos más por haber anunciado el compromiso sin autorización de ningún familiar.

Steven salió de esa casa, derrotado, sintiéndose frustrado y miserable por no haberse podido imponer a una mujer. ¿Qué pasaría con lo que él quería con lady Berenice? Debía seguir adelante, insistiendo para ser libre.

Capítulo 33

Pasaron varios días desde la última vez que había visto al conde de Northland. El otoño estaba haciendo de las suyas y el frío ya comenzaba a enfriar sus huesos. No podía quedarse en esa casa en donde sus tíos que iban a cazar se burlaban de ella. En realidad, no era burla, sino que le recordaban cada vez que podían que el conde se había reído de ella.

En el fondo de su corazón, Berenice tenía la esperanza de volver a verlo y para eso necesitaba ir a Londres, pero no sabía cómo si sus familiares no querían que volviera a ver al conde. Ella no se resignaba a dejar ir al amor de su vida. Desde la sombra de un árbol observaba su tenebrosa residencia y apretaba su chal contra su vestido para sentir más calor, mientras pensaba en las formas de poder hablar con sus padres para que pudieran tan solo ir a la ciudad para saber de él y si había podido romper ese compromiso.

Las hojas que caían del árbol en el que estaba, como si fueran gotas de lluvia, le avisaban que debía regresar. Cuando lo hacía, vio que su padre, su hermano y sus tíos regresaban repletos de animales para comer. Berenice no tenía ganas de acompañarlos y tampoco de estar en compañía de sus tías y su madre que hacían planes por ella, queriendo olvidar que estuvo comprometido con «un mentiroso» como lo llamaban. Nadie quería mencionar su nombre, solo decían su nuevo mote. Sus primos políticos evitaban hablar de él, se sentían avergonzados y los otros aprovechaban la amistad que los unía para convertirlos en sus bufones. Su progenitor no había querido hablar del asunto, pero sabía que le dolía la situación, pues se culpaba por lo que había ocurrido. Pedirle que fueran a Londres sería como golpearlo, mas ella necesitaba eso para enterarse de más cosas. No podía dejar pasar mucho tiempo, pues él no se atrevería a regresar.

Una vez dentro de la casa, todos estaban sonrientes, pues la cacería había sido maravillosa y podían surtir la mesa con un gran banquete, solo debatían cuál sería el mejor lugar para hacerlo, si la casa de su tío Spencer o el lúgubre castillo de su padre.

—Es mejor en mi casa, la mesa es más grande y tenemos más sirvientes —alegó Spencer que deseaba que pudieran cenar con tranquilidad.

—Me ganas porque sabes que mi mesa suele quedar corta, pero sé que quieres llevarme a tu casa para que aquí no tengas que cortarte un dedo en lugar de tu venado. Es comprensible... —habló Clifford.

—Lo entiendes muy bien. Créeme que quiero conservar todos los dedos de mis

extremidades. Mi dedo gordo ha quedado insensible a causa de la poca o tal vez decadente iluminación de esta casa.

—También quiero conservar mis dedos... —apoyó Albert—. ¿Y si lo sometemos a votación?

—No me someteré a esa humillación. Iremos a la casa de Spencer y no se hablará más del asunto. Al único al que esta morada le parece fascinante es a mí —reconoció el duque.

—Yo votaría por quedarnos aquí... —dijo Benedict apoyando a su padre.

—Pero Philip votaría por ir a su casa...

Benedict asintió. El castillo era solo el hogar de los cuatro miembros de esa familia y de nadie más.

—¿Y tú por cuál votarías? —curioseó Fanny que se acercó a su hija al verla distante de las demás, incluso de sus primas Augusta y Philippa.

—Londres. Madre, quiero ir a Londres. Necesito saber qué ha ocurrido con lord Northland.

—Es mejor que esperes a que empiece la temporada.

—No puedo hacerlo, deseo hablarlo con mi padre.

—Qué ganas tienes de torturarte con ese hombre y de torturar a tu padre.

—¿Usted dejó sus sueños con mi padre cuando él la rechazó?

—No es el mismo caso. Él me amaba y fue a Londres a buscarme.

—Yo quiero hacer lo mismo, y si no llegara a corresponderme, me sentiré triste, pero no moriré. Quiero hacerlo. Deseo saber si él me ama o no y si ha roto ese compromiso. Si no lo hago, no podré seguir adelante.

—Debo hablar con tu padre, aunque creo que a ningún familiar le gustará saber eso.

—Lo escuché todo —expresó Spencer que se acercó a su sobrina—. ¿Qué te costaba sacar algo bueno de Clifford? Como Fane que eres, es evidente que irás tras esos pantalones apretados. Como tu tío, quisiera persuadirte para que no lo hagas, que seas decente.

—Mi decencia no me dejará dormir sin saber si él ha conseguido romper el compromiso.

—¡Dios, ilumina a esta criatura incoherente! —exclamó Albert, preocupado por el futuro de Berenice—. ¿Quieres más diamantes, Berenice? Los tengo, pero no vayas a donde no eres

requerida. Si eres la segunda opción de alguien, no vale la pena.

—No es algo de diamantes. Son hermosos, pero quiero ir. Agradecería que no lo mataran y que me acompañaran.

—¿Sabes que puedes encontrar algo que romperá tu corazón para siempre? —cuestionó Foster.

—Sí, y estoy dispuesta a correr este riesgo por mi paz. Si él se casa con otra, inevitablemente tendré que casarme con alguien, ya sea por volver a enamorarme o por obligación.

El conde de Montgomery observaba a su hija defenderse con obstinación. Sabía que sus tíos querían matar a ese hombre, pero ella lo defendía. Hasta que no descubriera la cruda verdad de la vida, Berenice mantendría la esperanza en algo que quizá fuera inútil.

—Considero que Berenice tiene razón. Hasta que no se dé cuenta del engaño al que está sometida —opinó Clifford—. Pondremos a prueba la palabra de ese hombre.

—Todos aquí sabemos que palabra es lo que ese sinvergüenza no tiene —aseguró Spencer.

—No sé lo que ocurrirá en Londres, pero mi padre es quien ha entendido que busco romper una ilusión o comprometerme de verdad. No haré una tontería más. Él se acercará cuando esté ahí si tiene buenas intenciones.

Wilburg y John se miraron, sabiendo que sería difícil que Steven saliera de aquel compromiso.

Esa tarde noche había logrado convencer a su familia de ir a Londres, solo que debería esperar un par de semanas, pues sus tíos apenas comenzaban a divertirse con la cacería y la libertad del campo. Ellos disfrutan al ir por ahí y tener largas jornadas de conversación y quejas sobre sus esposas. Las amaban, pero a veces se sentían un poco acabados por ellas y más cuando debatían en temas que, según ellos, no correspondían a las damas. Salir en grupo los hacía sentirse un enjambre poderoso de caballeros; sin embargo, cuando retornaban, seguían siendo lo mismo: esposos de un par de mujeres mandonas.

A Berenice le esperaba la supervivencia de un par de semanas. Quería enviarle cartas a lord Northland para sentirse un poco mejor en esos días, pero no sabía si hablarles a sus primas o a los esposos de estas para conseguir la dirección en la que él vivía.

Una de esas noches, se acercó a Wilburg. Aquel la evitaba como si se tratara de la peste. Él

no podía fingir su vergüenza y eso le daba más ganas de alimentar su incomodidad con preguntas. Sabía que él podía ser punzante y que a ella le saliera el tiro por la culata.

—Wilburg... —pronunció.

—No —replicó el esposo de Augusta, sin darle oportunidad de decir nada.

—Aún no te he preguntado nada.

—No me interesa saber ninguna pregunta y tampoco responder.

—De todas formas, preguntaré.

—No te escucharé, te evitaré y, por último, me iré.

—Solo dime la dirección en la que puedo enviarle una carta a lord Northland.

—¿Tu familia sabe lo que estás pidiendo?

—No. Ellos piensan que en mis oraciones pido tener buen juicio.

—Es evidente que no lo haces, o al menos, no con mucho ahínco.

—Sabes que me llevarán...

—Entonces, tu pregunta sobra. Fin...

—Quiero saber si ya ha roto su compromiso.

—Escucha, Berenice. Debo ser cruel contigo. Él no podrá romper ese compromiso. ¿Sabes por qué? Porque no lo dejarán. Su madre lo ha involucrado con una familia extraña y debo decirle que Steven estaba ilusionado con la idea de casarse...

—Eso fue hasta conocerme.

—Entiende que no podrás romper el compromiso. No te ilusiones. Puedes buscar otras opciones...

—¿Otras opciones? ¿Hubieras querido otras opciones en lugar de Augusta?

—A veces sí, pero no. Me moriría sin esa mujer insoportable.

—No puedes pedirme que no luche por los sueños.

—Quiero evitarte la fatiga de sufrir innecesariamente, Berenice.

—Yo quiero sufrir y no será tu culpa, solo dime el lugar al que debo enviar la carta.

—Está bien, pero será a tu riesgo. No me culpes de nada, ni digas que yo te he dicho algo. Solo culpa a John si te descubren...

—Eso no es honesto.

—No importa. No quiero problemas con mi suegro y tampoco con Augusta. No quiero que mi vida se convierta en un infierno. No quiero promover mi propia desgracia. Que se desgracien los demás... —Wilburg se alejó de ella.

Su primo político la dejó un poco consternada. Él era un hombre demasiado directo, debería practicar el arte de la sutileza, aunque aquel prefería conservar su tranquilidad ignorando todo. No lo culpaba, todos quisieran hacer lo mismo, pero son de sangre caliente y siempre desean estar metidos en problemas.

***

Steven tenía previsto encontrarse esa noche con lady Camila en una cena privada. Como estaban comprometidos, la gente comenzaría a invitarlos para ver cómo se comportaban juntos.

Tenía solo una bebida en la mano mientras esperaba ver a la mujer.

—Has regresado muy pronto, Steven —comentó Brianne, la esposa de su primo George, marqués de Blister.

—Qué bueno verte, Brianne. ¿Cómo te trata George? —saludó Steven, sonriente.

—¿Qué quieres insinuar con eso? Te falta una visita dominical a la iglesia —alegó su primo.

—Solo quería burlarme de ti un rato y tú siempre solucionas todos los asuntos con una visita dominical.

—Tu madre nos ha dicho a qué te andabas dedicando... —contó el marqués.

—Ah, y supongo que les ha pedido que hablen conmigo para que no rompa el compromiso que he cogido por estúpido.

—Destruirás a una dama que ni siquiera se ha presentado —lo increpó Brianne.

—Esta noche la conocerán, tal vez alguien se enamore de ella.

—Esa no es una razón para dejarla a su suerte. Han anunciado el compromiso y esto sigue, Steven. Cumple con tu deber —pidió su primo.

—Estoy enamorado de otra mujer y es con ella con quien deseo estar. Lo único que puedo hacer por lady Camila Winchester es encontrarle al esposo ideal...

—Buenas noches —saludó Charles que también había sido invitado a aquella cena.

Cuando Steven vio a Charles, sintió que el cielo se había iluminado. Él era soltero y en cualquier momento necesitaría una esposa. Por supuesto que aquel podía ser la solución a sus problemas.

—¡Mi querido Charles!

Lord Tyne retrocedió unos pasos al ver los ojos brillantes de Steven. Nada bueno podía venir de él en los últimos días.

—Sea lo que sea, es un no. ¿Entiendes? —dijo Charles antes de que su amigo dijera algo.

—Tú eres lo que necesito...

—Vamos, Brianne, esto ya se ha puesto sospechoso... —ordenó el marqués asiendo a su esposa de la cintura.

—No me dejen con este desequilibrado —musitó Charles antes de que los otros se fueran con lentitud.

—Nadie los necesita, Charles, pero a ti sí.

—Oye, me preocupas, ¿cuánto has bebido? Ni siquiera ha empezado lo bueno de la cena.

—Apenas es mi primera copa, pero al verte he tenido una buena idea.

—Tú no tendrías una buena idea ni si la vida se te fuera en ello. Cualquier idea tuya es mala.

—Necesito librarme de lady Demonio Winchester.

—No la voy a matar, ¿quieres que le eche agua bendita? Deja la tontería. No puedes romper este compromiso y te lo ha dejado claro.

—No te pido que la mates, te pido que tomes mi lugar y te conviertas en su prometido.

Charles nunca había escuchado algo tan descabellado en la vida.

—No lo haré y es un no innegociable. No me casaré en una buena cantidad de años.

Capítulo 34

—Es bonita, aunque un poco demente y quizá tenga cosas muy turbias escondidas. Lo pasarás bien. Hazme ese favor.

—No, y es todo lo que te diré. Avísame cuando se sirva la cena.

El conde de Tyne se alejó de Steven para escapar de sus locuras, no quería ser víctima de alguien que se comportaba como si hubiera perdido el juicio.

No desistiría hasta poder encontrar una solución para lady Camila Winchester, de lo contrario, terminaría en donde no quería: en el cementerio.

Camila llegó a la cena a la que fue invitada. Sus padres la acompañaban para dar la imagen de una gran familia feliz, algo que nunca fueron tanto y menos en los últimos años. Julian era el único que importaba en esa casa y ella solo era un estorbo inesperado que echaría a perder el buen nombre de su familia por enamorarse de un mozo.

—Ahí está mi prometido, padre. ¿Puedo ir con él? —indagó Camila deseando deshacerse de sus progenitores.

—Ve, pero debes comportarte. No hagas tonterías —ordenó su padre.

—Sí...

Mientras ella dejaba a sus padres, observaba el gran salón en el que estaba. Era algo increíble poder salir del ambiente familiar asfixiante en el que había crecido. Quería toda la libertad que pudiera tener y frente a ella estaba la solución por más que él ya no quisiera casarse.

—Buenas noches, lord Northland —saludó Camila que lo había encontrado de pie observando un cuadro con una copa en su mano.

Él hizo una venia para saludarla y después cogió su mano.

—Me gustaría decirle que es un placer verla, pero me amenazó la última vez que me vio.

—Usted no da muchas opciones. No puede dejar a su prometida solo porque quiere.

—Pues debería, y eso a su vez no debería ser un inconveniente para que usted pudiera tener otro compromiso.

—Sabe que las cosas no funcionan así. Ahora puedo decirle lo que ocurre en mi vida y la razón por la que no deseo que este compromiso se rompa. Consiga una bebida para mí y

comenzaremos.

Aquella era peor que Berenice cuando comenzaba a dar órdenes. No quería ser su esposo. En verdad que no.

Tuvo que obedecer e ir a por una copa para ella. Una vez que regresó junto a Camila le dio la bebida.

—Gracias. Usaré la copa para contarle todo. En mi casa es difícil hablar. Siempre hay que estar pendiente de lo que no se ve, pero se siente. Los ojos de mis padres están en mí por más que conversen con esas personas —declaró Camila haciendo que el conde mirara hacia ellos y se diera cuenta de que eso era así—. Cuando tengamos la oportunidad quiero mostrarle lo que tengo y no será una exhibición. No quiero que escuche, deseo que vea lo que me hacen en esa casa solo por haberme enamorado de alguien inapropiado. Pero ¿usted no se enamoraría de alguien que dice que puede salvarla de esa casa en la que es infeliz? Mi rebeldía no es motivo suficiente para que me traten peor que a un animal...

Steven subió su copa cerca de sus labios para hablar como ella lo hacía. Colocaba su bebida muy cerca y hablaba con una sonrisa.

—Es verdad que la torturan. Mi madre dijo algo similar.

—Los sirvientes que han contado eso han sido despedidos o enviados a otras propiedades. Al menos le pido que usted no me abandone. Ellos no quisieron hacerlo, los obligaron a irse y no pueden hacer nada por mí. No quiero pedir que alguien le haga daño a su familia o a la mujer que ama, solo quiero que no me deje morir ahí. El día menos pensado mi cuerpo no lo soportará y saldré en un ataúd. Sé que quiere tomar la decisión que cualquiera desearía, pero usted no es cualquier persona, milord. Pensé que un libertino me daría libertad, ¿cree que me he equivocado?

—Si yo siguiera siendo un libertino, usted jamás me hubiera conocido. Lamento decirle que la persona que usted pensaba que era, se fue hace mucho y hoy solo queda un caballero que anhela la compañía de una mujer que vive en Yorkshire.

—Seguiremos después, quieren presentarnos con otras personas.

La familia de la joven se acercó a ellos y comenzó a hablarles como si fuera que en su casa no pasara nada. Los marqueses sabían fingir bien al igual que lady Camila. El único al que le costaba fingir mientras caminaban y hablaban con el resto era a él.

Al momento de la cena a ella la sentaron en un lugar lejano y a él lo colocaron junto a una anciana que se quedaba dormida. Era la mejor compañía de toda la noche, pues no le hablaba. Charles, George y Brianne estaban separados. Al parecer a la anfitriona no le gustaba el cuchicheo de amigos o parejas, quería una integración completa. Muchas personas buscaban

mantener conversación con lady Camila, pues la consideraban alguien con mucho carisma, siempre sonriente y la felicitaban por haberse echado a un libertino al ridículo. Los padres de ella no estaban tan lejos y cada tanto interrumpían los halagos a su hija para duplicarlos. Ellos no querían que se supiera que la joven sufría malos tratos en su casa, o al menos intentaban disipar ese rumor.

Después de la cena, llegó el momento de los juegos y el baile. Mientras que ellos bailaban como prometidos, los padres de la joven estaban inmersos en un largo juego de cartas, algo que Camila deseaba aprovechar.

—He visto un salón de té... —comentó Camila.

—Qué buen ojo, yo solo he visto pilares.

—Usted y su corta visión del mundo me hace reír. Desearía fijarme en esas tonterías, pero no he podido ver una sola guirnalda debido a mi mente tan ocupada. Le decía eso para que vayamos juntos.

—¿No querrá comprometerme con una situación escandalosa?

—No, ya estamos comprometidos, no sé qué más podría conseguir con eso...

Una vez que acabaron la pieza, la joven fue la primera en desaparecer y él la siguió.

Al poco tiempo de entrar, Camila cerró la puerta y se apresuró a quitarse los guantes.

—Oiga, no la tocaré y tampoco podrá tentarme con su cuerpo —alegó Steven que hasta se sentía infiel por mirar los brazos de la joven.

—Mire... —Ella le enseñaba aquello cerca de la ventana.

Cuando acercó las muñecas de ella hacia sus ojos, pudo ver como si la piel estuviera quemada, raspada y amoratada. Eso lo dejaba perplejo.

—Pero...

—Ni siquiera crea que eso es todo. —Camila levantó la falda y le enseñó las heridas de sus piernas que apenas se estaban curando.

Para ese punto, Steven maldecía no ser una mala persona. Quería abandonar a lady Camila, pero no podía en esas condiciones. Dejarla sería morir en su casa. Él le arrebataría todas sus oportunidades de salir de ahí. ¿Qué debía hacer para salvarla y también poder ser feliz? Quería estar junto a Berenice y debía encontrar una solución.

Su mente intentaba encontrar algo de lo cual atajarse y eso era un trato conveniente.

—¿Usted está enamorada de alguien?

—De un mozo, lo llevaron a una propiedad lejana de la familia...

—Entonces el matrimonio no es algo prioritario. Hagamos algo. Continuaremos con el compromiso como cualquier pareja convencional, pero no nos casaremos. Lo único que usted quiere es salir de ahí y estar con ese hombre. Puedo ayudarle a encontrarlo.

A Camila se le iluminaron los ojos al escucharlo. Colocó su media y su falda en su sitio y lo cogió de las manos.

—Quisiera decir que es generoso, pero sé que no quiere casarse. Me alegra mucho que no tenga que cumplir con algo que no deseo. Usted es atractivo, pero mi corazón le pertenece a otro hombre.

—Créame que en esto congeniamos bien. Usted es hermosa, pero mi corazón es ajeno.

—¿Cómo haremos para no llegar a casarnos?

—Pues te ayudaré a escapar. Es probable que quede como un hombre abandonado. Tendré a muchas mujeres persiguiendo mis pantalones.

Ella rio ante lo que decía el conde.

—Debemos volver. Seguiremos hablando de eso. Me ha devuelto la esperanza de la felicidad. Pensé que el matrimonio era la única alternativa, pero usted me ha dado una oportunidad de ser feliz.

—Los dos lo seremos, se lo aseguro.

Pensaron en cómo salir de ese salón al que habían entrado, ya que en cualquier momento podrían entrar un par de personas en ese lugar.

De cierta manera, Steven alcanzó la paz mental que le permitiría sobrevivir ante un ataque eventual de la familia de lady Berenice. Además, con eso quizá ella tuviera paciencia para esperar a que se resolviera el asunto. Debía ser sincero y decirle que estaba ayudando a lady Camila para ir con su verdadero amor. Suponía que Berenice tendría empatía por la joven que perseguía lo mismo que ella. Por supuesto que sí, aquella era una dama ejemplar con quien podría conversar de eso.

Acabada la cena, Steven regresó a su residencia de soltero y encontró la bandeja de cartas solo con invitaciones y una carta de Wilburg.

—¿Cómo le fue, milord? —indagó su sirviente.

—Sorprendentemente bien. No me meteré a boxear para que me maten como era mi primera idea. ¿Por qué no me has dicho que tenía una carta de Wilburg?

—Traje todas las cartas que su madre me entregó, hasta que las coloqué en la bandeja, no me di cuenta, milord.

—No te preocupes. —Él comenzó a romper el sobre y desdoblar la carta.

Steven,

Me gustaría saludarte con la mejor de las intenciones, pero ¿que te persigan ha mermado tu educación? Berenice te ha enviado cartas y no le has contestado ninguna. Te ha preguntado por el compromiso. No morirás por responder, ingrato.

Te comento que en una semana estarán en Londres. Lamento decirte que me quedaré en Yorkshire y no estaré para ver cómo te descuartizan si dices algo que no les agrada. Cuida tu lengua y rompe ese compromiso si no lo has hecho aún.

Wilburg.

—Este hombre nunca puede ser más cariñoso. ¿A qué cartas se refiere si no he recibido...?

Esa pregunta quedó en el aire, pues comprendía lo que había ocurrido. Su madre, al ver la procedencia de las cartas, las incautó con el claro objetivo de entorpecer la comunicación con lady Berenice. ¿Qué debía estar pensando de él? Esa noticia hizo que decayera su espíritu.

***

Era inútil, todo lo que había hecho para comunicarse con Steven. No soportaba su silencio. Le lastimaba saber que no le respondía ninguna carta. Su desazón y sus pensamientos de derrota la perseguían sin descanso.

—Debe dormir, lady Berenice —ordenó la señora Smith que la vio sentada en una silla junto a la ventana, mientras aquella observaba la copiosa lluvia—. Enfermará si no se mete a la cama. Hace frío.

—¿Cree que él ha desistido de nuestro amor, señora Smith? ¿Y si no ha roto el compromiso?

—Deje de pensar en esas cosas y trate de pensar en que sus oportunidades son muchas. No se límite a una triste pecera cuando tiene el mar por delante. Si ese hombre no contesta, es porque no se le antoja o es muy vago. Eso último me resulta más creíble. Lord Northland no me parece alguien tan trabajador.

—Lo sé, señora Smith, pero me asusta tanto silencio. Me rompe el corazón.

—Vaya a Londres con la mejor actitud del mundo y piense que encontrará a esa sabandija con título y lo atropellará de la misma manera que él lo hizo con su carruaje.

—Oh, señora Smith. No quiero darme por vencida...

—Pero tampoco abrigue esperanzas que terminarán haciéndole daño. Esto puede lastimar su corazón, tanto, que quizá no desee volver a enamorarse y deje ir a un excelente candidato.

La joven se levantó de su lugar y fue a su cama. La señora Smith la acomodó y después aquella fue hacia la chimenea y colocó más leña para que Berenice no pasara frío.

—Duerma bien, milady. No piense tanto en ese holgazán.

—Lo intentaré.

Su institutriz salió de la habitación para continuar su recorrido para asegurarse de que nadie estuviera fuera de su sitio.

Capítulo 35

Había llegado el día de partir a Londres y la mayor parte de la familia estaba en camino. Algunos con caras más largas que otros por no poder quedarse más tiempo para una cacería de invierno, pero como no querían dejar ir a la familia del conde de Montgomery hasta ahí porque su hija trepaba por las paredes por saber de un hombre impío.

En el carruaje en el que iba la joven con su familia no volaba ni una mosca. Se percibía un ambiente que podía ser más filoso que un cuchillo. Benedict no estaba feliz por irse a Londres. No era el lugar en el que deseaba estar, pero todo fuera por la seguridad de su hermana atarantada.

Clifford tampoco estaba sonriente. Él tenía un semblante preocupado, debido a que su hija estaba encaprichada o tal vez obsesionada con lord Northland, esa era la única razón por la que partían. Ni siquiera habría tantos acontecimientos sociales para divertirse, estarían encerrados por el frío y lo peor era que Clifford tendría que presentarse a los eventos sociales que pudieran surgir. Él prefería no hacerlo mucho, pero por Berenice debía ser una persona más amable con el resto.

Igualmente, Fanny estaba preocupada por el futuro de su hija. No sabía lo que encontrarían en Londres.

Mientras para los demás todo era desagrado y preocupación, para Berenice las cosas iban mucho más allá. Sus sentimientos estaban en juego, sus esperanzas pendían de un hilo muy fino y sus oportunidades de encontrar a otra persona eran casi nulas, pues sus pensamientos le pertenecían a Steven.

Después del largo viaje llegaron a instalarse en la casa y ella no perdió el tiempo para escribir una carta anunciando a lord Northland que se encontraba en Londres. Tal vez respondiera a ese escrito, o quizá, fuera el tiempo de darse por vencida y olvidar que ella alguna vez conoció a ese hombre. Si seguía comprometido, moriría.

Al día siguiente, más descansados del viaje, lord Nottingham se presentó con una invitación para que todos fueran a un baile. Spencer quería que su sobrina aprendiera la lección de una vez y dejara de perseguir a lord Northland. Su decencia estaba en juego, porque dudas de su inteligencia había de sobra. Aquel se había enterado de que el conde andaba campante en compañía de su prometida, por lo que entendía que Berenice solo había sido un juego para él. Eso sería algo difícil de contarle a su familia, destrozaría el corazón de una joven, por eso era mejor que lo viera con sus propios ojos.

—Un baile... Será mi primer baile en Londres —contó Berenice a la señora Smith que estaba junto a ella, ambas sentadas junto a la chimenea.

—Espero que le dé la oportunidad de bailar a otros caballeros, milady, y que no solo piense en ese. Sé que es lo más importante para usted, pero debería considerar otras opciones.

—Le dije que lo consideraría. Estamos repitiendo ideas, señora Smith.

—La mejor forma de aprender es la repetición, milady, aunque creo que eso no se aplicó con los castigos, porque me temo que no ha aprendido nada bueno en los últimos años, salvo a mentir como una verdadera experta y a ocultar.

—Ustedes no saben distinguir una verdad de una mentira. A todos les he dicho la verdad desde un principio, pero se les hizo más fácil creer lo que deseaban. No les he mentido nunca y hasta hoy no entiendo tanta desconfianza.

—Usted hablaba de cosas imposibles, ¿cómo quería que no creyéramos sus mentiras, creatividad o demencia?

La señora Smith siempre tenía una salida para justificar su actuar. Por más que Berenice tuviera razón, nunca le ganaría a esa mujer.

En la noche del baile al que fueron en familia, sus tíos parecían sabuesos esperando a que lord Northland apareciera para devorarlo, pese a tener instrucciones de que no se metieran si no fuera necesario. Agradecía sus cuidados, pero sabía defenderse sola, ellos solo la respaldaban.

Por más que estuviera decepcionada por las cartas sin respuesta, seguía firme en su objetivo de encontrarlo. Era probable que pudieran encontrarse esa misma noche.

—¿Lady Berenice? —preguntó una voz conocida—. No pensaba encontrarla aquí tan pronto.

—Buenas noches, lord Northland dijo que usted había decidido retomar su camino a Londres... —dijo Berenice al reconocer a Robert.

—Sí. Estoy de visita en casa de mi madre.

—¿Ahora podemos saber quién es usted?

—Me llamo Robert y lo sabe.

—Usted tiene un título, es una persona demasiado elegante.

—Me ha descubierto. Soy Robert Preston, marqués de Winchelsea, pero para la gente que me agrada, simplemente soy Robert.

Ella hizo una reverencia que incomodó al marqués hasta sonrojarlo.

—Es un placer, señoría. —Al ver que él se avergonzaba, ella haría todo con intención de

continuar incrementando su vergüenza—. ¿Usted sabía que lord Northland tenía una prometida?

—Supongo que ya lo sabe. Sí, lo sabía. No es asunto mío contar los chismes ajenos. Steven se ha desahogado conmigo en Yorkshire.

—¿Y no lo ha visto aquí?

—Sí, pero él no me ha visto. ¿Qué quiere saber con exactitud?

—¿Ha roto ese compromiso? —Cuando notó más incomodidad en el rostro de Robert, sospechaba que le diría algo que ni le agradaría.

—No lo ha hecho. Prepare sus ojos y su corazón para sufrir, pues ese compromiso está más fuerte que nunca.

Aquello hizo que el pecho de Berenice se achicara y comenzara a comprimir su corazón. No podía creer que el amor que él había declarado fuera mentira.

—Es por lo que no ha respondido mis cartas...

—Cuente conmigo si lo que quiere es compañía. Puedo servir como paño de lágrimas, me agrada el cotilleo y puedo servirme del suyo para mi diversión...

Robert quería distraerla del dolor que le provocaba esa noticia que dio con cierta malicia. Sus ojos aguados no podían ocultar la tristeza de saber que quizá no era correspondida, pero él no le había dicho ninguna mentira, sino una cruel verdad.

Cuando Berenice trataba de recuperarse del trago amargo que Robert le había dado, vio a Steven entrando al salón y su mirada se cruzó con la de él.

Steven creía que estaba en un sueño, ahí estaba la mujer de su vida. Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro, aunque esta se diluyó cuando vio a Robert junto a ella. No podía creer que de nuevo lo tuviera metido en su vida. Estaba a punto de anidar bajo la falda de Berenice.

Sin dudarlo ni un minuto, se acercó a ellos.

Berenice lo miró de pies a cabeza con un poco de desprecio.

—Los dejaré, pero estaré cerca para lo que requiera, milady —habló Robert con una sonrisa lobuna.

—Gracias, señoría... —replicó como despedida para después fijar sus ojos en el conde, aquel que estaba haciendo latir su corazón como si aquel fuese a parar en algún momento.

—Milady... —Él se acercó para tomar su mano, pero ella no la levantó.

—¿Estaba demasiado ocupado con su prometida que ha sido incapaz de responder mis cartas? Su poca educación es capaz de dejar perplejo a cualquiera, pero más aún sus acciones escandalosas.

—Lamento lo de las cartas. Mi madre las ha cogido. Wilburg me avisó que me las había enviado, pero como dijo que vendría a Londres, decidí esperar a verla.

—¿A verme para qué?

—Para ser feliz.

—¿Ya ha roto el compromiso para comprometerse conmigo?

—No, todavía no. He hablado con lady Camila y tenemos un plan para no casarnos.

—¿Hasta dónde llegará con sus mentiras?

—Es verdad, milady —respondió con rapidez y vehemencia—. Ella ama a otro hombre y yo soy su única esperanza.

—Y la mía también. Me ha tenido sufriendo durante semanas por no saber nada, mientras usted se jactaba de bailes y la compañía de una fémina.

—Eso no es cierto, milady... —Él se sentía desfallecer con cada palabra que le decía. Lo miraba con desprecio, de una manera que antes no lo había hecho—. Quisiera explicarle mejor para que comprendiera que no puedo dejar a lady Camila en estas condiciones.

—¡Pero sí puede dejarme a mi suerte! —Ella alzó la voz haciendo que su madre se acercara a cogerla del brazo antes de que hiciera un escándalo en aquel lugar.

—Berenice. Deja a lord Northland, pueden hablar en nuestra casa en privado. No hagas un escándalo siendo tú una debutante —habló su madre entre dientes.

—No tengo nada que hablar con lord Northland...

La joven giró sobre sus talones y golpeó al conde con su larga cabellera.

Él se había quedado ahí, petrificado. Berenice no quería saber nada de él. No podía dejar que el amor que ambos sentían muriera de esa manera. Tendría que decirle a lady Camila que las cosas debían apresurarse para poder quedar libres. No serían felices juntos, solo los unía la justicia para que ella no terminara malherida en su casa.

—Lord Northland... —saludó Camila que se acercó a él, pero lo notó pálido, sin emoción en su rostro—. ¿Se encuentra bien, milord?

—No estoy bien. Ha venido milady, la mujer a la que amo y sabe que no he roto el compromiso. No quiere saber de mí.

—Oh, no... Puedo hablar con ella.

—¿Haría eso por mí?

—Por supuesto. Usted está arriesgando lo que ama por compasión, ¿cómo no devolverle ese favor?

—Si ella llegara a decirle algo inapropiado, discúlpela, pues la he herido demasiado con mi silencio estas semanas.

—Lo tendré en cuenta.

—Quisiera que hablemos del plan de fuga, debe ser pronto o perderé a milady que se irá con aquel arrastrado de Robert.

—Hablaremos de eso y después conversaré con su dama para que no lo abandone y tenga paciencia.

Los dos cogieron sus copas como solían hacerlo de forma estratégica. El conde consiguió información sobre el amado de Camila. Tenía el lugar al cual iría al escapar de su casa. No podían seguir alargando esa farsa.

—Estaba pensando que la huida puede ser en tres días. Conseguiré una diligencia que la llevara hasta ahí y le daré dinero. Estaré fuera de su casa para respaldar que todo saldrá bien...

Los ojos azules de Berenice recorrían con rabia la figura pequeña, esbelta y casi angelical de la prometida de Steven. Estaba a punto de ahogarse en la bebida por culpa de eso, pues aquella dama era el deseo de cualquier caballero. En cambio, ella no lo era. Con esa altura y delgadez poco envidiables. Se sentía tan miserable que quería que la tierra se abriera bajo sus pies.

—Es la última —expresó su tío Spencer, que golpeó la mano de Berenice al verla a punto de coger una copa del mozo—. He contado al menos tres. La bebida es peligrosa. Puede hacer que te cases con la persona equivocada. ¿Acaso quieres terminar así?

—Si eso me da un esposo al que querré, me da igual, tío...

—Clifford, deja que yo solucione los problemas de esta niña. Le falta un buen castigo, tal vez una temporada en casa leyendo enormes libros aburridos puedan hacer el milagro de devolverle la coherencia a esta joven.

—Hay una fila de personas que quieren castigarla, Spencer. Deberías formarte —masculló Fanny, enfadada con su hija.

—Tenían razón sobre él, sobre todo. No soy tan fuerte. Ustedes querían evitar este dolor que estoy sufriendo. Lamento haber sido una persona incrédula. No volveré a confiar en la palabra de un hombre... —declaró con muchas ganas de llorar, pero como estaba en público, debía soportar la humillación de ver al hombre que amaba, sonreír con aquella mujer.

Acabada la conversación con el conde de Northland, Camila fue hacia la joven a la que él amaba. Al acercarse, se dio cuenta de que era una mujer alta a la que le llegaba a la clavícula como mucho. Aquella la vio acercarse como si fuese una cucaracha molesta y asquerosa. Ella

hizo una inclinación antes de hablar.

—Buenas noches. Quisiera conversar con usted, milady —pidió Camila, decidida.

La mirada escrutadora de Berenice observó con más atención a la joven y a medida que seguía viéndola, aumentaba su rechazo hacia ella.

—Buenas noches —correspondió e hizo una venia—. No la conozco y tampoco creo que tengamos mucho de qué hablar.

—Considero que lord Northland es un tema para debatir. ¿Quién tiene su corazón?

Aquello no solo llamó la atención de Berenice, sino también del resto de la familia. Lo más probable era que la sangre pronto comenzaría a correr en aquel salón.

Capítulo 36

Aquello era como un desafío para Berenice. ¿Qué se suponía que debía hacer? Ya había hecho un pequeño escándalo minutos atrás. No podía darse el gusto de hacer otro o sería encerrada por su familia por su mal comportamiento.

—Disculpe, pero ese caballero no es de mi interés, puede quedárselo.

—Me encantaría, milady, pero es sobre eso que quisiera conversar. Solo le pido unos minutos de su valioso tiempo.

Berenice miró a su padre, y este a su vez asintió. Aquel estaba seguro de que, con eso, se definiría el asunto de lord Northland sin más escándalo. Todo quedaría en una amarga historia de traición y mentiras que la seguiría por siempre.

—Solo un momento... —aceptó Berenice a regañadientes.

—Como somos dos mujeres, podemos conversar sin problema. ¿Le molestaría si la llevo del brazo como si fuéramos amigas? —curioseó Camila.

—Preferiría que... —Antes de terminar su negativa, la prometida de su amado Steven la cogió del brazo y lo entrelazó con el de ella en realidad como si fueran amigas de toda la vida y comenzaron a caminar con rumbo al jardín.

—¿No va a beber algo? —indagó Camila.

—No, me han pedido que dejara de hacerlo. Disculpe, ni quiero ser desagradable con usted, pero le comento que no somos amigas.

—Pues deberíamos serlo. Lord Northland habla tan bien de usted, está muy enamorado.

—¿Él le ha hablado de mí?

—Sí, y por eso ha querido romper el compromiso. No lo he dejado y no es por maldad que me he negado y lo he amenazado. Él es mi única escapatoria a una vida mejor. Me aferro a él porque lo necesito.

—Si le ha hablado de mí significa que sabe que me ha mentido pidiendo mi mano y engañándome.

—No lo culpo, a veces es un poco absurdo con sus intenciones, pero créame que tiene buen

corazón.

—Él no lo tiene porque me ha hecho sufrir y no ha contestado mis cartas para prepararme para esta humillación.

—No hay ninguna humillación más que una buena intención de su parte. Admito que lo he presionado y chantajeado, pero me bastó decir la verdad para que él cooperara con mi causa.

Las dos mujeres llegaron al jardín. Berenice quería soltarse del agarre de la joven. Lo que ella le estaba confesando era doloroso e incomprensible.

—No entiendo lo que quiere decir. Le agradecería que fuera más breve.

—No se suelte de mí y mantenga la espalda hacia el salón —ordenó Camila, antes de bajar sus guantes de algodón hasta sus muñecas—. Ahora mire aquí y comprenda la razón por la que no puedo continuar sin lord Northland, pero eso no significa que usted lo pierda.

Ella observó las muñecas marcadas de la joven. Esas heridas se estaban curando. ¿Qué significaba?

—Estoy confundida...

Camila se apresuró a colocarse bien los guantes y poder continuar explicando el asunto.

—El compromiso que él y yo tenemos es falso. El conde la ama y yo amo a otra persona con la cual espero estar alguna vez. Lord Northland me está ayudando a escapar. En tres días obtendré mi libertad e iré en la búsqueda mi amado. No irá conmigo a ningún lugar. Quedará como si yo lo hubiese abandonado. Es ahí donde usted entrará y se quedará a su lado. Podrán ser felices. Por favor, no odie a milord por su generosidad.

—Pero... Esas marcas...

—Esas son por el castigo de haber publicado el compromiso sin autorización de nadie. En mi casa los errores los pago con sangre. No sé la razón por la que no me quieren, quizá mi rebeldía o tal vez por haber nacido mujer y ser un problema para ellos.

—Entonces no se casarán...

—No, milady. Quería hacerlo para salvarme, pero él me convenció de que era lo más conveniente para ambos, pues no nos amamos. Quizá solo tengamos una buena amistad.

—Los he visto sonreír como enamorados...

—¿Enamorados? Estamos lejos de eso. Si nos ve sonreír es porque necesitamos distraer a

mis padres. Siempre están mirando lo que hago por si ando de bocazas. Lord Northland se ha vuelto un experto en seguirme la corriente. Es tan encantador y gracioso. Créame que la adora. Siempre está tan preocupado por lo que usted pueda pensar.

—Necesito hablar con él...

—Le diré que vaya a su casa mañana, por supuesto, si su persona no sufrirá algún tipo de daño. Lo necesito con vida.

Eso que había dicho Camila hizo sonreír a Berenice. Las dos lo necesitaban de diferente manera.

—Usted no sabe lo que sus palabras significan para mí. He estado enamorada de lord Northland desde hace años.

—La felicito por haber escogido a un hombre como él que no tiene muchas virtudes, pero las que tiene son excepcionales.

Las dos damas se apretaron las manos con fuerza. Berenice estaba dispuesta a cooperar con el objetivo de lady Camila. No podía quedar indiferente ante la injusticia. Ella creía en sus palabras y esperaba que todo saliera bien. En un primer momento, la había juzgado desde los celos y el egoísmo. Lord Northland era una buena persona al final de todo. Debía convencer a su familia de que no lo mataran.

—Lamento haber desconfiado de usted.

—Puede desconfiar de mí y de todos, pero no de lo que lord Northland siente por su persona. Con los días he aprendido mucho de él y sobre todo a ser un poco paranoica.

—Sí, tiene algo de locuaz y paranoico, pero es tierno. Para mí tiene toda la capacidad para convertirse en un poeta.

—Eso lo dudo, pero como el amor es ciego, ustedes viven en la misma nube.

—Es lo más probable... Gracias por hacerme partícipe de sus planes. El silencio es lo primordial en este asunto, cuente con que seré discreta.

—Se lo agradezco...

Las dos continuaron con su paseo por un rato más, mientras los demás observaban la extraña amistad que se formaba entre la que debería ser su enemiga. Su familia no podía creer que tan pronto hubiese cambiado de opinión sobre lady Camila Winchester.

Después de esa conversación con la prometida de Steven, Berenice veía todo con otros ojos. La frustración, los celos y el enfado se disiparon y solo esperaba que él se acercara y pudieran hablar para aclarar todo. Además, ella deseaba ofrecerse para cooperar con la joven necesitada de ayuda. En su casa la amaban y nunca le darían un castigo que le hiciera verdadero daño. Los jalones de oreja de la señora Smith o unir a su hermano con ella para que se respetaran, eran algo que cualquiera disfrutaría con gusto, no así las heridas de los brazos de lady Camila.

Esa noche Steven y Berenice solo podían verse desde lejos. Tampoco estaba visto que terminara privatizando a su prometida, por lo que la mayor parte de la noche la pasó sentado en un rincón, cambiando de compañero masculino un par de veces. Lo único que no quería era que Robert se acercara a Berenice y eso era lo que más ocurría. Aquel siempre volaba a su alrededor como una mosca molesta.

—Eres un hombre comprometido, deja de mirar a lady Berenice. Oye, no pensé que sería tan alta, ¿estás seguro de que no te supera? —curioseó Charles que se sentó a su lado con un cigarro en la mano.

—Estoy cuidando de que aquel, ese pestilente enemigo público de mi buen juicio se escurra entre su falda.

—¿Te refieres al marqués de Winchelsea? Hay categorías, amigo. Lamento decirte que, entre un conde y un marqués, este último te lleva gran ventaja.

—A milady no le importa un ridículo título, a ella le importo yo.

—Vaya confianza. ¿No tienes un poco de respeto por tu prometida a la que querías obsequiar días atrás?

—Ahora ya no quiero hacerlo. Ella persigue lo mismo que yo, no puedo darle la espalda. Desea correr a los brazos de un amor, quizá poco conveniente, pero es lo que espera para ser feliz.

—¿Poco conveniente?

—Un mozo...

—Más bien, demasiado inconveniente. ¿Crees que una dama podrá vivir las peripecias que otras mujeres? Ella es joven, vive en una fantasía que tú apoyas y fomentas de manera conveniente.

—Por supuesto. No quieres hacerme el favor de casarte con ella, entonces debo hacer algo por casarme con quien yo deseo. No puedes culparme por buscar mi beneficio personal. Además,

la ayudo a lograr sus propios objetivos. Eso no me convierte en un villano.

—Solo cambiarás de verdugo para ella. No es tan difícil de entender. Se arrepentirá de no casarse con un hombre noble.

—Ese será su asunto después, debo cumplir con mi parte del trato que es lo importante. Si quiere regresar le daré dinero y la ayudaré, pero no podré corresponder a otro compromiso.

—¿Lady Berenice está de acuerdo?

—Según lo que entendí por el rostro de lady Camila, lo está. Solo debo saber en donde vive e ir hasta ahí mañana.

—¿Por qué no sigues el carruaje de lord Montgomery una vez que se vayan?

—Lo haremos...

—Lo harás...

—Lo haremos, porque quizá quieran herirme o algo. Con tu carruaje, nadie sospechará que voy con la salvaje intención de obtener una dirección.

—En qué líos me meto por tener una amistad contigo. Mejor deberías quedarte con el marqués de Winchelsea, considero que él tiene más paciencia que yo.

—No me hables de él que mi cena regresará a mi boca.

Una vez que lord Montgomery y su familia se despidieron de los anfitriones del evento, Steven y Charles siguieron al carruaje de aquel para saber en qué residencia se quedarían.

El asunto fue sencillo, pues el carruaje del conde se quedó frente a una residencia en un barrio que era conocido para Steven. Ellos dos siguieron de largo al ver todo lo que necesitaban.

Al día siguiente, Steven estaba dispuesto a perder dientes si fuera necesario. Deseaba volver a cruzar palabras con lady Berenice de cerca y lo lograría por más que todos se opusieran. Desde un principio no estuvo dispuesto a perder sus oportunidades. Podrían tildarlo de vagabundo y tonto, pero no por eso se quedaría de brazos cruzados. Usó toda su capacidad para encontrar una solución que fuera la mejor para todos y hasta ese día lo había conseguido.

El conde golpeó la puerta de la residencia en la que debía estar la joven. Se estaba mojando bajo la fría lluvia de otoño. Menos mal que había ido preparado con su capa.

—Buen día, ¿en qué puedo...? —El señor Barnes miró al hombre que estaba de pie en la entrada.

—Buen día, señor Barnes, ¿puede preguntarle a lady Berenice si desea verme?

—Le preguntaré a lord Montgomery. Pase al recibidor, por favor. Disculpe los inconvenientes de la mudanza. Ellos pasarán una larga temporada en Londres. —El mayordomo se hizo a un lado y dejó que Steven entrara para que dejara de mojarse.

—Eso me alegra...

—Siéntese a esperar, milord.

El hombre se perdió hacia un salón que estaba un poco más alejado. Esa casa parecía tener dos recibidores, uno para la gente querida y la que estaba más cerca de la puerta que probablemente fuera para los indeseables, como él, ya que el sirviente del conde lo colocó en una silla que quedaba a unos pasos de la puerta.

En el salón principal, Clifford buscaba un lugar decente para el primer cuadro en el que había retratado a su esposa antes de siquiera estar comprometidos.

—Disculpe, milord. En la recepción está ese díscolo, lord Northland —anunció el señor Barnes.

Clifford dejó a un lado su cuadro y miró a su fiel sirviente.

—Pide que venga Berenice, mientras haz pasar al conde aquí.

—Sí, milord.

Aquel fue a buscar a lord Northland, mientras que Clifford pensaba en lo que era mejor para su hija. Ayer había estado agresiva al llegar al baile, pero al salir se había convertido en algo tan suave como la seda, y suponía que tenía que ver con la prometida de ese hombre. Ella no les había querido decir de qué conversaron, solo sabía que tenía paz. Todo eso que la aquejaba desde hacía semanas, se desvaneció.

Capítulo 37

Lord Montgomery estaba de pie esperando a que Steven entrara al salón. Una vez que lo vio, le indicó que tomara asiento sin decir una sola palabra, mientras que el otro hizo una venia para saludarlo.

—Buen día, lord Montgomery...

—Lord Northland...

—Quería pedirle disculpas por lo que ha ocurrido. Mis amigos me persuadieron de que escapara por mi vida.

—Hicieron lo correcto. Mis cuñados no son tan agradables cuando se enfadan, pero usted al menos merecía una mordida de alguno de los sabuesos de Albert. Nos ha embaucado.

—Le ruego su perdón, milord. Sé que me equivoqué. Tenía la férrea intención de romper el compromiso con mi actual prometida.

—Sigue comprometido. Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

—Ese compromiso pronto dejará de existir, solo le ruego confidencialidad...

Spencer estaba dispuesto a contarle sus planes al padre de la joven, pues necesitaba de su aprobación para cualquier cosa que él quisiera hacer en el futuro y que tuviera que ver con Berenice.

Mientras tanto, Berenice estaba en su habitación arreglándose la cabellera. Quería que sus bucles estuvieran impecables, si no era tan vistosa por lo bueno, al menos que la gente la apreciara por su precioso cabello.

Unos tenues golpes en la puerta la interrumpieron en su labor.

—Pase... —ordenó.

—Disculpe, milady, pero su padre ha pedido su presencia en el salón, porque tiene una visita —contó el sirviente.

—¿Una visita?

—Sí, una que le interesa a usted.

—¿Es lord Northland?

El señor Barnes asintió. Al ver eso, ella se apresuró a terminar de arreglar sus bucles y se colocó tanto perfume que podría resultar hasta repelente. También, se colocó el listón que aquel le había obsequiado. Estaba tan entusiasmada por verlo, que no veía la hora de que estuvieran juntos.

—Vino ese hombre, milady... —comentó la señora Smith—. Oh, Dios, huele como si se hubiese revolcado en un perfume como lobo en osamenta.

—Sí, lo sé, señora Smith. Estoy tan feliz.

—La felicidad le durará poco si lo asfixia con ese aroma.

La institutriz fue hacia la ventana y la abrió, después le hizo un gesto a la joven para que se acercara y que ese olor del perfume se dispersara un poco para que fuera tenue y no una nueva forma de matar.

Una vez que sintieron que el aroma no era tan fuerte, la señora Smith le sugirió que fuera con tranquilidad, sin mostrarse ansiosa por su presencia, pues los caballeros podrían aprovecharse de la efusividad de las damas y ya sabían que lord Northland no era una inocente paloma.

Sin seguir ninguna de las indicaciones que le había dado la persona que la educó, Berenice bajó las escaleras con prisa y solo se detuvo al ver ahí a su padre con una mirada que exigía explicación ante el sonido de sus zapatos que parecían los cascos de un caballo.

Las miradas de Berenice y Steven se encontraron y ambos sonrieron sin dudar.

—Buen día, milady —musitó Steven.

—Milord... —correspondió.

Él se apresuró a tomar la mano de ella. Casi se derritió al tocar el guante de la joven. Nunca había creído en algo tan fuerte como un pedazo de tela.

—A ambos les diré algo: hasta que esa joven no desaparezca de sus vidas, no pueden estar juntos —sentenció lord Montgomery, rompiendo aquella hermosa conexión que ambos tenían—. No es correcto y, conociendo a lord Northland, no haremos nada hasta que sea verdad.

Los ojos de Berenice decían que no quería que eso ocurriera, deseaba comenzar su vida de felicidad.

—Padre, eso no es...

—Milady, su padre tiene razón. Haré las cosas bien. Sé que pueden decir que lo que hago es incorrecto, pero es pensando en la felicidad de todos los implicados. Si hemos esperado años por conocer la felicidad en el amor, ¿por qué no poder esperar dos días?

Dos días parecían ser un tiempo demasiado largo, al menos para Berenice, que llevaba mucho tiempo con ese sentimiento en su pecho, pero debía ser paciente. Debía olvidar las mentiras, engaños y omisiones si deseaba una vida mejor.

—Lo acepto. Mi padre no hace lo que quiero, hace lo que es mejor para mí...

—Estoy entregado del asunto y he prometido silencio. Él necesita un plan de escape, aparte de solo sacarla de su casa. Un carruaje de alquiler es la mejor manera de que lord Northland no corra riesgos de ser señalado por su desaparición. Hay mucho más que pensar que únicamente salvar a alguien —dijo el conde de Montgomery.

—Es cierto. Aparte, necesito a alguien que la lleve hasta donde se encuentra la persona a la que busca. No puedo arriesgarme a que sea una dama o alguien desconocido que pudiera hacerle daño.

—Entonces le falta alguien que la cuide. ¿No puede hacerlo uno de sus amigos solteros? —curioseó Berenice.

—Sí, sé de alguien que lo hará, aunque no sin quejarse.

La mente de Steven viajó con dirección a Charles, él era el único que podía ayudarlo con todo el asunto, puesto que se había preocupado mucho por la seguridad de Camila desde un principio. Tenía una corazonada de que aquel era el hombre correcto para acompañarla en su travesía. Era solo un soltero sin compromiso que, después de dejarla dónde debería, pudiera retornar sin inconveniente. ¿Qué problema podría acarrear aquello? Quería involucrar a su amigo porque era el único que podía prestarle ayuda sin complicaciones.

—Me alegro de que tenga a alguien dispuesto a hacer las cosas por usted, incluso si es algo indebido —habló Berenice que estaba cerca de él.

—Sé que esto que hago no es algo convencional, pero es por el bien de ella y el nuestro. Puedo debatir mi punto con cualquier persona, mas nadie puede detener mis sentimientos por lady Berenice. Me disculpo por mis mentiras, aunque en algo fui sincero desde el principio: en el amor que ha nacido hacia ella.

Berenice suspiró y sintió que su amor por él seguía creciendo después de haber sufrido

tantos días en medio de la incertidumbre. Podía decir que había resuelto su vida y eso solo dependía de una buena acción que ella apoyaría.

Lord Montgomery no los había dejado solos ni un minuto. Cualquier cosa que se discutiera, él debía escucharlo. Para Steven y Berenice era suficiente por el momento. Quedaba tiempo para que él fuera un hombre abandonado por su prometida.

—Debo irme, milady... —anunció el conde después de su visita a casa de Berenice.

—¿Tan pronto? —inquirió la joven con la mano en el corazón.

—Ha estado por tres horas, Berenice —replicó lord Montgomery.

—Consideramos que es suficiente —aseguró Fanny que se unió a ellos una vez que supo que había una visita. Se quedó sorprendida al saber todo lo que estaba pensando lord Northland con tal de quedarse con Berenice. Pese a haber sido engañados unas semanas atrás, ella creía que ese hombre en realidad sí amaba a su hija y haría lo que fuera por permanecer con Berenice. Le alegraba saber que aquella también alcanzaría lo que tanto anhelaba y sería tan exitosa como sus primas.

—¿Puedo despedir a lord Northland? —Ella quería solo un poco de privacidad, solo quería tocarle la mano, tal vez un beso sería algo demasiado ambicioso estando ahí sus padres.

—Tienes un minuto —ordenó su padre que cogió de la cintura a Fanny y se retiraron del salón.

Sin perder un segundo, los dos se acercaron y se besaron apasionadamente, sería el minuto mejor usado de sus vidas.

—Falta poco. Debemos tener paciencia y hacer lo correcto...

—Quisiera ayudarle con lady Camila.

—Usted no se preocupe. Charles lo hará

—Ahora sé que usted me ama.

—La amo con una locura que no conoce límites, ni tiempo. No sé qué ha hecho conmigo, pero me siento feliz de enloquecer cada día sabiendo que usted estará a mi lado en poco tiempo. Solo sé que para respirar necesito saber de usted de alguna manera. Este hechizo no puede romperse con la distancia. Después de probar sus besos he quedado envenenado y desahuciado. Nadie me detendrá en esta empresa de convertirla en mi esposa. Nadie hubiese creído que un día una deliciosa locura me embargaría y se convertiría en la única forma en la que deseo vivir.

—Milord, sus palabras solo alientan mi manía, esa que desde que nuestros caminos se cruzaron mantengo en mi mente y en mi corazón. Ni las mentiras ni los pensamientos de derrota y fracaso han podido apagar esta poderosa llama que sigue ardiendo dentro de mí. El tiempo a veces parece el más cruel de los enemigos cuando se trata de amar.

—No piense eso. El tiempo ha sido mi aliado, si no hubiese pasado años de mi vida buscando el amor, quizá hoy estaría muerto, pues he comprendido lo ingrato que puede ser casarse sin amor.

—Es una idea inconcebible cuando hemos visto lo que puede hacer...

—Me iré. Apenas tenga noticias volveré... Él cogió la mano de ella, dejó un beso y se despidió con una venia.

Steven echó una última mirada a su espalda. Ahí dejaba a una mujer esperanzada, aunque no solo dejaba eso, sino también su propio corazón. No le quedaba más que hacer que poner todo su empeño en que la huida de lady Camila resultara a la perfección. El dinero lo tenía listo, la hora estaba concordada con la joven y lo único que le faltaba era el carruaje de alquiler y el dichoso cuidador. Sabía que Charles se negaría; sin embargo, quizá por la noche pudiera convencerlo de que la joven llegara hasta donde se encontraba la persona que esperaba que se hiciera cargo de ella. Era un trabajo de corta duración.

***

El día de la huida...

El conde estaba en compañía de Charles dentro del carruaje, esperando que fuera la hora en la que Camila debería escapar en silencio.

—Estamos a solo unos diez minutos para la medianoche —dijo Steven que recogió las cartas después de terminar de jugar con Charles. Estaban haciendo eso para no morir de aburrimiento en la espera.

—Sigo pensando que esto es una equivocación y no una cualquiera, una muy grande, demasiado. ¿Sabes a lo que se expone una dama al huir?

—Sí, pero si a ella no le importa, a mí tampoco debería importarme, ¿no?

—Ciertamente tienes razón, pero eso no quita que ambos están equivocados. Tu madre pegará el grito al cielo.

—Mientras no sea la tuya, considero que está bien.

—Mi madre está muerta.

—Menos mal... Toma un trago. —Steven intentaba que Charles bebiera demás, pero si seguían de esa manera, el único ebrio sería él.

Charles cogió la botella de whisky y bebió un sorbo. Ni siquiera sabía cómo estaba en aquel lugar esa noche, en vez de estar pasando un buen rato en compañía de Wendy y Juliet.

—Iré a por ella, fingiré ser un ave y...

—Y te pillarán, estaremos en medio de una lluvia de balas.

—¿Por si acaso has traído tu arma?

—Sí, no soy un idiota.

—Si tienes miedo, quédate aquí con el arma en la mano.

—¿Y tú no tienes miedo?

—Le tengo más miedo a casarme sin amor y a la infelicidad eterna.

Lord Tyne negó con la cabeza al oír a Steven, aquel era un joven trastornado.

Con determinación, Steven bajó del carruaje y fue hacia la residencia de la joven, pues si la cosa se ponía difícil, él actuaría para su liberación. Con un pañuelo que quitó de su frac se cubrió el rostro. No quería que nadie supiera que él estaba detrás de todo.

Silbó como si estuviera imitando a un pájaro, pero su imitación era mala, casi una burla; sin embargo, serviría para lo que deseaba.

Dentro de la residencia, Camila había oído la señal de que era la hora. No llevaba con ella más que un abrigo, y lo tenía puesto sin importar que debajo estuviera sudando a causa de los nervios más que por la alta temperatura.

Cerró los ojos y ató las sábanas a la pata de la cama para bajar. No sabía si resistiría su peso, pero lo importante era no morir al descender desde la ventana.

Cuando abrió la abertura y arrojó las sábanas anudadas, escuchó que alguien abría la puerta de su habitación. La institutriz estaba ahí, viéndola hacer lo que se suponía que debía ser un secreto.

—¿Qué se supone que está haciendo? —increpó la mujer.

—No estoy haciendo nada, señorita Clapton.

—No soy una tonta. Supongo que está intentando huir, pero eso no ocurrirá.

La señorita Clapton fue hacia la ventana en donde se encontraba Camila para cerrarla, pero la joven se decidió a enfrentarla.

—Usted no hará nada —alegó decidida.

—¿Y quién lo impedirá? ¿Usted? —increpó sarcástica.

Camila observó a su mano derecha, sobre un mueble estaba un candelabro. Se hizo a un lado para que la otra creyera que la había asustado; sin embargo, cogió aquello y lo guardó a su espalda.

—No impedirá que busque mi felicidad lejos de aquí —declaró Camila al ver que la señorita Clapton cerraba la ventana.

—¿De qué habla?

—Que estoy cansada de sus abusos. Ya no podrá conmigo... Es una maldita... —Después de decir aquellas palabras, la joven golpeó a la señorita Clapton en la cabeza más de una vez, como si necesitara desquitarse por el daño que le había hecho.

Le quitó el manojo de llaves y aseguró su puerta. Nadie más entraría ahí. Cuando ellos supieran de su huida, ella estaría lejos.

Siguió con su plan de bajar por la ventana. Miró hacia el oscuro jardín y ahí distinguió a su cómplice. Le daba paz y tranquilidad saber que no estaría sola.

La joven corrió el riesgo de bajar ante los ojos de Steven, que comenzaba a pensar que caer desde esa altura para una dama pudiera ser algo peligroso. Al notar que la soga de sábanas se soltaba, él corrió para ser un cojín para Camila. Aquella le había caído justo en la espalda.

—Lord Northland, perdóneme —murmuró avergonzada.

—No pasa nada —afirmó Steven que se levantó del suelo rengueando y un jorobado. Debían salir corriendo de ahí antes de que alguien supiera lo que había ocurrido.

Él la ayudó a saltar la muralla para que la huida fuera exitosa.

Una vez que dejó aquel sitio, Camila observó la casa que para ella fue de terror.

—No es momento de sentir nostalgia —gruñó el conde que la cogió del brazo para llevarla hacia el carruaje en el que estaba esperando Charles.

—No siento nostalgia, más bien es alivio...

Charles abrió la portezuela del carruaje al ver que se acercaban con prisa.

—Suba, milady —ordenó Steven—. Charles, pásame la botella de whisky.

Ella primero miró al extraño que estaba dentro con la botella en la mano antes de entregársela a lord Northland.

Con la botella en la mano, miró a su amigo y cerró los ojos.

—Eres la única persona en la que confío y sé qué harás las cosas bien. —Steven se dirigió a Charles.

—No es momento de ponerse romántico —masculló lord Tyne.

—Lo siento...

—¿Qué cosa?

—Esto... —Steven le propinó un golpe en la cabeza a Charles con aquella pesada botella de vidrio.

Lady Camila tapó su boca con ambas manos al darse cuenta de lo que había hecho Steven.

—Suba, milady. —Él cogió la mano de ella y le entregó la botella—. Si se despierta, lo vuelve a golpear.

—¿Por qué lo ha hecho?

—No la dejaría ir sola con alguien desconocido. Charles es de mi confianza, pero poco colaborativo. Él tiene el dinero, la dejará en su destino y después regresará.

Obedeció al conde y subió, mientras aquel acomodaba a su amigo para que no viajara más incómodo de lo que ya iría.

—Gracias por todo... —habló Camila, sonriente.

—Sea feliz, porque yo lo seré gracias a que usted es una buena persona. Adiós...

Cerró la portezuela del carruaje y se acercó al cochero.

—Vaya lo más rápido posible a donde le indiqué. Solo haga las paradas necesarias —mandó.

—Sí, milord —acató el cochero que después movió las riendas de los caballos de tiro y

estos comenzaron a galopar.

El alivio al ver que la joven sacaba la mano por la ventanilla del carruaje le decía que había hecho lo correcto, quizá no de la mejor manera, pero era lo que debía hacer. Al final sí había sido un héroe.

***

Berenice no podía dormir. Tenía los ojos fijos en la ventana que daba a la calle. Estaba en camisón y con su cabello atado en una trenza. No sabía qué esperar. Era una noche peligrosa, una en la que quedaría libre para amarla. ¿Cómo podía dormir con eso atorado en la garganta?

No había nada que la llamara hacia la cama, ella quería saber lo que había ocurrido con lord Northland.

Después de tanto esperar con la mirada fija en un lugar, observó que una figura masculina se acercaba hacia el portal de su residencia. Sin dudas supo que era Steven.

Corrió hacia las escaleras para poder abrir la puerta y salir a su encuentro. Con tanto ruido despertó a los miembros de su familia.

Una vez fuera, se colocó frente a él, agitada.

—Milord... —Su voz temblaba.

—Milady, buenas noticias... —Él sonrió, mientras se acercaba a ella para cogerle la mano —. Esta vez soy libre... ¿acepta mi mano?

Entre lágrimas, Berenice solo pudo asentir, entonces, sintió que el pacto estaba cerrado y nadie más podría separarlos.

Epílogo

Cinco años después…

Berenice había decidido quedarse a vivir en Londres en compañía de su esposo. Extrañaba su residencia en Yorkshire, pero le agradaba su casa en la que vivía en compañía de su suegra, a quien le había costado aceptarla después de saber la verdad sobre la huida de lady Camila Winchester, pero terminó queriéndola después de tener a sus hijos Marcus y Rudolf.

El abandono a Steven había sido un asunto muy público y escandaloso, y fue aún peor cuando ella regresó, pero casada con alguien que nadie imaginaba. La familia de Camila había pegado el grito al cielo, mientras que Berenice y Steven no podían creer lo que habían visto. No obstante, les alegraba que hubiese tomado esa decisión.

—¿De nuevo metida en la arena? —preguntó Steven que se acercó a Berenice que estaba cuidando su jardín.

—Sí, sabes que me gusta el jardín —respondió.

—Al igual que a ellos. —Señaló hacia sus hijos que tenían tierra hasta dentro de la nariz.

—Es algo inevitable. Dile a Arthur que los bañe.

—Lo haré, pero después de darte esto... —Él le enseñó una planta con la raíz llena de arena.

—¿Es lo que pienso? —inquirió con sorpresa.

—Era lo que te gustaba del jardín de lady Ormond.

—¿Se lo has pedido? Gracias, querido. —Ella dejó lo que estaba haciendo para tomar la planta.

—No. Se lo robé. Estaban cerca del portón, entonces lo tomé.

Ella se detuvo y no tomó la planta.

—Robar es un pecado —masculló Berenice casi escandalizada por lo que le había dicho su esposo.

—Hemos hecho cosas peores, pero no te preocupes, si no lo quieres, lo devolveré.

La joven observó la planta y la cogió con rapidez.

—No te avergonzarás devolviendo algo así. Será algo vergonzoso que alguien con tu reputación hiciera esas cosas.

—Sí, lo sé. Tengo la reputación de un mártir. ¿No crees que sería bueno que me hicieran una estatua en Hyde Park?

—Por supuesto que no. Te has convertido en una persona honorable y muy querida en Londres. Después de que nadie te quería, ahora todos te aman...

—Y todo es gracias a mi mente privilegiada.

—Es probable que sea como dices, cariño... —Berenice le dio un beso en los labios.

—¿Estás siendo condescendiente conmigo? —curioseó.

—Jamás me atrevería a insultarte de esa manera.

—Sé del nido del que vienes, por supuesto que estás insultándome de manera cariñosa. Tus agallas aparecieron a pocas horas de casarnos...

—¿Y no te agrada cómo soy?

—Adoro cómo eres. No podría vivir con una esposa que no utiliza el sarcasmo para hacerme quedar mal o que sea condescendiente para hacerme quedar peor. —Él sonrió y correspondió con avidez al acercamiento de ella.

—Para mí es un hermoso obsequio tenerte como esposo. Después de la espera, el sufrimiento y los temores que nos aquejaron durante el nacimiento de nuestro amor, no puedo más que alegrarme de estar aquí contigo y nuestros hijos. Tenemos una vida maravillosa.

—Es la vida que no sabía que necesitaba, pero que deseaba. Gracias a ti no solo tengo una familia, sino que he recuperado el buen nombre. Es importante porque es lo que heredaré a nuestros hijos.

—Casarse con alguien de mi familia siempre tiene ventajas.

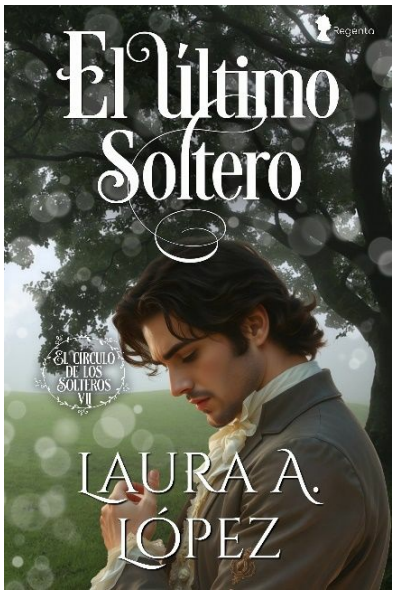
—Sí, la ventaja es que creen que ahora sacrifico vírgenes con tu padre.

Los dos rieron al recordar la idiosincrasia de la gente y más en Yorkshire, en donde su suegro, pese a todo, seguía siendo una leyenda, pero de terror.

Juntaron sus cabezas y sonrientes volvieron a besarse. Aquel era un hábito que nunca perdían, pues entre ellos la cursilería era algo convencional, para que sus hijos cuando crecieran buscaran el amor tal y como sus padres lo habían hecho.

Fin.

Conoce la próxima novela de la Serie El círculo de los solteros



Charles Coldwell, conde de Tyne, pensaba que su vida se centraba en su libertad y sus conflictos con su cuñado; sin embargo, lo habían involucrado en algo inesperado: hacerse cargo de una joven que escapó de su casa, lo que causó que su nombre cayera en desgracia.

Lady Camila Winchester, abandonó a su prometido en un pacto que hicieron para ser felices, pero las cosas no habían sido tan sencillas, porque lo que le esperaba era la más profunda decepción y su único consuelo era su compañero de viaje, un hombre antipático y demasiado sincero para su bien.

¿Qué ocurrirá entre estos compañeros de viaje? ¿Será más fuerte el resentimiento de Charles o la empatía por el futuro incierto de Camila?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

Si te gustó La dama adecuada, podría gustarte…



Frederick Case, conde de Melbourne, había sido víctima de su primera decepción amorosa, por lo que decidió abandonar su visita a Londres para adentrarse en su otro origen: el escocés.

Catriona Crawford, era la hija de un antiguo jefe de clan, que se encontraba en el dilema de la probable muerte de su padre que quería enviarla a Inglaterra, convencido de que su futuro sería mejor por ser la nieta de un duque.

Las Highlands no representaban un problema para Frederick, mas no contaba con encontrarse a la criatura más grosera y abominable en su forma de ser y que lo llevaba a considerar de nuevo la idea de matrimonio: Catriona, quien lo despreciaba por su lado inglés que él también acostumbraba a menospreciar.

¿Qué le depara el destino a un caballero y una salvaje de las Highlands? ¿Podrán los dos superar sus prejuicios para vivir un gran amor?

Novela relacionada con El querido enemigo, serie Extraños y con la Familia Fane.

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real*, y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.*

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto-publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado y La dama adecuada.*

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford.*